

1942

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA



UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

SALAMBO

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

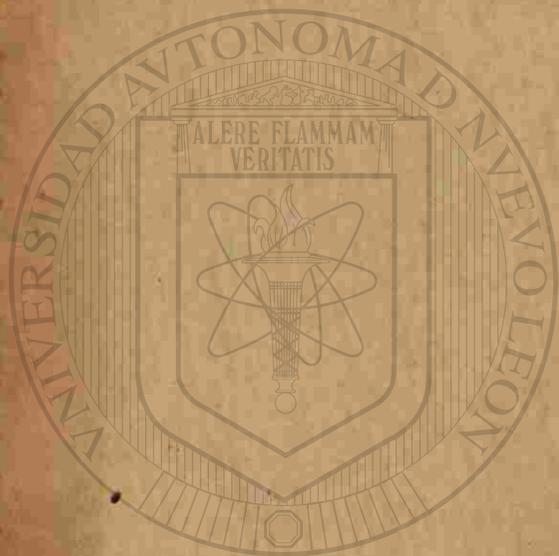
PC2246
S33
C.1

843.8

↑ 587 s



1080005307



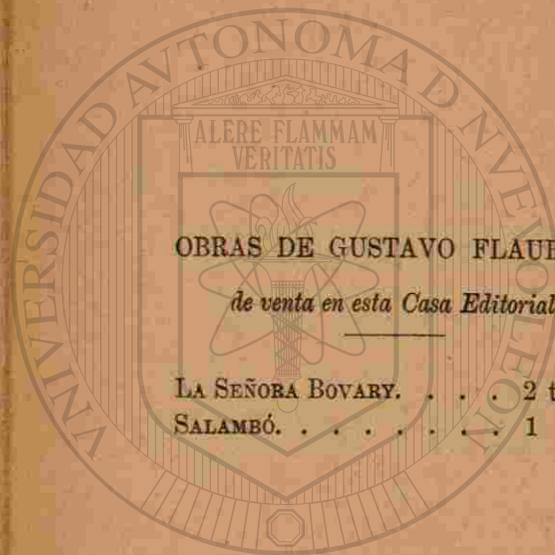
UANL

SALAMMBÓ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





OBRAS DE GUSTAVO FLAUBERT

de venta en esta Casa Editorial

LA SEÑORA BOVARY. 2 tomos

SALAMBÓ. 1 »

GUSTAVO FLAUBERT

SALAMMBÓ

TRADUCCION

DE

AUGUSTO RIERA



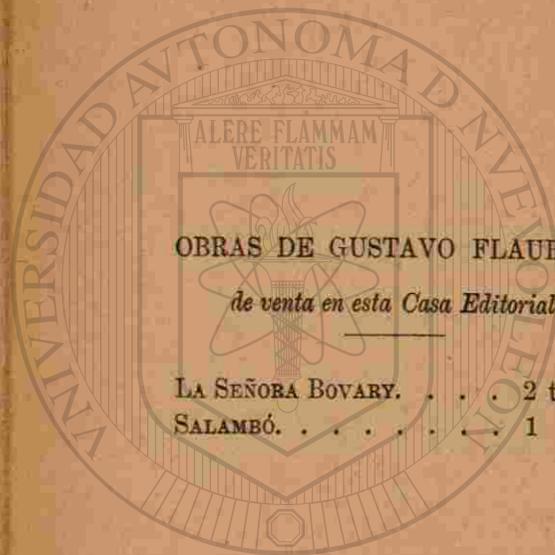
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI.—MALLORCA, 226 y 228

Buenos Ayres	México	Habana
MAUCCI HERMANOS	MAUCCI HERMANOS	J. LÓPEZ RODRÍGUEZ
Cuyo, 1070	Primera del Relox, 1	Obispo, 133 y 135

1901



OBRAS DE GUSTAVO FLAUBERT

de venta en esta Casa Editorial

LA SEÑORA BOVARY. 2 tomos
SALAMBÓ. 1 »

GUSTAVO FLAUBERT

SALAMMBÓ

TRADUCCION

DE

AUGUSTO RIERA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

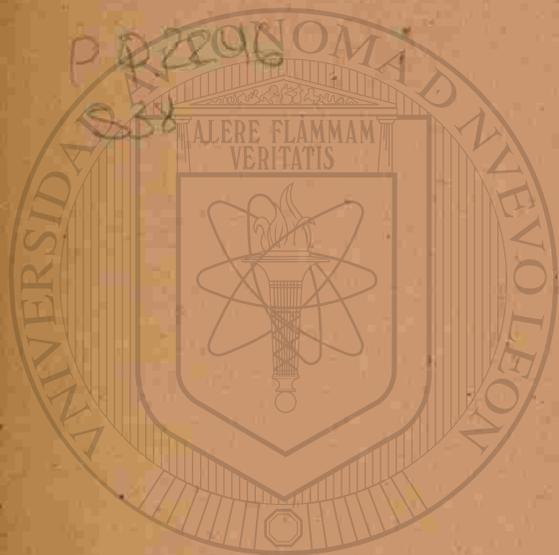
BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI.—MALLORCA, 226 y 228

Buenos Ayres	México	Habana
MAUCCI HERMANOS	MAUCCI HERMANOS	J. LÓPEZ RODRÍGUEZ
Cuyo, 1070	Primera del Relox, 1	Obispo, 133 y 135

1901

843.8
F 587s

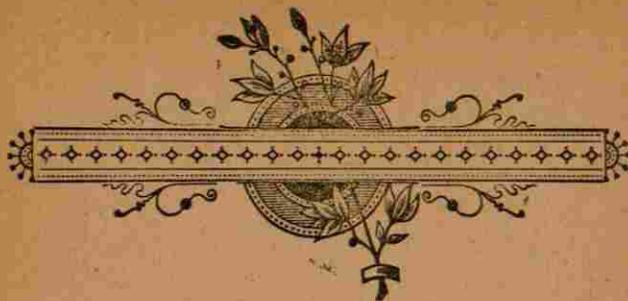
1Q-17-XI-78



FSRM

5307

IMP. DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI.—BARCELONA



SALAMMBÓ

El festín



ERASE en Megara, arrabal de Cartágo, en los jardines de Hamilcar.

Los soldados que había capitaneado en Sicilia celebraban un gran festín para conmemorar el aniversario de la batalla de Eryx, y como el jefe estaba ausente, comían y bebían en plena libertad.

Los capitanes, que calzaban coturnos de bronce, estaban colocados en la avenida central, bajo un velo de púrpura, franjeado de oro, que arrancando de la pared de los establos, iba hasta la primera terraza del palacio; los soldados hallábanse bajo los árboles cerca de una serie de construcciones de techum-

bre plana, donde estaban prensas, bodegas, almacenes, panaderías y arsenales, y además un patio para los elefantes, fosos para los animales feroces y una cárcel para los esclavos.

Las cocinas se levantaban entre un grupo de higueras; un bosque de sicomoros llegaba hasta una gran masa de árboles y arbustos donde resplandecían las granadas, entre las manchas blancas de los algodoneros; las parras cargadas de racimos, subían hasta la copa de los pinos; un vergel de rosas embalsamaba el aire bajo los plátanos; de trecho en trecho, sobre el verde musgo, balanceaban su esbelto tallo los blancos lirios; los senderos estaban tapizados por negra arena mezclada con polvo de coral, y en el centro del jardín los cipreses de un extremo á otro formaban una doble columnata de verdes obeliscos.

El palacio construido de mármol numídico, veteadado de amarillo, ostentaba sus cuatro pisos de desigual anchura. Con su gran escalinata recta de madera de ébano, que tenía en los ángulos de cada peldaño la proa de una galera vencida, con sus puertas encarnadas, blasonadas de una cruz negra, con sus verjas de cobre que al ras del suelo evitaban el paso de los escorpiones, y sus rejas de barras doradas que en lo alto cerraban sus aberturas, aparecía á los ojos de los soldados, en su feroz opulencia, tan solemne é impenetrable como el rostro de Hamilcar.

El Consejo les había designado su casa para celebrar aquel festín; los convalecientes que yacían en el templo de Eschmún, caminando penosamente desde el amanecer, llegaron hasta el palacio, arrastrándose sobre sus muletas. A cada instante llegaban nuevos comensales. Por todos los senderos salían hombres y hombres, como arroyos que se precipitan en un lago.

Por entre los árboles, velase correr á los esclavos de las cocinas, atareados y medio desnudos. Las gacelas huían balando; el sol tocaba á su ocaso y el perfume de los li-

moneros hacía aún más penetrante el vaho de aquella multitud sudorosa.

Había allí hombres de todas las naciones: ligurios, lusitanos, baleares, negros y fugitivos de Roma. Mezclábase al pesado dialecto dórico las sílabas célticas que restallaban como las fustas de los carros de batalla y las terminaciones jónicas, y las consonantes del desierto ásperas como los gritos del chacal. Reconociase al griego por su esbelto tallo, al egipcio por sus anchos hombros, al cántabro por sus gruesas pantorrillas. Los carios balanceaban orgullosamente las plumas de su casco, los arqueros de Capadocia llevaban pintadas grandes flores sobre la piel, y algunos lidios, con trajes de mujer, comían tranquilamente luciendo grandes aretes en las orejas. Otros, que por gala se habían pintado con bermellón, parecían estatuas de coral.

Unos, tendidos sobre cojines, comían alrededor de grandes fuentes, y otros, de bruces, cogían los trozos de carne y se alzaban incorporados sobre los codos en la actitud pacífica de los leones cuando devoran su presa. Los que llegaron tarde, de pie junto á los árboles, miraban las mesas bajas, que casi desaparecían bajo los tapices de escarlata, y esperaban que llegara su turno.

No siendo suficientes las cocinas de Hamilcar, el Consejo había enviado esclavos, vajillas y lechos; y se veían entre los árboles del jardín, como en un campo de batalla cuando se quema á los muertos, grandes hogueras resplandecientes donde se asaban bueyes. Los panes espolvoreados de anís alternaban con grandes quesos, más pesados que discos, y las cráteras llenas de vino estaban junto á las cántaras llenas de agua, alrededor de cestas de oro afligranadas que rebosaban de flores. La alegría de poder hartarse á su gusto, hacía chispear todos los ojos, y aquí y allí empezaban á resonar canciones.

Primeramente se les sirvió aves en salsa, verde en fuentes de arcilla roja con dibujos negros, luego toda suerte

de mariscos, que se recogen en las costas púnicas, purés de guisantes, de habas y de centeno, y caracoles aderezados con comino en fuentes de ámbar amarillo.

Después las mesas se cubrieron de carne: antilopes con sus cuernos, pavos con sus plumas, conejos enteros cocidos con vino dulce, piernas de camellos y de búfalos, erizos y cigarras fritas.

En gamellas de madera de Tamrapani flotaban gruesos trozos de grasa en una espesa salsa de azafrán. Todo estaba recargado de salmuera, de trufas y de asafétida. Pirámides de frutas se derrumbaban á veces sobre las fuentes de miel, y no se habían olvidado los cocineros de servir aquellos famosos perritos panzudos de lanas rojas que se cebaban con caldo de aceitunas, que tanto gustaban á los cartagineses y que causaban horror á los demás pueblos.

La novedad de los platos excitaba la avidez de los estómagos. Los galos de larga cabellera se arrancaban de las manos naranjas y limones que comían sin mondar siquiera. Los negros que no habían visto jamás langostas, se arañaban el rostro con las rojas púas. Los afeitados griegos, más blancos que los mármoles de su país, arrojaban al suelo los restos de los manjares, en tanto que los pastores del Brucio, cubiertos con pieles de lobo, devoraban silenciosamente su ración sin levantar la cabeza del plato.

Cerrada la noche, se retiró el velario que cubría la avenida de los cipreses y los esclavos trajeron antorchas.

Las ondulantes llamas del petróleo que ardía en vasos de pórfido asustaron á los monos consagrados á la luna, que se mecían en lo alto de los cedros. Lanzaron gritos que produjeron gran hilaridad entre los soldados.

Llamas oblongas se reflejaron en las corazas de cobre. Centelleaban con mil luces multicolores las fuentes incrustadas de piedras preciosas. Las cráteras que tenían en su borde espejos convexos, ampliaban la imagen de los objetos, y los soldados, apiñándose alrededor de ellas, se

miraban con asombro, y gesticulaban para excitar la risa. Lanzábanse bromeando por encima de las mesas, los escabeles de marfil y las espátulas de oro. Bebían á grandes tragos los vinos griegos encerrados en odres, los de Campania, contenidos en ánforas, y los cántabros que llegan en toneles y los vinos de cinamono y de loto. Estos vinos derramados sin cuidado alguno formaban charcos en el suelo. El vaho de las carnes subía hasta el follaje mezclado con el vapor de los alientos. Se oía á la vez, el crujir de las mandíbulas, el ruido de las canciones, de las copas, el estrépito de los vasos de Campania que se estrellaban en mil pedazos, y el sonido argentino de las grandes fuentes de plata.

A medida que aumentaba su embriaguez, recordaban más vivamente la injusticia de Cartago. En efecto, la República, agotada por la guerra, había dejado acumular en la ciudad todas las bandas de mercenarios que volvían de ella. Giscon, su general, tuvo sin embargo, cuidado de licenciarlos poco á poco para facilitar el pago de sus haberes, y el Consejo creyó que acabarían por consentir en cobrar con alguna rebaja.

De todos modos, el pueblo les odiaba, porque no podía pagarles. La deuda se confundía con los tres mil dociientos talentos euboicos exigidos por Lutacio, y aparecían lo mismo que Roma, como enemigos de Cartago. Los mercenarios lo comprendían, así es que su indignación estallaba en amenazas y en violencias. Un día pidieron reunirse para celebrar una de sus victorias y el partido de la paz consintió para vengarse de Hamílcar que con tanto afán sostenía la guerra. Esta había terminado contra su voluntad, y desesperando de Cartago, el general entregó á Giscon el mando de los mercenarios. Indicar su palacio para albergarlos, equivalía á atraer hacia él algo del odio que los bárbaros despertaban. Además, el gasto debía ser excesivo; Hamílcar lo pagaría casi todo.

Enorgullecidos de haber domado la República los mer-

cenarios, creían que, al cabo, podrían volver á sus hogares con el sueldo que habían ganado á costa de tantas fatigas, pero éstas, vistas á través de los vapores de la embriaguez, les parecían prodigiosas y mal recompensadas. Enseñábanse mutuamente sus heridas, relataban sus viajes y las partidas de caza de sus países. Imitaban el grito de los animales feroces y sus saltos. Luego empezaron las inmundas apuestas. Hundían la cabeza en las ánforas y permanecían bebiendo sin respirar como dromedarios sedientos. Un lusitano de gigantesca talla, que llevaba un hombre en cada mano, con los brazos extendidos recorría las mesas echando fuego por las narices. Unos lacedemonios que no se habían quitado las corazas saltaban pesadamente. Varios soldados andaban como las mujeres haciendo contorsiones y ademanes obscenos; otros desnudábanse para luchar á la manera de los gladiadores, y un grupo de griegos, bailaba alrededor de una jarra adornada con figuras de ninfas, mientras un negro marcaba el ritmo con un hueso de buey sobre un escudo de cobre.

De repente oyeron un canto plañidero, suave y potente á la vez, que ondulaba en el aire como el batir de alas de un pájaro herido.

Era la voz de los esclavos del ergástulo. Algunos soldados se levantaron de un salto para libertarles. Al cabo de un instante volvieron, empujando delante de ellos, á unos veinte hombres que contrastaban con los demás á causa de la palidez de sus facciones. Un casquete cónico de fieltro negro tapaba su cabeza afeitada. Todos llevaban sandalias de madera, y producían un ruido de hierros entrecrocados, que aumentaba con la velocidad de la marcha.

Llegaron hasta la avenida de los cipreses, donde se separcieron entre la multitud que les interrogaba. Uno de ellos permaneció un tanto apartado de la multitud y de pie. A través de los desgarrones de su túnica, se advertían los cardenales de sus hombros y espaldas. Con la cabeza baja miraba alrededor con desconfianza y entornados sus

párpados, como no pudiendo resistir el resplandor de las llamas. Pero cuando vió que ninguno de aquellos hombres le atacaba, se escapó un hondo suspiro de su pecho. Balbuceaba y murmuraba bajo las lágrimas claras que bañaban su rostro; después, tomó por las asas una cántara llena, la levantó en el aire con sus brazos encadenados, y mirando al cielo dijo:

—«Salud, oh Baal-Eschmún libertador, á quien mis compatriotas llaman Esculapio! ¡A vosotros, Genios de las fuentes, de la luz y de los bosques! ¡A vosotros, dioses ocultos bajo las montañas y en las cavernas de la tierra! y á vosotros, hombres fuertes, de armaduras relucientes, que me habéis libertado!»

Luego, dejó caer la copa y contó su historia. Le llamaban Spendio. Los cartagineses le aprisionaron en la batalla de Egineta. En griego, en ligurio y en púnico dió nuevamente gracias á los mercenarios. Les besaba las manos, les felicitó por el banquete, extrañándose de no ver en las mesas las copas de la Legión sagrada. Aquellas copas, que tenían un pámpano de esmeraldas, en cada una de sus caras de oro, pertenecían á una milicia formada exclusivamente por jóvenes patricios. Era un privilegio, casi un honor sacerdotal; lo cual hacía que ninguno de los tesoros de la República, fuera más envidiado que aquel por los mercenarios. Detestaban la Legión á causa de ello, y algunos habían arriesgado su vida, para gustar el inconcebible placer de beber en ellas.

Ordenaron pues, que se trajesen las copas. Estaban depositadas entre los Sysitas, asociación de comerciantes que comían en común. Los esclavos volvieron diciendo que á tal hora, los Sysitas dormían.

—«Que se les despierte»,—contestaron los mercenarios.

Después de una nueva tentativa, se les dijo que estaban encerradas en un templo.

—«Que se abra»,—contestaron.

Cuando los esclavos, temblando, hubieron confesado que estaban en poder del general Giscon, gritaron:

—«¡Que las traigan!»

Giscon apareció por el fondo del jardín rodeado por una escolta de la Legión sagrada. Su amplio manto negro, retenido sobre la cabeza por una mitra de oro, constelada de piedras preciosas, y que le envolvía hasta los pies de su caballo, se confundía desde lejos con las tinieblas de la noche. Solo se advertían su barba blanca, las fulguraciones de la mitra y su triple collar de anchas placas azules que batían contra su pecho.

Los soldados, al verle entrar, le saludaron con una gran aclamación gritando:

—«¡Las copas! ¡Las copas!»

Empezó por declarar que, por su valor, eran dignos de ellas. La multitud lanzó alaridos de alegría aplaudiendo.

Bien lo sabía él, que les había capitaneado allá abajo, y que había vuelto con la última cohorte en la última galera.

—«¡Es verdad! ¡Es verdad!»—decían.

Sin embargo, Giscon les hizo comprender que la República había respetado sus divisiones por nacionalidades, sus costumbres, sus cultos. ¡Eran libres dentro de Cartago! Por lo que hace á los vasos sagrados, eran de propiedad particular. De repente, cerca de Spendio, un gallo se lanzó hacia Giscon corriendo por encima de las mesas, y le amenazó con dos espadas desnudas.

El general, sin interrumpir su discurso, le hirió en la cabeza con su pesado bastón de marfil: el bárbaro cayó. Los galos rugieron y su furor, comunicándose á los demás, iba á estallar de un modo formidable. Giscon se encogió de hombros al ver su furia. Pensaba que su valor sería impotente contra aquellos brutos exasperados. Era mejor vengarse luego de ellos merced á alguna astucia. Dió una orden á sus soldados y se alejó lentamente. Cuando estuvo en el umbral de la puerta, volviéndose hacia

los mercenarios, les dijo que se arrepentirían de su acción.

Prosiguió el festín. Pero Giscon podía volver y, rodeando de tropas el arrabal, que llegaba hasta las murallas, aplastarles sin misericordia. Entonces comprendieron su aislamiento, á pesar de su gran número; y la gran ciudad que dormía junto á ellos, envuelta en sombras, les inspiró terror con su amontonamiento de construcciones, sus altos templos donde moraban arcanos dioses más implacables aun que su pueblo. A lo lejos algunos faroles se deslizaban por la superficie de las aguas del puerto, y brillaban luces en el templo de Khamon. Se acordaron de Hamílcar. ¿Dónde estaba? ¿Por qué les abandonó una vez firmada la paz? Sus diferencias con el Consejo no eran sino una treta para perderles. Su odio no saciado se convertía hacia él; le maldecían y se exasperaban unos contra otros movidos de su propia cólera. En aquellos instantes se formó un gran grupo bajo los plátanos. Era para ver á un negro que se revolcaba por el suelo con los ojos vidriosos, el cuello envarado, la boca cubierta de espuma. Alguien gritó que estaba envenenado. Todos pensaron estarlo. Acometieron á los esclavos; se levantó un clamor formidable y un vértigo de destrucción se apoderó de aquel ejército embriagado. Golpeaban y herían al azar, rompían y destrozaban cuanto estaba á su alcance; algunos lanzaron antorchas entre el ramaje; otros, apoyándose en la balaustrada de los leones les mataron á flechazos; los más osados corrieron hacia el patio de los elefantes, y querían cortarles la trompa y comer marfil.

Los baleares que, para saquear y destruir más cómodamente, habían doblado uno de los ángulos del palacio, se hallaron detenidos por una barrera de bambúes de India. Cortaron con sus puñales las correas de la cerradura y se hallaron en otro jardín cubierto de plantas y arbustos cortados con arte. Anchas líneas de flores blancas describían sobre la tierra azulada largas parábolas, parecidas á

regueros de estrellas. Las matas, envueltas en tinieblas, exhalaban suaves olores. Había altos troncos de árboles embadurnados de cinabrio que semejaban sangrientas columnas. En el centro, doce pedestales de cobre soportaban gruesas bolas de vidrio y resplandores rojizos se escapaban de aquellos globos huecos, como enormes pupilas aun palpitantes. Los soldados se alumbraban con antorchas, tambaleándose á veces en el resbaladizo suelo.

Vieron de pronto un estanque dividido en muchos compartimientos por paredes de piedra azul. El agua era tan clara que la luz de las antorchas penetraba hasta el fondo formado por blancas guijas y polvo de oro. Burbujó el agua y algunos peces de fulgurantes escamas aparecieron en la superficie.

Los soldados, riendo, les cogieron por las agallas, y los pusieron sobre las mesas.

Eran los peces de la familia Barca. Todos descendían de aquellos que rompieron el huevo místico en que se ocultaba la Diosa. La idea de cometer un sacrilegio reanimó el apetito de los mercenarios; pronto pusieron grandes vasos de cobre al fuego y se divertieron al ver como los hermosos peces se retorcián en el agua hirviendo.

La muchedumbre se arremolinaba. Ya nadie tenía miedo. Bebían sin medida. Los perfumes que en gruesas gotas caían de su frente, manchaban sus túnicas desgarradas, y apoyándose con ambos puños sobre las mesas que les parecía que oscilaban como un navío en marcha, paseaban su ávida mirada á su alrededor, para devorar con la vista lo que no podían coger. Otros, andando sin cuidado alguno por entre platos y fuentes, rompían á punta-piés los escabeles de marfil y los frascos tirios de cristal. Las canciones se mezclaban al estertorar de los esclavos moribundos entre las copas rotas. Pedían vino, manjares, oro. Querían mujeres. Deliraban en cien idiomas distintos. Algunos imaginaban hallarse en los baños á causa del vapor que flotaba en el jardín, y otros, recordando las

cazas de su país, corrían detrás de sus compañeros como si fueran alimañas feroces. El incendio se propagaba de árbol en árbol, y las altas masas de verdura que dejaban escapar largas espirales blancas, parecían volcanes en actividad.

Los clamores redoblaban. Los leones heridos rugían en la sombra.

El palacio se iluminó de repente en su más alta terraza. Abrióse la puerta central, y una mujer, la hija del propio Hamílcar, vestida de negro, apareció en el umbral. Bajó la primera escalera que seguía oblicuamente la fachada del primer piso, después descendió la segunda, la tercera, y se detuvo en la última terraza, en lo alto de la escalinata de las galeras. Inmóvil y con la cabeza baja, miraba á los soldados.

Detrás de ella, y en dos filas, estaban gran número de hombres pálidos, cubiertos de túnicas blancas con franjas rojas, que llegaban hasta sus pies. No tenían ni barba, ni pelos, ni cejas. En sus manos cuajadas de anillos, sostenían enormes liras y todos á coro, con voz aguda, cantaban un himno á la divinidad de Cartago. Eran los sacerdotes eunucos del templo de Tanit, á quienes Salammbó llamaba á menudo á su casa.

Bajó la escalinata de las galeras. Los sacerdotes la siguieron. Avanzó por la avenida de los cipreses y caminaba lentamente entre las mesas de los jefes, que retrocedían al verla pasar.

Su cabellera espolvoreada con finísima arena de color violeta, y peinada en forma de torre según la moda de las vírgenes cananeas, la hacía parecer más alta. Trenzas de perlas que arrancaban de sus sienes, bajaban hasta las comisuras de sus labios, rojos como una granada entreabierta. Llevaba sobre el pecho un mosaico de piedras luminosas, que imitaban en su dibujo el de la piel de las lampreas. Sus brazos, adornados de diamantes, emergían desnudos de su túnica sin mangas, constelada de flores

rojas sobre fondo negro. Llevaba en los tobillos una cadenita de oro, y su gran manto de púrpura sombría, hecho de una estofa desconocida, arrastraba detrás de ella, dando la ilusión de una gran ola oscura que la seguía.

Los sacerdotes, de cuando en cuando, arrancaban á sus liras acordes casi ahogados, y en los intervalos de la música resonaba el tintineo de la cadenita de oro mezclado al pisar de las sandalias de papiro.

Nadie la conocía. Sabíase tan sólo que vivía retirada y consagrada á prácticas piadosas. Algunos soldados la vieron de noche en lo alto de su palacio, de rodillas ante las estrellas, entre el vapor de cien pebeteros encendidos. La luna la había puesto muy pálida y algo de la esencia de los dioses la envolvía como en un velo sutil. Sus pupilas parecían mirar á lo lejos más allá de los espacios terrestres. Caminaba con la cabeza inclinada, y llevaba en la mano derecha una lira de ébano.

Los soldados la oyeron murmurar:

—«¡Muertos! ¡Todos muertos! Ya no vendréis obedeciendo á mi voz hasta el borde del estanque para tomar las pepitas que siempre os daba. El misterio de Tanit brillaba en el fondo de vuestros ojos, más límpidos que la linfa de los arroyos.» Les llamaba luego por sus nombres, que eran los nombres de los meses. «¡Siv! ¡Sivan! Tammuz Elul, Tischri, Schebar! Tened piedad demí. ¡Oh! Diosal!»

Los soldados sin comprender lo que decía se agrupaban á su alrededor. Admiraban su traje, pero ella, les miró con susto y luego, hundiendo la cabeza entre los hombros y extendiendo los brazos hacia ellos, repitió varias veces:

—«¡Qué habéis hecho! ¡Qué habéis hecho!

»Teniais sin embargo para hartaros pan, carnes, aceite, todo el grano de los graneros! ¡hice traer bueyes de Hecatompylos, envié cazadores al desierto!» Su voz se elevaba cada vez más; sus mejillas se enrojecían. Añadió: «¿Dón-

de creéis estar? ¿En una ciudad conquistada, ó en el palacio de vuestro amo? ¡Y que amo! El sufeta Hamilcar, servidor de los baals! Conocéis en vuestras patrias á alguien, que sepa guiar mejor en las batallas? ¡Mirad! Los peldaños de nuestro palacio, no pueden contener los trofeos de nuestras victorias! ¡Continuad! ¡Quemadle! Llevaré conmigo el Genio de mi casa, mi serpiente negra, que duerme allí arriba sobre hojas de loto. Silbaré, me seguirá, y si subo á una galera, se deslizará en la estela de mi lengua sobre la espuma de las olas.»

Las delicadas alas de su nariz palpitaban. Hundía sus uñas entre la pedrería de su pecho. Sus ojos languidecieron y añadió:

—«¡Ah! ¡pobre Cartago! ¡Desdichada ciudad! No tienes ya para defenderte los hombres fuertes de otro tiempo, que iban más allá de los mares á levantar templos, sobre las remotas plazas. Todos los países, trabajaban para tí, y las llanuras del mar, hendidas por sus remos balanceaban tus cosechas.

Entonces, contó las aventuras de Melkarth, Dios de los sidonios y padre de su familia.

Contaba la ascensión á las montañas de Ersiphonia el viaje á Tarteso, y la guerra contra Masisabal para vengar á la reina de las serpientes.

—«Persiguió en la selva al monstruo hembra, cuya cola ondulaba sobre las hojas muertas, como un arroyo de plata, y llegó á un prado, donde, algunas mujeres con cola de dragón se agrupaban alrededor de una gran hoguera, erguidas sobre sus colas. La luna, de color de sangre, resplandecía dentro de un círculo lívido y sus lenguas de color escarlata, hendidas como los harpones de los pescadores, se alargaban encorvadas hasta el mismo límite de las llamas.»

Salammbó, sin detenerse, contó como Melkarth, des-

pues de vencer á Masisabal, puso su cabeza cortada en la proa de su navío.—«A cada oleada, se hundía bajo la espuma; pero el sol la embalsamaba y se endureció como si fuera de oro; sin embargo no cesaban de llorar sus ojos y las lágrimas se mezclaban á las salobres olas.»

Contaba aquello en un antiguo dialecto cananeo que no comprendían los bárbaros. Se preguntaban absortos lo que decía acompañándose de tan espantosos gestos y subidos á las mesas, sobre los lechos y á las ramas de los sicomoros, con la boca abierta y alargando la cabeza, procuraban comprender aquellas vagas historias que parecían evocaciones de lo pasado vistas á través de la obscuridad de las teogonías, como fantasmas envueltos en nubes.

Únicamente los sacerdotes sin barba, comprendían á Salammbó. Sus arrugadas manos se estremecían y de cuando en cuando arrancaban á las liras su sonido lúgubre; pues más débiles que una mujer vieja, temblaban á un tiempo de emoción mística y del miedo que les causaban los hombres. Los bárbaros, no se cuidaban de ellos, únicamente tenían ojos para la virgen que cantaba.

Nadie le miraba con tanta atención como un jefe nómida, joven, sentado en las mesas de los capitanes entre soldados de su país. Su cinturón estaba tan repleto de dardos que formaba como una giba bajo su ancho manto atado á sus sienes por una correa. De tal modo estaba envuelta su cabeza, que solo se veía de su rostro las llamas de sus dos ojos fijos.

Por casualidad estaba en el festín, pues su padre, le hacía vivir entre los Barca, según la costumbre de los reyes que enviaban á sus hijos al seno de grandes familias para preparar alianzas; pero después de seis meses de estancia, Narr'Havas no había visto aún á Salammbó; y en cuecillas, con la barba tocando casi los mangos de sus javalinas, la miraba con las narices dilatadas, como un leopardo agazapado entre bambúes. Al otro lado de la

mesa estaba un libro de talla gigantesca, con el cabello negro muy corto.

Solo conservaba su coselete militar cuyas escamas de cobre desgarraban la púrpura del lecho. Un collar de plata casi se escondía entre los pelos de su tórax. Manchaban su rostro salpicaduras de sangre, y se apoyaba en el codo izquierdo sonriendo estático.

Salammbó, no cantaba ya según el ritmo sagrado. Empleaba simultáneamente todos los idiomas de los bárbaros, lo cual era una delicadeza propia de mujer, para ver si así, domaba su cólera. A los griegos hablaba en griego, luego se dirigía á los liguros, á los de Campania y á los negros y todos ellos escuchándola, hallaban en aquella voz la dulzura de su patria. Entusiasmada por los recuerdos de Cartago, cantaba las antiguas batallas contra Roma, y ellos la aplaudían. Inflamábase viendo el brillo de las espadas desnudas. Gritaba, agitando sus brazos. Cayó su lira y ella calló. Apretando su corazón con ambas manos, permaneció algunos minutos con los párpados cerrados, saboreando la agitación de aquellos hombres.

Matho, el libro, se inclinaba hacia ella. Involuntariamente se le acercó, é impulsada por el reconocimiento de su orgullo, vertió en una ancha copa de oro un chorro de vino para reconciliarse con el ejército.

—«¡Bebel!»—dijo.

Tomó la copa, y la acercaba á sus labios, cuando un galo, el mismo á quien Giscon había herido, le tocó en el hombro, bromeando con aire jovial, en la lengua de su país.

Spendio, que estaba cerca, se ofreció á traducir sus palabras.

—¡Habla!—dijo Matto.

—Los dioses te protegen, vas á ser rico. ¿Cuándo es la boda?

—¿Qué boda?

—¡La tuya! pues entre nosotros,—dijo el galo,—cuando

una mujer da de beber á un soldado, es que le ofrece su lecho.

Aun no había acabado, cuando Narr'Havas, dando un salto, sacó un dardo de su cintura, y apoyando el pie derecho en el borde de la mesa, lo lanzó contra Matho.

El dardo, silbó entre las copas, y atravesando el brazo del libio, lo clavó tan fuertemente en la mesa, que el mango temblaba en el aire.

Matho, lo arrancó en seguida; pero no tenía armas, estaba desnudo; al fin levantando con ambas manos la mesa la tiró contra Narr'Havas en medio de la multitud que se precipitaba para separarlos.

Los soldados y los nómadas estaban tan apretados, que no podían tirar de sus machetes. Matho adelantaba dando tremendos golpes con la cabeza. Cuando la levantó, Narr'Havas, había desaparecido. La buscó con la mirada. Salammbó tampoco estaba allí.

Entonces, dirigiendo su mirada hacia el palacio, advirtió que en lo alto se cerraba la puerta roja con la cruz negra. Se precipitó.

Se le vió correr entre las proas de las galeras, luego, reaparecer á lo largo de las tres escaleras hasta la puerta roja contra la que hizo chocar todo su cuerpo. Se apoyó anhelante contra la pared, para no caer.

Un hombre le había seguido, y á través de las tinieblas, pues las luces del festín quedaban ocultas por el ángulo del palacio, reconoció á Spendio.

—¡Vetel!—dijo.

El esclavo sin contestar, desgarró con sus dientes la túnica y luego arrodillándose junto á Matho, le cogió delicadamente el brazo, y le palpaba en la obscuridad para descubrir la herida.

A la luz de un rayo de luna que se deslizaba entre las nubes, Spendio, advirtió en el centro del brazo un agujero sangriento. Aun cuando Matho, decía: «¡Déjame! ¡déjame!» ató alrededor del brazo el trozo de tela.

—¡No!—dijo el esclavo;—me has librado del ergástulo, ¡soy tuyo! eres mi dueño! ¡ordenal!

Matho, dió la vuelta á la terraza arrimado á las paredes, á cada paso escuchaba, y por entre las medias cañas doradas, miraba dentro de las habitaciones silenciosas. Al cabo se detuvo con ademán desesperado.

—¡Escucha!—le dijo el esclavo.—¡Oh! no me desprecies porque soy débil! He vivido en el palacio. Puedo como una víbora deslizarme entre las paredes. ¡Ven! Hay en el Salón de los Antepasados un lingote de oro debajo de cada losa; un camino subterráneo conduce á sus tumbas.

—¿Qué me importa eso?—dijo Matho.

Spendio calló.

Estaban en la terraza. Una enorme masa de sombra se extendía ante ellos, parecida al amontonamiento de molles gigantescas, petrificadas por una acción desconocida.

Una línea luminosa se elevó en Oriente.

A la izquierda, en lo más profundo, los canales de Megara empezaban á vagar con sus sinuosidades blancas la verdura de los jardines.

Poco á poco los techos cónicos de los templos heptágonos, las escaleras, las terrazas, las murallas, se destacaban con limpieza sobre el fondo pálido del cielo; alrededor de la península cartaginesa, un cinturón de espuma blanca ondulaba, mientras el mar esmeraldino, parecía inmovilizado por la frescura de la mañana.

Luego, á medida que el firmamento rosado parecía ensancharse, las altas casas inclinadas sobre las pendientes del terreno se levantaban, se amontonaban, como un rebaño de cabras negras que baja de las montañas. Las calles desiertas, parecían más largas; aquí y allá, las palmeras sobresaliendo de las paredes no se movían; las cisternas llenas parecían grandes escudos de plata abandonados en los patios; el faro del promontorio Hermæe,

empezaba á palidecer. En la cima de la acrópolis, en el bosque de cipreses, los caballos de Eschemun, sintiendo la aproximación de la luz, ponían sus cascos sobre el parapeto de mármol y relinchaban cara al sol.

Apareció; Spendio levantando los brazos lanzó un grito.

Todo se movía en una atmósfera rojiza, pues el Dios, como desgarrándose, vertía sobre Cartago la lluvia de oro de sus venas. Los bauprés de las galeras centelleaban. El techo de Khamon parecía arder; y en el fondo de los templos, cuyas puertas se abrían, diríase que había estallado un incendio.

Los grandes carromatos que llegaban de la campiña, daban sobre las losas de las calles. Los dromedarios cargados de bagajes, bajaban las cuestas. Los mercaderes, instalaban sus tiendas en las encrucijadas. Algunas cigüeñas volaron alejándose, las blancas velas de los buques palpitaban. Se oyó en el bosque de Tanit el tamboril de las cortesanas sagradas, y en la punta de los Mappales los hornos de cocer ataudes de arcilla, empezaban á humear.

Spendio se inclinaba fuera de la terraza, sus dientes entrechocaban, y repetía:

—¡Ahl sí... sí... ¡Amo mío! comprendo porque desdeñabas hace poco el saqueo de la casa.

Matho, pareció despertar al oír el sonido de su voz; parecía no comprender; Spendio añadió:

—¡Ahl ¡cuántas riquezas! y los hombres que las poseen, no tienen siquiera hierro para defenderlas.

Entonces, señalando con su mano derecha extendida, algunos hombres de la plebe que se arrastraban sobre la arena para buscar granitos de oro:

—Mira,—dijo,—la República, es como estos miserables, inclinada sobre la orilla de los océanos, hunde en todas las riberas sus brazos ávidos, y el rumor del oleaje, ensor-

dece de tal manera sus oídos que no oiría el paso de un dueño!

Arrostró á Matho al otro extremo de la terraza, y designándole el jardín donde centelleaban al sol las espadas de los mercenarios suspendidas de los árboles:

—¡Aqui hay hombres fuertes cuyo odio está exasperado! nada les liga á Cartago, ni familia, ni juramentos, ni dioses.

Matho, permaneció apoyado contra la pared; Spendio, acercándose, prosiguió en voz baja:

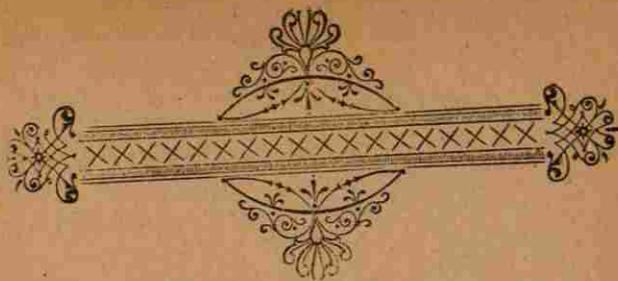
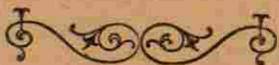
—¿Me comprendes, soldado? Nos pasearíamos cubiertos de púrpura como los satrapas. Nos lavarían con agua perfumada, yo tendría esclavos á mi vez! No estás harto de dormir sobre la dura tierra, de beber el vinagre de los campamentos, y de oír de continuo la trompeta? Reposarás más tarde. ¿No es cierto? ¡Sí, cuando te quitarán la corona, para echar tu cadáver á los cuervos! O quizá, cuando, apoyado en un palo, ciego, cojo, débil, irás de puerta en puerta cantando tu juventud á los niños, y á los vendedores de salmuera! Acuérdate de todas las injusticias de tu jefe; las noches pasadas sobre la nieve, las marchas bajo un sol abrasador, las tiranías de la disciplina, y la eterna amenaza de la cruz! Después de tantas miserias, te han dado un collar de honor, como se cuelga del pecho de los asnos un collar de cascabeles para aturdirles y hacer que no sientan la fatiga. ¡Un hombre como tú, más valiente que Pyrrhol! ¡Si hubieses querido! ¡Ahl ¡cuán dichoso serás en las amplias y frescas salas, escuchando el són de las liras, recostado sobre flores, con bufones y mujeres! ¡No me digas que la empresa es imposible! ¿Acaso los mercenarios no fueron ya dueños de Reggio y otras plazas fuertes de Italia? ¿Qué te detiene? Hamilcar está ausente, el pueblo execra á los ricos, Giscon nada puede contra los cobardes que le rodean, pero tú, tú eres valiente y te obedecerán. ¡Manda! ¡Cartago es nuestra; apoderémonos de ella!

—¡No!—dijo Matho,—la maldición de Moloch pesa sobre mí. Lo he comprendido viendo sus ojos, y hace poco, al pasar por un templo, un carnero negro retrocedió. Mirando á su alrededor dijo: «¿Dónde está?»

Spendio, comprendió que una inquietud inmensa le absorbía y no se atrevió á hablar más.

Detrás de ellos los árboles quemados, humeaban aún; de sus ramas ennegrecidas caían de cuando en cuando monos casi carbonizados. Los soldados borrachos, roncaban con la boca abierta al lado de los cadáveres, y los que no dormían, inclinaban la cabeza, deslumbrados por la luz del día. El suelo desaparecía bajo grandes charcos rojos. Los elefantes balanceaban entre las estacas de sus parques, sus trompas sangrientas. En los abiertos graneros, se veían sacos de trigo medio vertidos; y frente á la puerta de los graneros, una larga línea de carretas amontonadas por los bárbaros. Los pavos reales posados en los cedros, desplegaban la cola graznando.

La inmovilidad de Matho, asombraba á Spendio; estaba más pálido que antes, y con los ojos fijos, apoyado en la barandilla de la terraza, miraba algo en el horizonte. Spendio, encorvándose, descubrió lo que contemplaba. Un punto de oro, rodaba á lo lejos, entre el polvo por el camino de Utica; era la trasera de un carro tirado por dos mulos; un esclavo corría delante de la lanza, sujetándolos por la brida. En el carro se veían dos mujeres sentadas. Las crines de los animales se erizaban entre sus orejas á la moda persa, sujetas por un hilo de perlas azules. Spendio las reconoció, y ahogó un grito. Un gran velo, flotaba al viento detrás del carro.



II

En Sicca



Los días después, los mercenarios salieron de Cartago.

A cada uno se le entregó una moneda de oro á condición de que irían á acampar en Sicca y se les dijo para halagarles:

—Sois los salvadores de Cartago; pero si permaneciais en ella, produciríais el hambre y no podría pagaros. Alejaos. La República más tarde os agradecerá esta condescendencia. Inmediatamente vamos á decretar impuestos; se os pagará íntegramente y se armarán galeras para llevaros á vuestras respectivas patrias.

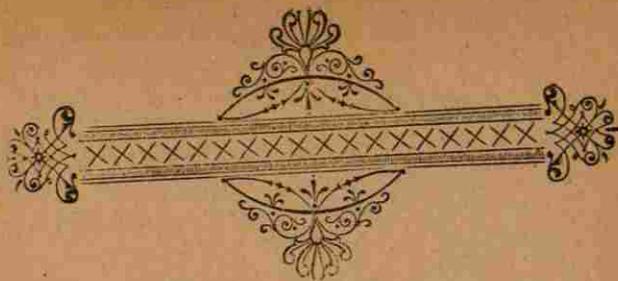
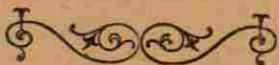
No sabían qué contestar á tales discursos; aquellos hombres, acostumbrados á la guerra, se aburrían en una ciu-

—¡No!—dijo Matho,—la maldición de Moloch pesa sobre mí. Lo he comprendido viendo sus ojos, y hace poco, al pasar por un templo, un carnero negro retrocedió. Mirando á su alrededor dijo: «¿Dónde está?»

Spendio, comprendió que una inquietud inmensa le absorbía y no se atrevió á hablar más.

Detrás de ellos los árboles quemados, humeaban aún; de sus ramas ennegrecidas caían de cuando en cuando monos casi carbonizados. Los soldados borrachos, roncaban con la boca abierta al lado de los cadáveres, y los que no dormían, inclinaban la cabeza, deslumbrados por la luz del día. El suelo desaparecía bajo grandes charcos rojos. Los elefantes balanceaban entre las estacas de sus parques, sus trompas sangrientas. En los abiertos graneros, se veían sacos de trigo medio vertidos; y frente á la puerta de los graneros, una larga línea de carretas amontonadas por los bárbaros. Los pavos reales posados en los cedros, desplegaban la cola graznando.

La inmovilidad de Matho, asombraba á Spendio; estaba más pálido que antes, y con los ojos fijos, apoyado en la barandilla de la terraza, miraba algo en el horizonte. Spendio, encorvándose, descubrió lo que contemplaba. Un punto de oro, rodaba á lo lejos, entre el polvo por el camino de Utica; era la trasera de un carro tirado por dos mulos; un esclavo corría delante de la lanza, sujetándolos por la brida. En el carro se veían dos mujeres sentadas. Las crines de los animales se erizaban entre sus orejas á la moda persa, sujetas por un hilo de perlas azules. Spendio las reconoció, y ahogó un grito. Un gran velo, flotaba al viento detrás del carro.



II

En Sicca



Los días después, los mercenarios salieron de Cartago.

A cada uno se le entregó una moneda de oro á condición de que irían á acampar en Sicca y se les dijo para halagarles:

—Sois los salvadores de Cartago; pero si permaneciais en ella, produciríais el hambre y no podría pagaros. Alejaos. La República más tarde os agradecerá esta condescendencia. Inmediatamente vamos á decretar impuestos; se os pagará íntegramente y se armarán galeras para llevaros á vuestras respectivas patrias.

No sabían qué contestar á tales discursos; aquellos hombres, acostumbrados á la guerra, se aburrían en una ciu-

dad, y poco costó convencerles. El pueblo subió á las murallas para verlos marchar.

Desfilaron por la calle de Khamon y la puerta de Cyrtá entremezclados, arqueros con honderos, capitanes con soldados, lusitanos con griegos, andaban con paso firme, haciendo resonar sobre las losas los pesados coturnos. Estaban abolladas sus armaduras por las catapultas y sus rostros ennegrecidos por el polvo de las batallas. Gritos roncós se escapaban de las espesas barbas, sus cotas de malla rotas, batían contra los puños de los machetes, y á través de los agujeros del cobre se veían sus miembros desnudos, terribles como máquinas de guerra.

Las largas lanzas, las hachas, los chuzos, las gorras de fieltro y los cascos de bronce, todo oscilaba á la vez á impulsos de un mismo movimiento. Llenaban la calle en toda su anchura, y aquella larga masa de soldados armados discurría por entre altas casas de seis pisos embadurnadas de betún.

Detrás de sus rejas de hierro ó de sus celosías, las mujeres, cubierta la cabeza con un velo, miraban pasar los bárbaros en silencio.

Las terrazas, las fortificaciones, las murallas desaparecían bajo la muchedumbre cartaginesa vestida con trajes negros. Las túnicas de los marineros, resaltaban como manchas de sangre entre aquella sombría multitud, y algunos niños, casi desnudos, cuya piel brillaba bajo sus brazaletes de cobre, gesticulaban sobre los capiteles de las columnas ó entre las ramas de una palmera. Algunos de los Antiguos estaban en la plataforma de las torres, y admiraba ver de trecho en trecho esos personajes de larga barba y de actitud meditabunda. Aparecían á lo lejos, sobre el fondo del cielo, indistintos como fantasmas, inmóviles como piedras.

Todos se sentían oprimidos por la misma inquietud; tenían miedo que los bárbaros, al verse tan fuertes, quisieran permanecer en la ciudad. Pero marchaban con tanta

confianza, que los cartagineses se envalentonaron y se mezclaron con ellos. Se les hacía mil promesas, se les abrazaba. Algunos les conjuraban á que no abandonasen la ciudad por exceso de hipocresía y de política. Se les echaban perfumes, flores y monedas de plata. Se les entregaba amuletos contra las enfermedades, pero no sin haber escupido tres veces sobre ellos para atraer la muerte, ó encerrado dentro pelos de chacal que producen invencible cobardía. En voz alta se invocaba el favor de Melkarth y en voz baja su maldición.

Seguía luego larga fila de bagajes, de bestias de carga y de rezagados. Los enfermos gemían sobre los dromedarios y otros se apoyaban cojeando en un trozo de pica. Los borrhachines se llevaban cueros de vino, los tragones, grandes trozos de carne, frutas, confituras, manteca envuelta en hojas de higuera y nieve en sacos de tela. Había algunos que llevaban quitasoles y loros sobre el hombro. A otros les seguían dogos, gacelas ó panteras. Mujeres de raza líbica montadas en asnos insultaban á negras que por los soldados abandonaron los lupanares de Malqua; algunas daban de mamar á sus hijos suspendidos contra su pecho por medio de una ancha correa. Los mulos, á los que se agujoneaba con la punta de las espadas, casi no podían con el peso de las tiendas, y cerraban la marcha gran número de criados y de aguadores, demacrados, pálididos por la fiebre, llenos de inmundicia, que eran la espuma de la plebe cartaginesa que seguía á los bárbaros.

Cuando hubieron pasado, se cerraron las puertas tras ellos y el pueblo no bajó de las murallas. El ejército se esparció y llenó bien pronto toda la anchura del istmo.

Se dividió en masas desiguales. Al alejarse, las lanzas aparecieron como altas briznas de yerba. Luego todo desapareció entre densa polvareda. Los soldados que se volvían para mirar á Cartago, sólo veían sus largas murallas, recortando sobre el azul del cielo sus almenas vacías.

Entonces los bárbaros oyeron un gran clamor, creyeron

que algunos de los suyos que se habían quedado en la ciudad, se entretenían en saquear el templo. Aquella idea les hizo soltar grandes carcajadas, y luego continuaron su marcha.

Sentíanse contentos, al verse todos como en otro tiempo, marchando juntos por sembrados y campos. Los griegos cantaban la antigua canción de los mamertinos:

— «Con mi lanza y mi espada labro y cosecho; yo soy el amo de la casa. El hombre desarmado cae á mis rodillas y me llama Señor y Gran-Rey.»

Gritaban, saltaban y los más alegres contaban anécdotas; se había acabado la miseria. Al llegar á Túnez, algunos advirtieron que faltaba un grupo de honderos baleares. De fijo que no estaban lejos; nadie pensó más en ellos.

Unos se alojaron en las casas, otros acamparon al pie de las murallas, y los habitantes de la ciudad comparecieron para hablar con los soldados.

Durante toda la noche se vió que ardían hogueras á lo lejos, hacia el lado de Cartago; aquellas luces se reflejaban en el lago como antorchas gigantesca.

Nadie podía decir en el ejército á cuento de qué venían estas hogueras.

Los bárbaros al día siguiente atravesaron una campiña muy bien cultivada. Las quintas de los patricios se alineaban junto al camino; regueros de agua corrían entre los bosques de palmeras; los olivos, trazaban largas líneas de color verde gris; vapores rosados flotaban en las gargantas de las colinas, y altas montañas azules cerraban el horizonte. Soplabá un viento cálido. Por las anchas hojas de los cactus se arrastraban los camaleones. Los bárbaros andaban cada vez más lentamente.

Marchaban en destacamentos aislados que se seguían unos á otros, dejando entre sí largos intervalos. Comían racimos en los linderos de las viñas. Se tendían en la hierba y miraban con estupor los grandes cuernos de los bue-

yes, artificialmente retorcidos, las ovejas, recubiertas de pieles para proteger sus vellones, los surcos que se entrecruzaban formando romboides, las rejas de los arados parecidas á anclas de navío y los granados que se regaban con silphio. Aquella fecundidad del suelo y aquellos inventos les deslumbraban.

Por la noche se echaron sobre las tiendas sin desplegarlas, y al dormirse de cara á las estrellas soñaron con el festín de Hamilcar. Al día siguiente se detuvieron á la vista de un río entre plantíos de laurel rosa. Tiraron sus lanzas, sus escudos y sus cinturones, se lavaban lanzando alegres gritos, mientras otros bebían, echados de bruces entre las bestias de carga que dejaban caer sus bagajes.

Spendio, sentado sobre un dromedario que robó en los parques de Hamilcar, advirtió de lejos á Matho, que con el brazo en cabestrillo, desnuda la cabeza é inclinada, hacía beber á su mulo contemplando como se deslizaba el agua. Corrió rápidamente á través de la multitud llamándole:

— ¡Amol! amol!

Matho no le hizo caso; pero Spendio, á pesar de ello, le siguió, y de cuando en cuando volvía sus miradas inquietas hacia el Cabo de Cartago.

Era el hijo de un profesor griego y de una prostituta campaniana. Enriquecióse al principio vendiendo mujeres; luego, arruinado por un naufragio, hizo la guerra contra los romanos con los aldeanos de Saninio. Le aprisionaron y se escapó; le aprisionaron de nuevo, y entonces trabajó en las canteras, se tostó en las estufas, gritó entre suplicios, fué esclavo de muchos amos, y conoció todas las miserias. Un día, desesperado, se lanzó á la mar desde lo alto del trirreme en que remaba. Los marineros de Hamilcar le recogieron moribundo, y le llevaron á Cartago, donde fué encerrado en el ergástulo de Megara. Pero como se debía devolver á Roma sus tráfugas, aprovechando el desorden huyó con los soldados. Durante todo el camino

permaneció cerca de Matho; le trafa comida, le sostenía para bajar del caballo, y por la noche ponía un tapiz bajo su cabeza.

Matho acabó por conmovirse al ver tanta solicitud, y á su vez contó al esclavo su vida.

Había nacido en el golfo de las Sirtes. Su padre le condujo en peregrinación al templo de Ammón. Después casó elefantes en las selvas de los garamantos, y al cabo se alistó en las filas de los cartagineses. Le nombraron tetrarca en la toma de Drepano. La República le debía cuatro caballos, veintitrés medidas de trigo, y el sueldo de un invierno. Creía en los dioses y anhelaba morir en su patria.

Spendio le habló de sus viajes, de los pueblos y de los templos que había visto. Sabía hacer sandalias, chuzos, redes, domesticar animales feroces y cocer pescados.

A veces, interrumpiéndose, lanzaba un ronco grito. El mulo de Matho aceleraba su marcha; los otros se apresuraban para seguirle, y sin cesar Spendio gritaba agitado por su angustia. Se calmó por fin á la tarde del cuarto día.

Marchaban uno al lado del otro, á la derecha del ejército por la ladera de una colina; la llanura en lo hondo se prolongaba hasta confundirse con los vapores y sombras de la noche. Las líneas de los soldados que desfilaban á sus pies, producían ondulaciones en la sombra. De cuando en cuando pasaban por eminencias alumbradas por la luna, y entonces una chispa brotaba de la punta de las picas, centelleaban los cascos durante un instante, y todo desaparecía para volver á aparecer continuamente. A lo lejos los rebaños balaban al despertar, y algo de una dulzura infinita parecía bajar sobre la tierra.

Spendio, con la cabeza echada atrás y los ojos entornados, aspiraba con ansia la frescura de la brisa. Abría los brazos y movía los dedos, para apreciar mejor aquella caricia tibia que envolvía su cuerpo. Soñaba con transporte en que al fin podía vengarse. Apreté su mano contra la

boca para detener sus sollozos, y embriagado por sus esperanzas soltó las bridas del dromedario, que avanzaba á pasos regulares. Matho volvía á caer en su tristeza; sus piernas colgaban hasta el suelo, y las yerbas, al rozar con sus coturnos, producían un silbido continuo.

El camino se alargaba indefinidamente. Al extremo de una llanura se llegaba á una meseta circular, luego se bajaba á un valle, y las montañas que parecían cerrar el horizonte como que cambiaban de sitio deslizándose á la aproximación de los soldados. De cuando en cuando aparecía un río bordeado de altos árboles, y después desaparecía tras la colina. A veces surgía una roca colosal parecida á la proa de un buque, ó al pedestal de alguna esfinge derrocada. A intervalos regulares se encontraban unos templetos cuadrados que servían de estaciones á los peregrinos que iban á Sicca. Estaban cerrados como tumbas. Los libios, para hacerse abrir, daban fuertes golpes en la puerta. Nadie les contestaba.

El terreno estaba cada vez menos cultivado. Empezaban las extensiones de arena erizadas de matas espinosas. Rebaños de carneros pacían entre las piedras; una mujer con la túnica ceñida por un cinturón azul cuidaba de ellos. En cuanto vió entre las rocas las lanzas de los soldados, huyó lanzando agudos gritos.

Marchaban los mercenarios por un camino hondo, limitado por dos cadenas de montículos rojizos, cuando un olor nauseabundo hirió su olfato, les pareció ver en lo alto de un árbol alguna cosa extraordinaria. Una cabeza de león se elevaba por encima de las hojas. Corrieron hacia allí. Era un león atado por sus cuatro miembros como un criminal. Su enorme cabeza caíale sobre el pecho, y sus dos patas anteriores, que casi desaparecían bajo su abundante melena, estaban abiertas como las alas de un ave. Sus costillas se marcaban bajo su piel tensa; sus patas posteriores estaban clavadas una sobre otra; y un hilo de negra sangre corriendo entre su pelo, había formado esta-

lactitas al final de la cola, que pendía recta á lo largo de la cruz.

Los soldados se divertieron á su vez; le llamaron cónsul y ciudadano de Roma y le lanzaron piedras á los ojos para espantar los moscardones.

Cien pasos más lejos vieron otros dos, y luego, de repente, apareció una larga fila de cruces con leones. Unos estaban muertos desde tanto tiempo antes, que sólo quedaban pegados al leño despojos de sus esqueletos; otros, medio podridos, retorcían la cabeza y contraían la boca con horribles visajes; había algunos enormes; el árbol de la cruz se doblegaba bajo su peso, y se balanceaban á impulsos del viento, mientras sobre sus cabezas, bandadas de cuervos revoloteaban sin detenerse jamás. Así se vengaban los aldeanos cartagineses cuando cazaban algún animal feroz; esperaban que el ejemplo aterrorizaría á los demás.

Los bárbaros, recobrando su seriedad, se asombraron. «¿Qué pueblo es este, —pensaban,— que crucifica á los leones?»

Los hombres del Norte se sentían inquietos, turbados y medio enfermos. Sus manos se desgarraban contra las espigas de los álces; grandes mosquitos zumbaban á sus oídos, y la disentería empezaba á diezmar el ejército. Se asustaban al ver que Sicca no aparecía. Tenían miedo de perderse y de desembocar en el desierto, la región de las arenas y los terrores; muchos se negaban á andar más, y otros tomaron la vuelta de Cartago.

Al séptimo día, después de seguir durante mucho trecho la falda de una montaña, el camino torció bruscamente á la derecha.

Entonces apareció una línea de murallas, cimentada sobre blancas rocas y confundiéndose con ellas. De repente se vió la ciudad entera: velos azules, amarillos y blancos se agitaban sobre las murallas á la luz del sol poniente.

Eran las sacerdotisas de Tanit que acudían para recibir á los hombres. Estaban alineadas á lo largo del parapeto,

golpeando tamboriles, sonando las liras, sacudiendo los crótalos, y los últimos destellos del sol que se ocultaba tras los montes de Numidia, pasaban entre las cuerdas de las arpas ceñidas por sus brazos desnudos. Los instrumentos callaban de repente á intervalos y estallaba un grito estridente, precipitado, furioso, continuo, que era como un aullido que lanzaban los jóvenes moviendo la lengua hacia ambos lados de la boca. Otras permanecían recostadas con la barba en la mano, y más inmóviles que esfinges, fijaban sus grandes ojos negros sobre el ejército que subía.

Aun cuando Sicca era una ciudad sagrada, no podía contener tal multitud; el templo, con sus dependencias, ocupaba la mitad del recinto; á causa de ello, los bárbaros acamparon en la llanura, los que estaban disciplinados en formación correcta, los otros por naciones, ó siguiendo su capricho.

Los griegos alinearon en filas paralelas sus tiendas de pieles; los iberos dispusieron en círculo sus pabellones de tela; los galos construyeron barracas de madera; los libios cabañas de piedra sin cemento, y los negros abrieron en la arena con sus uñas fosos para dormir. Muchos, no sabiendo donde ponerse, erraban por entre los bagajes, y por la noche dormían en el suelo envueltos en sus desgarrados mantos.

La llanura se extendía á su alrededor, ceñida por un círculo de montañas. Aquí y allá, una palma se inclinaba sobre la arena; pinos enanos y robles crecían á la orilla de los precipicios. Algunas veces, una tempestad caía sobre montañas y colinas, como de un desmedido cielo, mientras la llanura permanecía cubierta de azul y de serenidad. Luego un viento tibio levantaba torbellinos de

polvo, y un torrente bajaba espumajeando desde las alturas de Sicca, donde se levantaba, con su techumbre de oro sostenida por columnas de jaspe, el templo de la Venus cartaginesa, dominadora de la comarca. Parecía dominarla con su alma. Con aquellas convulsiones del suelo, aquellas alternativas de temperatura y aquellos juegos de luz, manifestaba la extravagancia de su fuerza y la belleza de su eterna sonrisa. Las montañas tenían la forma de una media luna en su cima; otras parecían pechos de mujeres, mostrando sus senos hinchados, y los bárbaros sentían un cansancio lleno de delicias.

Spendio, con el dinero que obtuvo de la venta de su dromedario, compró un esclavo. Durante todo el día dormía delante de la tienda de Matho; á veces se despertaba sobresaltado creyendo sentir el silbido del látigo; entonces, sonriendo, contaba con sus dedos las cicatrices de sus piernas, en el sitio mismo en que los hierros le habían sujetado, y luego volvía á dormirse.

Matho aceptaba su compañía, y Spendio, que llevaba una larga espada, escoltábale como un licitor cuando salía.

Una noche, en que atravesaban juntos las avenidas del campamento, vieron á unos hombres cubiertos con mantos blancos. Entre ellos estaba Narr' Havas, príncipe de los nómadas. Matho se estremeció.

— ¡Tu espada! — exclamó, — ¡quiero matarle!

— Aun no, — dijo Spendio deteniéndole. Narr' Havas se adelantaba hacia él.

Bajó los dos pulgares en señal de alianza, achacando á la embriaguez su acceso de cólera. Luego habló mucho contra Cartago, pero no dijo qué objeto le llevaba entre los bárbaros.

Era para traicionarles ó para traicionar á la República. Spendio trataba en vano de inquirirlo, pero como contaba aprovechar todos los desórdenes que se produjeran, agra-

decía á Narr' Havas las futuras perfidias de que le creía capaz.

El jefe de los nómadas permaneció entre los mercenarios. Parecía buscar la amistad de Matho. Le enviaba cabras cabadas, polvo de oro y plumas de avestruz; el libio, asombrado de aquellas atenciones, no sabía si aceptarlas ó rechazarlas.

Spendio le tranquilizaba, y Matho se dejaba guiar por el esclavo, irresoluto y como dominado por invencible pereza, á modo de aquellos que han bebido un veneno que poco á poco les roe las entrañas.

Una mañana que salieron para cazar leones, Narr' Havas escondió un puñal bajo su manto. Spendio le siguió continuamente y volvieron al campamento sin que aquel puñal brillase.

Otra vez, Narr' Havas le arrebató hasta muy lejos, hasta los límites de su reino; llegaron hasta una estrecha garganta. Narr' Havas, sonriendo, declaró no conocer el camino. Spendio lo encontró.

A menudo, Matho, melancólico como un augur, al despuntar el alba iba solo á pasear por la campiña. Se tendía sobre la arena y permanecía inmóvil hasta la noche.

Consultó uno tras otro á todos los adivinos del ejército, á los que observan la marcha de las serpientes, á los que leen en las estrellas, á los que soplan sobre las cenizas de los muertos.

Tragó gálbano, seseli y el veneno de las víboras que hiela el corazón. Mujeres negras cantando palabras bárbaras á la luz de la luna, le pincharon la piel de la frente con estiletes de oro; se cargó de collares y amuletos; invocó á Baal Khamon, Moloch, los siete Cabiros, Tanit y la Venus griega. Grabó su nombre en una placa de cobre y la hundió en la arena en el umbral de su tienda. Spendio le veía gemir y hablar á solas.

Una noche entró. Matho, desnudo como un cadáver, estaba tendido de bruces sobre una piel de león, con el ros-

tro entre las manos; una lámpara suspendida alumbraba sus armas colgadas sobre su cabeza en el mástil de la tienda.

—¿Sufres?—le dijo el esclavo,—¿qué quieres? contéstame. Y le sacudió cogiéndole por el hombro y llamándole muchas veces: ¡amol! ¡amol!

Matho, le miró al cabo con sus ojos grandes y velados.

—¡Oye!—dijo en voz baja,—¡los dioses me castigan! ¡la hija de Hamílcar me persigue! ¡tengo miedo, Spendio! Y se apretaba contra su pecho como un niño asustado por un fantasma.—¡Háblame! ¡estoy enfermo! ¡quiero curar! ¡Todo lo he probado! ¿Sabes acaso algún dios más fuerte, ó alguna invocación irresistible?

—¿Para qué?—preguntó Spendio.

Golpeándose la cabeza con sus puños, Matho contestó:

—¡Para alejarla!

Luego, como hablando consigo mismo, decía:

—Sin duda soy la víctima de algún holocausto que ella ha prometido á los dioses... me tiene encadenado por una cuerda invisible. Cuando yo camino es que ella adelanta; cuando me detengo, es que ella reposa. Sus ojos me quemán, oigo su voz, me rodea, me penetra. Me parece que esa mujer se ha convertido en mi alma. Y sin embargo, hay entre nosotros dos las olas invisibles de un océano sin límites. ¡Cuán lejana, y cuán inaccesible! El esplendor de su belleza la rodea de un nimbo de luz, y á veces creo que jamás la he visto... que no existe... que todo eso es un sueño!

Así, Matho lloraba en las tinieblas, los bárbaros dormían.

Spendio, mirándole, recordaba á los jóvenes que, en otro tiempo, le suplicaban cuando paseaba por las ciudades su rebaño de cortesanas. Sintió piedad y dijo:

—¡Sé fuerte, amo mío! ¡Llama á tu voluntad, y no imploras á los dioses, pues éstos no hacen caso de los gritos

de los hombres! ¡Lloras como un cobardel! ¿No te humilla que una mujer te haga padecer tanto?

—¿Soy acaso un niño? ¿Crees que me enternecen todavía sus rostros y sus canciones? En Drepano, teníamos muchas para limpiar nuestros establos. He violado á algunas en los asaltos, bajo los techos que se derrumbaban, y cuando la catapulta vibraba todavía. ¡Pero esta, Spendio, está!...

El esclavo le interrumpió:

—¡Si no fuera la hija de Hamílcar!...

—No, —gritó Matho.—No se parece á las hijas de los demás hombres. ¿Has visto sus grandes ojos bajo sus cejas, como soles bajo arcos de triunfo? Acuérdate: cuando ella apareció, palidicieron las antorchas. Entre los diamantes de su collar, brillaban mucho más que las piedras, los espacios de su piel desnuda; dejaba al pasar como el aroma de un templo, y de su sér emanaba algo que era más suave que el vino, y más terrible que la muerte.

Calló un instante, con la cabeza baja, las pupilas fijas.

—¡La quiero! ¡la necesito! ¡muero por ella! Al pensar que puedo estrecharla entre mis brazos un furor de locura me arrebató, y sin embargo, la odio, Spendio. ¡Quisiera pegarle! ¿Qué hacer? Ganas me dan de venderme para convertirme en su esclavo. ¡Tú lo has sido! ¡Tú podías verla, hablarme de ella! ¿Todas las noches sube á la terraza de su palacio? ¡Ah! las piedras deben estremecerse bajo sus sandalias y las estrellas inclinarse para verla.

Cayó bramando como un toro herido.

Luego Matho cantó: «Persiguió en la selva al monstruo hembra cuya cola ondulaba sobre las hojas muertas, como un rayo de plata.» Y atiplando su voz, trataba de imitar la de Salarabó, mientras sus manos hacían los movimientos que viera ejecutar á las de aquella.

Quiso después aturdirse con vino. Después de sus borracheras, estaba más triste aún. Trató de distraerse echando las tabas, y perdió una por una, las placas de oro de su

collar. Se dejó conducir junto á las sacerdotisas de las diosas, pero bajó la colina sollozando como el que vuelve de un funeral.

Spendio, por lo contrario, era cada vez más atrevido, y estaba más alegre. Se le veía entre los soldados bebiendo y bromeando de continuo. Componía las corazas abolladas. Jugaba con puñales. Iba al campo á recoger hierbas para los enfermos. Era gracioso, decidior, parlanchín y diestro. Los bárbaros se acostumbraron á sus servicios y le estimaban.

En vano esperaban éstos un embajador de Cartago que les trajera sobre recua interminable de mulos, cestas repletas de oro; y de continuo calculaban lo que debían cobrar, trazando con sus dedos cifras en la arena.

Cada cual pensaba como se las arreglaría; tendrían concubinas, esclavos, tierras. Otros, anhelaban esconder su tesoro, ó arriesgarlo en expediciones marítimas. Pero á causa de la ociosidad continuada, estallaban muchas disputas entre infantes y jinetes, entre bárbaros y griegos.

Cada día llegaban al campamento, muchos hombres casi desnudos con la cabeza envuelta en hierbas, para evitar los rayos del sol. Eran los deudores de los cartagineses, obligados á labrar sus tierras, que se escapaban de la dominación odiosa. También afluían libios, aldeanos arruinados por los impuestos, desterrados, malhechores.

Todos abominaban de la República. Spendio más que nadie. Se hablaba de marchar en masa contra Cartago y llamar á los romanos.

Una noche, á la hora de la cena, se oyó un rumor que cada vez se acercaba más, y á lo lejos, se vió una masa roja que adelantaba entre las ondulaciones del terreno.

Era una gran litera de púrpura que ostentaba en los ángulos ramilletes de plumas de avestruz; guirnaldas de perlas adornaban sus ventanas cerradas. La seguían muchos

camellos, que hacían sonar la gran esquila colgada de su cuello, y cerca de ellos, galopaban muchos jinetes con armadura de escamas de oro que les cubrían desde los talones hasta los hombros.

Se detuvieron á trescientos pasos del campamento, para sacar de los estuches que llevaban á la grupa su escudo redondo, su ancha espada, y su casco á la beocia. Algunos permanecieron con los camellos, los otros continuaron adelantando. Al cabo de pocos momentos, aparecieron las armas de la república, es decir los palos de madera azul, terminados en cabezas de caballo y en piñas de pino.

Los bárbaros se levantaron todos aplaudiendo; las mujeres se precipitaron hacia los guardias de la Legión y les besaban los pies.

La litera adelantó llevada por doce negros, que marchaban á pasos cortos y rápidos. No podían adelantar en línea recta, porque se oponían á su marcha las cuerdas de las tiendas, los tripodes y los animales domésticos que en gran número corrían sueltos por el centro del campamento. A veces una mano carnosa, llena de sortijas, entreabría las cortinillas; una voz ronca vomitaba injurias; entonces los portadores se detenían, y después, cambiaban de dirección.

Las cortinas de púrpura se levantaron, y se vió sobre un amplio cojín una cabeza humana impasible y abotagada. Las cejas, formaban como dos arcos de ébano unidos por los extremos; lentejuelas de oro centelleaban entre su pelo lanoso, y el rostro era tan pálido que parecía embadurnado con polvos de mármol. El resto del cuerpo desaparecía bajo las pieles que llenaban la litera.

Los soldados reconocieron el hombre tendido al suffeta Hannon, el que había contribuido por su torpeza, á la pérdida de la batalla de las islas Agates; en cuanto á su victoria, de Hecatómpylos sobre los libios, si había demostrado clemencia, era por avaricia, según pensaban los bárbaros, pues había vendido por su cuenta todos los cautivos.

vos, habiendo dicho á la República que les había matado. Después de escoger sitio á propósito para arengar á los soldados, hizo una señal; la litera se detuvo, y Hannon, sostenido por dos esclavos, bajó al suelo tambaleándose.

Llevaba botas de fieltro negro adornadas con lunas de plata. A sus piernas arrollábanse cintas parecidas á las de las momias, dejando escapar á trechos las carnes flácidas. Su vientre sobresalía de la túnica corta de color escarlata que le llegaba á los muslos. La papada caía hasta su pecho y su túnica pintada de flores, parecía estallar en los sobacos. Llevaba una banda, un cinturón y un ancho manto negro de dobles mangas. La riqueza de su traje, su gran collar de piedras azules, sus broches de oro y sus pesados aretes, hacían más asquerosa su deformidad. Hubiérase dicho que era un ídolo rechoncho mal cortado de un bloque de piedra, pues una pálida lepra extendida sobre todo su cuerpo le daba la apariencia de las cosas inertes. Sin embargo, su nariz, encorvada como el pico de un buitre, se dilataba con violencia para aspirar el aire y sus ojillos pitarrosos brillaban con fulgor duro y metálico. Llevaba en la mano una espátula de oro para rascarse la piel. Dos heraldos soplaron en sus cuernos de plata; cesó el tumulto, y Hannon habló.

Empezó por hacer el elogio de los dioses y de la República; los bárbaros debían felicitarle por haberle servido, mas era preciso mostrarse razonables, pues los tiempos eran malos.

«Si un amo no tiene ni tres aceitunas, ¿no es justo que guarde dos para él?»

El viejo sufeta esmaltaba su discurso con proverbios y apólogos, moviendo la cabeza para solicitar la aprobación.

Hablaba en púnico y los que le rodeaban eran campanianos, griegos y galos, de modo, que nadie le entendía. Hannon lo advirtió, se detuvo, y balanceándose pesadamente sobre una y otra pierna, reflexionó.

Se le ocurrió la idea de convocar á los capitanes; y entonces los heraldos gritaron aquella orden en griego, lengua que, desde Xantippo, se empleaba para las voces de mando en el ejército cartaginés.

Los guardias apartaron á latigazos la turba de soldados; y bien pronto, los capitanes de las falanges y los jefes de las cohortes bárbaras, llegaron ostentando las insignias de su grado y las insignias de su nación. Había cerrado la noche, un gran clamoreo se elevaba en la llanura, aquí y allá brillaban hogueras; todos hablaban preguntándose: «¿Qué hay? ¿por qué no se distribuye el dinero?»

Hannon explicaba á los capitanes las cargas infinitas de la República. Su tesoro estaba agotado. El tributo de los romanos lo aplastaba.

De cuando en cuando se rascaba los miembros con su espátula, ó bien se interrumpía para beber en una copa de plata que le tendía un esclavo, hecha con cenizas de espárragos hervidos en vinagre, luego se limpiaba los labios con una servilleta de color escarlata, y añadía:

—Lo que antes valía un siclo de plata, vale hoy tres shekels de oro, y las tierras sin cultivo, durante la guerra, no producen nada. Nuestras pesquerías de púrpura están casi perdidas, y las perlas cuestan un ojo de la cara; apenas si tenemos bastantes unguentos para el servicio de los dioses. En cuanto á los manjares resultan carísimos. Por falta de galeras, no tenemos especias, y cuesta mucho obtener silphio, á causa de las rebeliones de Cyrene. Sicilia, donde tantos esclavos adquiríamos, se perdió para nosotros. Ayer mismo, por un bañero y cuatro pinches de cocina, di más dinero que en otras ocasiones por un par de elefantes.

Desenrolló una larga tira de papiro, y leyó sin perdonar una sola cifra, todos los gastos que el gobierno había hecho: tanto para reparaciones de templos, como para pavimentar las calles, para la construcción de buques, para las pes-

querías de coral, para las máquinas de las minas en el país de los cántabros.

Pero los capitanes, lo mismo que los soldados, tampoco entendían el púnico, aunque los mercenarios se saludaran en esa lengua.

Los griegos, apretados en sus cinturones de hierro, aguzaban el oído, esforzándose en adivinar sus palabras, mientras los montañeses, semejantes á osos, envueltos en sus pieles le miraban con desconfianza, ó bostezaban apoyados en sus mazas con clavos de cobre. Los galos movían murmurando su cabeza, y los hijos del desierto escuchaban inmóviles bajo sus trajes de lana gris. Cada vez llegaba más gente, los guardias, á quienes la multitud empujaba, tambaleábanse sobre sus caballos. Los negros sostenían ramas de pino inflamadas, y el obscuro cartaginés continuaba su arenga, subido sobre un montículo de césped.

Los bárbaros se impacientaban, se levantaron murmullos, y empezaron á apostrofar á Hannon. Este gesticulaba con su espátala. Los que querían hacer callar á los demás, gritando, aumentaban el barullo.

De repente, un hombre de pobre apariencia, llegó hasta los pies de Hannon, arrancó la trompeta de un heraldo, sopló, y Spendio (pues era él) anunció que iba á decir algo importante.

Al oír aquella declaración, rápidamente repetida en cinco diversas lenguas, griego, latín, galo, libico y balear, los capitanes medio riendo, medio asombrados, contestaron:

—¡Habla! ¡Habla!

Spendio vaciló, temblaba; por fin, dirigiéndose á los libios que eran los más numerosos dijo:

—¡Todos habéis oído las horribles amenazas de este hombre!

Hannon no replicó porque no comprendía el libio; y para continuar el experimento, Spendio repitió la misma frase en los demás idiomas de los bárbaros.

Le miraron asombrados; luego, todos como por un acuerdo tácito, creyendo quizá haber comprendido, bajaron la cabeza en señal de asentimiento.

Entonces Spendio empezó con voz vehemente:

—¡Ha dicho que los dioses de los demás pueblos, no eran si no quimeras ante los dioses de Cartago! ¡O! ha llamado cobardes, ladrones, embusteros, perros é hijos de perras! La República, ha dicho, no se vería obligada á pagar, á no ser por vosotros, el tributo de los romanos; vuestros desórdenes han hecho que se hayan acabado las provisiones de perfumes, de aromas, de esclavos y de silphio, pues estáis de acuerdo con los nómadas, en la frontera de Cyrene. ¡Los culpables serán castigados! Ha leído la enumeración de sus suplicios; se les hará trabajar en empedrar las calles, en armar navíos, y á los demás, se les enviará á abrir las entrañas de la tierra en Cantabria.

Spendio dijo las mismas cosas á los griegos, á los campanios, á los baleares; reconociendo muchos de los nombres propios que habían herido sus oídos. Los mercenarios quedaron convencidos de que reproducía exactamente el discurso del sufeta. Algunos le gritaron:

—¡Mientes!

Las voces se perdieron en el tumulto que levantaban las otras. Spendio añadió:

—¿No habéis visto que ha dejado fuera del campamento una reserva de sus ginetes? A una señal suya, acudirán para matarnos á todos.

Los bárbaros se volvieron hacia aquel lado, y como la multitud se apartaba entonces, apareció en el centro de ella, adelantándose con la lentitud de un fantasma, un sér humano, encorvado, demacrado, enteramente desnudo, y oculto hasta la cintura por largos cabellos entremezclados con hojas secas, polvo y espinas. Llevaba alrededor de la cintura y de las rodillas trenzas de paja y harapos de tela. Su piel, blanda y terrosa, colgaba sobre sus huesos como pingajos de unas ramas secas; sus manos

temblaban con estremecimiento continuo y caminaba apoyándose en un palo de olivo.

Llegó junto á los negros que sostenían las antorchas. Una especie de mueca de idiota descubría sus encías pálidas. Sus grandes ojos asombrados recorrían las filas de los bárbaros que le rodeaban.

Pero, lanzando un grito de espanto, se echó hacia atrás tapándose con los cuerpos de aquellos. Balbuceaba: «¡Helos aquí! ¡Helos aquí!» señalando á los guardias del sufeta inmóviles dentro de sus relucientes armaduras. Sus caballos piafaban deslumbrados por la luz de las antorchas, que chisporroteaban en las tinieblas: el espectro humano se agitaba y gritaba:

— ¡Ellos les han matado!

Al oír aquellas palabras que vociferaba en balear, sus compatriotas llegaron y le reconocieron; sin contestarles repetía:

— ¡Si, todos muertos, todos! ¡Aplastados como pasas! ¡Cuán fuertes eran! ¡Los honderos! ¡Mis compañeros, los vuestros!

Se le hizo beber vino y lloró, luego, volvió á hablar.

Spendio no pudo contener su alegría; explicando á los griegos y á los libios el hecho que contaba Zaxas, no podía creer en él de puro contento. Los balears palidecían al saber como habían muerto sus compañeros.

Era una tropa de trescientos honderos, desembarcados la víspera, que aquel día durmieron demasiado. Cuando llegaron á la plaza de Khamón, los bárbaros habían marchado, y ellos estaban sin defensa, pues sus balas de arcilla se habían cargado con los demás bagajes. Se les dejó penetrar en la calle de Sathab hasta la puerta de encina chapeada de cobre. Entonces el pueblo se lanzó contra ellos con irresistible impulso.

En efecto, los soldados recordaron un gran grito; Spendio, que huía á la cabeza de las columnas, no le había oído.

Los cadáveres fueron colocados entre los brazos de los dioses Pataicos que rodeaban el templo de Khamón. Se les echó en cara todos los crímenes de los Mercenarios. Su gula, sus robos, sus impiedades, sus desdenes, y la muerte de los peces en el jardín de Salammbó.

Sus cuerpos sufrieron infames mutilaciones; los sacerdotes quemaron sus cabellos para atormentar su alma. Se les colgó en pedazos en las tiendas de los carniceros; algunos llegaron á morder aquellas carnes; y por la noche, para ocultar aquella iniquidad, ardieron grandes piras en las encrucijadas.

Aquellas eran las llamas que habían visto los soldados, á lo lejos, reflejarse en el agua del lago. Pero habiéndose incendiado algunas casas, echaron por encima de las murallas los cadáveres y los agonizantes; Zaxas permaneció hasta el día siguiente entre los cañaverales de las orillas del lago; luego se alejó á campo traviesa en pos del ejército, siguiendo las huellas impresas en el polvo.

Por la mañana se ocultaba en las cavernas, y por la noche se ponía de nuevo en marcha, cubierto de sangrientas llagas, hambriento, enfermo, viviendo de raíces y de carroñas. Al cabo, un día vió relucir las lanzas á lo lejos, y las siguió, á pesar de que su razón estaba turbada á fuerza de terrores y de miserias. La indignación de los soldados, contenida mientras habló el balear, estalló como una tempestad; querían asesinar á los guardias y al general. Algunos se interpusieron diciendo que era mejor oírle y saber si se les pagaría. Entonces todos gritaron: «¡El dinerol!» Hannon les contestó que lo había traído.

Corrieron á las avanzadas y pronto todo el equipaje del sufeta llegó á sus pies, empujado por los bárbaros. Sin esperar á los esclavos, rompieron correas, y destrozaron cestas. Encontraron trajes preciosos, esponjas, rascadores, cepillos, perfumes y punzones de antimonio para pintarse los ojos.

Todos aquellos objetos pertenecían á los guardias, que

eran hombres ricos acostumbrados á aquellas delicadezas.

Después se encontró, sobre un camello, un gran cubo de bronce; pertenecía al sufeta que se bañaba en el camino, pues había tomado toda suerte de precauciones, hasta la de llevarse en jaulas comadrejas de Hecatómpylos que se quemaban vivas para hacer la tisana.

Como su enfermedad le daba gran apetito, llevaba gran cantidad de víveres y vino, salmuera, pescados con miel, grasa de ganso derretida y recubierta de nieve y paja desmenuzada. La provisión era considerable. A medida que abrían las cestas y aparecían aquellos manjares, resonaban formidables carcajadas.

En cuanto á dinero, no había sino dos grandes cofres de esparto; en uno de ellos había discos de cuero de los que la República se servía para ahorrar el numerario; y como los bárbaros parecieron sorprendidos, Hannon declaró que siendo sus cuentas muy embrolladas, los Antiguos no habían tenido espacio para examinarlas. Se les enviaba aquello á cuenta. Entonces todo fué removido, mulos, criados, litera, bagajes, provisiones.

Los soldados tomaron las monedas de las sacos para lapidar á Hannon. Con gran trabajo pudo subir á un asno y huyó agarrándose á las crines, lanzando alaridos, llorando y llamando la maldición de todos los dioses sobre el ejército.

Su ancho collar de pedrería, saltando, llegaba hasta su frente y orejas y le cegaba.

Mordía con los dientes su largo manto que arrastraba y desde lejos los bárbaros le gritaban:

— ¡Vete, cobarde! ¡marran! ¡loaca, Moloch! depuda tu oro y tu peste! ¡Aprisa, más aprisa! La escolta, aterrorizada, galopaba junto á él, pero el furor de los bárbaros no se apaciguó. Recordaron que muchos de ellos que marcharon á Cartago, no habían vuelto; les habían matado sin duda.

Tanta injusticia, les exasperó, y arrancaron los palos de las tiendas, y arrollaron sus mantos y ensillaron sus caballos; cada cual tomó su casco y espada, y en un instante todos estuvieron prestos. Los que no tenían armas se lanzaron á los bosques para proveerse de palcos.

Amanecía; los habitantes de Sicca, despertados por el ruido, se agitaban en las calles. «Van á Cartago», decía, y aquel rumor se extendió por la comarca entera. De cada sendero de cada barranco, surgían hombres, los pastores, bajaban corriendo de las montañas. Cuando los bárbaros hubieron partido, Spendio recorrió la llanura montado sobre un caballo púnico, llevando con él á su esclavo que conducía de la brida un tercer caballo.

Una sola tienda estaba en pie.

Spendio entró en ella.

— ¡Levántate, amol! ¡levántate! ¡nos marchamos!

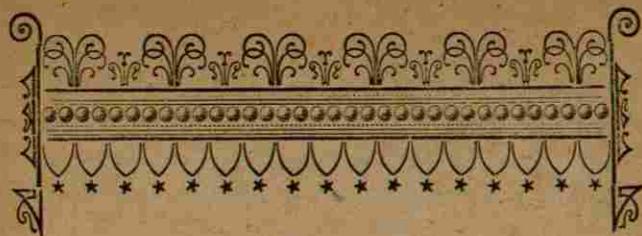
— ¿Dónde vais?— preguntó Matho.

— ¡A Cartago!— gritó Spendio.

Matho montó de un salto en el caballo que el esclavo tenía junto á la puerta.

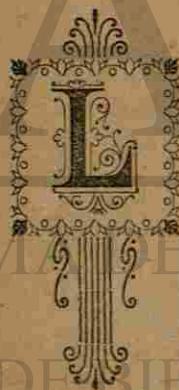


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



III

Salammbó



LEVANTÁBASE la luna al ras de las olas y sobre la ciudad, aun envuelta en tinieblas, brillaban puntos luminosos: la lanza de un carro en un patio, el collar de oro en el pecho de un Dios, un adorno cualquiera en los tímpanos de los templos. Las bolas de cristal de los techos de éstos resplandecían aquí y allá como gruesos diamantes. Pero en cambio, ruinas, montones de tierra negra y la verdura de los jardines semejaban á manchas oscuras más negras que las tinieblas, y más allá de Malqua, las redes de los pescadores

tendidas de una en otra casa, parecían gigantescos murciélagos desplegando sus alas. Solo se oía el ruido de las ruedas hidráulicas que subían el agua al último piso de los palacios; en el centro de las terrazas, los camellos descansaban tranquilamente con las patas replegadas bajo el vientre, á modo de avestruces. Los porteros, dormían en la calle atravesados ante las puertas; la sombra de los colosos se alargaba en las desiertas plazas; á lo lejos la humareda de un sacrificio que aun ardía se escapaba por entre las tejas de bronce y la brisa pesada, traía entremezclados con los perfumes de plantas aromáticas las emanaciones marinas, y la exhalación de las murallas que despedían en aquella hora el calor que les prestó el sol. Alrededor de Cartago resplandecían las sombras inmóviles, pues la luna alumbraba con sus rayos el golfo rodeado de montañas y el lago de Túnez, donde los fenicopteros entre los bancos de arena, formaban largas rayas rojas mientras que más allá, junto á las catacumbas la gran laguna salada relucía como un trozo de plata. La bóveda del cielo azul, se hundía en el horizonte limitada á un lado por la polvareda de las llanuras y del otro por las brumas del mar, y en la cima de la Acrópolis, los cipreses piramidales que rodeaban el templo de Eschmim se balanceaban y murmuraban como las olas que batían lentamente la playa al pie de los muros.

Salammbó subió á la terraza de su palacio sostenida por una esclava que llevaba en una fuente carbones encendidos.

En el centro de la terraza había un lecho de marfil, cubierto de pieles de lince con cogines de plumas de loro, animal fatídico consagrado á los Dioses y en los cuatro ángulos, se elevaban altos pebeteros, llenos de nardo, incienso, cinamomo y mirra. El esclavo encendió los pebeteros. Salammbó miró la estrella polar; saludó lentamente los cuatro puntos cardinales, y se arrodilló sobre el polvo de azur sembrado de estrellas de oro á imitación del fir-

mamento. Luego, con los codos pegados á los costados, los antebrazos rectos, y las manos abiertas echando atrás la cabeza bajo los rayos de la luna dijo:

— ¡Oh Rabbetnal... ¡Raabet!... ¡Tanit!...—Y su voz sonaba de un modo plañidero como haciendo un llamamiento.— ¡Anaitis! ¡Astarté! ¡Dercetol! ¡Astoreth! ¡Mylitta! ¡Atharal! ¡Elissal! ¡Tirathal! por los símbolos ocultos, por los sistros sonoros, por los surcos de la tierra, por el eterno silencio y por la fecundidad eterna dominadora del mar tenebroso y de las playas remotas! ¡oh! ¡reina de las cosas húmedas, salud!

Balanceó el cuerpo entero durante dos ó tres veces, y luego cayó hundiéndose la frente en el polvo, con los brazos extendidos.

Su esclava la levantó rápidamente, pues era preciso según los ritos, que alguien arrancara al penitente de su prosternación. Aquello equivalía á decirle que los dioses aceptaban su súplica, y la nodriza de Salammbó cumplía siempre aquel deber piadoso.

Unos mercaderes de Tetulia la trajeron de niña á Cartago, y ni aun después de obtener su libertad, quiso abandonar á sus dueños, como lo probaba su oreja derecha atravesada por un ancho agujero. Unas sayas multicolores caían desde sus caderas hasta los tobillos, ceñidos por dos arcs de estaño. Su rostro, como aplastado, era amarillo como su túnica. Largas agujas de plata formaban un sol detrás de su cabeza. Llevaba en una de las alas de la nariz un botón de coral, y permanecía junto al lecho más erguida que un hermes y con los párpados bajos.

Salammbó se adelantó hasta el extremo de la terraza. Durante un momento, sus ojos recorrieron el horizonte y después se fijaron en la ciudad dormida, y el suspiro que lanzó, levantando los pechos hizo ondular de un extremo á otro la larga simarra blanca que pendía de su cuello sin broche ni cinturón. Sus sandalias de punta retorcida des-

aparecían bajo un montón de esmeraldas, y una redecilla de púrpura encerraba su abundante cabellera.

Levantó la cabeza para contemplar la luna y mezclando á sus palabras fragmentos de himno, murmuró:

«¡Cuán ligeramente ruedas sostenida por el eter palpable! El movimiento que tu agitación produce, engendra los vientos y los rocios profundos. Conforme creces ó decreces, se ensanchan ó disminuyen los ojos de los gatos y las manchas de las panteras. ¡Las esposas claman tu nombre entre los horrores del parto! ¡Tú hinchas las conchas! ¡Por ti hierven los vinos! ¡Tú corrompes los cádáveres! ¡En el fondo del mar las perlas te deben la vida!

»Todos los gérmenes ¡oh, Dios! fermentan en las obscuras profundidades de la humedad. Cuando apareces se esperece una angusta soledad en la tierra; ciérranse las flores, las olas se calman, los hombres fatigados se tienden mostrándote su pecho, y el mundo con sus océanos y sus montes, se mira en tu rostro como en un espejo. Eres blanca, dulce, luminosa, inmaculada, protectora, purificadora, serena!»

El astro se mostraba entonces sobre la montaña de las Aguas Calientes, sobre el corte que separaba sus dos cimas. Debajo de ella, fulguraba una estrella diminuta y tenía en derredor un gran círculo pálido. Salammbó añadió:

«¡Cuán terrible eres, ¡oh, dueña! ¡Tú produces los monstruos, las fantasmas aterradores, los engañosos ensueños; tus ojos devoran las piedras de los edificios y los monos enferman cada vez que te rejuveneces.

»¿A dónde vas? ¿Por qué cambias perpetuamente de forma? Tan pronto curva y recortada te deslizas por los espacios como una galera sin mástiles, como entre las estrellas pareces á un pastor que guarda su rebaño. Fúlgida y redonda, rozas la cima de los montes como la rueda de un carro.

»¡Oh! ¡Tanit! ¿me quieres, verdad? ¡Te he mirado tanto! ¡Pero no! ¡Tú corres en tus dominios de azúr, y yo permanezco sobre la tierra inmóvil! Taanach, toma su neval y púlsalo y pulsa poco á poco la cuerda de plata pues mi corazón está muy triste.»

La esclava levantó una especie de arpa de ébano más alta que ella y triangular como un delta; puso la punta en un globo de cristal y empezó á tocar con ambas manos.

Sucedíanse los sonidos sordos y precipitados como el zumbido de las abejas, y adquiriendo poco á poco mayor sonoridad, huían en alas de la noche con la queja de las olas y el estremecimiento de los grandes árboles en la cima de la Acropolis.

— ¡Cállate! — exclamó Salammbó.

— ¿Qué tienes, ama? La brisa que sopla, la nube que pasa, todo ahora te molesta y agita.

— No sé.

— Las largas oraciones te cansan.

— ¡Oh, Taanach, quisiera disolverme en ellas como una flor en el vino.

— Quizá es el aroma de los perfumes.

— ¡No! — dijo Salammbó; el espíritu de los dioses habita en los perfumes.

Entonces la esclava, le habló de su padre. Se le creía en la comarca del Ambar, más allá de las columnas de Melkarth. «Si no vuelve, le decía, será preciso que escojas un esposo entre los hijos de los Antiguos, y entonces, tus penas se dispararán en brazos de un hombre.»

— ¿Por qué? — preguntó la joven.

Todos los que hasta entonces había visto la causaban horror con sus risas de animal feroz, y sus miembros groseros.

— A veces Taanach, se exhala del fondo de mi sér como un hálito ardiente, más denso que los vapores de un volcán. Oigo voces que me llaman, un globo de fuego, rueda

y sube por mi pecho, me ahoga, voy á morir; y luego, algo suave, corriendo desde la frente hasta los pies, penetra en mi carne... es una caricia que me envuelve, y me siento aplastada como si un Dios se tendiera sobre mí. ¡Ah! quisiera diluirme en la bruma de las noches, en la linfa de las fuentes, en la savia de los árboles, abandonar mi cuerpo, no ser sino un soplo, un rayo y deslizarme, subir hasta tll ¡Oh! ¡Madre!

Levantó sus brazos en alto sacando el pecho é irguiendo el talle, pálida y ligera como la luna. Luego, cayó sobre el lecho de marfil anhelante; pero Taanach le puso un collar de ambar con dientes de delfin para ahuyentar los terrores, y Salammbó dijo con voz casi extinta.

—Ve á buscar á Schahabarin.

Su padre no quiso que entrara en el colegio de las sacerdotisas, ni que se le diera á conocer los ritos de la Tanit popular. La reservaba para alguna alianza que pudiera servir á sus miras políticas. Así es que vivía aislada en el palacio. Su madre había muerto hacía muchos años.

Creció entre abstinencias, ayunos y purificaciones, siempre rodeada de cosas exquisitas y graves, saturado el cuerpo de perfumes y embebida en oraciones el alma. Nunca había probado el vino, ni comido carne, ni tocado bestia inmundada ni puesto los pies en la casa de un muerto. Ignoraba los simulacros obscenos, pues cada dios se manifestaba bajo formas distintas, rindiéndosele á menudo cultos contradictorios, y Salammbó adoraba á la diosa en su aspecto sideral. La influencia de la luna pesaba sobre la virgen, y cuando el astro disminuía languidecía Salammbó. Triste y débil durante el día, se reanimaba por la noche. Durante un eclipse, poco faltó para que muriera.

Pero la Rabbet, celosa se vengaba de aquella virginidad sustraída á sus sacrificios y atormentaba á Salammbó con obsesiones tanto más fuertes, cuanto más vagas eran.

La hija de Hamilcar pensaba en Tanit continuamente.

Sabía todas sus aventuras, conocía todos sus nombres que repetía como si tuvieran para ella una misma significación. A fin de desentrañar las profundidades de su dogma, quería conocer en lo más secreto del templo el antiquísimo ídolo con su manto magnífico del que dependían los destinos de Cartago, pues la idea de un dios no se comprendía con claridad de su representación, y tocar, ó hasta ver su simulacro, era arrancarle parte de su virtud, y en cierto modo dominarle.

Salammbó se volvió. Había reconocido el ruido de las campanillas de oro que Schahabarin llevaba en el extremo de su túnica. El sacerdote subió las escaleras; luego al llegar al umbral de la terraza se detuvo, cruzando los brazos.

Como lámparas sepulcrales, brillaban sus ojos hundidos, su alto y delgado cuerpo, flotaba dentro de su túnica de lino, pesada por los cascabeles que alternaban junto á sus talones con bolas de esmeralda. Tenía los miembros débiles, oblicuo el craneo, puntiaguda la barba; su piel parecía fría y su rostro amarillo, surcado de profundas arrugas, delataba una pena horrible.

Era el sacerdote de Tanit el que educara á Salammbó.

—Habla,—dijo.—¿Qué quieres?

—Esperaba... me habías casi prometido...

Balbuzeaba, se turbó. De repente dijo:

—¿Por qué me desprecias? ¿He olvidado acaso algún rito? Eres mi dueño y me has dicho que nadie como yo comprendía el culto de la diosa. Pero yo veo que guardas secretos para mí. Es verdad, ¡oh padre!

Schahabarin recordó las órdenes de Hamilcar y contestó:

—No, no te oculto nada.

—Un genio,—replicó la joven,—me impulsa á tal amor. He subido las gradas de Eschmun, dios de las plantas y de las inteligencias; he dormido bajo el olivo de oro de Melkarth, patrón de las colonias tirias; empujé las puer-

tas de Baal Khamon, dios de la luz y la fecundidad; he sacrificado á los kabyros subterráneos, á los dioses de los bosques, de los vientos, de los rios y de las montañas, pero todos están harto lejanos, harto elevados, son harto insensibles, ¿comprendes? mientras ella, siento que se mezcla en mi vida, llena mi alma y me estrenezco por internos impulsos, como si la diosa quisiera escaparse. Parece-me que voy á oír su voz, á ver su rostro, y me deslumbran relámpagos fulgurantes, y luego vuelvo á hundirme en las tinieblas.

Callaba el sacerdote. La joven le suplicaba con la mirada.

Al cabo, hizo alejar la esclava que no era de raza cananea, y levantando un brazo en el aire, dijo:

—Antes de los dioses solamente existían las tinieblas, y un soplo pesado é indistinto como la conciencia del hombre flotaba sobre la nada. Se contrajo creando el desierto y la Nube, y del Deseo y de la Nube surgió la Materia primitiva. Era un agua fangosa, negra, helada. Encerraba monstruos insensibles, partes incoherentes, de formas que aun debían nacer, y que están piutadas en los santuarios.

Luego la materia se condensó; se convirtió en un huevo. Se rompió. La mitad formó la tierra, la otra mitad el firmamento. El sol, la luna, los vientos, las nubes, aparecieron, y al estallido del trueno despertaron los seres inteligentes. Entonces Eschmun se extendió por la estrellada esfera; Khamon resplandeció en el sol, Melkarth con sus brazos le empujó hacia Gades; los Kabyrios bajaron á los volcanes, y Rabbetna, semejante á una nodriza, se inclinó sobre el mundo vertiendo su luz como leche, y su noche como un manto.

—¿Y después? —dijo Salambó.

Después le contó el secreto de las vírgenes para distraerla de sus obsesiones; pero el deseo de la virgen des-

perió al oír las últimas palabras y Schahabarim, como cediendo, dijo:

—Suspira y gobierna los amores de los hombres.

—¡Los amores de los hombres! —repitió Salambó como entre sueños.

—Es el alma de Cartago,—continuó el sacerdote,—y aunque alienta en todas partes, aquí es donde habita bajo el velo sagrado.

—¡Padre mío! —exclamó Salambó,—la veré, ¿verdad? ¡Tú me guiarás! hace mucho tiempo que vacilaba. La curiosidad que siento me devora. Piedad, acude en mi auxilio, partamos!

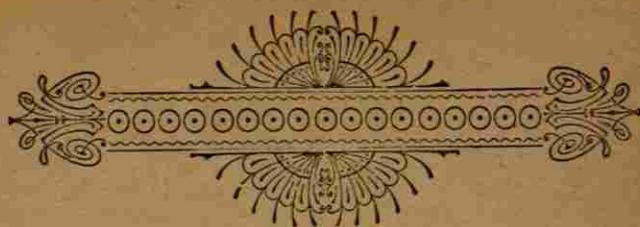
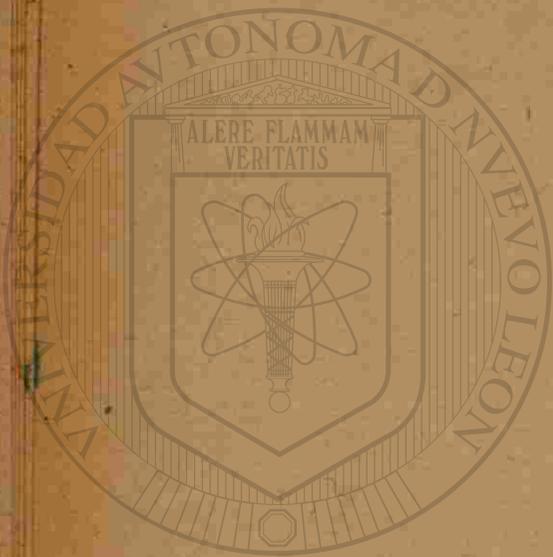
El sacerdote la apartó con un gesto violento y orgulloso.

—¡Jamás! ¿no sabes que es un secreto mortal? Los Baals, hermafroditas, sólo dejan caer sus velos para nosotros solos, hombres por el espíritu, mujeres por la debilidad. Tu deseo es un sacrilegio. ¡Bástete la ciencia que posees!

Cayó de rodillas poniendo ambos dedos índices junto á sus orejas en señal de arrepentimiento. Sollozaba oyendo las palabras del sacerdote, arrebatada á la vez de cólera, de terror y de admiración. Schahabarim permanecía insensible como las piedras del edificio; la miraba temblorosa á sus pies y experimentaba una especie de alegría viéndola sufrir por su divinidad á la que él tampoco podía conocer.

Empezaban á piar los pájaros, soplaba un viento frío, y blancas nubecillas corrían por el firmamento pálido.

De repente advirtió en el horizonte detrás de Túnez, como una niebla ligera que se arrastraba sobre el suelo; después, aquello se convirtió en una cortina de polvo gris, y entre los torbellinos de aquella masa polvorienta, asomaron cabezas de dromedarios, lanzas y escudos. Era el ejército de los bárbaros que avanzaba hacia Cartago.



IV

Bajo las murallas de Cartago



Los habitantes de la campiña, montados en asnos ó corriendo á pie, pálidos, sin aliento, locos de terror, llegaron á la ciudad. Huían ante el ejército. En tres días habia salvado la distancia que existe entre Sica y Cartago para arrasar esta última.

Cerráronse las puertas y casi al mismo tiempo aparecieron los bárbaros; pero se detuvieron en mitad del istmo, á orillas del lago.

Al principio no se mostraron hostiles. Muchos se acercaron ostentando palmas. Se les rechazó á flechazos porque inspiraban un terror indecible.

Por la mañana y al anochecer, se veía á algunos de los mercenarios errar á lo largo de las murallas. Se hacía no-

tar sobre todo por su persistencia un hombrecillo cuidadosamente envuelto en un manto y cuyo rostro desaparecía bajo una visera. Durante largas horas permanecía mirando el acueducto con tal insistencia, que sin duda quería engañar á los cartagineses acerca de sus verdaderos designios. Otro hombre le acompañaba, que era una especie de gigante que iba con la cabeza desnuda.

Pero Cartago estaba bien defendida en toda la extensión del istmo, primero por un foso, después por un talud cubierto de césped, y por último, por la muralla, alta de treinta codos, toda de piedra de sillería, formando doble cuerpo.

De trecho en trecho se levantaban sobre el segundo cuerpo grandes torres almenadas que sustentaban escudos de bronce suspendidos á unos grandes garfios.

Aquella primera línea de murallas defendía el barrio de Malqua, donde vivían marineros y tintoreros. Se veían los mástiles en que se secaban las velas de púrpura, y en las últimas terrazas las hornillas de arcilla para cocer la salmuera.

En la parte opuesta de la ciudad extendía en anfiteatro sus altas casas de forma cúbica. Las había de piedra, de madera, de guijarros, de caña, de tapia. Los bosques de los templos, formaban como lagos de verdura en aquella montaña de bloques pintados de diversos colores. Las plazas públicas la nivelaban á distancias desiguales. Innumerables callejuelas, entrecruzándose, le surcaban de uno á otro extremo.

Se advertía aún los recintos de los tres antiguos barrios; se levantaban aquí y allá como grandes escollos, alargando sus enormes masas, cubiertas de plantas trepadoras ennegrecidas por las inmundicias, y las calles pasaban por sus aberturas profundas como los ríos bajo los puentes.

La colina de la Acropolis, en el centro de Byrsa, desaparecía bajo un desorden de monumentos. Veíanse templos de columnas con capiteles de bronce, conos de piedra con

rayas de azur, cúpula de cobre, arquitrabes de mármol, contrafuertes babilónicos, obeliscos apoyados y hundidos en el suelo por la punta, semejantes á antorchas invertidas. Los peristilos llegaban á los frontones; las volutas serpenteaban entre las columnatas; las paredes de granito sostenían techumbres de tejas, y todos aquellos edificios subían uno sobre otro, ocultándose á medias de una manera maravillosa é incomprensible. Se advertían allí la sucesión de las épocas y el recuerdo de patrias olvidadas.

Detrás del Acropolis, en terrenos arcillosos, el camino de los mappales bordeado de tumbas, llegaba en línea recta desde la plaza hasta las catacumbas; grandes casas se erguían en el centro de los jardines, y aquel tercer barrio, Megara, la ciudad nueva, llegaba hasta el borde del acantilado, donde se levantaba un gigantesco faro que ardía todas las noches.

Cartago se desplegaba así ante los soldados que ocupaban la llanura.

Desde lejos reconocían los mercados, las encrucijadas; disputaban acerca del sitio y del nombre de los templos. El de Khamon, enfrente de los Sisitas, tenía tejas de oro; Meikarth, á la izquierda de Eschmun, ostentaba en su techo ramas de coral; Tanit, más allá, redondeaba entre palmeras su cúpula de cobre. El negro Moloch estaba al pie de las cisternas, hacia el faro. En el ángulo de los frontispicios, en lo alto de las paredes, en las esquinas de las plazas, por todas partes, se veían divinidades de asquerosas cabezas, colosales ó rechonchas, con vientres enormes, con las fauces abiertas, extendidos los brazos y llevando en la mano horcas, cadenas ó javalinas; y el azul del mar, dibujándose en el fondo de las calles, las hacía parecer más escarpadas por un efecto de perspectiva.

Una multitud bulliciosa las llenaba desde la mañana hasta la noche; mancebos que agitaban campanillas, voceaban en la puerta de los baños; las tiendas de bebidas calientes humeaban, y por donde quiera resonaba el ruido

de los yunques y el mugir de las fraguas. Los gallos blancos, consagrados al Sol, cantaban en las terrazas; los bueyes que se degollaban mugían en los templos, los esclavos corrían con cestas en la cabeza, y en los vanos de los pórticos, algún sacerdote aparecía envuelto en su obscuro manto, con los pies descalzos y el gorro puntiagudo.

Aquel espectáculo de Cartago irritaba á los bárbaros. La admiraban, la execraban y á la vez hubiesen querido habitar la ciudad y destruirla. ¿Qué había en el Puerto Militar defendido por triple muralla? Luego, detrás de la ciudad, en el fondo de Megara estaba más alto que el Aeropolis, el palacio de Hamilcar. Los ojos de Matho se fijaban de continuo en él. Subía á los olivos y se inclinaba, resguardando con la mano sus ojos para ver mejor.

Los jardines estaban vacíos, y la puerta roja con la cruz negra permanecía siempre cerrada.

Más de veinte veces dió la vuelta á las murallas buscando alguna brecha para entrar. Una noche se echó al golfo y durante tres horas nadó sin descanso. Llegó hasta el pie de los Mappales y quiso subir por el acantilado. Desollóse las rodillas, rompióse las uñas y cayó de nuevo al agua sin lograr su objeto.

Su impotencia le exasperaba, estaba celoso de aquella Cartago que encerraba á Salammbó, como de alguien que la hubiera poseído. Desapareció su enervamiento, y un ardor continuado de acción le dominaba. Con las mejillas inflamadas, irritados los ojos, ronca la voz, atravesaba con paso rápido el campamento, ó bien sentado en la orilla, frotaba con arena su enorme espada. Disparaba flechas contra los buitres que pasaban. Su cólera se expandía en palabras furiosas.

—Dá rienda suelta á tu cólera, como un carro arrebatado por sus corceles,—decía Spendio;—grita, blasfema, destruye y mata. El dolor se mata con sangre, y ya que no puedes satisfacer tu amor, conserva tu cólera, ella te sostendrá.

Matho tomó el mando de sus soldados. Les hacía manobrar sin descanso. Se le respetaba por su valor y por su fuerza sobre todo. Inspiraba además una especie de terror místico, pues se creía que por la noche hablaba con fantasmas. Los otros capitanes se animaron al ver su ejemplo. El ejército adquirió pronto severa disciplina. Los cartagineses oían desde sus casas los toques de atención y mando. Al cabo los bárbaros se acercaron.

Para aplastarlos en el istmo, hubiese sido preciso que dos ejércitos les acometieran á la vez, uno por el golfo de Utica, otro por la montaña de Aguas Calientes. Pero, ¿cómo hacerlo con la sola Legión sagrada, fuerte de seis mil hombres á lo sumo?

Si se inclinaban hacia Oriente, se juntarían á los nómadas é interceptarían el camino de Cyrene y el comercio del desierto. Si se replegaban hacia occidente, sublevarían la Numidia. La falta de víveres les haría devastar como una nube de langostas, las campiñas; los ricos temblaban por sus hermosas quintas, por sus viñas, por sus cultivos.

Hannon propuso medidas atroces é impracticables, tales como prometer fuertes sumas por cada cabeza de bárbaro, ó que por medio de buques y máquinas se incendiará su campamento.

Su colega Giscon quería, por lo contrario, pagarles. Pero á causa de su popularidad, los Antiguos le detestaban, pues tenían una dictadura, y por terror de ella y de la monarquía, se esforzaban en atenuar lo que de ellas subsistía ó lo que podía restablecerlas.

Fuera de las fortificaciones habitaba una raza de origen desconocido, compuesta de cazadores de puerco espines, que se alimentaban de moluscos y serpientes. Iban á las cavernas á coger hienas vivas, que por las noches hacían correr por las arenas de Megara, entre las agujas petreas de las tumbas. Sus cabañas de barro estaban pegadas al acantilado como nidos de golondrinas. Vivían allí sin gobierno y sin dioses, entremezclados, completamente des-

nudos, á un tiempo débiles y feroces, y execrados desde antiguo por el pueblo á causa de su alimentación inmunda. Los centinelas advirtieron un día que todos habían partido.

Por fin se decidieron los miembros del Gran Consejo. Fueron al campamento sin collares ni cinturones, calzando sandalias descubiertas, como vecinos. Adelantaban con calma, saludando á los capitanes, ó se detenían hablando á los soldados, para decirles que todo había acabado, y que se atenderían sus reclamaciones.

Muchos de ellos no habían visto nunca un campamento de mercenarios. En vez de la confusión que se imaginaban, reinaba por do quier un orden y un silencio aterradoros.

Una alta trinchera de tierra recubierta de musgo, encerraba el ejército como dentro de una alta muralla, inmovible al choque de las catapultas. El piso de las calles estaba regado con agua fresca. Por las aberturas de las tiendas, se veían relucir las pupilas amarillentas de los soldados. Los haces de picas y las panoplias, deslumbraban á los cartagineses como espejos. Hablaban en voz baja. Temían derribar algún objeto con sus largos mantos.

Los soldados pidieron víveres, diciendo que se pagarían con el dinero que les debían.

Se les enviaron bueyes, carneros, pintadas, frutas secas, carnes saladas, pero rechazaban desdeñosamente los mejores manjares, denigraban lo que se les ofrecía y querían pagar las cabras al precio de los pichones, y las aves al precio de la fruta. Los comedores de cosas inmundas, ejerciendo de árbitros, afirmaban que se les engañaba. Entonces tiraban de sus espadas y amenazaban matar.

Los comisarios del Gran Consejo escribieron el número de años que se debía á cada soldado, pero ahora era imposible saber á punto fijo cuántos mercenarios tenían derecho á ser pagados, y los Antiguos se asustaron ante lo exorbitante de la suma que deberían abonar. Era preciso

vender la reserva de Silfio, sobrecargar de tributos las colonias; los mercenarios se impacientaban, y Túnez les apoyaba. Los ricos, aturdidos por el furor de Hannon y los reproches de su colega, recomendaron á los ciudadanos que conocían á algún bárbaro, que fueran á visitarle, esperando que así calmarían su cólera.

Comerciantes, escribas, obreros del arenal, familias enteras fueron al campamento.

Los soldados dejaban entrar en el campamento á cuantos lo pedían, pero por un solo paso tan estrecho que no podían atravesarlo cuatro hombres de frente. Spendio, de pie junto á la barrera, les hacía registrar con cuidado. MATHO, frente á él, examinaba aquella muchedumbre, tratando de hallar á uno á quien [hubiese visto en el palacio de Salambó.

El campamento parecía una ciudad, según la agitación y la multitud que en él se advertía. Las dos muchedumbres distintas se mezclaban sin confundirse, una, vestida de tela ó de lana con casquetes de fieltro en forma de piñas, y la otra, revestida de hierro, y con cascos. Entre los criados y los vendedores ambulantes, paseaban mujeres de todas las razas, morenas como dátiles maduros, venduzcas como aceitunas, amarillas como las naranjas, vendidas por los marineros, escogidas en los lupanares, robadas á las caravanas, cogidas en el asalto de las ciudades, á quienes se hartaba de amor mi entras eran jóvenes, y de palos cuando viejas, y que después de una derrota, perecían á lo largo de los caminos, entre los bagajes, junto á las bestias de carga abandonadas. Las mujeres de los nómadas balanceaban sobre sus talones túnicas de pelo de dromedario de color obscuro; negras, muy viejas, de pechos pendientes, recogían para hacer fuego el fiemo de los animales, que hacían secar al sol; las siracusanas llevaban discos de oro en la cabellera, las lusitanas collares

de conchas, las galas pieles de lobo sobre su blanco pecho; y arrapiezos robustos, sucios, asquerosos, desnudos, incircuncisos, daban cabezadas en el vientre de los compradores, ó como tigrezuelos les mordían las manos.

Los cartagineses se paseaban á través del campamento asombrados al ver la abundancia que allí reinaba. Los más pobres estaban tristes, y los otros disimulaban su inquietud.

Los soldados les daban golpecitos en el hombro, invitándoles á divertirse. En cuanto advertían algún personaje de nota, le invitaban á tomar parte en sus juegos.

Cuando jugaban al disco, se las arreglaban para aplastarle los pies, y si se batían á puñadas, de la primera le rompían la mandíbula. Los honderos asustaban á los cartagineses con sus hondas. Los psylos con sus víboras, los jinetes con sus caballos. Aquellos mercaderes, al recibir esos ultrajes, bajaban la cabeza y se esforzaban por sonreír.

Algunos, para demostrar que eran valientes, afirmaban que querían ser soldados. Entonces se les obligaba á partir leña y á limpiar los mulos. Se les encerraba en una armadura y se les hacía rodar como toneles por las calles del campamento. Luego, cuando querían partir, los Mercenarios se mesaban los cabellos, haciendo contorsiones grotescas.

Algunos de los soldados, imaginaban que todos los cartagineses serían ricos de un modo desmedido, y les seguían por doquiera, pidiéndoles todos los objetos que excitaban su codicia, sus sortijas, sus sandalias, sus brazaletes, sus cinturones. Cuando ya les habían despojado, y no les quedaba nada, si el cartaginés decía: «¿Qué quería de mí?» unos le contestaban: «Tu mujer» y otros: «Tu vida.»

Las cuentas militares se entregaron á los capitanes y á los soldados ya aprobadas en definitiva. Entonces reclamaron tiendas. Se les dieron las tiendas. Después los po-

lemarcas de los griegos pidieron algunas de aquellas armaduras preciosas que se fabricaban en Cartago. El gran Consejo, votó un crédito para adquirirlas. También era justo según decían los jinetes, que la República les indemnizara de la pérdida de los caballos. Uno afirmaba haber perdido dos en el combate; otro tres en un asedio, otro diez ó doce en marchas forzadas. Se les ofreció corceles de Hecatómpylos; prefirieron dinero.

Luego pidieron que se les pagara en plata, todo el trigo que se les debía al precio más alto á que se vendió durante la guerra, de suerte que algunos cobraron por una medida de harina más dinero que les había costado un saco entero de trigo. Aquella exigencia indignó á los cartagineses, pero les fué preciso someterse á ella.

Entonces los delegados de los soldados y los del Gran Consejo se reconciliaron, jurando por el Genio de Cartago y por los Dioses de los bárbaros. Siguiendo las costumbres orientales, se hicieron mil cumplidos y cortesías. Luego los soldados reclamaron como prenda de buena amistad, el castigo de los traidores que les indispusieron con la República. Se fingió no comprenderles. Entonces se explicaron más claramente diciendo que querían la cabeza de Hannon.

Muchas veces al día, abandonaban el campamento, se paseaban al pie de las murallas. Gritaban que se les echara la cabeza del sufeta y tendían sus mantos para recibirla.

El Gran Consejo hubiera cedido quizá á no ser por una última exigencia más injuriosa que las otras: pedían en matrimonio para sus jefes, vírgenes escogidas en el seno de las grandes familias. Era una idea de Spendio, que los demás creyeron razonable.

Pero aquella pretensión de querer mezclar su sangre con la sangre púnica, indignó al pueblo; se les dijo brutalmente que nada más recibirían. Entonces declararon que se les había engañado, y que si dentro de tres días no

se les pagaba su sueldo, irían á tomarlo dentro de Cartago.

La mala fe de los Mercenarios no era tan grande como podía suponerse, pues Hamílcar les había hecho promesas exorbitantes, vagas, pero solemnes y reiteradas. Pudieron creer al desembarcar en Cartago que se pondría á su disposición la ciudad, que se repartirían tesoros; y cuando vieron que apenas si podían cobrar su sueldo, la desilusión fué grande para su orgullo y para su avaricia.

Dionisio, Pirro, Agatocles, y los generales de Alejandro, ¿no habían dado el ejemplo de maravillosas fortunas? El ideal de Hércules que los cananeos confundían con el sol, resplandecía en el horizonte de los ejércitos. Se sabía que simples soldados llevaron diademas y el estruendo de los imperios que se derrumbaban hacia sonar á los galos en sus selvas de encinas y á los etiopes en sus arenas. Había un pueblo, dispuesto siempre á utilizar el valor de los hombres; y el ladrón echado de su asilo, el parricida, errante por los caminos, el sacrilego perseguido por los dioses, todos los hambrientos, todos los desesperados, trataban de llegar al puerto donde Cartago reclutaba sus soldados. Casi siempre sabía mantener la República sus promesas, pero en aquella ocasión, su avaricia estuvo á punto de causar su pérdida. Los númidas, los libios, el Africa entera, iba á lanzarse contra Cartago. Solamente el mar estaba libre, pero en el mar, encontraba á los romanos; y como un hombre asaltado por asesinos, sentía que la muerte aleteaba á su alrededor.

Fué preciso recurrir á Giscon; los bárbaros aceptaron su mediación. Una mañana, vieron bajarse las cadenas del puerto, y tres barcos de poco calado, pasando por el canal de la Tania, entraron en el lago.

En la proa del primero, estaba Giscon; detrás de él, y más alta que un catafalco, veíase una caja enorme, adornada de anillas, grandes como coronas. Aparecía luego la Legión de los intérpretes, peinados como las esfinges, y

llevando tatuado en el pecho un loro. Amigos y esclavos, en gran número, todos sin armas, acompañaban al general y á los intérpretes. El ejército acogió con aclamaciones aquellas tres barcas cargadas hasta los topes.

En cuanto Giscon desembarcó, los soldados corrieron á su encuentro. Hizo levantar una especie de tribuna con sacos, y declaró que no se iría antes de haberles pagado á todos.

Largos aplausos estallaron, y durante largo rato, no pudo hablar. Empezó exponiendo los errores de la República y los de los bárbaros; la culpa era de algunos alocados que con su violencia asustaron á Cartago. La mejor prueba de la buena intención que guiaba á los cartagineses, era su presencia allí, que desde antiguo era adversario del sufeta Hannon. No debían suponer que fuera tan inepto el pueblo que quisiera irritar á unos valientes como ellos, ni tan ingrato que desconociera sus servicios. Giscon empezó á pagar á los soldados, comenzando por los libios.

Desfilaron ante él por naciones, levantando sus dedos para decir el número de los años que se les adeudaba; los escribas tomaban las monedas del cofre abierto, y otros con un estilete, hacían agujeros en una lámina de plomo. A los soldados se les marcaba en el brazo izquierdo con pintura verde para que no pudieran volver á presentarse. Pasó ante el general un hombre que marchaba pesadamente como los bueyes.

—Ven aquí,—dijo el sufeta, sospechando algún fraude —¿cuántos años has servido?

—Doce años,—contestó el libio.

Giscon le tocó con los dedos bajo la mandíbula, para ver si allí tenía las callosidades que la carrillera del casco producía á la larga. ¡Ladrón! exclamó el sufeta, los callos que te faltan en el rostro, debes llevarlos sobre los hombros.

Y desgarrándole la túnica, descubrió su espalda cubier-

ta de roña sangrienta; era un labrador de Hippo-zaryta. Le silbaron; se le decapitó.

Cuando llegó la noche, Spendio despertó á los libios y les dijo:

—Cuando los ligurios, los griegos, los baleares y los italianos habrán recibido su paga, marcharán. Pero vosotros permaneceréis en Africa diseminados en cien pueblos distintos y sin ninguna defensa. Entonces la República se vengará! Desconfiad. ¿Vais á dar crédito á las palabras de Giscon? Los dos sufetas están de acuerdo. Este os engaña. Acordaos de la isla de los Esqueletos y de Xantippo que enviaron á Esparta en una galera podrida.

—¿Qué hacer?—preguntaban ellos.

—Reflexionad,—decía Spendio.

Los dos días siguientes transcurrieron empleados en pagar á los soldados de Magdala, de Leptis, de Hecatompilor; Spendio habló á los galos.

—Se paga á los libios, después se pagará á los griegos á los baleares, á los asiáticos y á los demás; pero á vosotros como sois pocos, no se os dará nada; no veréis ya vuestra patria! ¡No os darán barcos! Os matarán, para ahorrarse alimentos.

Los galos fueron á hablar al suffeta Autarito, aquel á quien Giscon hirió en el jardín de Hamílcar, le interpeló. Desapareció arrojado por los esclavos, pero juró vengarse.

Las reclamaciones, las quejas se multiplicaron. Los más obstinados penetraban en la tienda del suffeta; para enternecerle le tomaban las manos para hacerle palpar sus bocas sin dientes, sus brazos adelgazados, las cicatrices de sus heridas. Los que aun no habían recibido la paga, se irritaban; los que cobraron ya sueldo, pedían otro para sus caballos; y los vagabundos, los desterrados, tomando las armas de los soldados gritaban que se les desatendía. A cada instante llegaban grupos de hombres, las tiendas crujían, caían al suelo; la multitud apretada entre las mu-

rallas del campamento, oscilaba desde la puerta hasta el centro lanzando grandes clamores. Cuando el tumulto crecía demasiado, Giscon, apoyaba un codo en su cetro de marfil, y mirando al mar, permanecía inmóvil con la mano hundida en su barba.

A menudo Matho celebraba largas conferencias con Spendio. Después poníase en frente del suffeta, y Giscon sentía perpetuamente sus pupilas fijas en él, llameantes é implacables. Muchas veces á través de la multitud, se lanzaron injurias sin oirse. Entre tanto la distribución continuaba y el sufeta sabía vencer todos los obstáculos.

Los griegos reclamaron acerca de la diferencia de monedas. Les dió tan claras explicaciones, que se retiraron sin chistar. Los negros reclamaron ser pagados en aquellas conchas blancas usadas por el comercio en el interior del Africa. Les ofreció pedir las á Cartago. Entonces, como los otros, aceptaron moneda. A los baleares se les había prometido algo mejor, mujeres.

El sufeta contestó que se esperaba para ellos una caravana de vírgenes; el camino era largo, tardarían seis lunas en llegar, cuando estarían bien gordas y con la piel aromatizada, se enviarían á las Baleares á bordo de galeras cartaginesas.

De repente Zarxas, vigoroso y fuerte ya, saltó sobre los hombros de sus amigos, y gritó:

—¿No guardas alguna para los cadáveres?

Al decir esto, mostraba en la muralla de Cartago la puerta de Khamon.

A los últimos rayos del sol las planchas de cobre que la revestían de alto abajo, resplandecían; los bárbaros creyeron ver lucir en ellas un rastro sangriento. Cuantas veces quiso hablar Giscon, sus clamores ahogaron sus palabras, al fin bajó lentamente y se encerró en su tienda.

Cuando salió de ella al apuntar el sol, sus intérpretes, que dormían al exterior no se movieron; permanecían tendidos boca arriba con los ojos fijos, la lengua entre los

dientes y el rostro azulado. Mucosidades blancas fluían de sus narices, y sus miembros estaban rígidos como si el frío de la noche los hubiese helado. Todos tenían en el cuello un apretado lazo de juncos.

La rebelión fué en aumento desde aquel instante. El asesinato de los baleares, recordado por Zarxas, confirmaba la desconfianza de Spendio. Imaginaban los bárbaros que la República sólo pensaba en engañarles. ¡Era preciso acabar! ¡No había necesidad de intérpretes! Zarxas, con una honda arrollada á la cabeza, cantaba canciones de guerra. Autharito, blandía su larga espada; Spendio daba armas á unos y animaba á otros. Los más fuertes procuraban cobrar por sí mismos, los menos furiosos, pedían que la distribución continuara. Nadie abandonaba sus armas y todas las cóleras iban contra Giscon en una ola tumultuosa de odio.

Algunos subían á su lado en la tribuna. Mientras se contentaban con vociferar injurias se les escuchaba con paciencia, pero si le ofendían personalmente inmediatamente eran lapidados ó se les cercenaba la cabeza. El montón de sacos estaba más rojo que un altar.

Después de las comidas, cuando habían bebido vino, eran temibles. Beber vino estaba prohibido en el ejército púnico bajo pena de muerte, y los Mercenarios levantaban ahora sus copas mirando hacia Cartago para ocupar se de su disciplina. A veces se entretenían en matar á los esclavos que contaban su dinero. La palabra *hiere* distinta en cada lengua, la comprendían todos.

Giscon sabía que la patria le abandonaba; pero á pesar de su ingratitude, no quería deshonrarla. Cuando le recordaron que se les había prometido barcos, juró por Moloch que se los daría él mismo á su costa, y arrancando su collar de piedras azules, lo lanzó entre la multitud como prenda de su juramento.

Los africanos reclamaron el trigo que les prometiera el Gran Consejo. Giscon enseñó las cuentas de los Sysitas,

trazadas con pintura violeta sobre pieles de oveja; y leyó cuanto había entrado en Cartago, mes por mes, día por día.

De repente se detuvo con los ojos dilatados, como si hubiese leído entre las cifras su sentencia de muerte.

En efecto, los Antiguos habían reducido fraudulentamente aquellas cifras y el trigo vendido durante la guerra figuraba á tan bajo precio, que era imposible no advertir el engaño.

—¡Habla!—gritaron,—¡más alto! ¡Ah! ¡trata de mentir, cobardel! Desconfiemos.

Durante unos momentos vaciló. Después, volvió á leer.

Los soldados, sin pensar que se les engañaba, aceptaron por buenas las cuentas de los Sysitas. Al ver la abundancia de Cartago se apoderó de ellos un terrible furor. Rompieron la casa de sicomoro; estaba casi vacía.

Habían visto salir de ella tales sumas que la juzgaban inagotable. Giscon debía tener el oro en su tienda, Escalaron los sacos. Matho les guiaba y como gritaban «¡Dinero! ¡dinero!» Giscon contestó al fin:

—¡Que os pague vuestro general!

Les miraba de frente, sin hablar con sus grandes ojos amarillos que relucían en su rostro más pálido que su barba... Una flecha, detenida por las plumas, atravesaba su oreja y un hilillo de sangre se escurría desde su tiara hasta el hombro.

Matho hizo una señal, y todos adelantaron. Spendio, con un nudo corredizo le aprisionó las muñecas, otro le derribó y desapareció entre los remolinos de la multitud que invadía la tienda y la tribuna.

Saquearon su tienda. Sólo se halló allí lo indispensable para los usos cotidianos. Luego, buscando mejor, aparecieron tres imágenes de Tanit y una piedra negra, caída de la luna envuelta en una piel de mono. Muchos cartagine-ses habían acompañado á Giscon; todos eran gente de viso y partidarios de la guerra.

Se les arrastró fuera de las tiendas y se les precipitó en el foso de la basura. Fueron atados por el vientre á sólidas estacas y se les alargaba el alimento con la punta de una jabalina.

Autharito al mismo tiempo que los vigilaba, les injuriaba, pero como no comprendían su lengua no le respondían; los galos, de cuando en cuando, les echaban piedras para oírles gritar.

Al día siguiente una especie de inquietud se apoderó del ejército. Como no tenían contra quien dirigir su cólera, reflexionaban acerca de lo que habían hecho. Matho sentía una gran tristeza. Le parecía que indirectamente había ultrajado á Salambó. Los Ricos eran como una dependencia de su persona. Se sentaba por la noche á la orilla de su foso y en sus gemidos oía algo de la voz que llenaba su corazón.

Todos acusaban á los libios porque eran los únicos que habían cobrado, pero al mismo tiempo que crecían los odios entre nación y nación, comprendían todos que era muy peligroso entregarse á tales celos. Después de un atentado semejante, las represalias debían ser tremendas. Era preciso adelantarse á la cólera de Cartago. Todo se volvían conciliábulo y arengas. Todos hablaban y nadie escuchaba. Spendio ordinariamente tan locuaz meneaba la cabeza con desaliento escuchando las diversas proposiciones.

Una noche preguntó á Matho si en el interior de la ciudad había fuentes.

—Ni una,—contestó Matho.

Al día siguiente, Spendio le llevó á orillas del lago.

—¡Amo!—le dijo el antiguo esclavo;—si tu corazón es intrépido te llevaré á Cartago.

—¿Cómo?

—¡Jura ejecutar todas mis órdenes, seguirme como una sombra!

Entonces Matho, levantando el brazo hacia el planeta de Chabar, exclamó:

—¡Lo juro por Tanit!

Spendio añadió:

—Mañana al ponerse el sol, me esperarás al pie del acueducto, entre el noveno y décimo arco. Tráete un pico de hierro, un casco y sandalias de cuero.

El acueducto de que hablaba, atravesaba oblicuamente el istmo entero y formaba una obra enorme de cinco arcos superpuestos que llegaba hasta la parte occidental del Acrópolis, donde pasaba bajo la ciudad para verter casi un río en la cisterna de Megara.

A la hora convenida, Spendio encontró á Matho. Ató una especie de arpón al extremo de una cuerda, la hizo dar vueltas rápidamente como á una honda, los garfios de hierro hicieron presa y los dos, uno detrás de otro, subieron á lo alto de la pared.

Cuando hubieron llegado al primer piso, les costó mucho trabajo enganchar de nuevo el harpón, pero por fin lo lograron. Otras veces, la cuerda amenazaba romperse.

Por fin llegaron á la plataforma superior. Spendio, de cuando en cuando, se inclinaba para palpar las piedras con la mano.

—¡Aquí es,—dijo,—empecemos!

Y apoyándose en el pico que trajo Matho, consiguieron levantar una de las losas.

En aquel instante advirtieron un grupo de jinetes que galopaban sobre caballos en pelo. Relucían sus brazaletes de oro entre los oscuros pliegues de sus capas. Delante del grupo corría un hombre con un penacho de plumas de avestruz en la cabeza y una lanza en cada mano.

—¡Narr'Havas!—exclamó Matho.

—¡Qué importa!—replicó Spendio; y se hundió en el agujero que acababan de abrir al levantar la losa.

Matho trató de recubrir el agujero; pero no le fué posible.

—Ya volveremos,—dijo Spendio;—pasa delante. Entonces se aventuraron por el conducto de las aguas.

Les llegaban hasta el vientre. Pronto perdieron pie y tuvieron que nadar. Sus miembros chocaban contra las paredes del canal demasiado estrecho. El agua corría, casi tocando las paredes superiores, y contra ellas se desgarraban la piel del cráneo. Luego la corriente les arrastró. Un aire más pesado que el de un sepulcro aplastaba su pecho y con la cabeza bajo los brazos, juntas las rodillas, pasaban como flechas á través de las tinieblas, ahogándose, casi muertos. De repente la obscuridad fué completa y aumentó la velocidad de las aguas. Cayeron.

Quando hubieron vuelto á la superficie, durante unos instantes, permanecieron tendidos de espaldas aspirando deliciosamente el aire. Muchas líneas de arcos, unas detrás de otras, se extendían desde una á otra pared de los grandes depósitos. Todos estaban llenos, y el agua formaba una sola superficie en toda la anchura de la cisterna. Las cúpulas del techo permitían el paso de una claridad pálida que formaba sobre las ondas discos de luz, y las tinieblas de aquel recinto, que se espesaban más hacia las paredes, le hacían parecer de una amplitud desmedida. El menor ruido despertaba un fuerte eco.

Spendio y Matho se pusieron á nadar, y pasando por bajo las aberturas de los arcos, atravesaron muchas saias. Otras filas de estanques más pequeños se estendían paralelamente á cada lado. Se perdieron; avanzaban, retrocedían. Por fin algo resistió bajo sus talones. Era el piso de la galería que rodeaba la cisterna.

Entonces, avanzando con grandes precauciones, tantearon el muro para encontrar una salida. Pero sus pies se deslizaban y caían en charcos profundos. Saltan de ellos y volvían á caer de nuevo. Sentían una fatiga espantosa como si sus miembros al nadar se hubieran disuelto en el agua. Sus ojos se cerraron. Agonizaban.

Spendio tocó con la mano los barrotes de uno reja. Ti-

raron de ella, cedió y se encontraron en una escalera. Una puerta de bronce la cerraba. Con la punta de un puñal cortaron la barra, y de repente el aire libre azotó sus rostros.

La noche era silenciosa, y el cielo parecía estar á una altura desmesurada. Grupos de árboles elevaban sus ramas á lo largo de las paredes. La ciudad entera dormía. Las hogueras de las avanzadas brillaban como estrellas perdidas.

Spendio, que había pasado tres años en el ergástulo, no conocía los diversos distritos de la ciudad. Matho pensó que para ir al palacio de Hamílcar debían tomar á mano izquierda atravesando los Mappales.

—No,—dijo Spendio,—llévame al templo de Tanit.

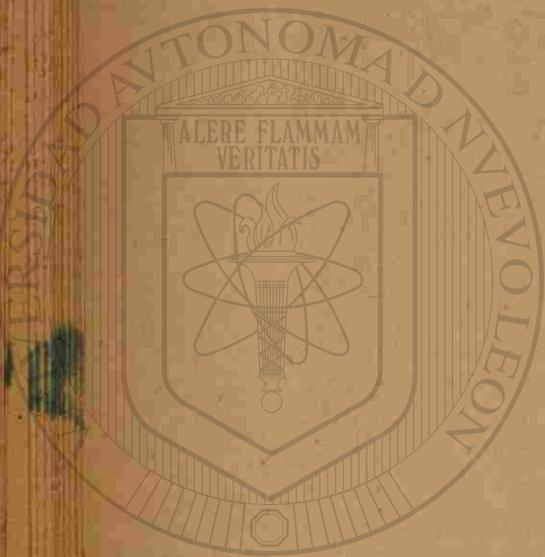
Matho quiso hablar.

—Acuérdate,—dijo el antiguo esclavo, y con la mano le señaló el planeta de Chabar que resplandecía.

Entonces Matho, silenciosamente, se dirigió hacia el Acrópolis.

Se arrastraban á lo largo de las líneas de nogales que bordeaban los senderos. El agua corría desde sus miembros hasta el suelo. Sus sandalias húmedas no producían ningún ruido; Spendio con ojos relucientes como antorchas, registraba todas las matas; iba detrás de Matho, con la manos puestas sobre los dos puñales que llevaba en los brazos, mantenidos por una argolla de cuero, cerca de los sobacos.





v

Tanit



Al salir de los jardines, les detuvo la muralla de Megara. Descubrieron una brecha y pasaron.

El suelo formaba pendiente. Estaban en una gran plaza.

—Escucha,—dijo Spendio,—y no temas nada; cumpliré mi promesa...

Se interrumpió; pareció reflexionar y medir sus palabras.

—¿Te acuerdas de aquel día, en que, al nacer el sol, te enseñaba yo la ciudad hundida bajo nuestros pies? ¡Aquel día éramos fuertes, y no quisiste escucharme!

Luego, añadió con voz grave:

—Amo en el santuario de Tanit, hay un velo misterioso caído del cielo, que envuelve el cuerpo de la diosa.

—Ya lo sé,—dijo Matho.

Spendio añadió:

—Ese velo es divino, pues forma parte de la diosa. Los dioses viven donde están sus atributos. Cartago es poderosa porque le posee.

Inclinándose entonces á su oído, añadió:

—¡Te he traído conmigo para robarlo!

Matho retrocedió horrorizado:

—¡Vete! ¡que otro te ayude! no quiero realizar esa acción execrable.

—Tanit es tu enemiga,—replicó Spendio,—te persigue y te matará. Haciendo lo que te digo podrás vengarte. La diosa te obedecerá. Serás inmortal é invencible.

Matho bajó la cabeza, el otro continuó:

—Sucumbiremos; el ejército mismo quedaría aniquilado. ¡No podemos ni huir ni esperar socorro ni perdón! ¿Qué castigo puedes esperar de los dioses, si tienes su fuerza entre las manos? ¿Prefieres mejor una derrota, ó perecer á manos del populacho, ó sobre un cadalso? Amo, un día entrarás en Cartago al igual de los pontífices que besarán tus sandalias; entonces, si el velo de Tanit te pesa aún, podrás devolverlo á la diosa. Sígueme, vamos á tomarlo.

Un gran deseo devoraba á Matho, hubiese querido apoderarse del velo absteniéndose del sacrilegio. Se decía que quizás no era necesario poseerlo para obtener el poder que confería.

—Vamos,—dijo, y se alejaron con paso rápido, uno al lado del otro sin hablar.

El terreno se elevaba y estaban cerca ya de las casas. Caminaban por entre callejuelas sumidas en tinieblas. En una plaza veíanse camellos que rumiaban junto á unos montones de yerba. Pasaron luego bajo una galera cubierta de enredaderas. Ladraron algunos perros. De repente, se ensancharon las paredes y vieron que estaban cerca de la parte occidental de la Acrópolis. Al pie de Byrsa ha-

bía una gran masa negra: era el templo de Tanit que formaba un conjunto de monumentos y jardines y antepatios, rodeado de una pared de piedras sobrepuestas. Spendio y Matho salvaron aquella pared.

Aquel primer recinto encerraba un bosque de plátanos que se plantó por precaución contra la peste y la infección de la atmósfera. Aquí y allí había tiendas en las cuales, durante el día se vendían pastas epilatanias, perfumes, trajes, dulces en forma de luna, é imágenes de la diosa representada dentro del templo.

Nada debían temer, porque las noches en que el astro no aparecía se suspendían todos los ritos. Sin embargo Matho acertó el paso y se detuvo junto á los tres peldaños de ébano que daban paso al segundo recinto.

—¡Adentro!—dijo Spendio.

Granados, almendros, cipreses y mirtos, inmóviles como si fuesen de bronce, alternaban unos con otros. El suelo pavimentado de guijarros azules, crugía bajo sus pasos y guirnalda de rosas pendían á lo largo del camino. Llegaron á un agujero oval que tenía una reja.

Entonces Matho, á quien aquel silencio espantaba, dijo á Spendio:

—Aquí es donde se mezcla las Aguas dulces con las Aguas amargas.

—He visto todo eso en Siria en la ciudad de Maphug. Por una escalera de seis peldaños de plata, subieron al tercer recinto.

Un cedro enorme se veía en el centro. Sus ramas inferiores desaparecían bajo los collares y las ropas que habían suspendido los fieles. Dieron algunos pasos más y apareció la fachada del templo.

Dos largos pórticos cuyos arquitecillos descansaban sobre pilares muy gruesos, flanqueaban una torre cuadrangular que ostentaba en su plataforma una media luna. En

los ángulos de los pórticos y en las cuatro esquinas de la torre se elevaban grandes pebeteros llenos de perfumes. Toda suerte de adornos y dibujos de piedra alternaban en las paredes, y una valla de filigrana de plata formaba un ancho semicírculo delante de la escalera de cobre que bajaba del vestíbulo.

Había en la entrada entre una alta aguja de oro y otra de esmeraldas, un cono de piedra; Matho, al pasar por allí, se besó la mano derecha.

La primera sala era muy alta. Innumerables aberturas dejaban ver el firmamento. Al rededor de la pared, en cestas de caña había muchas barbas y cabelleras, primicias de los adolescentes. En el centro de una sala circular el cuerpo de una mujer salía de un estuche sembrado de ojos femeninos. Gorda, barbuda, y con los párpados caídos, parecía sonreír cruzando sus manos sobre el bajo vientre, liso y afinado por los besos de la multitud.

Al salir se encontraron otra vez al aire libre, en un corredor transversal en que un altar de proporciones exóticas se apoyaba contra una puerta de marfil. No podía abrirse de allí; los sacerdotes solamente tenían el derecho de abrirla, pues un templo no es punto de reunión para una multitud, sino la vivienda particular de una divinidad.

—La empresa resulta imposible,—dijo Matho;—no había pensado en esto. ¡Volvámonos!

Spendio examinaba cuidadosamente las paredes. Quería el velo, no porque tuviera fe en su virtud, pues únicamente creía en el Oráculo, sino porque estaba persuadido de que los cartagineses al verse privados de él, temerían toda suerte de desdichas. Para encontrar salida, dieron vuelta al altar.

Bajo grupos de terebintos, veíanse edículos de distintas formas. Aquí y allá se elevaba un gran falo de piedra, y varios ciervos se paseaban tranquilamente por aquel es-

pacio empujando con sus pezuñas las piñas que habían caído al suelo desde lo alto de la copa de los árboles.

Retrocedieron por otro camino distinto entre dos largas galerías paralelas de las que se adelantaban unos pabellones. Tamboriles y címbalos pendían de sus columnas de cedro. Algunas mujeres dormían fuera de los pabellones sobre lechos de hojas. Sus cuerpos ungidos con aceites perfumados y ungüentos, exhalaban un olor como el de los pebeteros extintos. Estaban tan cubiertas de sortijas, de brazaletes, collares y tatuajes, que, sin el movimiento de su pecho se las tomara por ídolos tendidos en el suelo.

Matho se ahogaba en aquella atmósfera pesada en que se oía el violento perfume que exhalaban los tabiques y puertas de cedro. Aquel amontonamiento de símbolos de la fecundación, aquellos perfumes, aquellos alientos aromatizados le sofocaban. A través de los deslumbramientos místicos, pensaba en la Salammbó. La confundía con la propia diosa y su amor florecía como esos grandes lotos que crecen junto a los estanques profundos.

Spendio calculaba qué suma de plata ganara en otro tiempo vendiendo aquellas mujeres, y con una mirada ávida avaloraba, al pasar, los collares de oro.

El templo resultaba impenetrable. Spendio buscaba sin cesar y Matho, prosternado ante la puerta, imploraba a Tanit. Suplicábale que no permitiera tal sacrilegio. Trataba de amansarla con palabras cariñosas, como se hace con una persona irritada.

Spendio vió sobre la puerta una estrecha abertura.

—¡Levántate!—dijo a Matho, y le hizo poner arrimado a la pared.

Subió a sus hombros, a su cabeza, y bien pronto desapareció por el agujero.

Después Matho sintió el golpe de una cuerda con nudos que caía de lo alto. Trepó por ella y pronto se encontró cerca de Spendio en una gran sala oscura.

Semejantes atentados se reputaban imposibles. La falta

de vigilancia lo patentizaba. El terror, más que las paredes y las rejas, defendían los santuarios. Matho creía morir á cada paso que daba.

Una luz brillaba en el seno de las tinieblas; se acercaron á ella. Era una lámpara que brillaba en el pedestal de una estatua. Discos diamantinos esmaltaban su amplio ropaje azul, y cadenas, que se hundían bajo las losas, la agarrotaban los tobillos. Matho contuvo un grito: Balbuzeaba: «¡Aquí está! ¡aquí está!»

Spendio tomó la lámpara para alumbrarse.

—¡Qué impío!—exclamó Matho; pero le siguió.

La sala en que penetraron no tenía sino una pintura oscura representando una mujer. Sus piernas llegaban hasta el techo; el cuerpo ocupaba todo el techo. De su ombligo colgaba un huevo enorme y la cabeza y los brazos caían hacia la pared opuesta, llegando hasta las losas, en qué parecían hundirse los dedos puntiagudos.

Para ir más adentro, levantaron una tapicería; pero sopló viento y la lámpara se apagó.

Entonces erraron á la ventura, perdidos en aquel dédalo de piedra. De repente sintieron bajo sus pies algo que tenía una extraña suavidad. Chispillas deslumbrantes brotaban por doquier; diríase que caminaban sobre fuego. Spendio se bajó y vió que el suelo estaba cubierto de pieles de lince; luego les pareció que una cuerda recia, fría y viscosa pasaba entre sus piernas. Algunas hendiduras de las paredes dejaban pasar claridades blancas. Adelantaban guiados por aquellas luces. Por fin vieron una gran serpiente negra. Se lanzó hacia las tinieblas, desapareció.

—¡Huyamos!—dijo Matho.—¡Es ella! ¡La he visto! ¡viene!...

—No,—contestó Spendio;—el templo está vacío.

Entonces una luz cegadora les hizo bajar los ojos. Advirtieron á su alrededor, en las paredes, infinidad de animales demacrados, anhelantes, con las garras pronto á desgarrar, confundidos y amontonados unos sobre otros

de tal manera que producían pavor. Las serpientes tenían pies; los toros alas; pescados con cabeza de hombre tragaban frutas; de entre las quijadas de los cocodrilos emergían flores, y los elefantes, con la trompa levantada pasaban orgullosamente en pleno azur, como águilas. Un esfuerzo terrible dixe tendía sus miembros incompletos ó multiplicados. Parecía que, con la lengua, quisieran sacar su alma. Todas las formas se hallaban allí, como si el receptáculo de los gérmenes, estallando en impensado ímpetu, se vaciara sobre las paredes de la sala.

Doce globos de cristal la alumbraban dispuestos en círculo, sostenidos por monstruos que parecían tigres. Sus pupilas eran salientes como los ojos de los caracoles y encorvando sus grupas poderosas miraban hacia el fondo donde resplandecía en un carro de marfil la Rabbet suprema, la Omnifecunda, la última creada.

Escamas, plumas, flores, pájaros, la cubrían hasta el vientre. Llevaba por aretes unos cimbales de plata que golpeaban sus mejillas. Los grandes ojos fijos, miraban, y una piedra luminosa, engarzada en un símbolo obscuro, alumbraba toda la estancia, reflejándose sobre la puerta en espejos de rojo cobre.

Matho adelantó un paso; una losa cedió bajo sus talones, y las esferas rodaron y rugieron las fieras; una armonía semejante á la que producen los planetas girando eternamente en el espacio se elevó melodiosa y pura; el alma de Tanit se esparcía por el ámbito sagrado. Iba á levantarse, grande como la sala, con los brazos abiertos. De repente los monstruos cerraron las fauces y los globos de cristal no giraron.

Después una modulación lúgubre llenó los espacios y se extinguió por fin.

—¿Y el velo?—dijo Spendio.

No parecía. ¿Dónde estaba? ¿Cómo hallarle? ¿Le habrían ocultado los sacerdotes? Matho experimentaba una sensación desgarradora, como si su fe se hubiese extinguido.

—Por aquí,—dijo Spendio. Una inspiración le guiaba. Llevó á Matho hacia una hendidura, ancha de un codo, que había en la pared, detrás del carro de Tanit.

Penetraron en una salita circular, tan alta de techo que parecía el interior de una columna. Había en el centro una piedra negra, semi esférica, como un tamboril; sobre ella elevábanse llamas; un cono de ébano, con brazos y cabeza, estaba detrás.

Más allá resplandecía como una nube en que refulgían estrellas; entre sus pliegues aparecían mil figuras; Eschmun con los kabyros, algunos monstruos ya vistos, los animales sagrados de los babilonios, y otros que ni Matho, ni Spendio conocían. El velo pasaba como un manto bajo el rostro del ídolo y volvía á subir estendido hacia la pared á la que estaba sujeto por los ángulos, azul como la noche, amarillo como la aurora, purpúreo como el sol, inmenso, diáfano, centelleante, ligero. Era el manto de la diosa, el zaimph sagrado que no podía mirarse.

Palidiecieron ambos.

—¡Tómalo!—dijo Matho.

Spendio no vaciló; apoyándose en el ídolo, arrancó el velo que cayó en tierra. Cogiolo Matho; después, pasó su cabeza por la abertura, se envolvió el cuerpo en él, y extendía los brazos para contemplarlo mejor.

—¡Vámonos!—dijo Spendio.

Matho respirando con fuerza, permanecía con los ojos fijos sobre las losas.

De repente exclamó:

—¿Si fuera á verla? ¡Ya no temo su belleza! ¿Qué puede ahora contra mí? Ya soy más que un hombre. Puedo atravesar las llamas, puedo andar sobre el mar! ¡Salammbó! ¡Salammbó! ¡Soy tu dueño!

Su voz atronaba. A Spendio le pareció más alto y como transfigurado.

Se oyó ruido de pasos, se abrió una puerta y apareció

un hombre, un sacerdote con su alto casquete y su amplio manto. Tenía los ojos dilatados por el terror.

Antes que hubiese hecho un ademán, Spendio abalanzándose á él, le hundió en la espalda sus dos puñales. La cabeza chocó contra las losas.

Inmóviles como el cadáver permanecieron ambos escuchando. Sólo se oía el murmullo del viento por la entreabierta puerta.

Daba esta á un corredor estrecho. Spendio lo siguió, Matho también y pronto estuvieron en el tercer recinto, entre los pórticos laterales donde estaban las habitaciones de los sacerdotes; Spendio arrodillándose junto á una gran balsa de mármol llena de agua, en que nadaban peces parecidos á los del jardín de Salammbó, lavó sus manos sangrientas. Las mujeres dormían.

Alguien, bajo los árboles, corría detrás de ellos; Matho que llevaba el velo, sintió varias veces que tiraban de él suavemente. Era un gran cinocéfalo, uno de los que vivían en libertad en el recinto de la diosa. Como si hubiera tenido conciencia del robo, se asía al manto. No se atrevían sin embargo á pegarle por temor de que gritase. De repente su cólera se apaciguó y les seguía balanceando el cuerpo y sus largos brazos. Al llegar á la barrera, de un salto, subiése á un árbol.

Cuando hubieron salido del último recinto, se dirigieron al palacio de Hamilcar. Spendio comprendía que era inútil querer convencer de lo contrario á Matho.

Tomaron por la calle de los Curtidores, la plaza de Muthumbal, el mercado de las Yervas y la encrucijada de Cynasyn. Al doblar una esquina, un hombre retrocedió asustado por aquel objeto centelleante que brillaba entre las tinieblas.

—¡Oculta el zaimph!—dijo Spendio.

Otros transeuntes cruzaron por su camino, pero no se fijaron en ellos. Por fin llegaron á las casas de Megara.

El faro que se levantaba detrás de ellos, al borde del

acantilado, iluminaba el cielo con su luz roja, y la sombra del palacio con sus terrazas superpuestas, se proyectaba en los jardines como una monstruosa pirámide. Entraron rompiendo con sus puñales el seto vivo que cerraba los jardines.

Todo guardaba aun las huellas del festín de los Mercenarios. Las plantas pisoteadas, los arroyuelos secos, las puertas del ergástulo abiertas. Nadie se veía junto á las cocinas y bodegas. Les estrañaba aquel silencio, interrumpido á veces por el resoplido ronco de los elefantes que se agitaban en sus parques y por la crepitación del faro en que ardía una pira de áloe.

Matho, de cuando en cuando decía:

—¿Dónde está? ¡Quiero verla! Llévame á su lado:

—Es una locura,—contestaba Spendio,—llamarás, aparecerán sus esclavos, y á pesar de tu fuerza, morirás.

Llegaron así á la gran escalinata de las galerías. Matho, levantó la cabeza, y creyó advertir en lo alto una claridad suave. Spendio, quiso contenerle pero aquel subió las gradas.

Al encontrarse en aquel sitio en que la había visto, el intervalo de los días pasados se borró de su memoria. Todo le hablaba de ella. El cielo, sobre su cabeza parecía incendiado; el mar, llenaba el horizonte. A cada uno de sus pasos una inmensidad mayor le rodaba, y continuaba subiendo con la estraña facilidad que se experimenta en los sueños.

El roce del velo que arrastraba sobre las piedras, le recordó su nuevo poder, pero en el exceso de su esperanza, se sentía tímido é irresoluto.

De cuando en cuando pegaba su rostro á las aberturas cuadrangulares de las habitaciones cerradas, y en muchas de ellas, creyó ver personas durmiendo.

El último piso, más pequeño, formaba una especie de dado en la cima de las terrazas. Matho, le dió la vuelta lentamente.

Una claridad blanquecina brillaba sobre las hojas de talco que tapaban las aberturas de la pared, que como estaban simétricamente dispuestas, parecían hilos de finas perlas incrustadas en la pared. Reconoció la puerta roja con la cruz negra. Los latidos de su corazón redoblaron. Hubiese querido huir. Empujó la puerta; se abrió.

Una lámpara en forma de galera, ardía suspendida en el fondo del cuarto y tres rayos que se escapaban de su cadena de plata, temblaban sobre el suelo: pintado de rojo con rayas negras. En el techo aparecía en el centro de los artesones, amatistas y topacios. En los lados más largos de la habitación había una cama muy baja formada de correas blancas.

Una grada de ónice rodeaba una gran balsa de alabastro, junto á la cual, se veían aun las huellas húmedas de una persona. Aromas esquisitos llenaban el aire.

Matho se deslizaba por las losas incrustadas de oro, de nácar y de cristal, y á pesar de la dureza del suelo, parecía que sus pies se hundían como si caminara por la arena.

Había visto detrás de la lámpara de plata una masa cuadrada de azur, suspendida en el aire por cuatro cuerdas que pendían del techo, y se adelantaba doblando el cuerpo, y con la boca entreabierta.

Alas de fenicópteros sujetas á mangos de coral negro estaban tiradas entre cojines de púrpura, cofrecillos de cedro, y espátulas de marfil. A los cuernos de antilope estaban pasados brazaletes y sortijas, y grandes vasos de arcilla, se refrescaban en las hendiduras de la pared sobre cañisos.

Muchas veces tropezó porque el suelo tenía distintos niveles, que formaban en la sala como una serie de habitaciones. En el fondo, balaustres de plata rodeaba un tapiz sembrado de flores pintadas. Llegó por fin junto á la cama suspendida, cerca de un escabel de ébano que servía para subir.

Pero la luz no alumbraba sino la orilla de la cama y solo se veía un ángulo del colchón rojo y la punta de un pie pequeño y desnudo. Entonces, Matho, acercó suavemente la lámpara.

Dormía con la mejilla apoyada en una mano, y con el otro brazo tendido. Las ondas de su cabellera se esparcían con tanta abundancia alrededor de ella, que parecía tendida sobre negras plumas y su ancha túnica blanca llegaba hasta sus pies siguiendo las ondulaciones del talle. Entre los párpados entornados veíanse algo sus ojos. Las cortinas la envolvían en una atmósfera azulada, y el movimiento de su respiración, comunicándose á las cuerdas, parecía mecerla en el aire. Un mosquito zumbaba.

Matho, inmóvil sostenía con la mano la galera de plata, y de repente el mosquitero se inflamó desapareciendo y Salammbó despertóse.

El fuego se extinguió por sí mismo. La lámpara hacía oscilar en el pavimento sombras y aces de luz.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

Matho, contestóle:

—¡Es el velo de la diosa!

—¿El velo de la diosa?—exclamó Salammbó. Y apoyándose en las manos, se inclinó hacia fuera estremeciéndose.

El libro añadió:

—He ido á buscarle para tí en las profundidades del santuario. ¡Mira!

El zaimph fulguraba despidiendo vivos reflejos.

—¿Te acuerdas?—decía Matho;—por la noche te me aparecías en sueños; pero no adivinaba la muda orden de tus ojos. Si la hubiera comprendido hubiese venido; habría abandonado el ejército. No saliera de Cartago. Para obedecerte bajaría por la caverna de Hadrumeto al Reino de las Sombras! Perdóname. No comprendía lo que me pasaba, pero algo me arrastraba hacia tí! Sin los Dioses, no me habría atrevido jamás!... ¡Marchemos! ¡Es preciso

que me sigas, si no quieres, yo me quedo! que me importa... Anega mi alma en el soplo de tu aliento. ¡Aplástense mis labios besando tus manos!

—Déjame ver,—decía Salammbó,—¡más cerca! ¡más cerca!

Amanecía. Las hojas de talco de las paredes aparecían teñidas de un color gris. Salammbó se apoyaba desfallecida en los cojines de la cama.

—¡Te amo!—gritaba Matho.

Salammbó dijo:

—¡Dámelo!—y se acercaba.

Se acercaba más y más cubierta con su simarra blanca que arrastraba, y fijos los grandes ojos en el velo. Matho la contemplaba deslumbrado por los esplendores de su cabeza y alargando hacia ella el zaimph, iba á abrazarla. Ella, abría los brazos. De repente se detuvo, y quedaron absortos contemplándose.

Sin comprender lo que solicitaba, sintió horror. Sus delgadas cejas se enarcaron, sus labios se entreabrieron; temblaba.

Por fin golpeó una de las páteras de cobre que estaban en los ángulos del colchón y gritó:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡Atrás sacrílego! ¡Atrás! ¡Infame! ¡maldito! ¡a mí! ¡Taanach, Kroum, Ewa, Micipsa, Schavüll!

Apareció el rostro de Spendio asustado entre las jarras de arcilla, y lanzó estas palabras:

—¡Huye! ¡llegan!

Un gran tumulto llenó las escaleras, y una oleada de gente, mujeres, criados, esclavos, se lanzaron dentro de la habitación, blandiendo estacas, rompecabezas, cuchillos y puñales.

Quedaron como paralizados de indignación al ver á un hombre; los criados lanzaban el chillido de los funerales, y los eunucos, palidecían bajo su piel negra.

Matho, estaba detrás de los balaustres. Envuelto en el zaimph parecía un dios sideral, rodeado del firmamento. Los esclavos iban á lanzarse sobre él. Salammbó les detuvo.

—¡No le toquéis! ¡es el manto de la diosa!

Había retrocedido, pero adelantó un paso hacia él, y extendiendo un brazo desnudo:

—¡Maldición sobre ti que has robado á Tanit! ¡Odiol ¡venganza! ¡mortandad y dolor! ¡que Gursil, dios de las batallas, te destroce! ¡que Mastiman, dios de los muertos, te ahogue! y que el otro—el que no debe nombrarse—te quemel

Matho, lanzó un grito como si recibiera una estocada. Salammbó repitió muchas veces:

—¡Vete, vete!

Los criados se apartaron, y Matho, bajando la cabeza, pasó lentamente entre ellos; en la puerta, se detuvo, pues la franja del zaimph se había enganchado á una de las estrellas de oro del pavimento. Le arrancó con un brusco movimiento, y bajó las escaleras.

Spendio, saltando de terraza en terraza y salvando setos, barreras y regueros de agua, escapó de los jardines. Llegó al pie del faro. La muralla estaba abandonada allí porque el acantilado era en aquel sitio inaccesible. Llegó hasta el borde, se tendió boca arriba y con los pies hacia adelante se dejó deslizar hacia abajo. Luego, llegó nadando hasta el cabo de las tumbas, dió una gran vuelta por la laguna salada y por la noche, entró en el campamento de los bárbaros.

Brillaba el sol; Matho, como un león que se aleja, bajaba por los caminos, lanzando á su alrededor terribles miradas.

Un rumor confuso llegaba á sus oídos. Partió aquel rumor del palacio, y llegó hasta el Acrópolis. Unos decían que habían robado el tesoro de la República del templo de Moloch; otros hablabán de un sacerdote asesinado;

aquellos afirmaban que los bárbaros habían entrado en la ciudad.

Matho, que no sabía como salir de los recintos, caminaba sin vacilar en línea recta. Cuando advirtieron su presencia, se oyó un clamor terrible. Todos comprendieron lo que ocurría; fué una consternación primero, después una inmensa cólera.

Del fondo de los Mappales, de las alturas del Acrópolis, de las catacumbas, de las orillas del lago, acudían hombres y hombres. Los patricios salían de sus palacios, los vendedores de sus tiendas, las mujeres abandonaban sus hijos. Todos cogían hachas, palos, espadas, pero el obstáculo que detuvo á Salammbó les detenía también á ellos. ¿Cómo cogerle el velo? Su sola vista era un crimen; era de la propia substancia de los dioses y su contacto producía la muerte.

En el peristilo de los templos, los sacerdotes desesperados se retorcián los brazos, los guardias de la Legión galopaban al azar; la gente subía á los terrados de las casas, sobre los hombros de los colosos, sobre los mástiles de los navíos. Pero Matho adelantaba, y á cada paso aumentaban su rabia y su terror. Las calles, quedaban desiertas cuando se aproximaba, y aquel torrente de hombres que huían, llegaba hasta la cima de las murallas. Por todas partes sólo veía ojos dilatados como para devorarle, dientes que crugían, puños amenazadores, y las imprecaciones de Salammbó resonaban multiplicándose.

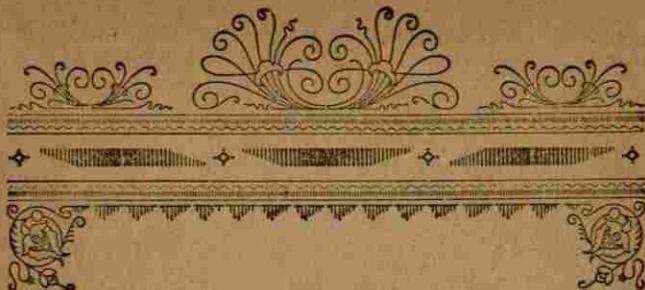
De repente silbó una larga flecha. Después otra; pasaron zumbando las piedras, pero los proyectiles mal dirigidos porque se temía tocar al zaimph, no alcanzaban á Matho. Por otra parte servíale de escudo el velo sagrado; le tendía á derecha, á izquierda, delante, detrás, y sus enemigos, no sabían como aprisionarle. Cada vez andaba más aprisa. Metiéndose por las calles que le parecían abiertas, pero á veces las encontraba cerradas al final por cuerdas y obstáculos de toda especie. Llegó á la plaza de

Khamon, donde murieron los baleares. Matho se detuvo palideciendo como el que se siente morir. Aquella vez estaba perdido; la multitud aplaudía.

Corrió hasta la gran puerta que estaba cerrada. Era muy alta, de roble, con clavos de hierro, y chapeada de cobre. Matho trató de abrirla. El pueblo aullaba de alegría viendo la impotencia de su furor. Entonces tomó su sandalia, escupió en ella y abofeteó las inmóviles hojas. La ciudad entera lanzó un clamor. Parecían haber olvidado el velo. Iban á matarle. Matho paseó sobre la multitud una mirada vaga. Sus sienes latían con fuerza inusitada, aturdiéndole; sentía el sopor de los borrachos. De repente se fijó en la larga cadena que había para hacer mover la báscula de la puerta.

De un salto, se colgó á ella, poniendo rígidos los brazos, y afianzándose con los pies; las enormes hojas se entreabrieron.

Entonces, quitóse del cuello el gran zaimph, y lo levantó cuan alto pudo de su cabeza. El manto, sostenido por el viento del mar, resplandecía al sol mostrando sus colores, sus pedrerías y la figura de sus dioses. Matho, llevándole así, atravesó toda la llanura hasta las tiendas de los soldados, y el pueblo, en las murallas, miraba alejarse la fortuna de Cartago.



VI

Hannon



ERÉ robarla!—decía por la noche Matho á Spendio,—¡era preciso cogerla y arrebatársela de su casa! ¡nadie se hubiera atrevido á oponerse á mi paso!

Spendio no le escuchaba. Tendido de espaldas, reposaba con delicia junto á una jarra llena de hidromiel en la que, de cuando en cuando, metía la cabeza para beber más abundantemente.

Matho añadió:

—¿Qué hacer? ¿Cómo volver á Cartago?

—No lo sé,—contestó Spendio.

Aquella impasibilidad le exasperaba, y exclamó:

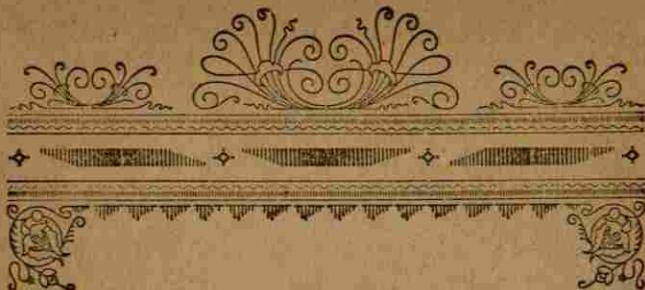
—¡La culpa es tuya! ¿Me arrastras, y luego me abando-

Khamon, donde murieron los baleares. Matho se detuvo palideciendo como el que se siente morir. Aquella vez estaba perdido; la multitud aplaudía.

Corrió hasta la gran puerta que estaba cerrada. Era muy alta, de roble, con clavos de hierro, y chapeada de cobre. Matho trató de abrirla. El pueblo aullaba de alegría viendo la impotencia de su furor. Entonces tomó su sandalia, escupió en ella y abofeteó las inmóviles hojas. La ciudad entera lanzó un clamor. Parecían haber olvidado el velo. Iban á matarle. Matho paseó sobre la multitud una mirada vaga. Sus sienes latían con fuerza inusitada, aturdiéndole; sentía el sopor de los borrachos. De repente se fijó en la larga cadena que había para hacer mover la báscula de la puerta.

De un salto, se colgó á ella, poniendo rígidos los brazos, y afianzándose con los pies; las enormes hojas se entreabrieron.

Entonces, quitóse del cuello el gran zaimph, y lo levantó cuan alto pudo de su cabeza. El manto, sostenido por el viento del mar, resplandecía al sol mostrando sus colores, sus pedrerías y la figura de sus dioses. Matho, llevándole así, atravesó toda la llanura hasta las tiendas de los soldados, y el pueblo, en las murallas, miraba alejarse la fortuna de Cartago.



VI

Hannon



ERÉ robarla!—decía por la noche Matho á Spendio,—¡era preciso cogerla y arrebatársela de su casa! ¡nadie se hubiera atrevido á oponerse á mi paso!

Spendio no le escuchaba. Tendido de espaldas, reposaba con delicia junto á una jarra llena de hidromiel en la que, de cuando en cuando, metía la cabeza para beber más abundantemente.

Matho añadió:

—¿Qué hacer? ¿Cómo volver á Cartago?

—No lo sé,—contestó Spendio.

Aquella impasibilidad le exasperaba, y exclamó:

—¡La culpa es tuya! ¿Me arrastras, y luego me abando-

nas como un cobarde que eres? ¿Acaso debo obedecerte? ¿Crees ser mi dueño? ¡Ah, alcahuete, esclavo! ¡hijo de esclavo!

Rechinaba los dientes, y levantaba contra Spendio su formidable mano.

El griego no contestó. Una lámpara de arcilla brillaba suavemente, iluminando una panoplia de la que estaba suspendido el zaimph fulgurante.

De repente, Matho calzó los coturnos, ciñó su coselete de escamas de bronce, tomó su casco.

—¿Dónde vas?—preguntó Spendio.

—¡Voy allí! ¡Déjame! ¡Lo traeré! ¡Al que se me oponga, le aplasto como una víbora! ¡La mataré, Spendio!

Calló un instante, y luego repitió:

—¡Sí la mataré, ya lo verás, la mataré!

Pero Spendio, que aguzaba el oído, arrancó bruscamente el zaimph y le echó á un rincón, tapándole con pieles. Se oyó un murmullo de voces, brillaron muchas antorchas, y Narr'Havas entró seguido de unos veinte hombres.

Llevaban mantos de lana blanca, largos puñales, collares de cuero, aretes de madera y calzado de piel de hiena. Inmóviles en el umbral, se apoyaban en sus lanzas, como pastores que reposan. Narr'Havas era el más apuesto de todos; correas adornadas de perlas ceñían sus delgados brazos; el círculo de oro que sostenía alrededor de su cabeza el amplio manto ostentaba una pluma de avestruz que caía hacia su espalda; una eterna sonrisa mostraba sus dientes; sus ojos eran agudos como flechas y á primera vista se advertía su inteligencia y ligereza.

Declaró que guerrearía con los Mercenarios, porque la República amenazaba de antiguo su reino. Tenía pues interés en socorrer á los bárbaros, y podía serles útil.

—Os proveeré de elefantes, de vino, de aceite, de cebada, de dátiles, de pez y de azufre, para los sitios; y os proporcionaré además diez mil infantes y diez mil caballos.

Si me dirijo á tí, Matho, es porque la posesión del zaimph te ha convertido en el jefe del ejército. Y añadió:

—Además, somos antiguos conocidos.

Matho, entretanto, miraba á Spendio, que escuchaba sentado sobre un montón de pieles, asintiendo con la cabeza. Narr'Havas, continuó hablando. Invocaba el testimonio de los dioses, maldecía á Cartago. En sus imprecaciones rompió una javalina. Sus soldados lanzaron un gran clamor, y Matho, arrastrado por aquella cólera, dijo que aceptaba la alianza.

Se trajo entonces un toro blanco y una oveja negra, símbolos del día y de la noche. Se los degolló á la orilla de una fosa. Cuando ésta estuvo llena de sangre, hundieron en ella los brazos, luego Narr'Havas, puso su mano en el pecho de Matho, y éste la suya en el de Narr'Havas. Repitieron aquel estigma en la tela de sus tiendas. Después, pasaron la noche comiendo, y se quemó el resto de las carnes, junto con la piel los huesos, los cuernos y las pezuñas.

Una inmensa aclamación saludó á Matho al volver trayendo el velo de la diosa; hasta los que no creían en la religión cananea sintieron que un Genio aparecía. En cuanto á tratar de apoderarse del zaimph, á nadie se le ocurrió; bastaba el modo misterioso como se había adquirido para legitimar su posesión. Así pensaban los soldados de raza africana, los otros cuyo odio era menos tenaz, no sabían que resolver. Es casi seguro que, de haber tenido navíos, la mayoría de ellos se hubiera marchado.

Spendio, Narr'Havas y Matho, enviaron mensajeros á todas las tribus del territorio púnico.

Cartago extenuaba aquellos pueblos. Les exigía impuestos exorbitantes y el grillete, el hacha ó la cruz, castigaban á los morosos. Era preciso cultivar la tierra, según convenía á Cartago, entregarle lo que pedía; á nadie se reconocía el derecho de poseer armas; cuando las aldeas y

pueblos se rebelaban, se vendía á sus habitantes como esclavos; á los gobernadores, se les estimaba como si fueran prensas, según la cantidad que producían. Luego más allá de las regiones directamente sometidas á Cartago, habitaban los aliados que no pagaban si no un mediano tributo; más allá todavía, vagabundeaban los nómadas á quienes se podía lanzar contra los aliados. Siguiendo tal sistema, las cosechas resultaban siempre abundantes, las yegüadas florecientes, las plantaciones soberbias. Catón el viejo, tan entendido en materias de cultivo y de esclavitud, noventa y dos años más tarde admiró tal sistema, y el grito de muerte que repetía en Roma, no era si no la voz de unos celos feroces.

Durante la última guerra, las exacciones habían redoblado, por lo cual, casi todas las ciudades de la Libia, abrieron sus puertas á Régulo. Para castigarlas se les exigió mil talentos, veinte mil bueyes, trescientos sacos de polvo de oro, adelantos considerables de semillas, y los jefes de las tribus habían sido clavados en cruz ó echados á los leones.

Túnez, sobre todo, execraba á Cartago. Más antigua que la metrópoli, no le perdonaba su grandeza. Permanecía frente á sus murallas, hundida en el barro á la orilla del agua, como un animal venenoso que la miraba. Las deportaciones, las matanzas y las epidemias no le debilitaban. Había sostenido á Arcagates, hijo de Agatocles. Los comedores de cosas inmundas, hallaron dentro de su recinto cuantas armas quisieron.

Apenas recibieron los correos, estalló en todas las provincias un indecible regocijo. Sin detenerse ahorcaron á los intendentes de las casas y á los funcionarios de la República; sacaron de las cavernas las antiguas armas que allí ocultaban; con el hierro de los arados se forjó espadas; los niños afilaban las jabalinas, y las mujeres daban sus collares, sus sortijas, sus aretes, todo lo que podía servir para la destrucción de Cartago. Todos querían contribuir

á ella. Los haces de lanzas se amontonaban en las aldeas como gavillas de trigo. Se enviaron ganados y dinero. Matho, pagó á los mercenarios los atrasos de su sueldo, y aquella idea de Spendio, le hizo nombrar generalísimo de las cohortes bárbaras.

Al mismo tiempo llegaban innumerables grupos de hombres para aumentar el ejército. Primero aparecieron los hombres de raza auctocona, después los esclavos del campo. Se apoderaron los soldados de grandes caravanas de negros, se armó á éstos, y muchos mercaderes que iban á Cartago, incitados por el lucro, permanecieron entre los bárbaros. Incesantemente llegaban al campamento de los mercenarios grupos numerosos. Desde las alturas del Acrópolis, veíase como aumentaba el ejército.

En la plataforma del acueducto, había centinelas de la Legión; cerca de ellos, de trecho en trecho, había calderas de cobre donde hervía asfalto fundido. Al pié de las murallas, la gran muchedumbre se agitaba tumultuosamente. Mostrábase incierta por que temía asaltar las murallas.

Utica é Ippo Zarita, rehusaron su alianza. Colonias fenicias como Cartago gobernábanse á sí mismo, y en los tratados que firmaba la República, se admitía siempre una cláusula en su favor. Respetaban á su hermana que las protegía, y no creían que una multitud de bárbaros pudiera vencerla; por lo contrario, estimaban que sería ella la vencedora. Deseaban permanecer neutrales y en paz.

Peró su posición las hacía indispensables. Utica, situada en el fondo de un golfo, podía enviar facilmente á Cartago socorros del exterior. Si Utica resultaba vencida, Ippo Zarita situada seis horas más allá, también en la costa, la reemplazaría, y la metrópoli, así socorrida sería inexpugnable.

Spendio, quería que se asediara inmediatamente Cartago, pero Narr'Havas se opuso; era preciso ante todo asegurar las fronteras.

Tal era la opinión de los veteranos. Matho, la aprobaba

y quedó decidido que Spendio atacaría inmediatamente á Utica, Matho á Ippo Zarita, y que el tercer cuerpo de ejército, tomando á Túnez por base de operaciones, ocuparía la llanura de Cartago, Autharito, se encargó de su jefatura. En cuanto á Narr'Havas, debía volver á su reino para procurarse elefantes, y recorrer los caminos con su caballería, para evitar la llegada de rocoros á la metrópoli.

Las mujeres se indignaron al saber aquella decisión; envidiaban las joyas de las damas púnicas. Los libios también reclamaron. Se les había llamado contra Cartago, y ahora se les arrojaba de ella. Matho, mandaba á sus compañeros, á los iberos, á los lusitanos y á los hombres de occidente y de las islas, y á todos los que hablaban griego, pidieron servir bajo las órdenes de Spendio, porque fiaban en su inteligencia.

La estupefacción fué grande cuando se vió que el ejército se movía de repente. Luego, se extendió bajo la montaña Ariana, por el camino de Utica, á orillas del mar. Un gran destacamento permaneció junto á Túnez; y el resto, desapareció y reapareció de allí á poco á la otra orilla del golfo, cerca de los bosques entre los cuales se perdió.

Eran ochenta mil hombres quizá. Las dos ciudades tirias no resistirían, y pronto volverían contra Cartago. Un núcleo importante ya la sitiaba ocupando el istmo por su base, y bien pronto tendría que rendirse por hambre, pues no podría vivir sin el auxilio de las provincias. El génio político, faltaba á Cartago, su eterna sed de ganancias le impedía tener aquella prudencia que proporcionan las ambiciones más nobles. Navío anclado en la arena libica solo podría permanecer en ella á fuerza de trabajo. Las naciones y las olas mugían de continuo alrededor de ella y la menor tempestad, conmovía el formidable edificio.

El tesoro estaba agotado por la guerra romana, y por todo lo que se había derrochado y perdido, mientras se regateaba con los bárbaros. Sin embargo, era preciso encontrar soldados, y no había un gobierno que fiara en su

buena fe. Ptolomeo, poco tiempo antes le había rehusado dos mi talentos. Además el robo del velo, descorazonaba á los cartagineses, como lo había previsto Spendio.

Pero aquel pueblo que se sentía aborrecido apretaba contra su corazón su dinero y sus dioses; y su patriotismo se avivaba por la forma de su gobierno.

El poder dependía de todos sin que ninguno fuera bastante fuerte para acapararlo. Se consideraban las deudas particulares como deudas públicas, los hombres de raza cananea, tenían el monopolio del comercio; sumando los beneficios de la piratería á los de la usura, explotando rudamente las tierras los esclavos y los pobres, á veces, se llegaba á la riqueza.

Esta era la única que daba acceso á todas las magistraturas, y aún que el poder y el dinero se perpetuaran en las mismas familias, se toleraba la oligarquía por la esperanza de conseguirle.

Las sociedades de comerciantes que redactaban las leyes, escogían los inspectores de hacienda, los cuales al dejar su empleo, nombraban á los cien individuos del Consejo de los Antiguos, el cual á su vez, dependía de la gran Asamblea, reunión general de todos los ricos.

En cuanto á los dos suffetas, aquellos restos de los antiguos reyes, menos poderosos que Cónsules, se elegían el mismo día en el seno de dos familias distintas. Se les dividía por toda suerte de odios y envidias para que se debilitaran recíprocamente.

No podían deliberar sobre la guerra; y cuando quedaban vencidos, el Gran Consejo les crucificaba.

Así pues, la fuerza de Cartago, emanaba de los Pussylas, establecidos en un gran patio en el centro de Malqua, en el sitio en que había sacado la primera barca de marineros fenicios, y que ahora resultaba tenerse firme, porque desde entonces se había retirado mucho el mar. Había en aquel patio gran número de habitaciones pequeñas, de arquitectura arcaica, construidos de troncos de palme-

ra para que pudieran deliberar las diferentes compañías. Los ricos, se reunían en aquel sitio y pasaban discutiendo horas y horas acerca de sus intereses, y de los del gobierno, tratando desde el cultivo de la pimienta hasta la exterminación de Roma. Tres veces por luna, hacían subir sus lechos á la alta terraza que limitaba las paredes del patio; y desde abajo se les veía sentados en la altura sin coturnos y sin mantos, con los diamantes de sus dedos que se paseaban sobre las carnes, y sus grandes arracadas que se hundían en las jarras, todos gordos y fuertes, medio desnudos, dichosos, riendo y comiendo en pleno azul, como tiburones que juegan entre las olas.

En la ocasión presente, no podían disimular su inquietud, y estaban pálidos; la muchedumbre que les esperaba en la puerta les escoltaba hasta sus casas para ver de sacarles alguna noticia. Como en tiempo de peste todas las casas estaban cerradas; las calles se llenaban y vaciaban en un momento; se subía al Acropolis; se acudía al puerto; el Gran Consejo, deliberaba cada noche.

Por fin el pueblo fué convocado en la plaza de Khamon y se decidió dar el poder supremo á Hannon, el vencedor de Hecatompilo.

Era un hombre devoto, taimado, implacable para los africanos, un verdadero cartaginés. Sus rentas eran tan grandes como las de los Barca. Nadie como él era entendido en administración.

Decretó el alistamiento de todos los ciudadanos válidos. Colocó catapultas en las torres, exigió aprestos considerables de armas, ordenó la construcción de catorce galeras, que de momento no se necesitaban; quiso que todo se anotara se detallara. Se hacía trasportar al arsenal, al faro, al tesoro de los templos; de continuo se veía su gran litera que oscilando de grada en grada, subía la escalinata del Acrópolis. Por la noche en su palacio, como no podía dormir, para prepararse al combate, ordenaba con voz terrible maniobras militares.

Todos por exceso de terror resultaban valientes. Los Ricos desde que cantaban los gallos se alineaban á lo largo de los Mappales, y arremangando sus túnicas se adiestraban en manejar la pica. Pero como no tenían quien les instruyera disputaban. Sentábanse cansados sobre las tumbas, y luego, volvían á empezar. Muchos se sometieron á un régimen determinado. Unos creyendo que para resistir las fatigas de la guerra, era preciso comer mucho, se hartaban brutalmente; otros á quienes su corpulencia molestaba, se imponían abstinencias y ayunos.

Utica había reclamado ya muchas veces el auxilio de Cartago, pero Hannon, no quiso marchar hasta que no faltó ni un clavo á las maquinas de guerra. Perdió todavía tres lunas, equipando los ciento doce elefantes que había en los establos de las murallas; eran los vencedores de Régulo; el pueblo les quería; debía tratarse con esmero á aquellos antiguos amigos.

Hannon, hizo refundir las planchas de cobre que cubrían su pecho, dorar sus colmillos, ensanchar sus torres y cortar las piezas de la mejor púrpura gualdrapas bordadas con franjas preciosas. Como se acostumbraba á llamar á sus conductores «los indios,» ordenó que á todos se les vistiera según la usanza india, es decir con un turbante blanco y un taparrabos de bysso que formaba con sus pliegues transversales á modo de las valvas de una concha sobre las caderas.

El ejército de Autharito, continuaba ante Túnez. Se ocultaba detrás de la muralla construida con barro del lago erizada con su cima de malezas espinosas. Los negros habían puesto sobre altos palos hombres monigotes, máscaras humanas hechas con plumas de pájaros, cabezas de chacales y de serpientes que abrían las fauces de cara al enemigo, para asustarle. Por tal medio, y creyéndose invencibles, los bárbaros bailaban, luchaban y jugaban convencidos de que Cartago sucumbiría muy pronto. Otro que no fuese Hannon hubiese aplastado fácilmente aque-

lla muchedumbre á la que embarazaban para sus manobras grandes rebaños y buen número de mujeres. Autharito desanimado, no exigía nada de sus subordinados. Se apartaban cuando pasaba centelleando sus grandes ojos azules, luego, llegado á la orilla del lago, se quitaba su sayo de piel de fca, desataba la cuerda que sujetaba sus largos cabellos rojos y los sumergía en el agua. Sentía no haber desertado al campo romano con los dos mil galos del templo de Eryx.

A veces, en mitad del día obscurecíase el sol, entonces, el golfo y el mar libre parecían inmóviles, como si fueran de plomo fundido. Una nube de polvo obscuro llegaba arremolinándose, las palmeras se encorvaban, desaparecía el firmamento, oíase chocar las piedrezuelas contra la grupa de los animales, y el Galo con los labios pegados á los agujeros de su tienda se ahogaba de sofocación y de melancolía.

Otros, además de él, echaban de menos su patria, aunque no fuera tan lejana. Los cartagineses cautivos podían distinguir al otro lado del golfo, en los pendientes de Byrsa los velorios de sus casas tendidos en los patios.

Pero los centinelas les vigilaban de continuo. Se les había atado á todos á una cadena común. Todos llevaban un yugo de hierro, y la multitud no se cansaba de mirarles. Las mujeres enseñaban á sus hijos sus preciosas túnicas desgarradas que colgaban de sus miembros demacrados.

Cada vez que Autharito miraba á Giscón, sentía un tremendo furor al recordar su injuria; le hubiera matado sin el juramento que hizo á Narr'Havas. Entonces volvía á su tienda, bebía una mezcla de cebada y comino hasta emborracharse, y despues, despertaba devorado por una sed horrible.

Matho entretanto, sitiaba á Hippo Zaryta.

La ciudad estaba protegida, por un lago que comunicaba con el mar. Tenía tres recintos y sobre las alturas que

la rodeaban había una muralla flanqueada de torres. Nunca había acometido el libio empresas tales. El recuerdo de Salambó le obsesionaba y soñaba en los placeres que debía proporcionar su belleza, como delicias de una venganza que le transportaba de orgullo. Pensó varias veces en ofrecerse como parlamentario. Pensaba que si entraba en Cartago, podría llegar hasta ella. A veces daba la señal del asalto y se lanzaba como un loco contra una obra de defensa de los sitiados. Detrás de él iban los bárbaros, destruyendo cuanto encontraban, derribando con su espada y con sus hachas todos los obstáculos. Las escalas caían con estrépito; resonaban los gritos de angustia de vencidos y vencedores que caían heridos, y todo volvía á quedar en silencio:

Matho se sentaba fuera de las líneas de las tiendas y, engugándose con sus manos su rostro salpicado de sangre, miraba hacia Cartago,

Delante de él entre los olivos, palmeras, mirtos plátanos, había dos anchos estanques que se juntaban á un lago, cuyos contornos no se velan apenas. Detrás de una montaña surgían otras montañas, y en el centro del inmenso lago, elevábase una isla negra de forma piramidal. A la izquierda, al extremo del golfo, montones de arena, enormes, densas, semejaban á olas amarillentas petrificadas de repente, mientras el mar, plano como un pavimento de lapiz-lázuli, elevábase insensiblemente hasta confundirse con las nubes.

Matho lanzaba hondos suspiros. Se tendía de bruces en la arena y hundiendo en ella sus manos, lloraba. Sentíase solitario, débil, abandonado. Jamás obtendría lo que anhelaba y ni siquiera podía apoderarse de una ciudad.

Por la noche, en su tienda, contemplaba el zaimph. ¿Para que le servía aquel atributo de los Dioses? Y de nuevo dudada. Luego pensaba que aquel manto pertenecía á Salambó y que un soplo de su alma flotaba entre

sus pliegues; y entonces le palpaba, le olía, hundía en él su rostro y le besaba sollozando.

Se cubría los hombros con él para formarse la ilusión de que estaba junto á ella.

A veces se escapaba de repente. Saltaba por sobre los soldados que dormían envueltos en sus mantos, montaba á caballo, galopaba sin descanso y dos horas después estaba en Utica al lado de Spendio.

Al principio hablaba del sitio; pero después, para mitigar su dolor sólo pensaba en Salambó y de ella hablaba. Spendio le exhortaba á tener paciencia.

—Rechaza esos pensamientos que degran tu alma. En otro tiempo obedecías; hoy mandas. Si no conquistamos á Cartago, cuando menos se nos concederá algunas provincias y seremos reyes.

Pero ¿porqué la posesión del Zaimph no les aseguraba la victoria? Según Spendio, era preciso esperar.

Matho imaginaba que el zaimph solo tenía virtudes para los hombres de raza cananea y en su malicia de bárbaro pensaba; «El velo no hará nada en mi favor; pero como se lo han dejado arrebatat, tampoco les favorecerá á ellos.»

Después nuevas dudas le asaltaron. Tenía que, sacrificando á Aptonkno, dios de los libios, se ofendiera Moloch; preguntó á Spendio á cual de los dos sería más prudente sacrificar un hombre.

—Es igual,—replicó Spendio.

El libio no comprendía tal indiferencia é imaginó que el griego tenía un genio del que no quería revelar el nombre.

Todos los cultos como todas las razas alentaban en las filas de los bárbaros. Además de tener á los suyos, respetaban á los ajenos. Algunos mezclaban extrañas prácticas á sus ritos nacionales. Otros, á fuerza de saquear templos y derribar ídolos y degollar á sus sacerdotes, acababan por no creer si no en el Destino y en la Muerte. Spendio

hubiese escupido á Júpiter Olímpico y, sin embargo, temía hablar en voz alta á obscuras y cada día se calzaba primero el pie derecho.

Hacia levantar enfrente de Utica una ancha terraza cuadrangular, pero á medida que subía elevábanse las murallas también y lo que derribaban unos, casi inmediatamente lo separaban los otros. Spendio procuraba ahorrar las vidas de sus soldados, y procuraba recordar la estratagema que oyo contar en sus viajes. ¿Porque Narr'Havas, no volvía? Aumentaba la inquietud.

Hannon había terminado sus preparativos. En una noche sin luna, hizo atravesar en almadía el golfo de Cartago á sus elefantes y soldados.

Luego, dieron la vuelta á la montaña de las Aguas Calientes para evitar á Autharito, y avanzaron con tal lentitud, que en vez de sorprender á los bárbaros al amanecer, como calculaba el Sufleta, se llegó á su vista en pleno día de la tercer jornada.

Utica tenía por el lado de Oriente una gran llanura que llegaba hasta la laguna de Cartago; detrás de ella, empezaba un valle aprisionado entre dos bajas colinas aisladas; los bárbaros estaban acampados más lejos, á la izquierda, para poder bloquear el puerto; dormían dentro de sus tiendas, cuando apareció el ejército cartaginés.

Los honderos iban en las alas. Los guardias de la Legión, sepultados en sus armaduras de escamas de oro, formaban la primera línea; montados en sus grandes caballos, sin crines ni orejas, y que llevaban en medio de la frente un cuerno de plata para que semejasen reinocerontes. En los huecos que dejaban sus escuadrones, iban infantes con casco que balanceaban en cada mano una jabalina de fresno. Las largas lanzas de la infantería pesada asomaban detrás de ellos.

Todos aquellos mercaderes habían acumulado sobre sí

el mayor número posible de armas. Algunos llevaban á la vez una lanza, un hacha, una maza, dos espadas; y otros parecidos á puerco espines, aparecían erizados de dardos y sus brazos se apartaban de las corazas formadas de placas de cuerno ó de planchas de hierro. Aparecieron luego las grandes máquinas de guerra; carrobalistas, onagros, catapultas y escorpiones, oscilaban sobre carromatos tirados por mulas y cuádrigas de bueyes. A medida que el ejército se desplegaba, los capitanes sofocados, corrían á derecha é izquierda para comunicar órdenes, estrechar filas y hacer que cada cual ocupara su puesto. Los de los Antiguos llevaban cascos de púrpura, cuyas franjas magníficas y larguísimas se enredaban con las correas de los coturnos.

Los cartagineses, maniobraban tan pesadamente, que los soldados riendo les invitaron á sentarse. Les gritaban que en seguida les vaciarían las barrigas y les harían beber hierro.

En lo alto del mástil plantado ante la tienda de Spendio, apareció un pedazo de tela roja. Era la señal. El ejército cartaginés contestó á ella con gran ruido de trompetaría de címbalos, de flautas hechas con huesos de asno y de tímpanos. Ya los bárbaros habían saltado fuera de las empalizadas. Los dos ejércitos estaban á tiro de jabalina frente á frente.

Un hondero balear adelantó un paso, puso una bala de arcilla en la onda, volteó ésta; estalló un escudo de marfil y los dos ejércitos se precipitaron uno sobre otro.

Con la punta de sus lanzas los griegos, pinchando á los caballos en las narices los derribaron sobre sus ginetes. Los esclavos que debían lanzar piedras, las tomaron demasiado gruesas y no podían arrojarlas lejos. Los infantes púnicos al herir de tajo con sus largas espadas, descubrían el flanco derecho. Los bárbaros hundieron sus líneas y les degollaban fácilmente; tropezaban con los moribundos y los cadáveres, cegados por la sangre que les saltaba al ros-

tro. Aquel montón de picas, de cascos, de corazas, de espadas y de miembros confundidos, se revolvía, se ensanchaba, se estrechaba en elásticas contracciones. Las cohortes cartaginesas cedieron más y más; sus máquins de guerra no podían adelantar en la arena; la litera del sultana, que se veía desde el principio balancear por sobre los hombros de los soldados como una barca sobre las olas, zozobró de pronto. ¿Había muerto? Los bárbaros quedaron solos.

Desvaneciase la polvareda alrededor de ellos y empezaban á cantar victoria cuando Hannon apareció montado en un elefante. Llevaba la cabeza desnuda, y su collar de placas azules chocaba contra su túnica negra; aros de diamantes comprimían sus enormes brazos y con la boca abierta blandía una pica desmesurada que terminaba en varias puntas y más brillante que un espejo. En seguida retendió el suelo, y los bárbaros vieron avanzar en una sola línea todos los elefantes de Cartago, con sus colmillos dorados, las orejas pintadas de azul, cubiertos de bronce y balanceando sobre sus formidables torres de cuero en que había tres arqueros con el arco tendido. Apenas si los soldados pudieron defenderse. Considerando segura la victoria, se habían desbandado y se alinearon como pudieron. El terror paralizó su empuje y permanecieron indecisos.

Desde lo alto de las torres les echaban jabalinas, flechas, falaricas, masas de plomo. Algunos, queriendo subir á las torres, se agarraban á las franjas de las gualdrapas. Con grandes cuchillos se les cortaban las manos, y caían hacia atrás sobre las espadas en alto. Las picas, demasiado débiles se rompían. Los elefantes, pasaban á través de las falanjes, como los jabalíes por el monte bajo; arrancaban las estacas del campamento con sus trompas. Atravesaron éste de un extremo á otro derribando las tiendas con el pecho. Todos los bárbaros habían huído. Se ocultaban en las colinas por donde los cartagineses llegaron.

Hannon vencedor, se presentó ante las puertas de Utica. Hizo tocar las trompetas. Los tres jueces de la ciudad aparecieron en lo alto de una torre entre la almena.

Los de Utica no querían recibir huéspedes tan bien armados. Hannon se indignó. Por fin consintieron en admitirle con una corta escolta.

Las calles eran demasiado estrechas para los elefantes. Fué preciso dejarles fuera.

En cuanto el sufleta entró en la ciudad, fueron á saludarle los principales ciudadanos. Se hizo llevar á los baños y llamó á sus cocineros.

Tres horas después, aún estaba hundido en el aceite de cinamomo, del que llenaron la pila; mientras se bañaba, comía, sobre una piel de buey tendida, lenguas de fenicopteros con semillas de amapola mezcladas con miel. Cerca de él, su médico griego, envuelto en su amplia túnica amarilla, hacía calentar de cuando en cuando la estufa y dos jóvenes inclinados sobre los peldaños del baño le frotaban las piernas. Pero los cuidados de su cuerpo, no amenguaban su amor á la República y dictaba una carta para el gran Consejo. Como se habían cogido algunos prisioneros, preguntábase qué terrible castigo inventaría.

— Espera, — dijo á un esclavo que escribía. — ¡Que me los traigan, quiero verlos!

Desde el fondo de la sala, llena de un vapor blanquecino en que las antorchas formaban como manchas rojas, empujaron á tres bárbaros; un samnita, un espartano y un capadocio.

— Continúa, — dijo Hannon.

«¡Alegraos, luz de los Baals! ¡vuestro sufleta ha exterminado á los perros voraces! ¡Bendita sea la República! ¡Ordenad rezos públicos!»

Vió á los cautivos y riendo les dijo;

— ¡Ah! ¡Ah! ¡Valientes de Sicca! Parece que hoy no gri-

táis tan fuerte. ¡Soy yo! ¿Me conocéis? ¿Dónde están, pues, vuestras espadas? ¡En verdad que sois terribles!

Fingió querer ocultarse como si tuviesen miedo.

— ¡Pediais caballos, mujeres, tierras, magistraturas, sacerdocios! ¿Por qué no? ¡Sí, yo os daré tierras de las que jamás saldréis! ¡Se os casará con horcas nuevas! ¿Vuestra paga? ¡Os la fundiremos en la boca en lingotes de plomo! ¡Y os pondré en buen sitio, muy alto, casi en las nubes, para que os acerquéis á las águilas!

Los tres bárbaros desgñados y cubiertos de harapos, le miraban sin comprender lo que decía. Heridos en las rodillas, les cogieron echádoles cuerdas, y las gruesas cadenas de sus manos arrastraban por el pavimento.

Hannon se indignó al ver su impasibilidad.

— ¡De rodillas! ¡De rodillas! ¡Chacales, polvo, gusanos, excrementos! ¡Y no me contestan! ¡Basta! ¡Callaos! ¡Que se les depelleje! ¡No! ¡Esperad!

Soplaba como un hipopótamo dilatando los ojos. El aceite perfumado pegándose á las escamas de su piel, y la luz de las antorchas le daba un tinte rosado.

Añadió:

— Durante cuatro días hemos sufrido el sol. En el paso de Macar, hemos perdido las mulas. ¡Ah! ¡Cómo sufrí! ¡Que se calienten los ladrillos hasta el rojo!

Se oyó un ruido de palas y el incienso humeó en los anchos pebeteros y unos esclavos desnudos que sudaban como esporjas, aplastaron sobre las articulaciones del Sufleta una pasta compuesta de harina, azufre, vino tinto, leche de perra, mirra, gálibano, y styrax. Una sed incesante le devoraba; el hombre vestido de amarillo no cedió á sus ruegos, y tendiéndole una capa de oro donde humeaba un caído de víbora, «bebe, la dijo, para que la fuerza de las serpientes nacidas del sol, penetre en el tuétano de los huesos. ¡Oh! ¡Reflejo de los dioses! Ya sabes que un sacerdote de Schum observa alrededor del Perro los astros

cruces que engendran tu enfermedad. Palidecen como las máculas de tu piel, y no morirás.

—No, ¿verdad?—repitió el Suffeta.—¡No debe morir!

Y de sus labios violáceos se escapaba un aliento más nauseabundo que la exhalación de un cadáver. Dos brasas parecían arder en el sitio de los ojos que no tenían pestañas. Un colgajo de piel rugosa le caía sobre la frente. Sus dos orejas apartándose de la cabeza, empezaban á crecer y las arrugas profundas que formaban semicírculos alrededor de sus narices, le daban un aspecto extraño y espantoso, gran semejanza á un animal feroz. Su voz extraña parecía un ruidido. Dijo:

—Quizás tienes razón, Demonades, creo que no debo morir. ¡Me sieto fuerte, mira, mira como trago!

Y menos por gula que por ostentación, y para probarse asimismo que estaba bien, se hartaba de quesos, de pescados limpios de espina, de ostras, huevos, trufas y pajaritos asados. Mirando á los prisioneros se deleitaba pensando en su suplicio. Al acordarse de Sicca, la rabia de todos sus dolores se exhalaba en injurias contra aquellos hombres.

—¡Ah traidores! ¡Miserables! ¡Malditos! ¡Me ultrajabais á mí! ¡A mí, el Suffeta! ¡Sus servicios! ¡El precio de su sangre como dicen ellos! ¡Ah! ¡Sil! ¡Su sangre! ¡Su sangrel!

Luego, hablando consigo mismo, añadió:

—¡Todos perecerán, no se venderá ni uno solo! Mejor sería conducirlos á Cartago. ¡Pero no tengo bastantes cadenas! ¡Escribid que me envíen! ¿Cuántos son? ¡No haya piedad! ¡Que me traigan en cestas todas sus manos cortadas.

En aquel instante estallaron gritos extraños á la vez roncós y agudos, dominando la voz de Hannon y el ruido de los platos que se le servían. Crecieron cada vez más, y se oyó de súbito el grito furioso de los elefantes, como si la batalla empezara de nuevo. Un gran tumulto rodeó la ciudad entera.

Los cartagineses no habían tratado de perseguir á los

bárbaros. Permanecieron al pie de las murallas con sus bagajes, sus criados y todo su tren de sátrapas. Entreteniéndose en sus tiendas bordadas de perlas, mientras el campamento de los mercenarios, situado en la llanura no era sino un montón de ruinas. Spendio recobró su valor. Envió á Zarachas al campamento de Matho, recorrió los bosques, reunió sus hombres, los cuales, irritados de haber sido vencidos sin combate, de nuevo formaron sus cohortes y compañías. Entonces encontraron un gran cubo de petróleo abandonado sin duda por los cartagineses. Spendio hizo coger gran número de cerdos, los remojó con el líquido, le inflamó y los dirigió hacia Utica.

Los elefantes, asustados por aquellas llamas huyeron. El terreno estaba en pendiente allí y los cartagineses al ver la luz de aquellos animales, les echaron jabalinas que acabaron de irritarles, y con sus colmillos y bajo sus pies aplastaban á los cartagineses, les ahogaban, les destrozaban. Detrás de ellos, los bárbaros bajaban de la colina; el campamento púnico sin empalizadas ni trincheras, fué tomado á la primera embestida y los cartagineses fueron aplastados contra las puertas que no se abrieron por temor á los mercenarios.

Apuntaba el día; por occidente se vió llegar la infantería de Matho. Al mismo tiempo apareció gran golpe de jinetes; eran Warr'Havas con sus númidas. Saltando barrancos y malezas perseguían á los fugitivos como lebreles que dan caza á las liebres. Aquel cambio de fortuna, interrumpió al Suffeta. Gritó que le sacaran del baño.

Los tres prisioneros permanecían aún ante él. Entonces un negro, el mismo que en la batalla llevaba su quitasol se inclinó á su oído.

—¿Qué?...—contestó el Suffeta lentamente.—¡Ah! ¡mátalos! añadió con tono brusco.

El etiope, sacó del cinto un largo puñal y las tres cabe-

zas cayeron. Una de ellas, botando entre los restos del festín saltó dentro de la pila, donde flotó unos instantes con la boca abierta y los ojos fijos.

La claridad de la mañana entraba por las aberturas; de los tres cuerpos tendidos boca abajo, salía á borbotones la sangre como de tres fuentes, y un charco de sangre corría por el mosaico cubierto de polvo azul. El Suffeta mojó la mano en aquel fango caliente y con él se untó las rodillas. Era un remedio.

Cuando llegó la noche salió de la ciudad con su escolta, y luego metióse entre montañas para reunirse á su ejército.

Sólo encontró los restos.

Cuatro días después, estaba en Gorza, en lo alto de un desfiladero, cuando las tropas de Spendio se presentaron en la parte baja.

Hannon reconoció en la retaguardia al rey de los numidas; Narr'Hayas se inclinó para saludarle, haciéndole una señal que no comprendió.

Volvió á Cartago pasando mil penalidades. Únicamente caminaban de noche; de día se ocultaban en los olivares. En cada etapa morían muchos; se creyeron perdidos muchas veces; por fin llegaron al cabo Hermæum, donde embarcaron.

Hannon estaba tan fatigado, tan desesperado, que pidió veneno á Demónades. Además se veía ya crucificado.

Cartago no tuvo fuerza para indignarse contra él. Se habían perdido cuatrocientos mil novecientos setenta y dos siclos de plata, quince mil seiscientos veintitres shekels de oro, dieciocho elefantes, catorce individuos de Gran Consejo, trescientos Ricos, ocho mil ciudadanos y todas las máquinas de guerra! La defección de Narr'Hayas era cierta, los dos sitios empezaron de nuevo. El ejército de Autharito, se extendía ahora desde Túnez hasta Rades.

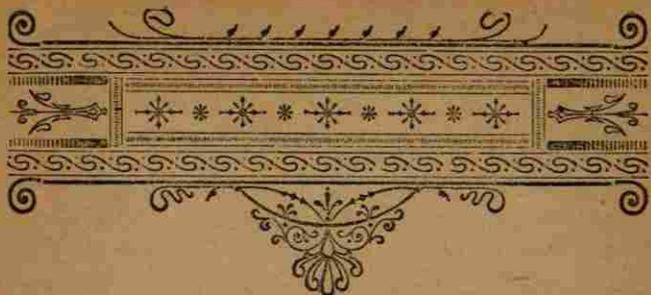
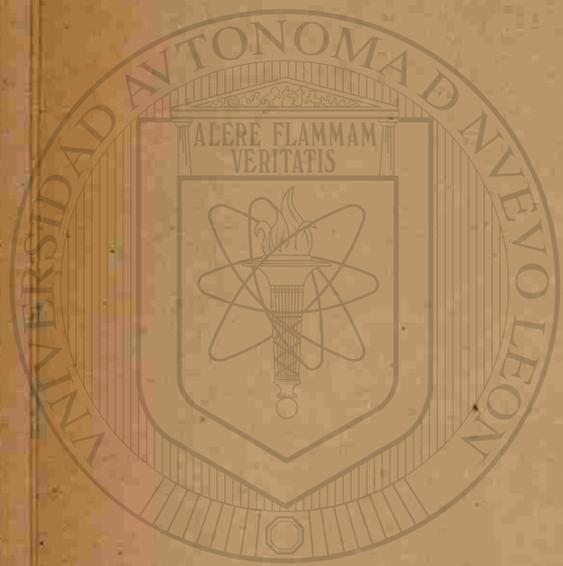
De lo alto del Acrópolis se veían en la campiña espesas

humaredas que subían hasta el cielo. Eran las quintas de los Ricos que ardían.

Sólo un hombre hubiera podido salvar á la República. Se arrepintieron de haberle desconocido, y hasta el partido de la paz, votó holocaustos para la vuelta de Hamilcar.

La pérdida del zaimph había transformado á Salamm-bó. Por la noche creía oír los pasos de la Diosa y despertaba asustada lanzando gritos. Todos los días mandaba llevar comida á los templos. Taanach se extenuaba cumpliendo sus órdenes, y Schahabarim no la abandonaba.





VII

Hamílcar Barca



El Anunciador de las Lunas, que vigilaba todas las noches desde lo alto del templo de Eschmnú, para señalar con su trompeta las agitaciones del astro, advirtió una mañana por el lado de Occidente, algo parecido á un pájaro rozando con sus alas la superficie del mar.

Era un navío con tres órdenes de remeros; llevaba esculpido en la proa un caballo. Elevábase el sol; el Anunciador de las Lunas se puso la mano ante los ojos, y luego, cogiendo su clarín, lanzó un gran grito de cobre hacia Cartago.

De todas las casas salió la gente; no se quería creer lo

que ocurría, disputaban todos y el muelle se llenó de curiosos. Por fin se reconoció la trireme de Hamilcar.

Avanzaba orgullosa y feroz con la antena recta, la vela hinchada y hendiendo la espuma; sus gigantescos remos se hundían cadenciosamente en el agua. De cuando en cuando en la extremidad de su quilla, formada como la reja de un arado, aparecía, bajo el espolón que terminaba la proa, el caballo de cabeza de marfil encabritado, como si corriera sobre las llanuras del mar.

Junto al promontorio cesó el viento, cayó la vela, y se vió junto al piloto un hombre de pie con la cabeza desnuda. ¡Era él, el suffeta Hamilcar! Llevaba alrededor de la cintura anchas hojas de hierro que reluctan, un manto rojo pendía de sus hombros dejando ver sus brazos; dos perlas muy largas colgaban de sus orejas, y caía sobre su pecho la barba espesa y negra.

La galera empujada por las olas se acercó al muelle, y la multitud la seguía andando y gritando:

— ¡Salud! ¡bendición! ¡ojo de Khamon! ¡Ah! ¡¡¡branos! ¡La culpa la tienen los Ricos! ¡Quieren matarte! ¡Cuidado Barca!

No contestó, como si el clamor del oceano y de las batallas le hubiesen ensordecido. Pero cuando llegó al pie de la escalera que bajaba del Acrópolis, Halmicar bajó la cabeza, y cruzado de brazos miró el templo de Eschmun. Su mirada subió más aun, se perdió en la bóveda inmensa; con voz áspera dió una orden á sus marineros; la trireme saltó; rozó el idolo que se erguía en el ángulo del muelle para detener las tempestades; y en el puerto del Comercio, lleno de inmundicias, de trozos de madera y de cáscaras de frutas, rechazaba ó partía los otros navíos amarrados á estacas y que terminaban en forma de mandíbulas de eccodrilo. El pueblo, acudía allí, y algunos para saludarle de más cerca se echaron al agua. El buque estaba ya ante la puerta erizada de clavos. Levantóse y la trireme desapareció bajo la bóveda profunda.

El puerto militar estaba completamente separado de la ciudad; cuando llegaban embajadores les era preciso pasar entre dos murallas por un corredor que desembocaba á la izquierda en frente del templo de Khamon. Aquella gran extensión de agua redonda como un vaso, hallábase rodeada de muelles, donde había como unos grandes nichos para abrigar á los navíos. Delante de cada uno de ellos se levantaban dos columnas que en su capitel tenían los cuernos de Ammon, lo cual formaba una línea de pórticos alrededor del estanque. En el centro, en una isla, se levantaba una casa para el suffeta del mar.

El agua era tan límpida, que se veía el fondo pavimentado de guijarros blancos. El ruido de las calles no llegaba hasta allí, y Hamilcar, pasando, reconocía las triremes que había mandado.

Solamente quedaban unas veinte cuidadosamente resguardadas, y cubiertas de dorados y de símbolos místicos. Pero por la acción del tiempo las Quimeras habían perdido sus alas, los Dioses sus brazos, los toros sus cuernos de plata. Todas medio despintadas, inertes, podridas, pero llenas de recuerdos exhalaban todavía como el aroma de sus viajes, y al ver pasar á Hamilcar, al igual de los soldados mutilados que ven á su antiguo jefe, parecían decirle: «¡Somos nosotras! ¡somos nosotras! Tú también eres un vencido».

Nadie, fuera del suffeta del mar, podía entrar en la casa-almirante. Hasta que se tenía la prueba de su muerte, se la consideraba siempre como vivo. Los Antiguos evitaban de aquel modo un amo, y no habían faltado tampoco esta vez á la costumbre. El Suffeta penetró en las salas desiertas. A cada paso encontraba armaduras, muebles, objetos conocidos, y que sin embargo le admiraban, y en el vestíbulo había aún, en un pebetero la ceniza de los perfumes quemados al partir para conjurar á Melkarth. No era de aquel modo como esperaba volver. Todo lo que había hecho, cuanto había visto, apareció ante su memoria: los

asaltos, los incendios, las Legiones, las tempestades, Drepano, Siracusa, Lilibea, el monte Etna, la meseta de Eryx, cinco años de batallas, hasta el día funesto en que, depositando las armas, se perdió Sicilia.

Subió al último piso de la casa; luego, sacando de una concha de oro suspendida á su brazo una espátula adornada de clavos, abrió la puerta de una salita oval.

Delgadas redondelas negras, hundidas en la pared y transparentes como cristal, la iluminaban suavemente. Entre las hileras de aquellos discos iguales, se veían unos agujeros parecidos á los de las urnas en los columbarios. Contenía cada uno una piedra esférica, negruzca, que parecía muy pesada. Únicamente las inteligencias superiores honraban aquellas piedras desprendidas de la luna. Por su caída representaban los astros, el cielo, el fuego; por su color, la noche tenebrosa; por su densidad, la cohesión de las cosas terrestres. Una atmósfera sofocante llenaba aquel lugar místico. Arena del mar que el viento había empujado sin duda á través de la puerta, blanqueaba algo las piedras redondas de los nichos. Hamilcar con la punta de su dedo, las contó todas; luego ocultó el rostro bajo un velo de color de azafrán, y cayendo de rodillas se echó de bruces con los brazos extendidos.

La luz exterior atravesaba las oscuras hojas que tapaban las ventanillas. Arboreescencias, montículos, torbellinos, extraños animales, se dibujaban en su espesor diáfano, y la luz llegaba espantable y pacífica sin embargo, como debe existir detrás del sol, en los tristes espacios de las creaciones futuras. Se esforzaba en borrar de su mente todas las formas, todos los símbolos y apelativos de los Dioses, á fin de poder comprender mejor el inmutable espíritu que las apariencias ocultan. Algo de las vitalidades planetarias le penetraba, mientras sentía por la muerte y por todos los azares un desdén más hondo y más íntimo. Cuando se levantó, sentíase lleno de una intrepidez serena, invulnerable á la misericordia, al temor, y como sentía

pesar aquella atmósfera sobre su pecho, subió á la cima de la torre que dominaba á Cartago.

La ciudad se extendía en pendiente con sus cúpulas, sus templos, sus techos de oro, sus casas, sus grupos de palmeras, sus bolas de cristal que lanzaban destellos, y las murallas, formaban como una gigantesca guarnición á aquel cuerno de la abundancia que parecía verterse á sus pies. Abajo, veía los puertos, las plazas, el interior de los patios, las líneas de las calles, los hombres diminutos casi pegados al pavimento. ¡Ah! si Hannon no hubiese llegado demasiado tarde el día de las islas Egates! Sus ojos se hundieron en el extremo horizonte, y tendió hacia el lado de Roma sus brazos temblorosos.

La muchedumbre ocupaba las gradas del Acrópolis. En la plaza de Khamon había empujones para ver al suffeta cuando saliera. Las terrazas se llenaban de gente. Algunos le reconocieron. Se le saludaba; se retiró, para mejor excitar la impaciencia del pueblo.

Hamilcar encontró en el gran salón á los hombres más importantes de su partido: Istatten, Subeldia, Hictamon, Jeubas y otros. Le contaron cuanto había ocurrido desde que se firmó la paz: la avaricia de los Antiguos, la marcha de los soldados, su vuelta, sus exigencias, la captura de Giscoen, el robo del Zaimph, Utica socorrida y después abandonada; pero nadie se atrevió á decirle los acontecimientos que le concernían. Por fin se separaron para verse de nuevo durante la noche en la asamblea de los Antiguos, en el templo de Moloch.

Acababan de salir cuando estalló un gran tumulto junto á la puerta. A pesar de los criados alguien quería entrar; y como el escándalo redoblaba, Hamilcar mandó que introdujeran al desconocido. Se adelantó una negra vieja, encorvada, arrugada, temblorosa, de facha estúpida, envuelta hasta los talones en amplios velos azules. Llegó á un paso del suffeta y se miraron uno y otra largo espacio. De repente Hamilcar se estremeció; á un ademán suyo los

esclavos se fueron. Entonces haciendo señal de que anduviera con precaución le condujo á una habitación apartada.

La negra se echó al suelo y quiso besarle los pies. El la levantó brutalmente.

—¿Dónde le has dejado, Iddibal?

—Allá abajo, amo.

Y desembarazándose de sus velos, frotó con su manga el rostro. El color negro, el temblor senil, el encorvamiento, desaparecieron. Era un robusto anciano, cuya piel parecía curtida por la arena, el viento y el mar. Un mechón de cabellos blancos se erguía sobre su cráneo como el plumero de un pájaro, y con una ojeada irónica mostraba en el suelo el disfraz caído.

—¡Has hecho bien, Iddibal! ¡muy bien!

Luego como atravesándole con su mirada aguda:

—¿Nadie sospecha todavía...

El viejo juró por los kabyros que el secreto estaba bien guardado. No abandonaban nunca su cabaña á tres días de Adrumeto, en una plaza poblada de tortugas y con palmeras sobre las dunas.

—Siguiendo tus órdenes, amo mío, le enseño á lanzar jabalinas y á guiar cuádrigas.

—¿Es robusto, verdad?

—¡Sí, amo, y muy intrépido! No teme ni las serpientes ni el trueno ni las fantasmas. Corre descalzo como un pastor por la orilla de los precipicios.

—¡Habla! ¡habla!

—De continuo inventa trampas para los animales feroces. La otra luna. ¿Lo creerás? sorprendió una águila, ésta le arrastraba y la sangre del ave de rapiña y la sangre del niño se esparcían por el aire en anchas gotas como rosas voladoras. El animal furioso le envolvía con sus alas; él la estrechaba contra su pecho, y á medida que agonizaba el águila redoblaba su risa, sonora y soberbia como el choque de las espadas.

Hamilcar bajaba la cabeza, deslumbrado por aquellos presagios de grandeza.

—Desde hace algún tiempo siente como una especie de inquietud. Mira á lo lejos las velas que pasan sobre el mar; está triste, rechaza el pan, quiere conocer á los dioses y desea ir á Cartago.

—¡No, no! ¡aún no! —exclamó el suffeta.

El viejo esclavo pareció saber el peligro que asustaba á Hamilcar y contestó:

—¿Cómo contenerle? Le he de hacer promesas, y no he venido á Cartago sino para comprarle un puñal con mango de plata rodeado de perlas.

Luego contó que habiendo visto al suffeta en la terraza se había presentado á los guardias del puerto como una de las mujeres de Salambó para llegar hasta él.

Hamilcar permaneció largo rato como absorto en sus pensamientos y después dijo:

—Mañana estará en Megara al ponerse el sol, detrás de las fábricas de púrpura, é imitaras por tres veces el grito del chacal. Si no me ves, el primer día de cada luna volverás á Cartago. ¡No olvides náda! ¡cuidale! Ya puedes hablarle de Hamilcar.

El esclavo se puso de nuevo su disfraz y ambos salieron de la casa y del puerto.

Hamilcar continuó solo y á pie sin escolta, pues las reuniones de los Antiguos eran en las circunstancias extraordinarias muy secretas y se acudía á ellas misteriosamente.

Primeramente siguió la fachada oriental del Acrópolis, pasó después por el Mercado de hierbas, las galerías de Quiniso, y por el arrabal de los perfumistas. Las escasas luces se extinguían; las calles más anchas quedaban silenciosas; después algunas sombras se deslizaron por las tinieblas; le siguieron, y todos se dirigieron como él hacia los Mappales.

El templo de Moloch estaba edificado al pie de una gar-

ganta escarpada en un lugar siniestro. Desde abajo sólo se veían altos muros que subían indefinidamente, como las paredes de una tumba monstruosa. La noche era sombría, una niebla gris parecía pesar sobre el mar. Éste, chocaba contra el acantilado con un rumor de estertores y sollozos y las sombras se desvanecían poco á poco como si hubieran pasado á través de las paredes.

Tan pronto como se salvaba la puerta aparecía un ancho patio cuadrangular con soportales. En el centro, elevábase una masa arquitectónica ochavada. La cubrían varias cúpulas que se amontonaban alrededor de un segundo piso cubierto de una especie de rotonda, de la cual sumergía un coro de vértice encorvado que terminaba en una bola.

En cilindros de filigrana, embutidos en largas perchas que llevaban unos esclavos, ardían brillantes llamas.

Aquellas luces vacilaban bajo las ráfagas de viento y los esclavos corrían y se llamaban para recibir á los antiguos.

En el suelo y de trecho en trecho, estaban agazapados á guisa de esfinges enormes leones, símbolos vivientes del sol devorador. Estaban adormilados con los párpados entreabiertos, pero despertando al ruido de los pasos y de las voces, se levantaban lentamente, iban hacia los Antiguos, que conocían por su traje y se frotaban con sus piernas, enarcando el lomo con bostezos sonoros; el vapor de su aliento velaba un tanto la luz de las antorchas.

Redobló la agitación. Cerráronse las puertas, los sacerdotes huyeron y los Antiguos desaparecieron entre las columnas que formaban en torno del templo un inmenso vestibulo. Estaban dispuestas de manera que reprodujeran en sus filas circulares concéntricas, el período saturniano, conteniendo los años, los meses; los días; y tocándose al fin cuando llegaban á la pared del santuario.

Allí es donde los Antiguos dejaban sus bastones de asta, pues una ley siempre observada, castigaba con la

muerte al que tomaba parte en la sesión llevando un arma cualquiera. Muchos llevaban en la orilla de sus mantos un desgarrón contenido por una franja de púrpura, para demostrar que llorando á sus parientes, no habían cuidado de sus vestidos. Otros tenían su barba encerrada en un saquito de piel de violeta que dos cordones sujetaban á las orejas. Todos se saludaron abrasándose estrechamente. Rodeaban á Hamilcar, le felicitaban; hubieran dicho que eran hermanos que volvían á verse.

Aquellos hombres eran casi todos rechonchos y anchos de espaldas y tenían la nariz encorvada como los colosos asirios. Algunos por sus pómulos más salientes, su estatura más alta y los pies más estrechos, delataban su origen africano, antecesores nómadas. Los que vivían de continuo en el fondo de sus tiendas tenían el rostro pálido, otros, ostentaban como la huella de la severidad del desierto. Se conocía á los marinos por el balanceo de su marcha, y los agricultores olían á campo, á hierbas secas, y á sudor de mulo. Todos aquellos viejos piratas hacían labrar los campos, aquellos acumuladores de dinero equipaban navíos, y aquellos agricultores, alimentaban esclavos diestros en toda clase de oficios.

Pasaron primeramente por una sala abovedada que tenía la forma de un huevo, siete puertas correspondientes á los siete planetas dibujaban en la pared siete cuadros de colores distintos. Después de atravesar otra sala penetraron en una mayor que las anteriores.

Un candelabro cubierto de flores cinceladas ardía en el fondo y cada uno de sus ocho brazos de oro tenía dentro de cálices de diamantes una mecha de bysso. Estaba colocado en el último peldaño de los que conducían á un gran altar que terminaba en los ángulos por grandes cuernos de cobre. Dos escaleras laterales conducían á su cima plana; no se veían las piedras, parecía una montaña de cenizas acumuladas en la que algo indistinto humeaba encima lentamente. Más allá, más alto que el candelabro

y que el altar se levantaba el Moloch de hierro, con su pecho de hombre en el que se veían muchas aberturas. Sus alas desplegadas llegaban á la pared, sus manos pendientes tocaban el suelo, tres piedras negras rodeadas de un círculo amarillo figuraban tres ojos en su frente, y como para mugir levantaba con esfuerzo terrible su cabeza de toro.

Alrededor de la sala estaban alineados escabeles de ébano. Detrás de cada uno, un brazo de bronce que reposaba sobre sus garras sostenía una antorcha. Todas aquellas luces se reflejaban en las losas de nácar que pavimentaban la estancia. Era tan alta, que el color rojo de las paredes al llegar cerca de la bóveda parecía negro, y los tres ojos del ídolo, fulguraban en lo alto como estrellas perdidas en las tinieblas.

Los antiguos se sentaron en los escabeles de ébano, colocando sobre su cabeza la cola de su traje. Permanecían inmóviles con las manos escondidas en sus anchas mangas, y el pavimento de nácar que parecía un río luminoso que corría desde el altar á la puerta, se deslizaba bajo sus pies desnudos.

Los cuatro pontífices estaban en el centro, espalda contra espalda en cuatro sitios de marfil que formaban cruz. El gran sacerdote de Schmun, con traje de color de jacinto, el gran sacerdote de Tanit, vestido de blanco, el gran sacerdote de Khamon con una túnica de lana obscura, y el gran sacerdote de Moloch, con manto de púrpura.

Hamilcar se adelantó al candelabro, dió una vuelta á su alrededor y después de mirar las mechas que ardían, echó sobre ellas un polvo perfumado. Llamas violáceas brotaron en la extremidad de los brazos.

Entonces una voz aguda se levantó, otra le contestó; y los cien antiguos, los cuatro pontífices, y Hamilcar de pie, todos á una, entonaron un himno, y repitiendo siempre las mismas sílabas y aumentando de tono, sus voces crecien-

ron, estallaron, produjeron terror, y luego todas callaron á un tiempo.

Permanecieron algunos instantes en silencio. Por fin Hamilcar sacó de su pecho una estatuita de tres cabezas, azul como un zafiro y la colocó delante de él. Era la imagen de la verdad, el genio de su palabra. La volvió á colocar en su seno y todos como acometidos de una cólera repentina, exclamaron:

—¡Son tus grandes amigos los bárbaros! ¡Traidor! ¡Infame! Vienes para vernos percer ¿no es eso? ¡Dejadle hablar!

—¡No, no!

Se vergaban de la prudencia á que les había constreñido el ceremonial político poco antes, y aún cuando deseaban la vuelta de Hamilcar, se indignaban ahora porque no previno sus desastres, ó porque no los había padecido como ellos.

Cuando se calmó el tumulto, el sacerdote de Moloch se levantó.

—Te preguntamos por qué no has vuelto á Cartago.

—¡Qué os importa!—preguntó con desdén el suffeta. Los clamores redoblaron.

—¿De qué me acusáis? ¿Acaso no he cumplido con mi deber en la guerra? Ya habéis visto el plan de mis batallas, vosotros que decíais que mis bárbaros...

—¡Basta! ¡basta!

Añadió con voz reconcentrada para que le escucharan con más atención:

—¡Ah! ¡es verdad! ¡Me he engañado, lumbreras de los Baals; también hay gente intrépida entre vosotros. Giscon ¡levántate!

Y recorriendo el peldaño del altar, con los párpados entornados como aquel que busca á alguien y repitió:

—¡Levántate, Giscon! Tú puedes acusarme y estos defenderán. Pero ¿dónde está?

Luego como comprendiendo:

—¡Ah! ¡en su casa sin duda, rodeado de sus hijos, mandando á sus esclavos y contando en la pared los collares de honor que la patria le ha dado!

Todos se agitaron encogiéndose de hombros como flagelados por un látigo.

—¡No sabéis siquiera si ha muerto ó vive! Sin cuidarse de sus clamores, afirmaba que abandonando al suffeta abandonaron la República. Del mismo modo la paz romana que tan ventajosa les pareció resultaba más funesta que veinte batallas. Sus adversarios, jefes de los syssitas le vencieron por su número; los más importantes se habían agrupado junto á Hannon que estaba sentado en el otro extremo de la sala, ante una puerta alta cerrada por un tapiz de color de jacinto.

Había pintado con colorete las úlceras de su rostro, pero el polvo de oro de sus cabellos había caído sobre sus hombros y formaba dos placas brillantes, y aquellos parecían blancos, finos y enortijados como la lana. Paños saturados de un perfume oleoso que goteaba sobre las losas envolvían sus manos, y su enfermedad había empeorado indudablemente, pues sus ojos desaparecían bajo los pliegues de los párpados, y para mirar tenía que echar atrás la cabeza. Sus partidarios querían que hablase. Por fin dijo una voz ronca y desagradable:

—¡Menos arrogancia, Barca! ¡Todos hemos sido vencidos! ¡Todos nos resignamos! ¡Resignate tú también!

—Dinos por lo contrario,—exclamó sonriendo Hamilcar,—como gobernaste tus galeras contra la flota romana.

—El viento me empujaba,—contestó Hannon.

—Haces como el rinoceronte que pisotea sus excrementos. Tú patentizas tu estupidez. ¡Callate!

Y se recriminaron acerca de la batalla de las islas Egates.

Hannon le acusaba de no haberle auxiliado.

—Hubiera sido abandonar Eryx. Era preciso dirigirse

á alta mar; ¿quién te lo impedía? ¡Ah! ¡no me acordaba! Los elefantes temen al mar.

Los amigos de Hamilcar gustaron tanto de la broma que soltaron grandes carcajadas.

Hannon denunció la indignidad de tal ultraje. Aquella enfermedad le sobrevino á consecuencia de un enfriamiento en el sitio de Hecatompulo, y el llanto corría por su rostro como una lluvia de invierno por una pared ruinosa.

Hamilcar añadió:

—Si me hubiérais amado tanto como á éste, ahora reinaría la alegría en Cartago! ¡Cuántas veces os he invocado! ¡y siempre rehusábais el dinero!

—¡Lo necesitábamos!—contestaron los jefes de los syssitas.

—Cuando todo iba de mal en peor, pues hemos llegado á beber los orines de los mulos y comido las correas de nuestras sandalias, cuando hubiera querido que los tallos de hierba fueran soldados y formar batallones con la podredumbre de nuestros muertos, acordáos de que aquí teníais muchas galeras intactas!

—No podíamos arriesgarlo todo de una vez,—contestó Baat-Baal, dueño de minas de oro en Jetulia.

—¿Qué hacíais aquí en Cartago en vuestras casas detrás de las murallas? Había galos junto al Eridan que era preciso empujar. Cananeos en Cyrene que hubiesen venido, y mientras los romanos enviaban embajadores á Petolomer...

—¡Ahora nos elogia á los romanos!

Alguien gritó:

—¿Cuanto te han dado por defenderles?

—¡Pregúntalo á las llanuras del Brutio, á las ruinas de Locres, de Metaponte y de Heraclea! ¡He quemado todos sus árboles, he saqueado todos sus templos, y matado hasta á los hijos de sus hijos!

Salammbó

—Declamas como un catedrático—contestó Kapuras, un mercader ilustre:—¿qué quieres, pues?

—¡Digo que era preciso ser más ingenioso ó más terrible! Si el Africa entera rechaza vuestro yugo, es que no sabéis uncirlo á su cerviz. Agatocles con Regulo, Copio, todos los hombres atrevidos, con sólo desembarcar la toman; y cuando los libios que están en Oriente, se unan á los nómadas de Occidente, y los nómadas vengan del Sur; y los romanos del Norte...

Un grito de horror resonó en la sala.

— ¡Ah! ¡entonces golpearéis vuestros pechos, os revolcaréis en el polvo y desgarraréis vuestros mantos! ¡de poco ha de servirlos! Iréis á rodar las muelas de Suburra, y á vendimiár en las colinas de Lacio.

Golpeábanse el muslo derecho para patentizar su escándalo y las mangas de sus túnicas se levantaban como grandes alas de aves asustadas. Hamílcar, dominado por su cólera, continuaba de pie en el último peldaño del altar, tembloroso, terrible. Levantaba los brazos y los rayos del candelabro que estaba tras él, pasaban entre sus dedos como dardos de oro.

—Perderéis vuestros navíos, vuestros campos, vuestros lechos suspendidos y los esclavos que os frotan los pies! Los chacales dormirán en vuestros palacios. El arado volcará vuestras tumbas. ¡Solo quedará el grito de las águilas y el montón de las ruinas! ¡Caerás Cartago!

Los cuatro pontífices extendieron las manos para apartar el anatema. Todos se habían levantado, pero el Suffeta de la Mar, magistrado sacerdotal bajo la protección del sol, era inviolable, mientras la asamblea de los Ricos, no le hubiese juzgado. El altar inspiraba terror. Retrocedieron.

Hamílcar no hablaba ya. Con los ojos fijos y la faz pálida como las perlas de su tiara, anhelante, casi asustado por sus propias palabras, permanecía inmóvil. Desde la altura en que estaba, las antorchas le parecían una ancha

corona de hogueras que ardían al ras del suelo; las negras humaredas subían hasta las tinieblas de la bóveda, y durante algunos minutos fué tan profundo el silencio que se oía á lo lejos el ruido del mar.

Luego, los Antiguos deliberaron. Sus intereses, sus existencias, estaban amenazadas por los bárbaros. No se les podía vencer sin el auxilio del Suffeta y aquella consideración les hizo olvidar las otras. Se habló á sus amigos. Hubo reconciliaciones interesadas, pactos y promesas. Hamílcar, no quería figurar en el gobierno; todos se lo suplicaron, y como de nuevo se pronunciara la palabra «traición» montó en cólera. El solo traidor era el Gran Consejo, pues el tiempo de enganche de los soldados expiraba con la guerra y eran libres desde que la guerra acabó; alabó su valor y ponderó las ventajas que proporcionarían á la República haciéndoles devotos á su causa por medio de donaciones y privilegios.

Entonces Magdassan, antiguo gobernador de provincias dijo dilatando sus ojos amarillos:

—En verdad, Barca, que á fuerza de viajar te has convertido en griego ó en latino. Todavía hablas de recompensar á esos hombres? Perezcan diez mil bárbaros, antes que uno solo de nosotros.

Los Antiguos, aprobaban con sus movimientos de cabeza murmurando:

—Sí, ¿por qué tantas consideraciones? ¡Siempre se encuentran soldados!

—Y es fácil también deshacerse de ellos, ¿verdad? Se les abandona como hicisteis en Cerdeña, se advierte al enemigo el camino que han de seguir, y así, se les cogió como ocurrió á los galos en Sicilia, ó se les desembarca en mitad del mar. ¡Al volver he visto la gran roca blanqueada por sus huesos!

—¡Qué desgracia! —replicó imprudentemente Kapuras.

—¿No se han pasado mil veces al enemigo? —exclamaron otros.

Hamilcar gritó:

—¿Por qué á pesar de vuestras leyes le llamasteis á Cartago? Cuando están aquí siendo pobres y numerosos junto á vuestras riquezas, no se os ocurre debilitarles dividiéndoles. Después, les despedís con sus mujeres y niños, á todos, sin quedaros un solo rehén! ¿Pensabais que se asesinarían mutuamente para evitaros el dolor de quebrantar vuestros juramentos? ¡Les odiais porque son fuertes! Me odiais aún más á mí que soy su jefe! ¡Oh! Lo he comprendido hace poco cuando me besabais las manos, y os conteniais para no mordérmelas! Si los leones que dormían en el patio hubiesen entrado rugiendo, el clamor no fuera más espantoso. El pontífice de Echmun se levantó erguido como una estatua y dijo:

—¡Barca! Cartago necesita que tomes el mando general de las fuerzas púnicas.

—Lo rehuso,—contestó Hamilcar.

—Te daremos plenos poderes.

—¡No!

—Sin fiscalización, sin que tengas que dividirlo con nadie; te daremos cuanto dinero pidas, todos los cautivos, todo el botín, cincuenta zerets de tierra por cada muerto del enemigo.

—¡No! ¡no! porque es imposible vencer con vosotros.

—¡Tiene miedo!

—¡Porque sois cobardes, avaros, ingratos, pusilánimes y locos!

—¡Les favorece!

—Para ponerse á su cabeza,—dijo alguien.

—Y atacarnos nosotros,—contestó otro.

Desde el fondo de la sala, Hannon vociferó:

—¡Quiere hacerse rey!

Entonces todos se levantaron tirando los escabeles y las antorchas. Formando un grupo compacto se lanzaron hacia el altar. Blandían puñales, pero buscando bajo sus mangas, Hamilcar, sacó dos grandes cuchillos, y encorva-

do, con el pie izquierdo adelantado, llameantes los ojos, apretados los dientes, les desafiaba inmóvil bajo el candelero de oro.

Resultaba que todos tenían armas; era un crimen; se miraron unos á otros asustados. Como todos eran culpables se tranquilizaron; poco á poco volviendo la espalda al Suffeta, bajaron rabiosos por la humillación. Por segunda vez retrocedían ante él. Durante algún tiempo permanecieron en pie.

Muchos que se habían herido los dedos los llevaban á su boca ó los envolvían con el borde de sus mantos.

Iban á salir, cuando Hamilcar oyó estas palabras:

—¡Es una delicadeza suya para no afligir á su hija!

Una voz más alta dijo:

—¡Sin duda alguna, ya que escoje los amantes entre los Mercenarios!

Tambaleóse al oír aquello, y después sus ojos buscaron maquinalmente á Schahabarim. El sacerdote de Tanit era el único que permanecía en su sitio, y Hamilcar veía desde lejos su alto casquete. Todos le escarnecían. A medida que aumentaba su angustia redoblaba la alegría de ellos, y entre carcajadas é imprecaciones, los de las últimas filas gritaban:

—¡Le han visto salir de su cuarto!

—¡Sí, una mañana del mes de Tammuz!

—¡Es el que robó el zaimph!

—¡Es un buen mozo!

—¡Es más alto que tú!

Arrancó su tiara, insignia de su dignidad, su tiara de ocho hileras místicas en cuyo centro había una concha de esmeraldas, y con ambas manos, con toda su fuerza, la arrojó al suelo. Los círculos de oro rompiéndose, rebotaron, las perlas resonaron sobre las losas. Vieron entonces en la blancura de su frente una larga cicatriz, que semejava una culebra entre sus cejas. Todos sus miembros temblaban. Subió una de las escalinatas laterales que condu-

cían sobre el altar, y marchó sobre él. Aquello era ofrecerse á Dios, entregarse en holocausto. El movimiento de su manto agitaba los resplandores del candelabro y el polvo fino levantado por sus pasos, le rodeaba como una nube hasta la cintura. Se detuvo entre las piernas del coloso de cobre, tomó en sus manos dos puñados de aquel polvo cuya sola vista hacía estremecer de horror á todos los cartagineses y dijo:

— ¡Por las cien antorchas de vuestras Inteligencias! ¡Por las ocho hogueras de los Kabyros! ¡por las estrellas, los meteoros y los volcanes! ¡Por todo lo que arde! ¡Por la sed del desierto y por el salobre del Oceano! ¡Por la caverna de Hadrumeto, y el imperio de las Almas! ¡Por la exterminación! ¡Por las cenizas de vuestros hijos! ¡y las cenizas de los hermanos de vuestros antepasados con quienes ahora confundo la mía! ¡Vosotros, los cien del Consejo de Cartago mentísteis acusando á mi hija! Y yo, Hamilcar Barca, Suffeta de la Mar, Jefe de los Ricos, y Dominador del pueblo, ante Moloch, cabeza de toro, juro:—Aquí esperaban algo espantoso, pero añadió con voz más alta y más tranquila;— que ni siquiera le hablaré de ello!

Los servidores del templo entraron llevando unas esponjas de púrpura, y otros palmas. Levantaron la cortina tendida ante la puerta, y por la abertura, se vió al final de las otras salas la inmensa bóveda rosada que parecía continuar la bóveda, apoyándose en el horizonte sobre el mar azul. El sol emergiendo de las olas subía. Chocó de repente contra el pecho del coloso, dividido en siete compartimientos cerrados por rejas. Sus fauces de rojos dientes se abrían con horrible bostezo; las enormes ventanas de su nariz se dilataban. Le animaba la claridad, y le daba un aspecto espantable é impaciente como si deseara saltar al exterior para mezclarse con el astro, con el Dios y recorrer con él las inmensidades.

Entretanto las antorchas tiradas al suelo, ardían aún,

produciendo sobre el pavimento de nácar como manchas de sangre.

Los Antiguos se balanceaban extenuados; aspiraban con ansia la frescura del aire; corría el sudor por sus rostros lívidos; á fuerza de haber gritado, no podían hablar, pero su cólera contra el suffeta no cedía; á modo de adios le lanzaban amenazas y Hamilcar les contestaba:

— ¡Hasta la noche próxima, Barca, en el templo de Ehmun!

— ¡Estaré!

— ¡Te haremos condenar por los Ricos!

— ¡Y yo, por el pueblo!

— ¡Cuida de no acabar crucificado!

— ¡Y vosotros arrastrados por las calles!

Cuando llegaron al umbral del patio, recobraron su actitud tranquila.

Sus corredores y cocheros les esperaban en la puerta. La mayoría montaron en mulas blancas. El Suffeta saltó sobre su carro y tomó las riendas. Los caballos arrancaron golpeando cadenciosamente los guijarros que saltaban, y subieron á escape toda la avenida de los Mappales, y el buitre de plata del extremo de la lanza, parecía volar según lo rápido que pasaba el carro.

El camino atravesaba un campo, donde se erguían altas losas puntiagudas en la cima como pirámides y que tenían en el centro una mano abierta, como si el muerto tendido debajo la hubiera levantado al cielo para reclamar algo.

Un alto edificio dominaba una serie de construcciones que se extendían á la derecha alineados como dos murellas de bronce.

Cuando el carro fragoroso hubo entrado por la estrecha puerta, se detuvo bajo un ancho cobertizo, donde muchos caballos comían montones de hierba.

Todos los criados acudieron. Formaban una gran multitud, pues los que trabajaban en el campo, temiendo á los soldados, se refugiaron en Cartago. Los labradores cubiertos de pieles de animales, arrastraban cadenas remachadas en los tobillos; los obreros de las fábricas de púrpura tenían enrojecidos los brazos como verdugos; los marinos, llevaban casquetes verdes; los pescadores, collares de coral; los cazadores, una red sobre el hombro; y los criados del palacio, túnicas blancas ó negras, pantalones de cuero y casquetes de paja, de fieltro ó de tela, según su servicio y sus ocupaciones.

Detrás de ellos, se amontonaba la plebe desarrapada. Vivían los que la formaban sin empleo alguno, lejos de las habitaciones, durmiendo por la noche en los jardines y devorando los restos de las cocinas, moho humano que vegetaba á la sombra del palacio. Hamilcar los toleraba más por previsión que por desdén. Todos en señal de alegría llevaban una flor en la oreja aunque muchos de ellos no le habían visto jamás.

Unos hombres armados de grandes bastones se lanzaron entre la multitud pegando á diestro y siniestro.

Era para rechazar á los esclavos que deseaban ver al amo, para que éste no sufriera su contacto ni le molestase el hedor que despedían.

Todos se echaron de bruces gritando.

—¡Ojalá prospere tu casa, Ojo de Baal!

Entre aquellos hombres, tendidos en el suelo en la avenida de los cipreses el intendente de los intendentes, Abdalonim, con una mitra blanca en la cabeza, se adelantó hacia Hamilcar con un incensario en la mano.

Salambó bajaba entonces la escalinata de las galeras. Todas sus doncellas iban detrás de ella y á cada uno de sus pasos bajaban también. Formaban una confusión de vestidos blancos, azules y amarillos y las sortijas, los broches, los collares, las franjas, los brazaletes resplandecían. Oíase un suave ruido de estofas ligeras; resonaban las san-

dalias al posarse sobre las gradas y aquí y allá, un gigantesco ennuco que sobresalía de todas aquellas mujeres, sonreía estúpidamente. El viento levantaba sus velos. Era en el mes de Schebar, en pleno invierno. Los granados en flor se destacaban sobre el azul del cielo y á través de las ramas aparecía el mar y en él una isla lejana medio oculta por la bruma.

Hamilcar se detuvo viendo á Salambó. Nació después de morir muchos varones hermanos suyos. Por otra parte, el nacimiento de una hija, pasaba por una calamidad en las religiones del Sol. Los dioses le enviaron más tarde un hijo, pero sentía contra ella algo de su esperanza malograda y de la maldición que le lanzó al nacer. Salambó se acercaba. Perlas de distintos colores caían en largos racimos desde sus orejas hasta sus hombros. Su cabellera estaba rizada formando como una nube alrededor de su cabeza. Llevaba en el cuello unas plaquitas de oro cuadrangulares, representando una mujer entre dos leones, y su vestido reproducía fielmente el traje de la Diosa.

Su túnica de jacinto de anchas mangas ceñíale el talle ensanchándose en su parte inferior. El bermellón de sus labios hacía parecer sus dientes más blancos y el antimonio de sus párpados agrandaba sus ojos. Las sandalias formadas de plumas de pájaros, tenían los tacones muy altos y estaba extraordinariamente pálida.

Llegó por fin cerca de Hamilcar, y sin mirarle, sin levantar la cabeza, le dijo:

—¡Salud, ojo de Baalím! ¡Gloria eterna! ¡triumfo! ¡dichas! ¡satisfacción! ¡riqueza! Tiempo hacía que mi corazón estaba triste. Pero el dueño que llega es como Tammur resucitado, y bajo tu mirada, oh padre, una alegría, una nueva existencia resplandecerán por todas partes.

Tomando de manos de Taanach un vasito oblongo donde humeaba una mezcla de harina, manteca y vino:

—Bebe,—dijo,—la bebida del regreso, preparada por tu sierva.

Hamilcar replicó:

— Bendición sobre tí.

Y cogió maquinalmente el vaso de oro que le ofrecía. Pero miraba y examinaba con una atención tan sostenida á Salambó, que ésta, turbada, dijo:

— ¡Te han dicho, oh dueño!...

— Sí, ya lo sé, contestó Hamilcar en voz baja.

¿Era una confesión? ¿Se trataba de los bárbaros? Añadió algunas palabras vagas acerca de los asuntos públicos que esperaba llevar á buen puerto.

— ¡Oh, padre! no borrarás lo irreparable.

Entonces retrocedió, y Salambó se asombraba de su estupor, pues no pensaba ella en Cartago, sino en el sacrilegio del cual resultaba cómplice.

Aquel hombre que hacía temblar las legiones, le asustaba como un dios. Había adivinado, lo sabía todo, algo terrible iba á suceder.

De pronto gritó: «¡Perdón!»

Hamilcar bajó lentamente la cabeza.

Aun cuando quería ácusarse, Salambó no osaba despegar los labios, y sin embargo tenía necesidad de ser consolada. Hamilcar dominaba las ganas que sentía de quebrantar su juramento. Lo mantenía por orgullo ó por temor; y la miraba de frente, con toda su fuerza, para adivinar lo que ocultaba en el fondo de su corazón.

Salambó hundía la cabeza entre sus hombros, aplastada por aquella dura mirada. Hamilcar estaba casi seguro de que había faltado con un bárbaro. Temblaba, levantó ambos puños. Ella lanzó un grito y cayó entre sus doncellas que la rodearon. Hamilcar volvió la espalda y se alejó. Todos los intendentes le siguieron.

Se abrió la puerta de los depósitos y penetró en una vasta rotonda, donde aflúan como los radios de una rueda á su eje, largos corredores que conducían á otras salas. Un disco de piedra se levantaba en el centro con una balau-

trada para sostener los cojines acumulados sobre la alfombra.

El Suffeta se paseó primeramente con paso rápido y largo, respiraba ruidosamente, golpeaba el suelo con el pie y se pasaba la mano por la frente.

Pero al advertir el cúmulo de sus riquezas se calmó. Su pensamiento, atraído por los corredores, se lanzó hacia otras salas llenas de tesoros más preciados. Planchas de bronce, lingotes de plata y barras de hierro alternaban con las rieles de estaño traídos de Cassiterides por el mar Tenebroso. Las gomas del país de los Negros reventaban casi sus sacos de corteza de palmera, y el polvo de oro colocado en grandes odres, se escapaba insensiblemente por las costuras desgastadas. Delgados filamentos extraídos de plantas marinas colgaban entre los linos de Egipto, de Grecia, de Taprovana y de Judea. Las madreporas se erizaban junto á las paredes; un olor indefinible flotaba en la atmósfera, formado por las exhalaciones de los perfumes, de los cueros, de las especias y de las plumas de aves truz atadas en gruesos ramilletes en lo alto de la bóveda. En frente, á cada corredor los colmillos de elefante colocados verticalmente, reuniéndose por los extremos, formaban un arco encima de la puerta.

Por fin subió sobre el disco de piedra. Todos los intendentes estaban con los brazos cruzados y la cabeza baja, mientras Abdaloním levantaba orgullosamente su mitra puntiaguda.

Hamilcar interrogó al jefe de los navíos. Era un viejo piloto, curtido por el viento, y grandes copos blancos bajaban hasta su cintura, como si la espuma de las tempestades se hubiera cuajado en su barba. Dijo que había enviado una flota por Gades y Thymiamata para llegar á Eziongaber, doblando el Cuerno del Sur y el promontorio de los Aromas.

Otros buques habían navegado hacia el oeste durante cuatro lunas sin encontrar orillas, pero la proa de los na-

víos se enredaba entre espesas yerbas, en el horizonte resonaba continuamente ruido de cataratas, nieblas de color de sangre obscurecían el sol, una brisa cargada de perfumes adormecía á los tripulantes y no podían éstos decir más porque su razón estaba como turbada.

El rey Ptolomeo había cogido un cargamento de incienso de Schesbar, Siracusa, el Atia, Córcega y las demás islas nada habían entregado, y el viejo marino bajó la voz para anunciar que una trireme había sido apresada por los numidas, — «pues están con ellos, amo mío.»

Hamílcar frunció el entrecejo, después hizo señal de que hablara el Jefe de los viajes; envuelto en una túnica oscura sin ceñidor, y con la cabeza rodeada por una ancha tira de tela blanca, que pasando junto á su boca, le caía por detrás de la espalda.

Las caravanas habían marchado al llegar el equinocio de invierno. Y después de haber visto muchos países é inmensos reinos donde todos los utensilios eran de oro, y un río de color de leche, ancho como un mar, y selvas de árboles azules y monstruos de rostro humano, cuyas pupilas al mirar se abrían como flores, habían vuelto muy pocos de los audaces viajeros.

Otros volvieron de la India con pavos, pimienta y nuevos tejidos. Las caravanas de la Getulia y de Phazzana habían entregado sus rendimientos de costumbre; pero ahora él, el Jefe de los viajes, no se atrevía á enviar nuevas expediciones.

Hamílcar comprendió; los Mercenarios ocupaban la campiña. Lanzando un sordo gemido, se apoyó en el atracado; y el Jefe de las alquerías tenía tanto miedo de hablar que temblaba horriblemente á pesar de sus robustos hombros y desus grandes pupilas rojas. Su rostro, era chato como el de un dogo, y llevaba en la cabeza una redecilla de filamentos de árbol; ceñía su talle un cinturón de piel de leopardo en que relucían dos formidables cuchillos.

Cuando Hamílcar le miró, empezó á invocar á todos los

Baals. ¡No era culpa suya! ¡No pudo evitarlo! Había observado las temperaturas, los terrenos, las estrellas, hecho las plantaciones en el solsticio de invierno, las labores en luna menguante, cuidado de los esclavos, ahorrado sus vestidos.

Hamílcar, á quien irritaba aquella locuacidad, chasqueó la lengua, y el hombre de los cuchillos dijo con voz rápida:

— ¡Amo mío! Todo lo han pillado, todo saqueado, todo destruído. En Marchala han cortado todos los árboles, y en Ubada, los graneros fueron derribados y las cisternas fueron cegadas. En Tesdes se llevaron mil quinientas medidas de harina. En Maraszana mataron á los pastores, comiéronse las abejas, ardió tu casa, tu hermosa casa con vigas de cedro, donde pasabas el verano. Los esclavos de Tuburbo han huido á las montañas. Todas las bestias de carga han desaparecido. ¡Es una maldición! No me consolaré nunca...

Hamílcar sentía una cólera espantosa. Estalló:

— ¡Cállate! ¿Soy acaso un pobre? ¡No mientas! ¡Di la verdad! ¡Quiero saber cuanto he perdido, moneda por moneda! Abdalonim, tráeme las cuentas de los buques, las de las caravanas, las de las alquerías y las de la casa. Si vuelvestra conciencia os acusa, ¡ay de vosotros! ¡salid!

Todos los intendentes, andando hacia atrás y con las manos tocando al suelo, salieron.

Abdalonim tomó unas cuerdas de nudos, unas tiras de tela y papiros y unos homoplatos de carnero llenos de finos caracteres. Los puso á los pies de Hamílcar, y entre sus manos, un cuadro de madera con tres hilos interiores por los que estaban pasadas bolas de oro, de plata y de asta. Después dijo:

— Ciento noventa y dos casas en los Mappales, alquiladas á los nuevos cartagineses, á razón de un beka por luna.

— ¡No, es demasiado! ¡No abuses de los pobres!

Abdalonim quedó sorprendido de aquella generosidad. Hamilcar le arrancó de las manos las tiras de tela.

—¿Qué es esto? ¡Tres palacios en Khamon á doce kesitah por mes! ¡Pon veinte! no quiero que los ricos me devoren.

El intendente de los intendentes, después de un profundo saludo, añadió:

—Prestado á Tigillas, hasta fin de la estación, dos kihar á devolver tres con interés martimo; á Mar-Balkarth, mil quinientos siclos, dejando en prenda treinta esclavos. Doce de éstos han muerto en las salinas.

—Es que no eran robustos,—dijo riendo el Suffeta. ¡No importa! si necesita dinero, prestárselo.

Entonces el intendente leyó lo que habían producido las minas de hierro de Annaba, las pesquerías de coral, las fábricas de púrpura, el arriendo del impuesto sobre los griegos domiciliados, la explotación de plata en Arabia y las presas de los buques.

Hamilcar contaba con las bolitas que resonaban bajo sus dedos.

—¡Basta! ¿qué has pagado?

A Stratonicles de Corinto y á tres mercaderes de Alejandría contra estas letras, diez mil dracmas atenienses y doce talentos sirios de oro. El alimento de las tripulaciones cuenta veinte minas por mes, por una trireme.

—¡Ya lo sé! ¿Cuántas se han perdido?

—He aquí la cuenta sobre estas hojas de plomo. En cuanto á los navios fletados en compañía, como ha sido preciso echar algún cargamento al mar, se ha repartido las pérdidas según lo que interesaba cada asociado. Por cordaje prestado que no ha sido posible devolver, los Ly-sitas han exigido ochocientos kesitah antes de la expedición de Utica.

—¿Todavía ellos?—exclamó Hamilcar. Permaneció algún tiempo aplastado bajo el peso de todos los odios que se despertaban en él y luego dijo:

—No veo los gastos de Megara.

Abdalonim, palideciendo, tomó de un cajón unas planchitas de sicomoro enhebradas por paquetes en una cuerda de cuero.

Hamilcar le escuchaba queriendo conocer los detalles de la vida doméstica, y se calmaba oyendo la monotonía voz que numeraba cifras y más cifras. Abdalonim iba cada vez más despacio. De repente dejó caer al suelo las hojas de madera, y se echó de bruces con los brazos extendidos en la posición de los condenados. Hamilcar, sin moverse, recogió las tabletas; sus labios se entreabrieron y sus ojos se dilataron, cuando vió en los gastos de un solo día un exorbitante consumo de pájaros, peces, vinos y aromas y de jarros y copas rotas, esclavos muertos y tapices echados á perder.

Abdalonim, siempre prosternado, le contó el festín de los bárbaros. No podía dejar de cumplir la orden de los Antiguos. Por otra parte, Salammbó quería que se prodigase el dinero para festejar á los soldados.

Al oír el nombre de su hija, Hamilcar se levantó de un salto, luego se acurrucó entre los cojines, desgarrando las franjas de su manto con las uñas, anhelante, con la mirada fija.

—¡Levántate!—dijo, y bajó.

Abdalonim le seguía; sus rodillas temblaban. Pero apoderándose de una barra de hierro se puso á levantar las losas como si estuviera furioso. Saltó un disco de madera y bien pronto en toda la longitud del corredor, aparecieron muchas de esas anchas tapaderas de los silos donde se conserva el grano.

—¡Ya lo ves! Ojo de Baal,—dijo el intendente temblando.—¡No lo han tomado todo! Son profundos de cincuenta codos y llenos hasta arriba. Durante el viaje, he hecho construir en todas partes, en los arsenales y en los jardines. ¡Tú casa está llena de trigo, como tu corazón de sabiduría!

Una sonrisa iluminó el rostro de Hamilcar.

— Bien Abdalonim, — dijo; luego añadió á su oído:

— Haz traer de Etruria, del Brucio, de donde quieras, á cualquier precio, amontona y guarda. Es preciso que posea yo todo el trigo de Cartago.

Cuando estuvieron al final del corredor, Abdalonim con una de sus llaves, abrió una cámara cuadrangular, dividida en dos, por columnas de cedro. Monedas de oro, de plata y de cobre puestas sobre las mesas ó hundidas en nichos, subían á lo largo de las cuatro paredes hasta tocar el artesonado del techo.

Enormes banastas de piel de hipopótamo guardaban en los rincones filas enteras de saquitos pequeños; montones de calderilla se elevaban sobre las losas; aquí y allá alguna fila demasiado alta se había desplomado, semejante á una columna derrumbada.

Las grandes monedas de Cartago que representaban á Tanit con un caballo bajo una palmera estaban revueltas con las de las colonias que representaban en sus caras un toro, una estrella, un globo ó una media luna. El Suffeta calculó al punto si las sumas amontonadas correspondían á las ganancias y pérdidas que acababan de leer, y se marchaba ya, cuando advirtió tres jarras de cobre vacías. Abdalonim volvió la cabeza en señal de horror, y Hamilcar resignado no habló.

Atravesaron otros corredores, otras salas y llegaron ante una puerta que, para estar mejor guardada tenía atravesado en su umbral un hombre atado por el vientre á una larga cadena empotrada en la pared; costumbre que los cartagineses tomaron de los romanos. Su barba y sus uñas habían crecido desmesuradamente, y se balanceaba á derecha é izquierda con la oscilación continua de los animales cautivos. Tan pronto como reconoció á Hamilcar se lanzó á él gritando;

— ¡Perdón! ¡Ojo de Baal! ¡Piedad! ¡Matame! Hace diez

años que no he visto el sol. ¡En nombre de tu padre, perdón!

Hamilcar, sin contestarle, llamó con las manos, aparecieron tres hombres, y los cuatro á la vez, apalaneando sus brazos, retiraron de sus anillos la barra enorme que cerraba la puerta. Hamilcar, tomó una antorcha y desapareció entre las tinieblas.

Creíase que aquel subterráneo era el sitio donde se guardaban las sepulturas de la familia; pero solo se hallaba un ancho pozo, escavado para engañar á los ladrones y que no ocultaba nada. Hamilcar, pasó junto á él, y después, bajándose hizo girar sobre sus rulos, una muela muy pesada, y por aquella abertura entró en una habitación que tenía la forma de un cono:

Escamas de cobre tapizaban las paredes, en el centro sobre un pedestal de granito se levantaba una estatua de Kabyr, llamado Aletos, inventor de las minas en la Celtiberia. Junto á su base, en el suelo, había anchos escudos de oro, y vasos de plata monstruosos, de cuello cerrado, de forma extravagante y que no podían servir; pues para evitar dilapidaciones y para que los cambios de sitio fueran casi imposibles, había la costumbre de hacer fundir de aquel modo grandes cantidades de metal.

Con su antorcha encendió una lámpara de minero, fijada en el casquete del idolo; reflejos verdes, azules, amarillos, violetas, de color vino y de sangre, iluminaron de pronto la sala.

Estaba llena de pedrerías que se guardaban en calabazas de oro, colgadas como lámparas de las escamas de cobre, ó bien hundidas aún en sus bloques nativos, alineados junto á la pared.

Había allí carbunclos formados por la orina de los lincees, piedras caídas de la luna, diamantes, topacios, las tres clases de rubies, las cuatro de zafiros y las doce de esmeraldas.

Fulguraban semejantes á chispas de leche á cristales
Salammbó

azules á polvo de ptata, é irrodian sus luces á chorros, en rayos de estrellas; los topacios del monte Zabarca, estaban allí para ahuyentar los terrores, se veían ópalos de la Bactrana que impiden los abortos y cuernos de Hamon que se colocan bajo las camas para soñar.

Las irradiaciones de las piedras y las llamas de la lámpara, se reflejaban en los escudos de oro.

Hamilcar, de pie, sonreía con los brazos cruzados, y le deleitaba menos el espectáculo que la conciencia de sus riquezas. Eran inagotables, infinitas. Sus abuelos que dormían bajo sus pies enviaban á su corazón algo de su eternidad. Se sentía casi igual á los genios subterráneos. Era como la alegría de un Kabyro y los anchos rayos luminosos que herían su rostro parecíanle la extremidad de una invisible red, que á través de los abismos le sujetaba al centro del mundo.

Una idea le hizo estremecer, y situándose detrás del idolo marchó en línea recta hacia la pared. Después examinó entre los tatuajes de su brazo la línea horizontal cortada por dos perpendiculares, lo cual expresaba en cifras cananeas el número trece. Entonces, contó hasta la décima tercera plancha de cobre, levantó una vez más su ancha manga y con la mano derecha estendida leyó en otro sitio de su brazo otras líneas más complicadas pasando sus dedos delicadamente sobre ellas como un tocado de lira. Por fin dió siete golpes con su pulgar, y como un solo bloque giró un gran trozo de muro.

Disimulaba una especie de cueva donde había encerradas cosas misteriosas que no tenían nombre, y de incalculable valor. Hamilcar bajó tres peldaños; tomó de un cubo de plata una piel de antilope que flotaba sobre un líquido negro, luego volvió á subir. Abdalonim volvió á caminar delante de él. Hería el pavimento con su alto bastón adornado de campanillas en el puño, y ante cada habitación gritaba el nombre de Hamilcar, entre alabanzas y bendiciones.

En la galería circular donde acababan todos los corredores, había acumulados á lo largo de las paredes viguetas de algumio, sacos de lansonía, conchas de tortugas llenas de perlas. El suffeta pasando, las rosaba con su manto sin mirar siquiera los gigantescos trozos de ámbar, materia casi divina formada por los rayos del sol.

Un vaho perfumado invadió la atmósfera.

—Empuja la puerta.

Entraron.

Hombres desnudos amasaban pastas, machacaban hierbas, vertían aceite en las jarras, abrían ó cerraban pequeños nichos ovalados, tan numerosos, que la estancia parecía el interior de una colmena. Toda suerte de especies y de aromas estaban encerrados en aquellas cavidades. Por todas partes se veían gomas en polvo, raíces, ramas de filipéndulo, redomas de cristal, pétalos de rosas; y aquel exceso de perfumes asfixiaba, á pesar de los torbellinos del styrax que ardía en el centro sobre una trípode de cobre.

El Jefe de los suaves olores, hombre alto y delgado y pálido como la cera, se adelantó hacia Hamilcar para frotarle las manos con metopión mientras dos ó tres hombres le frotaban los talones con hojas aromáticas. Les rechazó; eran cirneos de costumbres infames á quienes sólo se toleraba por los secretos que sabían.

Hamilcar mandó que á unos paquetes de nardo que se iban á remitir á ultramar se mezclara un poco de antimonio para que pesaran más.

Luego preguntó dónde estaban tres copas de psagas, que destinaba para su uso personal.

El Jefe de los olores confesó que no lo sabía y que unos soldados, armados, habían saqueado aquel departamento; él se vió obligado á abrirles todos los escondrijos.

—¡Les temiste más que á mí!—exclamó el Suffeta, y á través del humo, sus pupilas, como antorchas, fulguraban sobre el hombre pálido.

—¡Abdalonim! ¡Ante que se ponga el sol, hazlo azotar!
¡Desgarra su piel!

Aquel perjuicio, menor que los otros, le había indignado, pues á pesar de sus esfuerzos por olvidarlos, de continuo aparecían los bárbaros ante su pensamiento. Sus fechorías le recordaban la verüenza de su hija y odiaba á todos sus servidores porque lo sabían.

Fué después á inspeccionar el trabajo de los esclavos industriales cuyos productos se vendían por cuenta de la casa. Había sastres que bordaban y guarnecían mantos, otros que trenzaban redes, pintaban cogines, cortaban sandalias; obreros de Egipto alisaban y pulían papiros con una concha, la lanzadera de los tejedores no se detenía y los yunques de los armeros resonaban.

Hamilcar les dijo:

—¡Forjad espadas! ¡Forjad sin descanso! Necesito muchas!

Después sacó del pecho la piel de antilope macerada en venenos para que le cortaran una coraza que debía ser más sólida que las de bronce, invulnerable al fuego y al hierro.

¡Cuando se acercaba á los obreros, Abdalonim, para rehuir su cólera, vomitaba pestes contra aquellos! ¡Qué trabajo! ¡Es una vergüenza! ¡En verdad que el amo es demasiado clemente! Hamilcar, sin hacerle caso, se alejaba.

Casi se detuvo al ver largas hileras de árboles calcinados. Las empalizadas estaban derribadas, el agua de los arroyuelos formaba fangosas charcas en el suelo y por todas partes se veían cacharros rotos, mesas destrozadas. Harapos asquerosos pendían de algunas matas, bajo los limoneros las flores podridas formaban un estiércol amarillo. Los criados no habían hecho desaparecer aquellos despojos, creyendo que el dueño no volvería.

A cada paso descubría un nuevo desastre que le traía á la memoria lo que quería olvidar. Ahora manchaba sus brodequines de púrpura pisando inmundicias, y no tenía

delante de él aquellos hombres para hacerlos volar por medio de una catapultal Sentíase humillado al haberlos defendido, era un engaño, una traición; y como no podía vengarse de los soldados, ni de los Antiguos, ni de Sallambó, ni de nadie, su cólera que buscaba una víctima, condenó de una vez á las minas á todos los esclavos de los jardines.

Abdalonim se estremecía ¡cada vez que lo veía acercarse á los parques. Pero Hamilcar tomó el sendero de los molinos; de dónde salía una melopea lúgubre.

Entre el polvo de pesadas muelas que giraban, se veía á los hombres que las movían. Unos empujaban con pecho y brazos, otros uncidos, tiraban. El frote de las correas había formado junto á sus axilas costras purulentas como tienen en el cuello los asnos, y el harapo negro y lacio que apenas tapaba sus caderas, pendía como una larga cola. Tenían los ojos rojos, resonaban los grilletes de sus pies, todos los pechos anhelaban á la vez. Tenían en la boca, sujeto por dos cadenitas de bronce, un bozal, para que no pudieran comer harina, y unos guanteletes sin dedos les impedían cogerla.

Al entrar el amo, las barras de madera crugieron con más fuerza. El grano, chafándose, crugía. Muchos cayeron de rodillas; los otros, continuando, les pasaron por encima.

Llamó á Giddenem, el gobernador de los esclavos.

Hamilcar le mandó que quitara los bozales. Entonces todos, con gritos de animales hambrientos, se lanzaron sobre la harina, que devoraban hundiendo la cabeza en el montón.

—¡Les matas de hambre!

Giddenem contestó que era preciso para dominarlos.

¡No valía la pena de enviarte á Siracusa á la escuela de los esclavos. ¡Haz venir á los demás!

Los cocineros, palafreneros, los corredores, los que llevaban las literas, los bañeros, las mujeres con sus hijos,

todos se formaron en una sola fila que llegaba desde la casa de comercio hasta el parque de las fieras. No se atrevían á respirar. Un gran silencio reinaba en Megara. El sol se reflejaba en la laguna, al pie de las catacumbas. Los pavos chillaban. Hamilcar caminaba lentamente.

—¿Para qué me sirven esos viejos? ¡Véndelos! ¡Hay demasiados galos; son borrachos! demasiado candiotas; ¡son embusteros! Compra capadocios; asiáticos y negros.

Le admiró ver que había tan pocos niños.

—¡Es preciso que nazca más gente en la casa, Giddem! Cada noche dejarás las habitaciones abiertas, á fin de que puedan mezclarse hombres y mujeres.

Hizo que le presentarán los ladrones, los perezosos, los revoltosos. Distribuía castigos, recriminaba á Giddem y éste, como un toro, bajaba la cabeza.

—Mira, Ojo de Baal, éste quería suicidarse,—y mostraba un libro de alta estatura.

—¡Ah! ¿quieres morir?—preguntó desdeñosamente el Suffeta.

El esclavo contestó con intrepidez.

—¡Sí!

Hamilcar, sin cuidarse del daño pecuniario ni del mal ejemplo, volviéndose hacia los criados, dijo:

—Qué muera, pues. Lleváoslo.

Giddanem había ocultado á los mutilados detrás de los otros. Hamilcar los vió:

—¿Quién te ha cortado el brazo?

—¡Los soldados, Ojo de Baal!

Luego á un Samita que cojeaba:

—¿Y á tí quién te ha hecho esto?

Era el gobernador, que le rompió una pierna con una barra de hierro.

Aquella atrocidad estúpida indignó al amo.

—¡Maldito el perro que hiere á las ovejas! ¡Limar á los esclavos! ¡Ah! ¿Arruinas á tu amo?... Qué se le ahogue en

el estercolero. ¿Y dónde están los que faltan? ¿Les has asesinado?

Su rostro tenía una expresión tan terrible que todas las mujeres huyeron. Los esclavos retrocediendo, formaban un gran círculo á su alrededor; Giddanem besaba frenéticamente sus sandalias; Hamilcar permanecía inmóvil.

Es que en aquel instante recordaba mil desastres que le asaltaron á la vez. Los gobernadores del campo habían huido por miedo á los soldados, en conciencia con ellos quizás; todos le engañaban; no pudo contenerse más.

—¡Qué los traigan aquí!—gritó.—Marcadles en la frente con un hierro candente, como á los cobardes!

Todos fueron puestos de cara al sol hacia el lado de Oriente donde estaba el choloch-devorador. Los condenados á flagelación se pusieron de pie contra los árboles con dos hombres junto á ellos, uno que daba los golpes y otro que los contaba.

Hería con las dos manos. Los látigos, silbando, hacían saltar la corteza de los árboles. La sangre manchaba, como roja lluvia, las hojas y masas rojas; aullando de dolor, se retorcian al pie de los árboles. A los que se les marcaba, se arrancaban la carne con las uñas. Hacia el lado de las cocinas unos hombres con grandes soplillos avivaban el fuego de los hornillos. De cuando en cuando un grito estridente desgarraba el aire. Los azotados se desmayaban, pero, retenidos por las ligaduras, quedaban con la cabeza y los brazos colgando. Se olía á carne quemada. Los leones, recordando quizá el festín, rugían.

Entonces apareció Salammbó en la terraza. La recorría rápidamente de derecha á izquierda, como asustada. Hamilcar la vió. Le pareció que levantaba los brazos hacia donde él estaba; y con un gesto de horror, fuése hacia el parque de los elefantes.

Aquellos animales eran el orgullo de las grandes familias únicas. Habían llevado á los abuelos, triunfado en las guerras, se les veneraba como favoritos del Sol.

Los de Megara eran los más fuertes de Cartago. Hamilcar, antes de marchar, hizo jurar á Abdalonim que los cuidaría. La mayoría habían muerto á consecuencia de sus mutilaciones; sólo quedaban tres, echados en el centro del patio, entre el polvo y los destrozados restos del pesebre.

Le reconocieron y se le acercaron.

Uno tenía las orejas horriblemente cortadas; otro una gran llaga en las rodillas, el tercero la trompa cortada.

Se miraban tristemente, como personas razonables, y el que no tenía trompa, bajando su cabeza enorme y doblando los jarretes, procuraba acariciarle suavemente con la extremidad asquerosa de su muñón.

Dos lágrimas se escaparon de los ojos de Hamilcar. Saltó sobre Abdalonim.

— ¡Ah! ¡miserable! ¡la cruz! ¡la cruz!

Abdalonim, desmayándose, cayó de espaldas.

Detrás de las fábricas de púrpura, cuyo humo subía hacia las nubes, resonó un aullido de chacal; Hamilcar se detuvo.

Al pensar en su hija, como si hubiese sentido el contacto de un Dios, se calmó. Era una continuación de su fuerza, la persistencia de su personalidad lo que que entreveía, y los esclavos no comprendían la causa de su calma súbita.

Dirigiéndose hacia las fábricas de púrpura, paró por delante del ergástulo, gran construcción de piedra oscura rodeada de fosos. Bajó á la prisión. Algunos le gritaron: «¡Vuélvete!»; los más atrevidos le siguieron.

La puerta, abierta, se movía á impulsos del viento. El crepúsculo entraba por las estrechas ventanas y rotas cadenas pendían de las paredes.

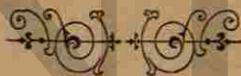
¡Aquello era lo que quedaba de los prisioneros de guerra!

Hamilcar palideció extraordinariamente, y los que le

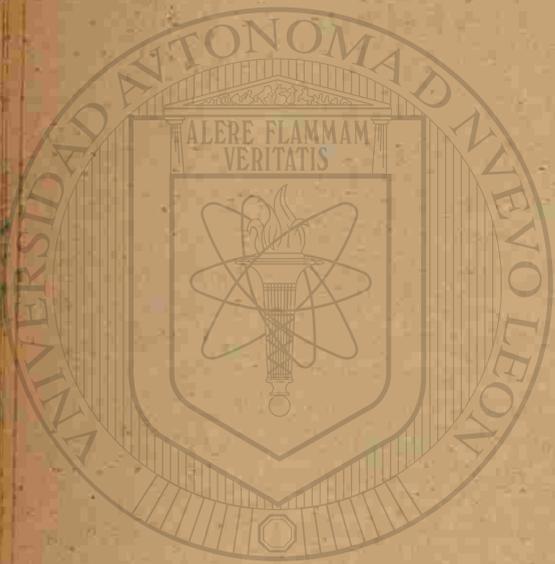
espiaban desde lejos vieron que se apoyaba á la pared para no caerse.

Tres veces seguidas aulló el chacal. Hamilcar levantó la cabeza; no profirió una palabra, no hizo un ademán. Cuando se ocultó el sol, desapareció detrás de la barrera de nopales, y por la noche, en la asamblea de los Ricos, en el templo de Eschmum, dijo al entrar:

— ¡Antorchas de Baalim, acepto el mando de las fuerzas púnicas contra el ejército de los bárbaros!

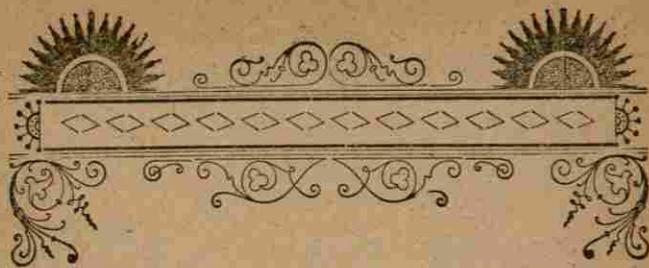


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
INSTITUTO DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VIII

La batalla del Macar



El día siguiente recibió de los Syssitas doscientos veintitres mil kicar de oro, decretó un impuesto de catorce shekel para los ricos. Hasta las mujeres contribuyeron; se pagaba por los niños, y, cosa monstruosa para los cartagineses, obligó á los colegios de los sacerdotes á dar también dinero.

Reclamó todos los caballos, todos los mulos, todas las armas. A los que quisieron disimular sus riquezas se les confiscó los bienes, y para vencer la avaricia ajena, dió sesenta armaduras y mil quinientos gommor de harina, es decir más él solo que la Compañía de Marfil.

Envió á Liguria á comprar soldados; tres mil montañeses acostumbrados á cazar osos; se les pagó por adelantado seis lunas á razón de cuatro minas diarias.

Era preciso un ejército. Pero no aceptó, como Hamón á todos los ciudadanos. Rechazó á los que tenían ocupaciones sedentarias, luego á los obreros y á los de aspecto pusilánime; pero en cambio, admitió á los perdidos á los crapulosos de Malgua, á los hijos de los bárbaros, á los libertos. En recompensa, prometió á los nuevos cartagineses, derecho completo de ciudadanía.

Su primer cuidado fué reformar la Legión. Cambió las espadas antiguas por otras más cortas; los brodequines se encargó fueran muy fuertes. Fijó el número de criados y redujo el de bagajes; y como había en el templo de Moloch trescientos pilums romanos se apoderó de ellos á pesar de las protestas de los sacerdotes. A los oficiales les hizo andar, saltar, correr, luchar cuerpo á cuerpo; les acostumbro, en una palabra, á las más duras fatigas.

Con los que habían vuelto de Utica y otros que poseían los particulares, organizó una falange de setenta y dos elefantes, que armó de un modo formidable. Dió á los conductores un escoplo y un martillo para henderles el cráneo si se rebelaban.

No permitió que el Gran Consejo nombrara los generales. Los Antiguos le objetaban las disposiciones de las leyes; nada le importaban; nadie se atrevía á murmurar y todo cedía ante la violencia de su genio.

Se encargó de la guerra, del gobierno, de la hacienda. Para prevenir acusaciones, hizo nombrar á Hamón su adjunto en hacienda.

Hacia trabajar en las murallas y para tener piedra en abundancia ordenó derribar los recintos antiguos que no reportaban ya utilidad ninguna.

Las tropas, con armas, recorrían á todas horas las calles; de continuo se oía resonar las trompetas; en grandes carros pasaban escudos, tiendas de campaña, lanzas; las mu-

jerres en los patios hacían hilas y vendajes; el ardor de unos se comunicaba á los otros. El alma de Halmicar llenaba la República.

Con los tres mil ligurios y los mejores hombres de Cartago formó una falange de cuatro mil noventa y seis hombres defendidos por cascos de bronce, y que manejaban lanzas de fresno largas de catorce codos.

Dos mil jóvenes llevaban hondas, un puñal y sandalias. Se le reforzó con ochocientos más armados de un escudo redondo y una espada romana.

La caballería pesada constaba de mil novecientos guardias, cubiertos de escamas de bronce colorado como los clinábaros asirios. Había además cuatrocientos arqueros á caballo con gorras de piel de comadreja, hachas de doble filo y túnicas de cuero. Además había armado mil doscientos negros para apoyar á la caballería. Todo estaba dispuesto y sin embargo Hamibar no marchaba.

A menudo salía por la noche de Cartago y se alejaba hasta más allá de la laguna, hasta la desembocadura del Macar. Quería unirse á los bárbaros? Los liguros, acampados en los Mappales rodeaban su casa.

Las aprensiones de los Ricos parecieron justificarse cuando un día, trescientos bárbaros se aproximaron á Cartago y Hamilcar mandó que se les abriera las puertas: eran tráfugas que, por fidelidad ó por temor, volvían junto al Suffeta.

La vuelta de Hamilcar no sorprendió á los mercenarios; según ellos aquel hombre no podía morir. Volvía para cumplir sus promesas, esperanza que nada tenía de absurda si se tiene en cuenta que mediaba un verdadero abismo entre la patria y el ejército. Por otra parte, no se creían culpables y habían olvidado por completo el festín.

Los espías que sorprendieron les desengañaron. Fué un triunfo para los más encarnizados, hasta los más tibios se pusieron furiosos. Luego los dos sitios les aburrían, no adelantaban un paso, ¡más valía una batalla! Al tener no-

ticia de los armamentos de Matho, saltó de alegría «¡Por fin! ¡Por fin!» exclamó.

Entonces el resentimiento que sentía por Salammbó recayó en Hamilcar. Su odio veía ahora una presa determinada y creía ya saborear su venganza. Tan pronto se veía rodeado de sus soldados, llevando la cabeza del Suffeta en una pica como en un lecho de púrpura estrechando entre sus brazos á la virgen, cubriendo de besos su rostro, pasando sus manos por su negra cabellera, y aquellas visiones, que sabía que no se realizarían, le atormentaban. Juró, que ya que sus compañeros le habían nombrado schalishim, se mostraría digno de tal cargo en la guerra, y la seguridad de que no volvería de ella le hacía implacable.

Fué á ver á Spendio y le dijo:

—¡Toma tus hombres! ¡Yo traeré los míos! ¡Avisa al gallo! ¡Estamos perdidos si Hamilcar nos ataca! ¿No me oyes? ¡Levántate!

Spendio quedó asombrado al oír aquella voz llena de autoridad. Matho, habitualmente se dejaba guiar por sus consejos; pero ahora parecía á un tiempo más tranquilo y más terrible; una voluntad soberbia fulguraba en sus ojos, parecida á la llama de un sacrificio.

El griego no le escuchó. Vivía en una de las tiendas cartaginesas con bordados de perlas, bebía refrescos en copas de plata, dejaba crecer sus cabellos y no se apresuraba en asaltar la ciudad sitiada. Había entablado negociaciones con la ciudad y estaba seguro de que se rendiría muy pronto. No quería, pues, partir.

Warr'Havas, que siempre iba de un ejército á otro estaba presente y apoyó las razones de Spendio.

—¡Vete, si tienes miedo!—exclamó Matho.—Nos habías prometido pez, azufre, elefantes, hombres, caballos! ¿Dónde están?

Warr'Havas se excusó afirmando que en breve cumpliría sus promesas,

Pero en aquel instante, un hombre que no conocían ni el griego ni el libio entró en la tienda. En una lengua desconocida hablaba á Narr' Havas el cual, de repente, corrió hacia sus ginetes. Se alinearon en la llanura formando un gran semicírculo. Narr' Havas, á caballo, bajaba la cabeza y se mordía los labios. Por fin dividió á sus hombres en dos mitades; dió á una orden de que le aguardara y al frente de la otra se lanzó á galope tendido hacia las montañas.

—¡Amo!—murmuró Spendio; no me gustan esas coincidencias. El Suffeta vuelve, Narr' Havas se marcha...

—¡Qué importa!—dijo con desdén el libio.

Pero se imponía adelantarse á Hamilcar, avisando á Autharito. El peligro de levantar los sitios estribaba en que entonces podían los soldados de las ciudades atacarles por la espalda, mientras los cartagineses les combatirían de frente. Después de mucha discusión se convino en lo siguiente.

Spendio con quince mil hombres se adelantó hasta el puente del Macar, á tres millas de Utica, que se fortificó con tres torres enormes provistas de catapultas. Con troncos de árboles y peñascos y muros de piedras se obstruyeron en las montañas todos los caminos y senderos; en su cima se amontonó gran cantidad de hierba seca que ardería para servir de señales, y de trecho en trecho se colocaron pastores para que vieran estas.

Indudablemente Hamilcar no se tomaría como Hannon, por la montaña de las Aguas Calientes. Pensarían que Autharito, dueño del interior, le cerraría el paso. Además un fracaso al principio de la campaña le perdería y una victoria no sería decisiva para él, pues los mercenarios le atacarían de nuevo. Podía desembarcar en el cabo de los Racimos é ir en socorro de una de las dos ciudades. Pero quedaría entre los dos ejércitos y era aquella una imprudencia que podía costarle muy cara. Lo natural era que siguiese la base del Ariana, volviendo luego á la izquierda

para evitar la desembocadura del Macar, y dirigiéndose al puente. Allí le esperaba Matho.

Por la noche, á la luz de las antorchas, vigilaba á los destacamentos avanzados. Iba á Hippo-Zaryta, á las obras de las montañas, no se daba punto de reposo. Spendio envidiaba su robustez; pero en cuanto á las obras de defensa, á lo que debía hacerse para tener buenos confidentes y al arte de las máquinas de guerra, Matho escuchaba á su compañero. Ya no hablaban de Salammbó, uno porque no pensaba en ella, otro porque le avergonzaba pensar tanto,

A menudo iba hacia el lado de Cartago para ver si distinguía las tropas de Hamilcar. Fijaba sus miradas en el horizonte, se tendía de bruce con el oído pegado al suelo y el zumbido de sus arterias se le antojaba el rumor de un ejército en marcha.

Dijo á Spendio que si dentro de tres días no había parecido Hamilcar, él iría con su ejército á buscarle para ofrecerle batalla. Pasaron dos días; Spendio procuraba retenerle, á la mañana del tercero, partió.

Los cartagineses no esperaban la guerra con menos impaciencia. En las tiendas de campaña y en las casas reinaban el mismo deseo é igual angustia. Todo el mundo se preguntaba por qué Hamilcar no se decidía.

De cuando en cuando subía á la cúpula del templo de Eschmun, junto al Anunciador de las Lunas, y consultaba los vientos.

Un día, el tercero del mes de Tibby, bajó precipitadamente la escalinata del Acrópolis. En los Mapapales resonó un gran clamor. Pronto reinó una gran agitación en las calles y los soldados, armándose, se despedían de las mujeres llorosas; luego corrían á la plaza de Khamon á formar. No se les podía seguir, ni hablarles, ni subir á las

murallas: durante algunos minutos la ciudad permaneció silenciosa como una tumba. Los soldados, apoyados en sus lanzas, pensaban en su suerte, y los otros, en las casas suspiraban.

Al ponerse el sol el ejército salió por la puerta occidental, pero en vez tomar el camino de Túnez ó el de Utica, siguió por la orilla del mar; pronto llegó á la Laguna, donde grandes manchas de sal, lanzaban reflejos como gigantesca fuentes de plata olvidadas en la orilla.

Las charcas se multiplicaron. El suelo era cada vez más blando, los pies se hundían: Hamilcar no retrocedió. Marchaba á la cabeza. Su caballo, cubierto de manchas amarillas como un dragón, avanzaba penosamente. Cerró la noche, noche sin luna. Algunos gritaron que todos iban á perecer; les arrancó sus armas, que se entregaron á los criados. El barro era cada vez más profundo. Fué preciso subir sobre las bestias de carga. Algunos se colgaron de las colas de los caballos; los robustos ayudaban á los débiles; el cuerpo de los ligurios empujaba á los infantes con la punta de sus picas. La obscuridad redobló. Se había perdido el camino. Se detuvieron.

Entonces los esclavos del Suffeta se adelantaron para buscar las boyas que por su orden se habían colocado de trecho en trecho. Voceaban en las tinieblas y el ejército les seguía á lo lejos.

Por fin se llegó á un terreno firme. Adelantaron más, y pronto se descubrió en la obscuridad una curva blanquecina. Estaban á orillas del Macar. A pesar del frío no se encendieron hogueras.

A media noche soplaron fuertes ráfagas de viento. Hamilcar hizo despertar á los soldados; pero ni una trompeta resonó; los capitanes les tocaban en el hombro.

Un soldado de alta estatura entró en el río; el agua no le llegaba á la cintura; se podía vadear.

El Suffeta ordenó que treinta y dos de los elefantes se

pusieron en el río y que los otros, cien pasos más abajo, formando otra línea detuvieron á las filas de hombres que arrastrara la corriente. Así todos, con las armas sobre la cabeza atravesaron el río como entre dos paredes. El Suffeta sabía que el viento del Oeste, empujando las arenas, formaba una especie de camino natural en toda su anchura.

Ahora se hallaba el ejército en la orilla izquierda, frente á Utica, en una vasta llanura, muy ventajosa para manio-
brar los elefantes, que constituían la fuerza principal del ejército.

Aquel rasgo de genio entusiasmó á los soldados. Todos habían recobrado la confianza y pedían marchar en seguida contra los bárbaros. El Suffeta les hizo reposar durante dos horas. Cuando salió el sol, el ejército se movió formando tres líneas; de elefantes la primera, de caballería é infantería ligera la tercera; la falange marchaba á retaguardia.

Los bárbaros acampados cerca de Utica y los quince mil que había junto al puente, quedaron sorprendidos al ver ondular la tierra á lo lejos. El viento, que soplaba con fuerza, levantaba grandes torbellinos de polvo que ocultaban, como una cortina amarillenta, la marcha del ejército púnico. Algunos, al advertir los cuernos que llevaban en los cascos los cartagineses, creían que se trataba de una manada de bueyes; otros, engañados por la agitación de los mantos, pensaban que eran olas; los que habían corrido mucho mundo, se encogían de hombros, diciendo que aquello era un espejismo.

Pronto no fué posible la duda. La masa enorme avanzaba de continuo. Se distinguió á los elefantes erizados de picas, los bárbaros lanzaron un clamor formidable.

—¡Los cartagineses!—y, sin señal, sin que nadie lo mandara, los soldados que sitiaban á Utica y los que guardaban el puente se lanzaron sin orden ni concierto sobre el ejército de Hamílcar.

Al oír aquel nombre, Spendio se estremeció. Repetía maquinalmente: «¡Hamílcar! ¡Hamílcar!» Y Matho no estaba allí! ¿Qué hacer? No se podía huir. El terror que le inspiraba el Suffeta, la gravedad de la resolución que debía tomar, el peligro que crecía por momentos, todo le trastornaba; se veía ya decapitado, crucificado, asaeteado. Pero le llamaban; treinta mil hombres iban á seguirle; pensó que podría lograr la victoria; se creyó más intrépido que Epaminondas. Para ocultar su palidez se embadurnó de bermellón, ciñó su armadura, bebió una gran copa de vino puro y corrió hacia sus soldados que marchaban al encuentro de los de Utica.

Se juntaron tan rápidamente, que el Suffeta no tuvo tiempo de alinear sus hombres en batalla. Poco á poco los cartagineses se detenían. Los elefantes se detuvieron; balanceaban sus pesadas cabezas que ostentaban penachos de plumas de avestruz y con las trompas se golpeaban las espaldas.

En los intervalos que dejaban los elefantes se veían los vélites, los grandes cascos de los clinabaros, penachos, corazas, estandartes. Aunque el ejército cartaginés contaba once mil hombres, no parecía tenerlos porque formaba un cuadrilongo con los lados menores muy estrechos.

Los bárbaros, al verlos tan débiles, lanzaron un clamor de alegría. El desdén que les inspiraban aquellos mercaderes redoblaba su valor, y antes que Spendio diera una orden, ya la habían comprendido y la ejecutaba.

Se extendieron en una larguísima línea que rebasaba por los flancos al ejército púnico, á fin de envolverlo por completo. Pero cuando estuvieron á trescientos pasos, los elefantes, en vez de adelantar retrocedieron; los clinabaros, dando media vuelta, les siguieron, la sorpresa de los mercenarios subió de punto cuando vieron que los bagajeros les imitaban corriendo cuanto podían. ¡Los cartagineses tenían miedo, huían! Un clamor formidable de befa y de alegría resonó en las filas de los bárbaros y Spendio,

desde lo alto de su dromedario gritó: «¡Ya lo sabía! ¡Adelante! ¡Adelante!»

Entonces las jabalinas, los dardos, las balas de fronda volaron á la vez. Los elefantes, al sentirse heridos en la grupa, galoparon más aprisa; una gran polvareda les envolvía y se disiparon como sombras. Pero se oía un gran ruido de pasos, dominado por el ruido de las trompetas que sonaban con furia. Aquel espacio que los bárbaros tenían ante ellos llenos de torbellinos y tumulto, atraía como un abismo; algunos se precipitaron en él. Aparecieron cohortes de infantería y la caballería galopaba también hacia el enemigo.

Hamilcar había ordenado la falange que rompiera sus secciones á fin de que los elefantes, las tropas ligeras y la caballería pasaran por sus intervalos para ir rápidamente hacia las alas, y calculó tan bien la distancia de los bárbaros, que en el instante en que estos chocaron contra el ejército, éste formaba una gran línea recta. En el centro, estaba la falange, formada por cuadros de diez y seis hombres por cara. Los jefes de las filas estaban entre los largos hierros aguzados que sobresalían desigualmente de las filas. Todas las caras desaparecían bajo la viseras de los cascos; láminas de bronce cubrían las piernas derechas, anchos escudos cilindricos bajaban hasta las rodillas y aquella masa cuadrangular se movía como si estuviese formada de una sola pieza, parecía vivir como un animal y funcionar como una máquina. Dos cohortes de elefantes la flanqueaban; contrayendo la piel hacían caer trozos de sus escamas. A derecha é izquierda de los elefantes corrían los honderos con una honda alrededor de la cintura, otra sobre la cabeza, y otra en la mano derecha. Estaban luego los clinaberos, acompañado cada uno de un negro, tendiendo sus lanzas entre las orejas de sus caballos, cubiertos de oro como ellos. Más lejos, estaban los soldados armados á la ligera con escudos de piel de lince, de los cuales sobresalían las lanzas de los venablos que

llevaban en la mano izquierda, y los tarentinos guiando dos caballos, formaban los extremos de las dos alas.

El ejército de los bárbaros no había podido permanecer alineado. En su extensión exorbitante había ondulaciones y vacíos; todos respiraban anhelosamente sofocados por haber corrido tanto.

La falange adelantó pesadamente enfilando sus lanzas; bajo este peso enorme la línea de los mercenarios, harto endeble, cedió por el centro.

Entonces las alas cartaginesas se desplegaron; los elefantes las seguían. La falange cortó en dos mitades á los bárbaros con sus lanzas tendidas oblicuamente; las alas, á flechazos y pedradas acosaban á los soldados de Spendio.

Este, ordenó que se atacase simultaneamente á la falange por ambos flancos; á fin de desbaratarle. Pero las filas más estrechas se deslizaban bajo las más largas, y la falange se revolvió contra los bárbaros, tan terrible en sus lados como lo era momentos antes por el frente.

Golpeaban sobre el asta de las lanzas, pero la caballería atacándoles por retaguardia les impedía dar en firme el asalto; y la falange apoyada por los elefantes, se estrechaba ó se ensanchaba según lo requerían los incidentes de la lucha, formando un cuadro, un triángulo, un rombo, un trapecio, una pirámide. Un movimiento interior la removía de la cabeza á la cola, pues los que estaban en las últimas filas acudían á las primeras, y los que formaban en estas por cansancio ó por heridas, se retiraban hacia atrás. Las lanzas se inclinaban y se levantaban alternativamente. Se veía un continuo fulgurar de espadas desnudas y la caballería cargaba sin cesar contra aquel mar de hierro. Los heridos, defendíanse con sus escudos, tendían la espada, apoyando el puño contra el suelo, y otros, revolcándose en charcos de sangre, mordían los talones de los combatientes. La multitud era tan compacta, el polvo tan espeso, tan grande el tumulto, que nada podía distinguirse; á los cobardes que ofrecieron rendirse ni siquiera

se les escuchó. Cuando las manos quedaban sin armas, entonces empezaba una lucha cuerpo á cuerpo, los pechos crugían contra las corazas y los cadáveres colgaban con la cabeza hacia atrás entre los brazos crispados. Una compañía de sesenta hombres de la Umbría firmes sobre sus jarretes, con la pica delante de los ojos, incommovibles, y rechinando los dientes, obligaron á retroceder á dos cuadros á la vez Pastores epirotas corrieron hacia el escuadrón de los clinabaras y cogiendo á los caballos por la crin, voltearon sus bastones; los animales derribando á sus ginetes huyeron por la llanura.

Los honderos púnicos no podían intervenir en aquella lucha á menos de herir á sus propios compañeros. La falange empezaba á oscilar, vociferaban los capitanes, las filas se estrechaban con dificultad y los bárbaros atacaban cada vez con más ímpetu. Su empuje era tremendo; la victoria era para ellos. De repente un grito, un espantoso grito, un rugido de dolor y de cólera se levantó de las filas de los bárbaros; eran los setenta y dos elefantes que se precipitaban sobre ellos, formados en doble fila. Los indios les espoleaban tan vigorosamente que la sangre corría por sus orejas. Sus trompas embadurnadas de minio erguíanse en el aire parecidas á culebras rojas; en el pecho llevaban un cuerno de hierro, en los lomos una coraza, y sus colmillos estaban alargados por hojas de hierro corvas como sables. Para hacerles más feroces se les había embriagado con una mezcla de vino puro y de incienso.

A fin de resistir mejor su empuje, los bárbaros se lanzaron sobre ellos en filas compactas; los elefantes se echaron impetuosamente sobre ellos. Los espolones de su pretal, como proas de navío, hendían las cohortes. Con sus trompas ahogaban los hombres, ó levantándolos del suelo los entregaban á los soldados de las torres; con sus colmillos les despanzurraban, les lanzaban al aire, y entrañas palpitantes pendían de aquellos como los rollos de cuerdas cuelgan de los mástiles. Los bárbaros procuraban re-

ventarles los ojos, cortarles los jarretes, otros deslizándose bajo su vientre les hundían la espada hasta el puño y parecían aplastados; los más intrépidos, se colgaban de sus correas y bajo las llamas, bajo las flechas, continuaban aserrando el cuero, y la torre de mimbres se derrumbaba como una torre de piedras. Catorce de los que estaban en el ala derecha, irritados por las heridas retrocedieron; entonces, los indios, cogieron el escoplo y el martillo y aplicando aquél sobre la nuca dieron un gran golpe. Los enormes animales cayeron unos sobre otros. En aquel montón de cadáveres y de armaduras un elefante monstruoso llamado *Furor de Baal*, cogido por la pata entre cadenas, gritó desesperadamente hasta la noche, pues tenía una flecha en un ojo.

Sin embargo los otros, como conquistadores que se deleitan en el exterminio, derribaban, aplastaban, pisoteaban á heridos y moribundos. Para rechazar á los manipulos que se apiñaban al rededor suyo, giraban sobre sus patas de atrás adelantando siempre. Los cartagineses sintieron avivar su ardor. La batalla empezó de nuevo.

Los bárbaros cedían; los griegos tiraron sus armas y los demás, al ver el mal ejemplo se asustaron. Spendio hula inclinado sobre el cuello del dromedario. Entonces todos se precipitaron hacia Utica.

Los clinabaras, cuyos caballos estaban rendidos, no trataron de perseguirles. Los ligures, extenuados por la sed querían ir hacia el río. Los cartagineses que combatieron en el centro de los cuadros, y que habían sufrido menos, se desesperaban viendo que no podían completar su venganza. Iban á perseguir á los mercenarios. Hamilcar apareció.

Con las riendas de plata contenía á su caballo atigrado cubierto de sudor. Las tiras que pendían de los cuernos de su casco ondeaban al viento y traía bajo su muslo izquierdo el escudo oval. Con un movimiento de su lanza de tres puntas, detuvo el ejército.

La falanxe exterminó á todos los bárbaros que aun resistían. Algunos aún se defendieron. Se les mató desde lejos bajo una nube de piedras como si fueran perros rabiosos. Hamilcar había recomendado que se hicieran prisioneros; pero los cartagineses dudaban en obedecerle, ansiosos de hundir sus espadas en el cuerpo de los bárbaros.

Anocheció. Los cartagineses y los bárbaros habían desaparecido. Los elefantes que huyeron corrían á lo lejos con sus torres incendiadas.

Ardían en las tinieblas aquí y allá como faros medio ocultos entre la niebla; á lo lejos solo se veía sobre la llanura la ondulación del río que acarrea los cadáveres al mar.

Dos horas después llegó Matho. A la luz de las estrellas vió montones de hombres tendidos en tierra. Eran hileras de bárbaros. Inclínose, todos estaban muertos. Llamó con voz estentórea; nadie le contestó.

Por la mañana había abandonado Hippo Zaryta con sus soldados para marchar contra Cartago. En Utica el ejército de Spendio acababa de desaparecer y los habitantes incendiaban las máquinas de guerra.

Todos se habían batido con saña. Pero como Matho para llegar más pronto se adelantó por entre las montañas y los bárbaros huyeron por la llanura, no tuvo noticia de la derrota hasta que se encontró en lo que había sido campo de batalla.

En frente de él, más allá del río, veía á ras del suelo unas luces inmóviles. Eran los cartagineses que se retiraron detrás del puente y para engañar á los bárbaros, el Suffeta había colocado avanzadas en la otra orilla. Matho, adelantando sin cesar, creyó ver las insignias púnicas, pues distinguía en el aire cabezas de caballos que no se movían; oyó también un gran rumor, ruido de canciones y de copas que chocaban.

Entonces no sabiendo donde estaba; ni cómo hallar á Spendio, se volvió por el mismo camino. Apuntaba el alba y á su luz vió á lo lejos la ciudad y á su alrededor los despojos de las máquinas ennegrecidas por las llamas, como esqueletos gigantescos apoyados contra las murallas.

Todo reposaba en un silencio extraordinario. Entre los soldados había hombres casi desnudos que dormían tendidos de espaldas ó con la frente apoyada en los brazos. Algunos quitaban de sus piernas tiras de tela ensangrentadas. Los moribundos movían lentamente la cabeza, y otros arrastrándose les traían agua. A lo largo de los senderos estrechos, los centinelas caminaban para entrar en calor, ó con el rostro vuelto hacia el horizonte permanecían quietos con la lanza sobre el hombro en actitud feroz.

Matho halló á Spendio bajo una tienda desgarrada, con la rodilla entre las manos y la cabeza baja.

Permanecieron largo rato sin hablar.

Por fin Matho murmuró:

— ¡Vencidos!

Spendio contestó con voz sombría:

— ¡Sí, vencidos!

A todas las preguntas contestaba con ademanes desesperados.

Suspiros y estertores llegaban hasta ellos, Matho entreabrió la tienda. Entonces aquel espectáculo le recordó otro ocurrido allí también, y dijo rechinando los dientes:

— ¡Miserable! ya una vez.

Spendio le interrumpió:

— Tú tampoco estabas.

— ¡Es una maldición, — exclamó Matho, — pero un día ú otro llegaré hasta él! ¡le venceré! ¡le mataré! ¡Ah! ¡Si hubiese estado allí!

La idea de haber faltado á la batalla le desesperaba más que la derrota.

Se arrancó del cinto la espada y la tiró al suelo.

— ¿Cómo os han derrotado los cartagineses?

El antiguo esclavo se puso á contar la batalla y las maniobras. Matho creía verlas, y se irritaba. El ejército de Utica en vez de correr al puente debió atacar á Hamilcar por retaguardia.

—¡Ahl ya lo sé,—exclamó Spendio.

—Era preciso doblar tus filas, no comprometer los vélites contra la falanxe, dejar paso á los elefantes; en un momento debía cambiar la faz de la lucha.

Spendio contestó:

—Le he visto pasar con un gran manto rojo, levantados los brazos, más alto que la polvareda, como un águila que vuela al lado de las cohortes; á cada señal de su cabeza, se estrechaban, se precipitaban; la multitud nos ha echado uno contra otro. Me miró; sentí en mi corazón como el frío de una espada.

Se interrogaron tratando de descubrir por qué el Suffeta había llegado cuando las circunstancias eran más desfavorables para los bárbaros. Hablaron luego de la situación, y para atenuar su falta ó para animarse á sí mismo, Spendio dijo que aun quedaba esperanza.

—Aun cuando no quedase nadie más, no importa,—dijo Matho,—hasta solo continuaré la guerra!

—Yo también,—gritó el griego levantándose de un salto.

Caminaba á largos pasos, centelleaban sus pupilas, y una extraña sonrisa contraía su rostro de chacal.

—¡Volveremos á empezar; no te alejes nunca de mí no sirvo para las batallas á la luz del sol. El fulgor de las espadas turba mi vista; es una enfermedad; he pasado demasiado tiempo en el ergástulo. Pero indícame murallas que escalar durante la noche, y entraré en las ciudadelas y los cadáveres estarán fríos antes que canten los gallos! Enséñame á alguien, algo, un enemigo, un tesoro, una mujer; aun cuando fuera la hija de un rey, y traeré tu deseo ante tus ojos. Me acusas de haber perdido la batalla,

y sin embargo la gané. Confiesa que mi piara de cerdos nos sirvió mejor que una falanxe de espartanos.

Y cediendo al deseo de realizarse y de tomar desquite, enumeró cuanto hiciera por la causa de los mercenarios.

—Yo soy—dijo—quien en los jardines del Suffeta empujé al galo. Más tarde en Sicca les he dado ánimo, haciéndoles temer la venganza de la República. Giscon les perdonaba, pero yo no quise que los intérpretes hablaran. ¡Ahl! ¡Cómo les salían las lenguas de la boca. ¿Te acuerdas? Te llevé á Cartago; he robado el zaimph, te llevé á su casa. Haré más aún: ¡ya verás!

Y se echó á reír como un loco. Matho le miraba con los ojos dilatados. Experimentaba malestar ante aquel hombre que era á un tiempo tan cobarde y tan terrible.

El griego añadió con tono jovial chasqueando los dedos:

—¡Evohé! ¡Después de la lluvia el sol! He trabajado en las canteras y he bebido vino en una cratera que me pertenece bajo una tienda de brocado de oro como un Ptolomeo. La desgracia sirve para hacernos más hábiles. A fuerza de trabajo se domó la fortuna. Esta protege á los políticos. ¡Cederá!

Volvió hacia Matho, y tomándole por el brazo:

—Aho, ahora los cartagineses están seguros de su victoria. Tienes un ejército que no se ha batido y tus hombres te obedecen. Ponlos en la vanguardia; los míos para vengarse les seguirán. Me quedan tres mil caballos, mil doscientos honderos y arqueros, cohortes enteras. ¡Hasta podemos formar una falanxe! ¡Volvamos!

Matho, aplastado por el desastre, no había decidido nada para repararlo, Escuchaba con afán, y las planchitas de bronce que rodeaban su busto se levantaban al impulso de los latidos de su corazón.

Recogió su espada y gritó:

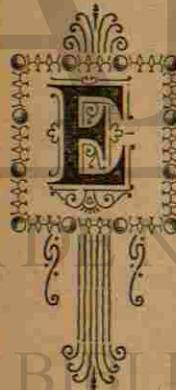
—¡Sígueme! ¡adelante!

Pero las avanzadas anunciaron que los muertos de los cartagineses habían sido recogidos, que el puente estaba quemado y que Hamilcar con sus tropas había desaparecido.



IX

En campaña



El Suffeta, pensó que los Mercenarios le esperarían en Utica, ó se revolverían contra él, y comprendiendo que no tenía fuerzas suficientes, ni para acometer, ni para resistir, marchó hacia el sur, por la orilla derecha del río, lo cual le ponía de momento á cubierto de una sorpresa.

Quería ante todo perdonando por entonces su rebelión, separar á todas las tribus de los bárbaros, y después, cuando estuviesen aislados, caería sobre ellos y les exterminaría.

En catorce días, pacificó la región comprendida entre Thouccaber y Utica, y las ciudades desde Fignicaba, Tessorah, Vacca y otras más occidentales; Zunghar, edifica-

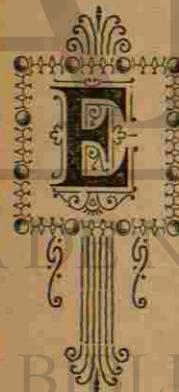
—¡Sígueme! ¡adelante!

Pero las avanzadas anunciaron que los muertos de los cartagineses habían sido recogidos, que el puente estaba quemado y que Hamilcar con sus tropas había desaparecido.



IX

En campaña



El Suffeta, pensó que los Mercenarios le esperarían en Utica, ó se revolverían contra él, y comprendiendo que no tenía fuerzas suficientes, ni para acometer, ni para resistir, marchó hacia el sur, por la orilla derecha del río, lo cual le ponía de momento á cubierto de una sorpresa.

Quería ante todo perdonando por entonces su rebelión, separar á todas las tribus de los bárbaros, y después, cuando estuviesen aislados, caería sobre ellos y les exterminaría.

En catorce días, pacificó la región comprendida entre Thouccaber y Utica, y las ciudades desde Fignicaba, Tessorah, Vacca y otras más occidentales; Zunghar, edifica-

da en la montaña; Assuras, célebre por su templo; Dge-raado, fértil en viñedos; Thapitis y Hagur le enviaron embajadores. Los campesinos llegaban trayendo víveres, imploraban su protección, besaban sus pies, los de los soldados y se quejaban de los bárbaros.

Algunos le ofrecían en sacos cabezas de Mercenarios muertos por ellos á lo que decían, pero que en realidad habían cortado á los cadáveres; pues muchos se habían perdido huyendo y se hallaban en las viñas.

Para deslumbrar al pueblo, Hamilcar envió al día siguiente de la victoria los dos mil soldados que aprisionó en el campo de batalla. Llegaron por compañías de cien hombres cada una, con los brazos atados á la espalda á una barra de broce, de cinco en cinco, y los heridos, corrían también porque los ginetes, detrás les flagetaban con sus látigos.

¡Fue un delirio de alegría! Se afirmaba que habían quedado seis mil bárbaros en el campo de batalla, que los otros no resistirían, y que la guerra había acabado; la gente abrazábase en las calles y se frotó con manteca y cinamomo el rostro de los dioses Pataicos, para darles las gracias. Con sus grandes ojos, su enorme barriga, y sus dos brazos levantados hasta los hombros parecían vivir hasta por su pintura fresca y participar de la alegría del pueblo. Los Ricos, dejaban sus puertas abiertas, todo era alegría en la ciudad. Los templos estaban iluminados por la noche, y las sacerdotisas de la diosa bajaban hasta Malqua. Se establecieron en las encrucijadas de sicomoro, y allí se prostituyeron. Se otorgaron tierras á los vencedores, se dispusieron holocaustos para Melkarth, se votaron cien coronas de oro para el Suffeta, y sus partidarios querían que se le diera nuevas prerrogativas y nuevos honores.

Había solicitado de los Antiguos, que propusieran á Autharito cambiar á Gison y los otros cartagineses con los otros bárbaros si era preciso. Los libios y los nómadas

que componían el ejército de Autharito apenas conocían á aquellos Mercenarios que eran de raza griega ó latina; y puesto que la República les ofrecía tantos bárbaros á cambio de tan pocos cartagineses, es que unos tenían mucho valor y los otros carecían de él. Temían caer en un lazo.

Autharito rehusó. Entonces, los Antiguos decretaron la ejecución de los cautivos, aun cuando el Suffeta, le hubiese escrito que no los matasen. Quería incorporar á los mejores en sus filas y de tal modo excitar á los demás bárbaros á desertar. Pero el odio no tuvo espera.

Los dos mil bárbaros fueron atados en los Mappales, en las piedras de los cipos, y los mercaderes, los hinchos de cocina, los sastres y hasta las mujeres, las viudas de los muertos con sus hijos, cuantos querían, acudieron á matarlos á flechazos. Se les apuntaba lentamente para prolongar su suplicio; se bajaba el arma, luego volvía á levantarse y la gente se reía y vociferaba.

Los paráliticos se hacían llevar allí en literas; muchos por precaución llevábanse la comida, y otros pasaban la noche en aquel lugar horrible. Se habían levantado tiendas, y bebían á discreción. Muchos ganaron grandes sumas alquilando arcos.

No se retiraron los cadáveres crucificados parecidos á estatuas rojas sobre las tumbas.

La sanción de los dioses no faltó en aquella ocasión pues de los cuatro puntos cardinales, llegaban bandadas de cuervos. Volaban trazando grandes círculos en el aire y graznando continuamente. A veces, aquella negra nube, se deshacía de pronto, ensanchando lejos sus espirales oscuras; era que un águila la atravesaba; en las terrazas, en las cúpulas, en la punta de los obeliscos, y en el frontón de los templos, se veían grandes aves de rapiña que sostenían en su pico enrojecido piltrafas humanas.

A causa del hedor, los cartagineses, se decidieron á desatar los cadáveres. Se quemaron algunos, se echaron otros

al mar; y las olas, empujadas por el viento del norte les depositaron en la playa, delante del campo de Autharito.

Aquel castigo había aterrorizado á los bárbaros, y se les vió plegar sus tiendas, reunir sus rebaños, poner sus bagajes sobre asnos, y aquella misma noche el ejército entero se alejó.

Debía dirigirse desde la montaña de las Aguas Calientes hasta Hippo-Zaryta y privar así al Suffeta la posibilidad de volver á Cartago sin combatir.

Entre tanto los otros dos ejércitos tratarían de alcanzarle en el sur.

Spendio por oriente, y Matho por occidente, de modo, que juntándose los tres, pudieran sorprenderle y aplastarle. Un refuerzo que no esperaban les llegó: Narr'Havas apareció á la cabeza de trescientos camellos cargados de pez, de veinticinco elefantes, y de seis mil ginetes.

Contó que el Suffeta, había querido sublevar á sus súbditos, pero que él, prevenido por el hijo de su nodriza, fin al sitio donde estaban los rebeldes, y les venció fácilmente.

Los jefes de los cuatro ejércitos deliberaron acerca de todo. La guerra sería larga y era preciso prever todas las contingencias.

Se convino en reclamar el auxilio de los romanos y se ofreció aquella comisión á Spendio; pero como era tráfuga, no se atrevió á encargarse de ella. Doce hombres de las colonias griegas, se embarcaron en Amraba en una chalupa de los númeridas para ir á Roma. Los jefes exigieron de todos los bárbaros el juramento de una fidelidad completa. Diariamente los capitanes inspeccionaban el uniforme y el calzado; se prohibió á los centinelas el uso del escudo, pues á veces, le apoyaban en su lanza y se dormían de pie; á los que arrastraban algún bagaje, se les

obligó á prescindir de él; como los romanos, todo debía llevarse á la espalda. Por precaución contra los elefantes, Matho, instruyó un cuerpo de caballería en que el hombre y el caballo desaparecían bajo una coraza de piel de hipopótamo, erizada de clavos y para proteger los cascos de los caballos, envolvíanse sus pezuñas en cuerdas de esparto.

Se prohibió saquear los pueblos y tiranizar los habitantes que no fueran de raza púnica. Como el país iba quedando exhausto, Matho, ordenó distribuir víveres, sin cuidarse de las mujeres. Primero, las compartían con ellas. Por falta de alimento, muchos se debilitaban. Aquella era ocasión incesante de riñas y querellas, porque muchos, se atraían á las compañeras de las demás, ofreciéndolas su ración. Matho, ordenó echar á todas implacablemente. Se refugiaron al campamento de Autharito, pero las galas, y las libias, á fuerza de ultrajes, las obligaron á marcharse. Algunas, fueron á pedir refugio á los cartagineses, y otras se obstinaron en seguir á los ejércitos, llamando á sus hombres, sujetándoles por los mantos, y enseñándoles sus hijos desnudos que lloraban.

El genio de Moloch poseía á Matho.

A pesar de la voz de su conciencia, ejecutaba acciones espantosas, creyendo que obedecía la voluntad de su Dios. Cuando no podía talar los campos, mandaba cubrirlos de piedras para esterilizarlos.

A fuerza de mensajes, obligaba á Autharito y á Spendio á que se apresuraran. Pero las operaciones del Suffeta eran incomprensibles. Acampó sucesivamente en Eidus, Monchar, en Tehent; las avanzadas creyeron verle cerca de Ischul, cerca de las fronteras de Narr'Havas, y se supo que había atravesado el río sobre Teburba como para volver á Cartago.

Aquellas marchas y contramarchas fatigaban á los cartagineses y las fuerzas de Hamilcar, sin renovarse dismi-

nuían de día en día. Los campesinos le llevaban víveres cada vez de peor gana; por todas partes hallaba una resistencia pasiva, un odio taciturno. A pesar de sus súplicas al Gran Consejo, no llegaba ningún socorro de Cartago.

Entonces, desesperando de la República, Hamilcar tomó de las tribus lo necesario por proseguir la campaña; granos, aceite, madera, bestias de carga y hombres. Los habitantes huían de los pueblos á su aproximación. Las aldeas que se atravesaba estaban vacías y en vano se buscaba dentro de las cabañas; al ejército púnico le rodeaba una soledad espantosa.

Los cartagineses furiosos saquearon todas las provincias; cegaban las cisternas, é incendiaban las casas.

A veces junto á los caminos veían relucir dentro de un grupo de arbustos, unas pupilas centelleantes. Era un bárbero que, en cuclillas y cubierto de polvo para confundirse con el color de las hojas secas, les espiaba.

Ni Utica ni Hippo-Zaryta le enviaron tampoco socorros. No se atrevían á comprometerse y contestaron vagamente.

De todos modos quería un punto en la costa y el puerto de Utica era el que le convenía; así podría aprovisionarse.

El Suffeta dió la vuelta al lago de Hippo-Zaryta con gran cautela, pero despues tuvo que disponer sus regimientos en columna para subir la montaña que separa los dos valles. Al ponerse el sol, y bajando por una estrecha cañada que se iba ensanchando despues en forma de embudo, advirtieron ante ellos, junto al suelo lobas de bronce, que parecían correr sobre la yerba.

De repente vieron altos penachos y oyeron un canto formidable, acompañado de un ritmo de palmas. Era el ejército de Spendio, pues los campanios y griegos, por odio á Cartago, habían adoptado las insignias romanas. Al mismo tiempo, á la izquierda, aparecieron largas lanzas, escudos de piel de leopardo, corazas de lino, hombros

desnudos. Eran los iberos de Matho, los lusitanos, los balears, los gétulos; resonó el relincho de los caballos de Narr'Havas que se exparcieron alrededor de la colina. Luego llegó la muchedumbre que mandaba Autharito; los galos, los libios, los nómadas; y entre ellos, se veía á los comedores de casas inmundas, que se distinguían por las espinas de pescado que llevaban en la cabellera.

Los bárbaros, combinando exactamente sus movimientos se habían juntado, pero sorprendidos el verse enfrente del enemigo permanecieron algunos minutos inmóviles como consultándose.

El Suffeta había dispuesto sus hombres en círculo cerrado, de manera que pudieran ofrecer por todas partes igual resistencia. Los mercenarios estaban cansados; mejor era esperar el nuevo día; y seguros de su victoria los bárbaros durante toda la noche, solo se cuidaron de comer y dormir. Habiendo encendido grandes fogatas que deslumbrándoles dejaban en la sombra al ejército púnico. Hamilca hizo abrir alrededor de su campamento, como los romanos, un foso ancho de quince pasos y diez codos de profundidad. Al levantarse el sol, los mercenarios quedaron pasmados viéndoles atrincherados como dentro de una fortaleza.

Comprendieron que si todos atacaban á la vez se exponían á una derrota segura, porque el mismo exceso de combatientes les perjudicaría. Además, ¿cómo salvar los pasos? En cuanto á los elefantes no estaban bastante adiestrados.

—¡Sols un hatajo de cobardes!—exclamó Matho.—Capitanando á los mejores se dirigió contra la trinchera; una nube de piedras les hizo retroceder; pues el Suffeta había tomado en el puente sus catapultas abandonadas.

Los bárbaros, al ver aquella dificultad se amilanaron; querían vencer, pero arriesgándose lo menos posible. Spendio quería guardar las posiciones que tenían, y rendir por hambre al ejército púnico. El Suffeta entabló negociacio-

nes para ganar tiempo, y una mañana los bárbaros hallaron en sus avanzadas un pergamino con proposiciones escritas. Decía que los Antiguos le habían obligado á hacer la guerra, y para probarles que mantendrían su palabra les ofrecía el saqueo de Utica ó de Hippo-Zaryts; terminaba diciendo que no les temía, porque había ganado con dádivas á algunos traidores, los cuales acabarían con ellos.

Los cuatro jefes se reunían todas las noches en la tienda de Matho, y en cuclillas alrededor de un escudo adelantaba y hacían retroceder con cuidado, figuritas de madera, que eran invención de Pyrrho para ensayar las maniobras.

Mientras los bárbaros deliberaban, el Suffeta aumentaba sus defensas; hizo ahondar un doble foso, y en los ángulos del campamento levantar torres de madera.

Desde el fondo del anfiteatro en que estaban asediados, veían de continuo en las alturas los cuatro campamentos de los bárbaros. Algunas mujeres pasaban con cueros en la cabeza; muchas cabras corrían balando entre los pabellones de picas y lanzas; los centinelas se relevaban, y los soldados comían alrededor de altos tripodes.

Desde el segundo día, los cartagineses habían advertido en el campamento de los mercenarios, un grupo de unos trescientos hombres, apartados de los demás. Eran los Ricos, prisioneros desde el principio de la guerra. Los libios les alinearon junto al foso, y apostados detrás de ellas, lanzaban jabalinas, sirviéndose de sus cuerpos á modo de escudos. Algunos de los cartagineses sollozaban estúpidamente; otros gritaban á sus amigos que tiraran contra los bárbaros. Había uno inmóvil y con la frente baja que no hablaba nunca. Su gran barba blanca casi le llegaba hasta las manos cubiertas de cadenas y los cartagineses reconocían á Gisco en aquel hombre. Aunque el sitio era peligroso, todos se empujaban para verlo. Se le había puesto en la cabeza una tiara grotesca de cuero de hipopótamo, incrustada de

guijarros. Aquello lo había inventado Autharito, pero disgustaba á Matho.

Hamílcar exasperado, hizo abrir las empalizadas decidiendo á pasar y con impetu furioso, los cartagineses subieron hasta la mitad de la falda de las colinas.

Pero bajó de ellas tal torrente de bárbaros, que no tuvieron más remedio que retroceder apresuradamente. Uno de los legionarios que quedó rezagado, cayó entre las piedras. Zarxas fué hacia él, y derribándole le hundió un puñal en la garganta. Lo sacó; aplicó sus labios sobre la herida y chupó la sangre con avidez. Luego, se sentó sobre el cadáver y entonó una canción balear, llamando á sus hermanos al festín; luego, bajó lentamente la cabeza y lloró. Aquel espectáculo aterrorizó á los bárbaros, sobre todo á los griegos.

Los cartagineses no intentaron otra salida y no se atrevían á rendirse, seguros de perecer entre atroces suplicios.

El hambre más horrible reinaba en el campamento. Quedaba únicamente en él un poco de trigo y unos sacos de fruta seca. No había ni carne ni aceite, ni hierba para los caballos. Todos echaban de menos sus casas, sus familias, de continuo era preciso rechazar ataques; las torres ardían; los comedores de cosas inmundas, asaltaban sus empalizadas. Una lluvia de piedras y de hierro caía sobre las tiendas. Para librarse de los proyectiles, los cartagineses levantaron espesos cañizos de juncos, se encerraron tras ellos, y permanecieron sin moverse. Hamílcar estaba tan indignado contra Cartago, que hubiera deseado unirse á los bárbaros para ir contra ella. Ni el Gran Consejo, ni nadie, enviaba un socorro ni una esperanza. La situación era intolerable, pensando que llegaría á serlo más.

En Cartago, al tener noticias del desastre se maldijo el nombre de Suffeta más que si se hubiera dejado vencer desde el principio. Faltábanles dinero y tiempo para buscar otros mercenarios, y era imposible equipar nuevos soldados en la ciudad.

El Suffeta había tomado todas las armas y con él estaban los mejores capitanes. Todos creían que el Suffeta, después de la victoria, debió aniquilar á los mercenarios. ¿Por qué se le ocurrió saquear á las tribus? Los mercenarios, los pescadores, hasta los bañeros y los vendedores de bebidas calientes, discutían los planes de campaña del Suffeta; no había hombre que no se creyera con derecho á dar su voto.

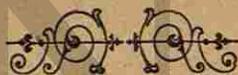
Los sacerdotes afirmaban que su derrota era el castigo de su impiedad; recordaban que jamás ofreció holocaustos, que no había siquiera purificado sus tropas, que rehusó llevar augures en sus filas y exigieron del Gran Consejo la promesa de crucificarle si por azar volvía á Cartago.

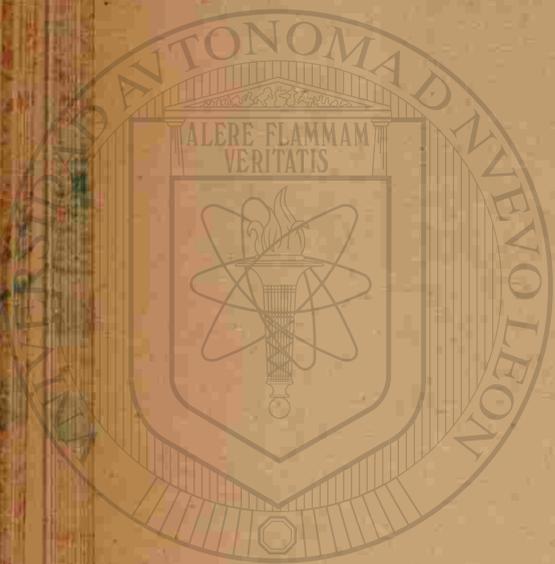
Un delirio fúnebre agitaba á Cartago. Los gritos de las mujeres llenaban las casas y escapándose por entre verjas y rejas, hacían volver la cabeza á los que pasaban. Algunas veces se decía que los bárbaros llegaban; que se les había visto detrás de las montañas de las Aguas Calientes, que estaban acampados en la llanura.

Cuando el terror pasaba, la cólera renacía. La convicción de su impotencia aplastaba á todos bajo una inmensa tristeza. Aumentaba cuando todos los habitantes subidos una tarde á las terrazas lanzaban, inclinándose nueve veces, un gran grito por saludar al sol. Hundíase detrás de la laguna lentamente, y después desaparecía entre las montañas, hacia donde estaban los bárbaros.

Algunos decían que todas las desdichas provenían de la pérdida del zaimph, Salammbó tenía indirectamente la culpa de ello. Debía ser castigada. Aquella idea tomó pronto cuerpo entre el populacho. Para calmar á los Balim era preciso ofrecerles algo de un valor inmenso, un sér hermoso, joven, virgen, de antigua estirpe, un astro humano. Diariamente hombres desconocidos invadían los

jardines de Megara; los esclavos, temblorosos, no se atrevían á rechazarlos. Sin embargo, no llegaban á subir por la escalinata de las galeras. Permanecían al pie de ella con los ojos levantados hacia la última terraza. Esperaban á Salammbó y durante horas y horas vomitaban injurias contra ella como perros que ladran á la luna.





X

La serpiente



QUELLOS clamores del populacho no asustaban á la hija de Hamilcar.

Otras inquietudes más grandes la turbaban; su gran serpiente, el Pyton negro, estaba enfermo; aquella serpiente era para los cartagineses algo así como un amuleto. Creíanla hija del limo de la tierra, pues emerge de sus profundidades y no necesita pies para recorrerla; su marcha recuerda la ondulación de los ríos, su temperatura las antiguas tinieblas viscosas palpitantes de fecundidades, y el orbe que describe mordiéndose la cola, el conjunto de los planetas, la inteligencia de Echmun.

El de Salammbó había rehusado ya muchas veces los cuatro gorriones vivos que le ofrecían en el plenilunio y á

cada luna nueva. Su hermosa piel, cubierta como el firmamento de manchas de plata sobre fondo negro, amarilleaba y estaba arrugada porque era demasiado ancha para su cuerpo. De cuando en cuando, Salammbó se acercaba á la cesta de hilos de plata en que dormía, y apartaba la cortina de púrpura, las hojas de loto, las plumitas de pájaro. Lo serpiente estaba arrollada sobre sí misma, más inmóvil que una liana seca; á fuerza de mirarla sentía como otra espiral, como otra serpiente que subía del corazón á la garganta y la ahogaba.

Desesperábase de haber visto el zaimph, y sin embargo le producía aquello un orgullo íntimo. Un misterio profundo se ocultaba bajo el esplendor de sus pliegues; era la nube que envuelve á los dioses, el secreto de la existencia universal, y Salammbó, aun cuando sentía horror de sí misma, deploraba no haber profundizado aquel misterio.

Cansada de sus pensamientos se levantaba, y arrastrando sus sandalias, cuya suela chocaba á cada paso con sus talones, se paseaba al azar por la gran sala silenciosa. Las amatistas y los topacios del techo, centelleaban produciendo manchas luminosas. Cogía por el cuello las ánforas colgadas de las paredes; se refrescaba el pecho con anchos abanicos, y á veces se entretenía en quemar cinamomo en el hueco de las perlas. Cuando se ponía el sol, Taanach quitaba las losas de fieltro negro que tapaban las aberturas de las paredes, y entonces sus palomas frotadas con azmicle como las de Tanit y con sus patitas rosadas se deslizaban sobre las losas de cristal entre los granos de cebada que les echaba. Pero de repente estallaba en sollozos, y permanecía tendida en el gran lecho de correas, inmóvil con los ojos abiertos, pálida como una muerta, insensible, fría.

Algunas veces, durante días enteros, rehusaba todo alimento. Vela en sueños astros y cometas que pasaban bajo eus pies. Llamaba á Schahabarim, y cuando estaba á su lado no sabía que decirle.

No podía vivir sin su presencia; pero interiormente se rebelaba contra aquella dominación; sentía por el sacerdote terror, celos y una especie de amor, al mismo tiempo en reconocimiento de la singular voluptuosidad que se apoderaba de ella á su lado.

No había nadie en Cartago que fuese tan soberbio como él. En su juventud estudió en el colegio de los Mogbets, cerca de Babilonia; después visitó la Somotracia, Efeso, Tesalia, Judea, los templos de los nabateos, sepultados ahora entre arenas; y recorrió á pie desde las cataratas hasta el mar, el curso del Nilo. Con el rostro cubierto por un velo y agitando las antorchas, había echado un gallo negro á la hoguera que fulgura ante la Esfinge, Madre del terror. Bajó á las cavernas de Proserpina, sus ojos vieron dar vueltas á las quinientas columnas del laberinto de Lemnos y resplandecer el candelabro de Tarcuto, que tenía tantas luces como días hay en el año. A veces, durante la noche, recibía viajeros griegos para interrogarles. La génesis del mundo era objeto de sus observaciones; estudió en el pórtico de Alejandría los equinocios; acompañó á Cyrene á los bematistas de Evergeta que miden el cielo calculando el número de sus pasos, y de todos aquellos estudios nació en su mente la idea de una religión nueva sin fórmulas ni dogmas, y por lo mismo llena de vértigos y ardores. No creía que la tierra tuviera la forma de una piña. Imaginábala redonda y cayendo eternamente en la inmensidad con tan prodigiosa rapidez que no se advierte la caída.

De la posición del sol sobre la luna, deducía el predominio del Baal, del que el astro no es sino el reflejo y la figura; y de todo lo que deducía de las cosas terrestres pensaba que era preciso reconocer como supremo principio la virilidad exterminadora. Acusaba secretamente á la Rabbet del infortunio de su vida. No era acaso por ella, que en otro tiempo el gran pontífice le arrancó bajo una pátera de agua hirviendo en virilidad futura? Seguía con

mirada melancólica los hombres que al lado de las sacerdotisas se ocultaban entre los grupos de los terebintos.

Transcurrían sus días inspeccionando los incensarios, los vasos de oro, las pinzas, las raquetas para las cenizas del altar, los vestidos de las estatuas, y hasta la aguja de bronce que servía para rizar los cabellos de una antigua Tanit en el tercer edículo, cerca de la parra de esmeralda.

En la aridez de su vida, Salammbó le parecía una flor que crece en la hendidura de un sepulcro. Sin embargo, se mostraba duro para ella y la castigaba con penitencias y amargas palabras. Su condición establecía entre ellos como la igualdad de un sexo común y no le dolía tanto no poder poseer á la joven, cuanto verla tan bella y sobre todo tan pura. A veces advertía que se fatigaba siguiendo su pensamiento, entonces se marchaba más triste y se sentía más abandonado, más solo, más vacío.

Palabras extrañas le escapaban alguna vez, dealumbrando á Salammbó como amplios relámpagos que iluminan los abismos.

A veces le exponía la teoría de las almas que bajan á la tierra siguiendo el mismo camino que el sol por los signos del zodiaco.

—Las almas de los muertos,—decía,—se disuelven en la luna como los cadáveres en la tierra. Las lágrimas forman su humedad, y aquel es un lugar obscuro, lleno de barro, de despojos y de tempestades.

Salammbó preguntaba cómo acabaría ella.

—Primeramente languidecerás ligera como una nube que flota sobre las olas, y después de pruebas y angustias infinitas, irás al hogar del sol, al manantial mismo de la Inteligencia.

No le hablaba nunca de la Rabbet. Salammbó creía que era por pudor, y llamándole por un nombre común que desigualaba la luna, llenaba de bendiciones al astro, fértil y suave. El sacerdote exclamó:

—¡No, no! al otro debe toda su fecundidad. ¿No la ves

rodar de continuo en torno de él como una mujer enamorada que corre detrás de un hombre por los campos?

Y sin cesar, exaltaba la virtud de la luz.

Aun cuando el sacerdote dudaba de Tanit, esforzabase por creer en ella. En el fondo de su alma sentía un remordimiento que le punzaba. Hubiera necesitado alguna prueba, una manifestación de los dioses, y esperando tenerla, imaginó el sacerdote una empresa que podía salvar á una vez su creencia y su fe.

De continuo deploraba ante Salammbó el sacrilegio, y las desdichas que engendraba hasta en las regiones del cielo. Luego de repente, le anunció el peligro de Suffeta, asaltado por tres ejércitos mandados por Matho; pues Matho, para los cartagineses, era como el rey de los bárbaros á causa del velo. Añadió que la salvación de la República y de su poder dependía de ella.

—¿De mí?—exclamó,—¿cómo puedo...?

El sacerdote contestó con sonrisa desdñosa:

—No consentirás en ello.

Le suplicaba. Por fin el sacerdote dijo:

—Es preciso que vayas al campamento de los bárbaros y recobres el zaimph.

Se desplomó sobre un escabel de ébano y permaneció con los brazos entre las rodillas, estremeciéndose como una víctima al pie del altar. Zumbábanle las sienes, veía círculos de fuego, y en su estupor, no comprendía sino una cosa: que iba á morir.

Si la Rabbetna triunfaba, si el zaimph parecía y Cartago se salvaba, ¿qué importa la vida de una mujer? pensaba Schahabarim. Por otra parte, quizá obtendría el velo y no moriría.

Estuvo tres días sin parecer. El cuarto, ella le envió á buscar. Para inflamar su corazón le relató todas las inventivas que se lanzaban contra Hamilcar en pleno Consejo.

Se decía que había faltado, que debía reparar su crimen, y que la Rabbetna ordenaba el sacrificio.

A menudo formidable clamor atravesando los Mappales, llegaba hasta Megara. Schahabarim y Salammbó salían, y desde lo alto de la escalinata de las galerías miraban.

Era una muchedumbre que en la plaza de Khamon pedían armas. Los Antiguos no querían proporcionárselas, estimando inútil el esfuerzo. Por fin se les permitió marchar de Cartago y para rendir homenaje á Moloch, ó por un vago instinto de destrucción, arrancaron en los bosques de los templos grandes cipreses y pegándoles fuego con las antorchas de los Kabyros los paseaban por las calles cantando. Aquellas llamas monstruosas se adelantaban balanceando suavemente; enviaban sus reflejos á las bolas de cristal de las cresterías de los templos, á los colosos, y los espolones de los navíos, salvaban las moles de los edificios, y parecían como soles paseándose por la ciudad. Bajaron por el Acrópolis. La puerta de Malqua se abrió.

—¿Estás dispuesta,—exclamó Schahabarim,—ó bien quieres que se diga á tu padre que le abandonas?

Se ocultó el rostro entre los velos, mientras las grandes antorchas se alejaban con dirección al mar. Un espanto indeterminado le detenía, tenía miedo de Moloch, miedo de Matho. Aquel hombre de gigantesca talla que era dueño del zaimph, parecía más fuerte que la Rabbetua, como el mismo Baal y le aparecía rodeado de los mismos fulgores; además el alma de los dioses visita algunas veces el cuerpo de los hombres.

Schahabarim, hablando de aquél, ¿no le decía acaso que era forzoso vencer á Moloch? Confundidos estaban uno con otro; ambos la perseguían.

Quiso conocer el porvenir y se acercó á la serpiente, pues según las actitudes que ésta tomaba deducíanse augurios. La cesta estaba vacía. Salammbó turbóse. La halló enroscada por la cola á uno de los balaustres de plata, cerca del lecho suspendido, frotándose contra aquel para desembarazarse de su piel vieja y amarillenta mientras su

cuerpo reluciente y claro se estiraba como una espada que sale de su vaina.

Luego, durante los días siguientes á medida que se dejaba convencer y se mostraba más dispuesta á servir á Tanit, el python curaba, engruesaba, parecía revivir.

La certeza de que el sacerdote expresaba la voluntad de los dioses, penetró entonces en su conciencia. Una mañana se despertó decidida y preguntó lo que era preciso para que Matho devolviese el velo.

—Reclamarlo.

—¿Y si rehusa?

El sacerdote la miró fijamente con una sonrisa que no le había visto jamás.

—Sí, ¿cómo hacerlo?—repitió Salammbó.

Arrollaba entre sus dedos las cintas que colgaban de su tiara, con los ojos bajos, inmóvil. Por fin viendo que no comprendía le dijo:

—Estarás sola con él.

—Bien.

—Sola en su tienda.

—¿Y entonces?

Schahabarim se mordió los labios. Buscaba una frase un circunloquio.

—Si debes morir, será más tarde,—le contestó,—¡no temas nada! ¡Haga lo que quiera no llames! ¡No te asustes. Sé humilde, joyes? ¡sometete á su deseo!

—¿Y el velo?

—Los dioses proveerán,—contestó el sacerdote.

—¿No sería mejor que me acompañases? ¡Oh, padre!

—¡No!

La hizo poner de rodillas y levantando la mano izquierda en lo alto y la derecha extendida, juró en nombre de ella, volver á Cartago el manto de Tanit.

Le indicó todas las purificaciones y ayunos que debía hacer, y el modo de llegar hasta Matho. Por otra parte, un hombre que conocía los caminos la acompañaría.

Se sentía dichosa. No pensaba más que en la dicha de ver de nuevo el zaimph y bendecía al sacerdote por sus consejos.

Era la época en que las palomas de Cartago emigraban hacia Sicilia á la montaña de Eryx, alrededor del templo de Venus. Antes de su partida durante muchos días se buscaban para reunirse; por fin tomaron vuelo una tarde; el viento las empujaba y aquella gran nube blanca, deslizábase por el firmamento, sobre el mar, muy alta.

Salammbó que las miraba alejarse bajó la cabeza y Taanach, creyendo adivinar su pena le dijo cariñosamente:

—Volverán, ama.

—Ya lo sé.

—Volverás á verlas.

—¡Quizá! —contestó Salammbó suspirando.

No había confiado á nadie su resolución. Para llevarla á cabo más discretamente, envió á Taanach al arrabal de Kiniso á que comprara cuanto hacía falta: bermellón, aromas, un cinturón de lino, y un traje nuevo.

A las doce de la noche, vió en el bosque de sicomoros un ciego con la mano apoyada en el hombro de un niño que marchaba delante de él y que llevaba una especie de cítara de madera negra. Los eunucos, los esclavos, las camareras habían sido alejados, nadie podía saber el misterio que se preparaba.

Taanach encendió en los ángulos de la habitación cuatro tripodes con áloe y cardamomo. A lo lejos, el rumor de las calles se debilitaba y al otro lado del golfo, las montañas, los olivares y la amarillenta tierra sin cultivo, ondulando indefinidamente, se confundían en un vapor azulado; no se percibía ningún ruido. Una calma indecible, una pesadez sin límites, palpitaban en el aire.

Salammbó sentóse en la grada de ónice junto al baño; levantó las anchas magnas que sujetó por detrás de la es-

palda, y empezó sus abluciones como disponen los ritos sagrados,

Taanach le trajo en un recipiente de alabastro algo líquido y coagulado; era la sangre de un perro negro degollado por mujeres estériles en una noche de invierno en las ruinas de un sepulcro. Con ella se frotó las orejas, los talones, el pulgar de la mano derecha, y su uña quedó enrojecida como si hubiera aplastado una fresa.

Apareció la luna. Entonces oyóse el sonido de una cítara y una flauta. Salammbó quitóse los aretes, el collar, los brazaletes, su larga simarra blanca; desató la mata de su pelo, y durante algunos momentos la sacudió sobre sus hombros para refrescarse al soltarla. Balanceando el cuerpo, Salammbó salmodiaba oraciones, y poco á poco iban cayendo sus vestiduras á su alrededor. La pesada tapicería se movió y por encima de la cuerda que la sostenía, apareció la cabeza del pyton. Bajó lentamente como una gota de agua que resbala á lo largo de una pared, arrastróse entre la ropa caída, y luego, con la cola pegada al suelo, se irguió; y sus ojos, más brillantes que carbunclos, se fijaban en Salammbó.

El horror del frío, ó una oleada de pudor quizá la hicieron vacilar. Pero recordando las órdenes del sacerdote, se adelantó, y entonces la serpiente se dobló poniendo sobre su nuca el centro del cuerpo, y dejando colgar la cabeza y la cola como un collar roto cuyos dos extremos caen hasta el suelo. Salammbó, enroscó la serpiente alrededor de sus caderas, bajo sus brazos, entre sus rodillas y luego, tomándola por el cuello, aproximó su boca á las fauces triangulares del ofidio echando atrás la cabeza, y entornando los ojos. La serpiente apretaba contra aquel cuerpo juvenil sus negros anillos atigrados de placas de oro. Salammbó anhelaba bajo aquel peso demasiado grande, doblábanse sus corvas y se sentía morir; con la punta de

su cola, golpeaba suavemente sus muslos; después al cesar la música la serpiente se deslizó al suelo.

Taanach, volvió junto á ella, y cuando hubo dispuesto los dos candelabros, cuyas luces ardían en bolas de cristal llenas de agua, tiñó con lausonia la palma de sus manos, dió bermellón á sus mejillas, antimonio á sus párpados, y alargó sus cejas con una mezcla de goma, almizcle, ébano y patas de mosca aplastadas.

Salammbó sentada en una silla con travesaños de marfil se entregaba en manos de su esclava. Pero los contactos, el olor de los aromas, y los ayunos que había sufrido la enervaban. Se puso tan pálida que Taanach se detuvo:

—Continúa,—dijo Salammbó reanimándose.

Entonces sintió impaciencia y procuraba que Taanach fuera aprisa.

—¡Bien, bien, ama!... no creo que te espere nadie.

—Sí,—contestó Salammbó,—alguien me espera.

Taanach retrocedió sorprendida y para saber de que se trataba:

—¿Qué me ordenas, ama? Si debes partir por mucho tiempo...

Salammbó sollozaba y la esclava dijo:

—¡Sufres! ¿Qué tienes? Llévame contigo. ¡No te vayas! Cuando eras niña y llorabas te ponías sobre mi pecho y te hacía reír acariciándote. ¡Ahora soy vieja, ya no puedo nada por tí! ¡Ya no me quieres! ¡Me ocultas tus dolores, y desdenas á tu nodriza!

La ternura y su despecho hacían saltar lágrimas de sus ojos que caían entre las cicatrices de sus tatuajes.

—¡No,—dijo Salammbó,—no, te quiero! Tranquízate.

Taanach con una sonrisa parecida á los visajes de un mono viejo, continuó su tarea. Sobre la primera túnica, vaporosa y de color de fresa, puso otra bordada con plumas de pájaro. Escamas de oro se pegaban á sus caderas, y del ancho cinturón bajaban los pliegues de sus pantalones azules estrellados de plata. Después Taanach le puso

un amplio vestido blanco á rayas verdes. Sujetó á su hombro un chal cuadrado de púrpura y por encima de todas aquellas prendas colocó un manto negro de larga cola. La contempló y orgullosa de su obra, no pudo menos de decir:

—No estarás tan hermosa el día de tus bodas.

—¡Mis bodas!—repitió Salammbó pensativa.

Taanach puso ante ella un espejo de cobre tan grande que la reflejaba por entero. Entonces se levantó y con el dedo arregló un bucle de sus cabellos que bajaba demasiado sobre la frente.

Aquellos cabellos estaban cubiertos de polvo de oro; rizados sobre la frente, y caían por la espalda en gruesas trenzas adornadas de perlas.

La luz de los candelabros avivaba el colorete de sus mejillas, el oro de su traje, la blancura de su piel; tenía alrededor del talle, en los brazos, en las manos y en los dedos de los pies tal abundancia de pedrería que el espejo como un sol devolvía sus rayos. Salammbó de pie, sonreía entre aquella claridad deslumbradora.

Se paseó impaciente por la estancia esperando el momento convenido. De repente resonó el canto del gallo. Púsose un largo velo amarillo, hundió sus pies en unas botas de cuero azul y dijo á Taanach:

—Mira si bajo los mirtos hay un hombre con dos caballeros.

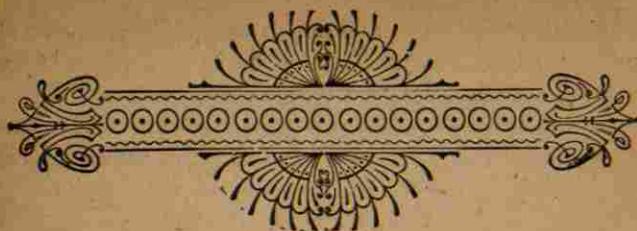
Al cabo de un momento la nodriza gritó:

—¡Ama!

Taanach se deslizó suavemente á lo largo de las proas, hasta abajo de la terraza; Salammbó volvióse hacia ella, poniendo un dedo sobre la boca, recomendando discreción; y desde lejos, á la luz de la luna, la nodriza distinguió en la avenida de los cipreses una sombra gigantesca que caminaba á la izquierda de Salammbó oblicuamente, lo cual era un presagio de muerte.

Taanach volvió á subir á la habitación. Se echó en el suelo desgarrándose el rostro con las uñas; se mesaba los cabellos, y lanzaba agudos alaridos.

Se le ocurrió la idea de que podían oírlos; entonces calló. Sollozaba sin ruido, con la cabeza entre las manos y el rostro sobre las losas del pavimento.



XI

En la tienda



El hombre que guiaba á Salammbó la hizo adelantar primero hacia las catacumbas, luego bajar á lo largo del arrabal de Moluya, lleno de callejuelas escarpadas. Los dos, caballos al paso, llegaron á la puerta de Teveste.

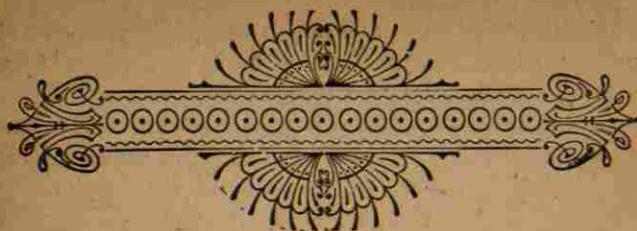
Sus pesadas hojas estaban entreabiertas; pasaron; aquellas se cerraron detrás de ellos.

Primeramente siguieron un camino que corre á lo largo de las murallas, y una vez dejadas atrás las cisternas, enfilaron un camino que, entre el golfo y el lago, llega hasta Rhadés.

Nadie había alrededor de la ciudad, ni en el mar ni en

Taanach volvió á subir á la habitación. Se echó en el suelo desgarrándose el rostro con las uñas; se mesaba los cabellos, y lanzaba agudos alaridos.

Se le ocurrió la idea de que podían oírlos; entonces calló. Sollozaba sin ruido, con la cabeza entre las manos y el rostro sobre las losas del pavimento.



XI

En la tienda



El hombre que guiaba á Salammbó la hizo adelantar primero hacia las catacumbas, luego bajar á lo largo del arrabal de Moluya, lleno de callejuelas escarpadas. Los dos, caballos al paso, llegaron á la puerta de Teveste.

Sus pesadas hojas estaban entreabiertas; pasaron; aquellas se cerraron detrás de ellos.

Primeramente siguieron un camino que corre á lo largo de las murallas, y una vez dejadas atrás las cisternas, enfilaron un camino que, entre el golfo y el lago, llega hasta Rhadés.

Nadie había alrededor de la ciudad, ni en el mar ni en

la campiña. Las olas de color de pizarra batían nuevamente la playa y un viento ligero hacía saltar la espuma de sus crestas. A pesar de sus velos, Salammbó tiritaba al contacto del aire. Después se levantó el sol; mordía su espalda y su nuca, y á pesar de sus esfuerzos, sentía invencible somnolencia.

Cuando hubieron dejado atrás la montaña de las Aguas Calientes, los caballos tomaron un paso más vivo porque el suelo ofrecía mayor resistencia.

De cuando en cuando una pared medio calcinada se levantaba á orillas del camino. Los techos de casas y cabañas estaban hundidos, las paredes cuarteadas y en el interior no se veía si no muebles destrozados, jarras y ánforas rotas, telas desgarradas: por allí había pasado la devastación asoladora.

A menudo un rostro terroso aparecía entre aquellas ruinas y un cuerpo cubierto de harapos se ocultaba en algún agujero. Salammbó y su guía no se detenían.

Las llanuras abandonadas se sucedían unas á otras. A veces se veían rincones apacibles donde corría un arroyuelo entre altas hierbas. Salammbó, para refrescar las manos, cogía las hierbas húmedas. Junto á un grupo de laureles rosas, el caballo de Salammbó dió un salto: había visto el cadáver de un hombre tendido en el suelo.

Por exceso de precaución, el guía de Salammbó, que era un hombre á quien Schahabarim empleaba para todas las comisiones peligrosas, iba á pie, junto á ella, entre los dos caballos.

A mediodía tres bárbaros vestidos de pieles cruzaron con los viajeros. Poco á poco aumentaron en número y en cantidad los grupos de mercenarios. Al ver á Salammbó algunos murmuraban una bendición y otros alguna broma obscena. El guía les contestaba á todos en su lengua, diciéndoles que la hija del Suffeta era un niño enfermizo que iba á un templo lejano.

Acababa el día. Oyéronse ladridos de perro; se acercaron hacia el punto donde resonaban.

Por fin vieron una cerca de piedras que resguardaba una construcción srruinada. Un perro corría por allí; el guía le lanzó guijarros y entraron en una sala abovedada.

En el centro una mujer en cuclillas se calentaba junto á un fuego de zarzas, cuyo humo se escapaba por los agujeros del techo. Sus cabellos blancos, que le caían hasta las rodillas, la ocultaban á medias; y sin querer contestar, con expresión de idiota, murmuraba imprecaciones contra los bárbaros y cartagineses.

El guía buscaba á derecha é izquierda. No hallando nada que comer volvió á la vieja. Esta, sin volver la cabeza y con los ojos fijos en los carbones, murmuraba:

—Yo era la mano. Los diez dedos están cortados. La boca ya no come.

El esclavo le enseñó un puñado de oro. Se lanzó sobre él la vieja; después volvió á su inmovilidad.

El hombre sacó un puñal y la amenazó. Entonces, temblando, la vieja sacó de debajo de una losa un jarro de vino y algunos pescados de Hippo-Zaryta conservados en miel.

Salammbó no quiso tocar aquel manjar inmundo, y se durmió sobre las mantas de los caballos colocadas en un rincón.

Antes del alba se despertó.

El perro aullaba. El guía se acercó despacito á él y con un puñal le mató de un solo golpe. Después, con la sangre, frotó el morro de los caballos para reanimarlos. La vieja le lanzó una maldición. Salammbó, al verlo, apretó el amuleto que llevaba sobre el corazón.

De nuevo se pusieron en marcha.

De cuando en cuando, preguntaba si llegarían pronto. El camino ondulaba entre colinas bajas. Se oía el canto de las cigarras. El sol requemaba la hierba amarillenta. A veces pasaba una víbora; volaban las águilas; Salammbó

soñaba envuelta en un velo, y á pesar del calor no lo apartaba por temor á manchar su precioso traje.

De trecho en trecho había torres que levantaron los cartagineses para vigilar á las tribus. Entraban en ellas para descansar y refrescarse, y después volvían á marchar.

La vispera, por prudencia, habían dado un largo rodeo; pero ahora no hallaban ni un bárbaro siquiera; como la región era estéril, no se internaban en ella.

De nuevo aparecieron huellas de las devastaciones. A veces, en el centro de un gran campo, se veía un mosaico; era el único resto de una quinta: los olivos sin hojas parecían grandes matas de espinas. Atravesaron una aldea cuyas casas estaban arrasadas. Junto á las paredes había esqueletos humanos. Mulos y dromedarios á medio devorar obstruían las calles.

Cerrada la noche el cielo estaba cubierto de nubes.

Durante horas siguieron con dirección á Occidente, y de pronto, aparecieron ante sus ojos gran número de luces.

Brillaban en el fondo de un anfiteatro. Aquí y allá se veían manchas de oro que centelleaban cambiando de sitio. Eran las corazas de los clinabatos del campamento púnico; luego distinguieron cerca de aquellas, otras luces más numerosas, pues los ejércitos de los Mercenarios unidos se extendían sobre una inmensa superficie.

Salammbó hizo un ademán para adelantarse, pero el guía la llevó un poco más lejos, hasta encontrar una brecha que daba paso al campamento de los bárbaros. En lo alto de la trinchera se paseaba un centinela con el arco al brazo y una pica sobre el hombro.

Salammbó no cesaba de avanzar. El bárbaro se arrodilló, y una larga flecha desgarró el borde del manto de aquella. Como permaneciese inmóvil y gritando, el soldado la preguntó lo que quería.

—Hablar á Matho,—contestó;—soy un transfuga de Cartago.

Lanzó un silbido que se repitió varias veces como modulado por otros centinelas.

Salammbó esperaba. Su caballo asustado daba vueltas relinchando.

Cuando llegó Matho, la luna se elevaba á espaldas de Salammbó. Pero como tenía sobre su rostro un velo amarillo con flores negras y tantas ropas alrededor del cuerpo, era imposible reconocerla. Desde lo alto de la trinchera miraba Matho á aquella forma vaga, que se dibujaba como un fantasma en la penumbra de la tarde.

Por fin ella dijo:

—Llévame á tu tienda. ¡Lo quiero!

Un recuerdo que no podía precisar brilló en su memoria. Sentía latir su corazón. Aquel tono de mando le intimidaba.

—¡Sígueme!—contestó.

Bajóse la barrera, y penetró en el campo de los bárbaros.

Había allí gran tumulto; unos á otros se llamaban los soldados, gritaban y cantaban. Los caballos, atados á unas estacas clavadas en el suelo, formaban largas líneas rectas entre las tiendas. De éstas las había redondas, cuadradas, de cuero y de tela; barracas de caña y agujeros en la arena como los que hacen los perros.

Salammbó recordaba haberlos visto ya; pero sus barbas eran ahora más largas, sus rostros más negros, sus voces más roncadas. Matho, caminando delante de ella, los apartaba con un ademán de su brazo que levantaba su manto rojo. Algunos le besaban las manos; otros inclinándose le pedían órdenes, porque ahora, era el verdadero, el único jefe de los bárbaros; Spendio, Autharito y Narr'Havas estaban desanimados, y él había mostrado tal audacia y obstinación que todos le obedecían.

Salammbó siguiéndole atravesó todo el campamento. Su tienda estaba en el extremo á trescientos pasos de las trincheras de Hamilcar.

Vió á la derecha un ancho foso y le pareció que algunos rostros asomaban sobre el talud al nivel del suelo, semejantes á cabezas cercenadas. Pero sus ojos centelleaban y de aquellas bocas entreabiertas se escapaban gemidos en lengua púnica.

Los negros, que sostenian fanales de resina, estaban á ambos lados de la puerta. Matho apartó la tela brusca-mente. Ella le siguió.

Era una tienda grande, con un mástil en el centro. Una gran lámpara en forma de loto la alumbraba, llena de aceite amarillento, en que flotaban puñados de estopa. Se veía entre las sombras arreos militares que relucían. Una espada desnuda se apoyaba en un escabel, cerca de un escudo. Había látigos de cuero de hipopótamo, címbalos, collares, campanillas; en un rincón, sobre una piedra redonda, había puñados de monedas de cobre; y por los desgarrones de la tela, el viento traía el polvo del exterior y las emanaciones de los elefantes, á los que se veía comer sacudiendo sus cadenas.

—¿Quién eres?—dijo Matho.

Sin contestar, Salammbó miraba á su alrededor; sus ojos se detuvieron en un lecho de palma, donde se veía fulgurar algo azulado y centelleante.

Se adelantó vivamente, dejando escapar un grito. Matho, detrás de ella, golpeaba el suelo con el pie.

—¿Qué te trae? por qué vienes?

Ella contestó, designando el Zaimph:

—¡Para tomarlo!—y con la otra mano arrancó los velos que la cubrían.

Matho retrocedió con los codos echados hacia atrás, asombrado, casi aterrorizado.

Se sentía como apoyada por la fuerza de los dioses; y mirándole frente á frente le pidió el Zaimph; lo reclamó con palabras elocuentes y altivas.

Matho no la oía; la contemplaba, y su traje, para él, se confundía con el cuerpo. La suavidad y centelleo de las

ropas eran, como el esplendor de su piel, algo especial que solo pertenecía á ella. Sus ojos, sus diamantes centelleaban; el brillo de sus uñas continuaba el de la pedrería de sus dedos; los dos broches de su túnica, levantando al go sus senos, los acercaba uno á otro, y Matho pensaba con delicia en aquel estrecho intervalo que les separaba, por donde corría un hilo de perlas con una placa de esmeraldas que colgaba más abajo sobre la gasa violada. Sus aretes eran dos balancitas de záfiro con una perla ahuecada llena de perfume líquido. Por los agujeros de la perla, de cuando en cuando, caía una gota que mojaba su espalda desnuda, Matho la miraba caer.

Una curiosidad indomable le arrastró, y como un niño que pone la mano sobre una fruta desconocida, tembloroso, con la punta del dedo, la tocó ligeramente en la tabla del pecho; la carne un poco fría cedió con resistencia elástica.

Aquel contacto, apenas sensible, conmovióle hasta el fondo de sus entrañas. Un impulso de todo su sér le precipitaba hacia ella. Hubiera querido envolverla, absorberla, beberla. Su pecho anhelaba, entrechocábanse sus dientes.

Cogiéndola por las muñecas, la atrajo suavemente y se sentó sobre una coraza cerca del lecho de palma, cubierto con una piel de león. Salammbó estaba de pie. Mirábala él de alto á bajo, y teniéndola así entre sus piernas repetía:

—¡Qué hermosa eres! ¡Qué hermosa eres!

Sus ojos continuamente fijos en los suyos la hacían sufrir, y aquel malestar, aquella repugnancia aumentaban de un modo tan agudo, que Salammbó debía contenerse para no gritar. El recuerdo de Schahabarim la contuvo.

Matho continuaba con las manos de ella entre las suyas, y de cuando en cuando, á pesar de la orden del sacerdote, desviando la cara trataba de apartarle sacudiendo los brazos, El dilataba la nariz para oler mejor el perfume de su

cuerpo. Era una emanación indefinible, fresca, y que, sin embargo, aturdiría como el humo de un pebetero. Sentía la miel, la pimienta, el incienso, las rosas y aun otro sabor.

¿Cómo estaba cerca de él, en su tienda, á su discreción? Alguien, sin duda, la había empujado hasta allí. ¿Había venido por el Zaimph? Sus brazos cayeron y bajó la cabeza abrumado por una duda repentina.

Salammbó, para enternecerle, le dijo con voz quejumbrosa:

—¿Qué te hice para que quieras mi muerte?

—¡Tu muerte!

Ella continuó:

—Te ví una noche á la luz de mis jardines incendiados, entre copas humeantes y mis esclavos que se desesperaban; tu cólera era tan grande, que saltaste hacia mí y tuve que huir. Luego el terror se ha apoderado de Cartago. Las ciudades quedaban arrasadas, el fuego devoraba las campiñas y los bosques. Mis hermanos de Cartago caían á centenares. Eras tú quien los había perdido, eras tú quien los había asesinado. ¡Te aborrezco! ¡Tu solo nombre me roe como un remordimiento! ¡Eres más aborrecido que la peste y que la guerra romana! ¡Las provincias se conmueven al sentir tu furor; los surcos están llenos de cadáveres! ¡He seguido la huella de tus hogueras como si marchara detrás de Moloch!

Matho se levantó de un salto; un orgullo colosal dilataba su corazón; sentíase fuerte como un dios.

Con las alas de la nariz abiertas, apretados los dientes, continuó la virgen:

—¡Como si no fuera bastante tu sacrilegio, viniste á mi estancia durante mi sueño, cubierto con el zaimph! No comprendí tus palabras, pero adiviné que querías arrasarme hacia algo espantoso, al fondo de un abismo.

Matho, retorciéndose los brazos, exclamó:

—¡No, no! ¡Era para dártelo, para devolvértelo! ¡Me pa-

recía que la diosa había dejado su manto para tí, y que te pertenecía! En su templo ó en tu casa, ¿qué importa? ¿No eres, acaso, todopoderosa, inmaculada, radiante y bella como Tanit?

Y con una mirada llena de adoración infinita:

—¡A menos que no seas la misma Tanit!

—¿Yo? ¡Tanit!—pensaba Salammbó.

No hablaban. El trueno retumbaba á los lejos, los carneros balaban asustados por la tempestad.

—¡Oh! ¡acércate! ¡acércate! no temas nada! En otro tiempo era un soldado igual que los otros mercenarios, y tan bueno, que ayudaba siempre á mis compañeros. ¡Qué me importa Cartago! La multitud de sus hombres, se agita para mí como perdida en el polvo de tus sandalias, y todos sus tesoros con las provincias, las flotas y las islas, no despiertan mi deseo como la frescura de tus labios y el contorno de tus hombros. Si quería derribar sus murallas, era para llegar hasta tí, para poseerte! Además, así me vengaba. Ahora, aplasto á los hombres como si fueran gusanos, me lanzo sobre las falanges, aparto las lanzas con las manos, detengo los caballos por los ollares; una catapulta no me mataría! ¡Oh! ¡si supieras como me acuerdo de tí! A veces el recuerdo de un ademán, de un pliegue de tu vestido, se apodera de mí, me enlaza como una red! Veo tus ojos en las llamas de las faláricas y en el oro de los escudos! Oigo tu voz en el són de los címbalos. Me vuelvo; tú no estás allí! y entonces torno á la batalla!

Levantaba sus brazos, bajo cuya piel se entrecruzaban las venas, como la yedra en las ramas de los árboles. Extremecíanse sus músculos cuadrados, su respiración conmovía sus costados ceñidos por un cinturón de bronce adornado de cordones que caían hasta sus rodillas, más firmes que si fueran de mármol. Salammbó acostumbrada á ver á los eunucos se sentía dominada por la fuerza de aquel hombre. Aquello debía ser el castigo de la diosa, ó la influencia de Móloch, que alentaba sobre los cinco ejér-

bitos. Un gran cansancio la vencía, escuchaba con estupor el grito intermitente de los centinelas que se contestaban unos á otros.

Las llamas de la lámpara vacilaban bajo las ráfagas de aire caliente. De cuando en cuando, lucían amplios relámpagos; luego la obscuridad redoblaba, y no veía sino las pupilas de Matho, que ardían como dos tizones en la obscuridad. Comprendía que una fatalidad la rodeaba. Que aquel era un momento supremo, irrevocable, y haciendo un esfuerzo, fué hacia el zaimph y levantó las manos para cogerlo.

—¿Qué haces?—gritó Matho.

Ella gritó con placidez:

—Me vuelvo á Cartago.

Se adelantó Matho cruzando los brazos con un aspecto tan terrible, que inmediatamente quedó como clavada en el suelo.

—¡Volverte á Cartago!

Balbuceaba y repetía rechinando los dientes:

—¡Volverte á Cartago! ¡Ah! Venías para tomar el zaimph, para vencerme y desaparecer luego! ¡No! ¡no! ¡Me pertences! Nadie podrá arrancarte de aquí. ¡Oh! no he olvidado la insolencia de tus grandes ojos tranquilos, ni como me aplastabas bajo el orgullo de tu belleza! ¡A mí vez ahora! ¡Eres mi cautiva, mi esclava, mi criada! Llama si quieres á tu padre y su ejército! A los antiguos á los ricos; y á todo tu execrable pueblo! ¡Soy el jefe de trescientos mil soldados! Iré á buscar más á Lusitania, á las Galias, al Desierto, y derribaré tu ciudad, quemaré sus templos y los triremes flotarán sobre olas de sangre! No quiero que quede ni una casa, ni una piedra, ni una palmera! ¡Si los hombres se acaban, atraeré los osos de las montañas y empujaré los leones! ¡No trates de huir porque te mato!

Lívido y con los puños crispados, se estremecía como un arpa cuyas cuerdas van á saltar. De repente los sollo-

llos le ahogaron y tambaleándose, como si fuera á caer, añadió:

—¡Ah! ¡perdóname! Soy un infame, más vil que los escorpiones, que el barro y que el polvo, Hace poco, mientras hablabas, tu aliento ha pasado sobre mi rostro y me deleitaba como un sediento que bebe en un arroyo. ¡Aplástame, con tal que sienta tus pies! ¡maldíceme con tal que oiga tu voz! ¡No te vayas! ¡Piedad! ¡Te amo! ¡Te amo!

Estaba de rodillas ante ella, la rodeaba el talle con ambos brazos, echada atrás la cabeza y errantes sobre el cuerpo de Salammbó las manos; los discos de oro que llevaba en las orejas, relucían sobre su cuello bronceado, gruesas lágrimas caían de sus ojos, parecidos á globos de plata, suspiraba de una manera acariciadora y murmuraba vagas palabras más ligeras que la brisa y suaves como un beso.

Salammbó se sentía invadida por una languidez en que perdía la conciencia de sí misma. Algo íntimo y superior, un tiempo, una orden de los dioses la obligaba á abandonarse; sentía como si una nube la levantara del suelo, y desfallecida, se echó en el lecho, sobre la piel del león. Matho la cogió los talones, la cadenita de oro se rompió y los dos extremos, parecían dos víboras saltadoras. Cayó el zaimph envolviéndola; y sintió el rostro de Matho que se acercaba á su pecho.

—¡Moloch, me quemas!

Y los besos del soldado, más devoradores que la llama recorrian su cuerpo, sentíase como arrastrada por el huracán, como absorbida por la fuerza del sol.

Matho la besó los dedos de las manos, los brazos, los pies, y las largas trenzas de sus cabellos desde un extremo á otro.

—¡Llévatelo!—decía; —¿qué me importa? ¡Llévame á mí también! ¡Abandonaré el ejército! ¡renuncio á todo! Más allá de Gades, mar adentro, hay una isla cubierta de polvo de oro, de verdura y de pájaros; en las montañas, gran-

des flores llenas de perfumes que arden, se balancean como eternos incensarios; en los limoneros más altos que cedros, hay serpientes de color de leche, que con los diamantes de sus fauces hacen caer los frutos sobre el césped; el aire es tan suave, que impide morir. ¡Oh! la encontraré, verás. Viviremos en grutas de cristal en la falda de las colinas. Nadie habita esa isla encantada, y si hay hombres, yo seré su rey.

Limpio el polvo de sus coturnos; quiso que pusiera entre sus labios un gajo de granada; acumuló detrás de su cabeza los vestidos para formarla un cojín. Buscaba todos los medios de servirle, de humillarse, y puso sobre sus piernas el zaimph como un simple tapiz.

—¿Todavía guardas aquellos cuernecillos de gacela en que cuelgas tus collares? ¡Me los darás! ¡Los deseo!

Hablaba como si la guerra hubiese acabado y reía alegremente. Los mercenarios. Hamilcar, todos los obstáculos habían desaparecido, La luna se deslizaba entre dos nubes, la veían por una abertura de la tienda.

—¡Ah! ¡Cuántas noches he pasado contemplándola! me parecía un velo que ocultaba tu rostro; tú me mirabas á través de él; tu recuerdo se mezclaba á sus rayos y no sabía distinguíros á una de otra.

Y con la cabeza entre sus pechos, lloraba abundantemente.

—¡Hé aquí—pensaba ella—el hombre formidable que hace temblar á Cartago!

Se durmió. Entonces, soltándose de sus brazos, puso un pie en su el suelo, y advirtió que la cadenilla estaba rota.

Se acostumbraba en las grandes familias á que las virgenes respetaran esta traba, como una cosa casi religiosa y Salammbó, ruborizándose, arrolló alrededor de sus piernas ambos extremos de la cadenita.

Cartago, su casa, su habitación y la campiña que había atraesado, se confundían en su mente en imágenes

tumultuosas y sin embargo precisas. Pero el abismo que se había abierto ante ella, las alejaba á una distancia infinita.

Cesaba la tempestad; pocas gotas de agua cayendo una tras otra, hacían oscilar el techo de la tienda.

Matho, como un hombre embriagado, dormía tendido de lado, con un brazo fuera del lecho. Su diadema de perlas se había apartado un poco y dejado al descubierto su frente. Una sonrisa mostraba sus dientes. Brillaban entre su barba negra y sus párpados entornados descubriase una alegría silenciosa y casi insultante.

Salammbó le miraba inmóvil con la cabeza baja y las manos cruzadas. En la cabecera de la cama había un puñal sobre una mesa de ciprés; la vista de aquella hoja brillante le sugirió un deseo sangriento. Se acercó, lo cogió por el mango. Al roce de su vestido, Matho entreabrió los ojos alargando la boca hacia las manos. El puñal cayó al suelo.

Oyeronse gritos; un resplandor espantoso fulguraba detrás de la tienda. Matho la levantó; vieron grandes llamas que envolvían el campamento de los libios. Sus barracas de caña ardían, y las estacas de apoyo, retorciéndose estallaban entre el humo; en el horizonte rojizo negras sombras corrían desatentadas. Se oían los alaridos de los que estaban en las cabañas; los elefantes, los bueyes y los caballos, saltaban entre la multitud aplastándola. Las trompetas sonaban. Muchos gritaban:

—¡Matho! ¡Matho!

Algunos querían forzar la puerta.

—¡Ven! Hamilcar incendia el campamento de Autharito.

Se levantó de un salto; Salammbó quedó sola.

Entonces examinó el zaimph, y cuando lo hubo contemplado, quedó sorprendida al no sentir la dicha que

imaginara. Permanecía melancólica ante su ensueño realizado.

Entonces se levantó la tela de la tienda y apareció una forma monstruosa. Salammbó no distinguió de pronto sino dos ojos y una luenga barba blanca que llegaba casi al suelo; pues el resto del cuerpo envuelto en los harapos de un manto obscuro arrastraba por la tierra. Deslizándose así, llegó hasta sus pies, y Salammbó reconoció al viejo Giscón.

Los mercenarios, para impedir que sus cautivos huyesen, les habían roto á mazadas las piernas; y pudriéndose todos mezclados en un foso entre las inmundicias. Los más robustos, cuando oían el ruido de las gamellas, se levantaban gritando: Así es como Giscón había visto á Salammbó, había adivinado una cartaginesa por las pequeñas bolas de Sadraastro que golpeaban contra sus coturnos; y presintiendo un gran misterio y haciéndose ayudar por sus compañeros consiguió salir del foso; luego con los codos y las manos se había arrastrado unos veinte pasos más lejos hasta la tienda de Matho. Oyó dos voces. Escuchó y lo oyó todo.

—¿Eres tú?—exclamó por fin asustada.

Incorporándose sobre las manos replicó:

—¡Sí, yo soy! Me creen muerto, ¿no es verdad?

Ella bajó la cabeza, y Giscón añadió:

—¡Ah! ¿por qué los Baals no me han hecho esta gracia? Y acercándose tanto que casi la tocaba:

—¡Me habrían evitado el dolor de maldecirte!

Salammbó se echó vivamente hacia atrás por el indecible miedo que le inspiraba aquel sér inmundado, que era asqueroso como una larva y terrible como un fantasma.

—Pronto cumpliré cien años; he visto á Agatocles; he visto á Régulo, y las águilas de los romanos destrozando las cosechas de los campos púnicos! Presencíé todos los horrores de las batallas y ví el mar lleno de los despojos de

nuestras flotas! Los bárbaros que mandaban me han arrojado como un esclavo homicida. Mis compañeros mueren á mi lado. El hedor de sus cadáveres me despierta por la noche. Aparto las aves de rapiña que vienen á comerles los ojos; ¡y sin embargo, ni un sólo día he desesperado de Cartago! Aun cuando hubiese visto contra ella todos los ejércitos de la tierra y las llamas sobrepajar los templos, hubiese creído aún en su eternidad! ¡Pero ahora todo ha acabado! ¡todo está perdido! Los dioses la execran. ¡Maldición sobre tí, que has precipitado su ruina con tu ignominia!

Ella abrió los labios.

—¡Ah! estaba aquí,—exclamó Giscón.—Te he oído gemir de amor como una prostituta; luego, él te explicaba su deseo, y tú te dejabas besar las manos! ¡Pero si el furor de tu impudicia te movía, debías por lo menos hacer como las bestias feroces que se esconden para ayuntarse, y no exponer tu vergüenza ante los ojos de tu padre!

—¿Cómo?—preguntó Salammbó.

—¡Ah! ¿no sabías sin duda que las dos trincheras están á sesenta codos una de otra, y que tu Matho, por exceso de orgullo, se ha situado frente á Hamilcar? Allí está tu podre detrás de tí; y si pudiese yo subir este sendero le gritaría:

—«¡Ven á ver á tu hija entre los brazos del bárbaro! Se ha puesto para gustarle el manto de la diosa; y abandonando su cuerpo, entrega con la gloria de tu nombre la majestad de los dioses, la venganza de la patria, la salvación misma de Cartago!»

El movimiento de su boca desdentada hacía mover su barba; sus ojos, fijos en ella, la devoraban; y repetía conulso entre el polvo:

—¡Ah! ¡sacrilega! ¡maldita seas! ¡maldita! ¡maldita!

Salammbó había apartado la tela, la sostenía con la mano y sin costarle, miraba hacia al lado de Hamilcar.

—¿Es por aquí, verdad?

— ¡Qué te importa! ¡Vuélvetel! ¡vetel! Aplasta tu rostro contra el suelo! ¡Tu presentía mancharía un lugar santo!

Salammbó arrollóse el zaimph al talle, recogió vivamente sus velos y su manto.

— ¡Voy allá! — exclamó; y escapándose desapareció.

Primeramente anduvo por las tinieblas sin encontrar á nadie, porque todos iban hacia el incendio, y el clamor redoblaba, y grandes llamas enrojecían el cielo.

Un grito sonoro se oyó á sus pies; en la sombra, el mismo que había oído al pie de la escalinata de las galeras, é inclinándose reconoció al guía que tenía del diestro á los caballos.

Había pasado la noche entre las dos trincheras, luego inquieto al ver el incendio, había vuelto atrás para ver lo que pasaba en el campamento de Matho.

Subió á caballo, Salammbó montó sobre el otro, y huyeron á todo escape hacia el campamento púnico.

Matho había vuelto á su tienda. La lámpara humeante apenas alumbraba, y creyó que Salammbó dormía. Entonces, palpó delicadamente la piel del león. Llamó. No le contestaron. Arrancó un trozo de tela para hacer entrar la luz del día; el zaimph había desaparecido. La tierra temblaba bajo pasos multiplicados. Grandes clamores, relinchos, choques de armas ensordecían el aire, y trompetas y clarines tocaban á la carga.

Era como un huracán que se arremolinaba á su alrededor. Un furor desordenado le hizo saltar sobre sus armas y se lanzó á la pelea.

Largas filas de bárbaros bajaban corriendo la montaña, y los cuadros púnicos marchaban contra ellos, con una oscilación pesada y regular. La niebla desgarrada por los rayos del sol, formaba nubecillas que balanceaban, y poco á poco, ascendiendo, descubrían los estandartes, los cascos y la punta de las picas. Bajo las evoluciones rápidas

grandes trozos de terreno aun cubiertos por la sombra parecían moverse; por otra parte se hubiera dicho que los hombres eran torrentes que chocaban unos contra otros. Matho distinguía á los capitanes, á los soldados, á los heraldos y hasta los criados que iban montados en asnos.

En vez de guardar su posición para proteger á la infantería, Narr'Havas volvió bruscamente á la derecha como si quisiera hacerse aplastar por Hamílcar.

Sus jinetes adelantaron á los elefantes y todos los caballos adelantando su cabeza sin brida galopaban tan furiosamente que su vientre parecía rozar la tierra. De pronto Narr'Havas dirigióse resueltamente á un centinela. Arrojó su lanza, su espada, su jabalina y desapareció entre los cartagineses.

El rey de los nómadas llegó hasta la rienda de Hamílcar; y dijo indicando sus hombres que estaban detenidos á lo lejos:

— ¡Barca! ¡te los traigo, son tuyos!

Entonces se prosternó en señal de esclavitud, y como prueba de su fidelidad, recordó toda su conducta desde el principio de la guerra.

Primeramente, había impedido el sitio de Cartago y la ejecución de los cautivos; después no había aprovechado la victoria contra Hannon en Utica. No había tomado parte en la batalla del Macar; y se había ausentado expresamente para eximirse de la obligación de combatir al suffeta.

Narr'Havas, con efecto, había pensado engrandecer sus dominios con las provincias púnicas y había auxiliado ó abandonado á los Mercenarios, según le parecían favorables ó adversos para estos los azares de la guerra. Viendo al cabo que la victoria definitiva sería para Hamílcar se decidió por él, quizá á su odio contra Matho, á causa del mando ó de su antiguo amor.

El Suffeta le escuchó sin interrumpirle. Comprendió en seguida la utilidad de tal alianza para sus proyectos. Con

los númeras se desembarazarían de los libios; luego, llevaría á los occidentales á conquistar Iberia; y sin preguntarle porque no había venido antes, ni demostrar ninguna duda acerca de sus mentiras, besó á Narr'Havas, chocando por tres veces su pecho contra el suyo,

Era para romper el círculo de hierro que le envolvía, por lo que incendió el campamento de los libios. Aquel ejército llegaba como un socorro de los dioses; disimulando su alegría respondió:

— ¡Que los Baals te favorezcan! Ignoro lo que hará por tí la República, pero Hamilcar no es ingrato.

El tumulto redoblabá, los capitanes entraban en la tienda.

El suffeta se vestía y hablaba á un tiempo.

— ¡Eal! ¡á luchar! Con tus jinetes, aplastarás su infantería entre sus ginetes y los míos. ¡Valor! ¡Exterminal

Narr'Havas se precipitaba cuando Salammbó apareció.

Saltó del caballo, abrió su ancho manto y extendiendo los brazos, desplegó el zaimph.

La tienda de cuero, levantada por las esquinas, dejaba ver la montaña llena de soldados, y como estaba en el centro, de todas partes se veía á Salammbó.

Un clamor inmeso rasgó los aires, un largo grito de esperanza.

Los que estaban en marcha, se detuvieron; los moribundos se incorporaban para bendecirles, todos los bárbaros sabían ahora que había recobrado el zaimph. Le veían de lejos, creían verle; y otros gritos, de rabia y de venganza, resonaban atronadores á pesar de los aplausos de los cartagineses; los cinco ejércitos escalonados en la montaña, gesticulaban y vociferaban en torno de Salammbó.

Hamilcar, sin poder hablar le daba gracias con movimientos de cabeza. Sus ojos miraban alternativamente al zaimph y á ella y entonces advirtió que la cadenilla estaba rota. Entonces se estremeció asaltado por una sospecha

terrible; pero recobrando su impassibilidad miró de soslayo á Narr'Havas.

El rey de los númeras estaba en un ángulo en actitud discreta. Llevaba en la frente el polvo que tocó al prosternarse. El suffeta se adelantó hacia él, y con ademán grave le dijo:

— Para recompensar los servicios que me has prestado, Narr'Havas, te doy mi hija.

Y añadió:

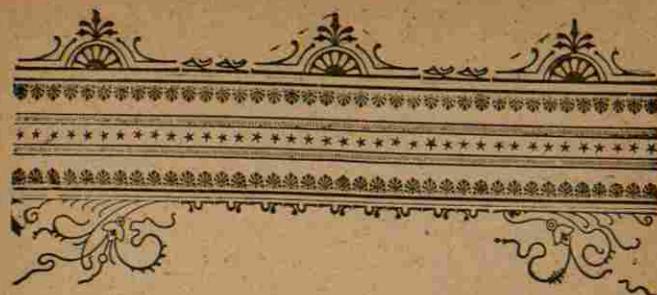
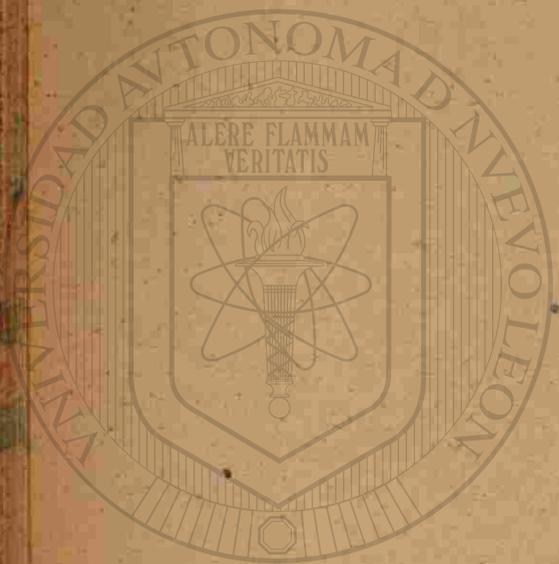
— ¡Sé mi hijo y defiende á tu padre!

Narr'Havas, hizo un ademán de sorpresa y luego la besó las manos. Salammbó, inmóvil como una estatua, parecía no comprender.

Se ruborizaba y entornaba los ojos; sus largas pestañas encorvadas, prestaban sombra á sus mejillas.

Hamilcar quiso unirles inmediatamente por medio de esponsales indisolubles. Puso entre las manos de Salammbó una lanza que ofreció á Narr'Havas. Unieron sus pulgares uno contra otro con una correa, después, echáronles trigo por la cabeza y los granos que caían alrededor percutían en el suelo como granizo que rebota.





XII

El acueducto



DOCE horas después, no quedaba de Mercenarios más que un montón de heridos, muertos y agonizantes.

Hamílcar, saliendo bruscamente del fondo de la cañada, había bajado por la pendiente occidental que mira á Hippozaryta, y como allí había mucho campo libre, cuidó de atraer allí á los bárbaros.

Narr'Havas les había envuelto con sus jinetes; el suffeta les rechazaba y aplastaba; además, estaban vencidos por adelantado por la pérdida del zaimph. Hamílcar cuidándose poco de dormir en el campo de ba-

talla, se retiró algo más lejos á la izquierda, hacia unas alturas de donde les dominaba.

Montones de cadáveres ocupaban de alto á bajo la montaña entera.

Los supervivientes estaban tan inmóviles, como los muertos. Acurrucados en grupos desiguales se miraban atortolados sin hablar.

El lago de Hippozaryta resplandecía á los rayos del sol poniente. A la derecha, blancas casas aglomeradas se elevaban sobre su cinturón de murallas. Después, el mar se extendía indefinidamente; y apoyando la barba en sus manos, los bárbaros suspiraban pensando en sus patrias.

Sopló el viento de la noche; entonces, todos los pechos se dilataron.

En la cima de altos peñascos, los cuervos permanecían inmóviles mirando á los agonizantes.

Cuando cerró la noche, perros de pelaje amarillo, animales inmundos que siguen los ejércitos se presentaron en el campamento de los bárbaros. Primero, lamieron los coágulos de sangre de los muñones aun tibios y después empezaron á devorar los cadáveres comenzando por el vientre.

Los fugitivos comparecían uno tras otro como sombras; las mujeres también se atrevieron á volver, pues quedaban algunas, á pesar de la espantosa carnicería consumada por los nómadas.

Algunos cogieron trozos de cuerda que encendieron para que sirviesen de antorchas, otros sostenían lanzas entrecruzadas, sobre ellas ponían los cadáveres y los transportaban á un sitio lejano.

Estaban extendidos en largas líneas de espaldas, con la boca abierta y la lanza al lado, ó bien estaban amontonados de cualquier modo, y á veces, para descubrir á los que faltaban, era preciso descubrir todo un montón. Luego, se pasaban la antorcha sobre su rostro lentamente.

Aun cuando hubiesen muerto casi todos á un tiempo, había gran diferencia en la corrupción de los cuerpos; los hombres del Norte presentaban una hinchazón lívida, mientras que los africanos más nerviosos, parecían curados al humo y se momificaban. Se reconocía á los Mercenarios por los tatuajes de sus manos: Los viejos soldados de Antioco tenían grabado un gavilán; los que habían servido en Egipto la cabeza de un mono. los príncipes de Asia, un hacha, una granada, un martillo, los de las repúblicas griegas, el diseño de una ciudadela ó el nombre de un arconte; y se veía alguno cuyos brazos estaban cubiertos enteramente de aquellos múltiples símbolos, que se confundían con sus cicatrices y con las heridas recientes.

Para los hombres de raza latina, samnitas, etruscos campanios y brucios se levantaron tres enormes piras.

Los griegos, con la punta de sus espadas, abrieron fosas; los espartanos envolvieron los cadáveres con sus mantos rojos; los atenienses les tendían de cara á oriente; los cantabros los ocultaban bajo un montón de guijarros; los nasamonos los doblaban por medio de correas, de modo que se tocaran cabeza y pies; los garamantos los sepultaron en la playa á fin de que fueran eternamente bañados por las olas.

Grandes alaridos resonaban de cuando en cuando; era para ver si volvían las almas. Luego el clamor se repetía á intervalos iguales obstinadamente.

La luz de las grandes piras hacía palidecer los rostros exangües; y las lágrimas excitaban las lágrimas, los sollozos eran cada vez más agudos y los abrazos á los muertos más frenéticos. Había mujeres que se echaban sobre los cadáveres, boca sobre boca, frente sobre frente y era preciso golpearlas para que se marcharan al ir á enterrar á los difuntos. Verdaderos rugidos se oían á pesar del ruido de los címbalos. Algunos arrancaban sus amuletos y escupían sobre ellos. Los moribundos se revolcaban entre

el fango sangriento, mordiendo de rabia sus puños mutilados, y cuarenta y tres samnitas, todos fuertes y jóvenes, se degollaron unos á otros como gladiadores. Pronto faltó madera para las piras y se extinguieron las llamas. Cansados de tanto gritar, debilitados, vacilantes, durmiéronse por fin junto á sus hermanos, inquietos los que deseaban vivir, y otros anhelando no despertar jamás.

La blanca luz del alba iluminó el campamento de los bárbaros y algunos soldados desfilaron junto á él con los cascos apuntados en las picas; saludando á los mercenarios les preguntaban si les gustaría ver de nuevo á su patria. Otros se acercaron y los bárbaros reconocieron en ellos á varios de sus antiguos compañeros.

El sufeta había propuesto á todos los cautivos que sirvieran en sus filas. Algunos rehusaron intrépidamente y se les soltó ordenándoles no combatir más contra Cartago. En cuanto á aquellos á quienes el miedo de los suplicios hacía dóciles, se les distribuyó las armas del enemigo, y ahora se acercaban á los vencidos, no tanto para seducirlos como movidos de su orgullo y curiosidad.

Contaron los buenos tratamientos del sufeta; los bárbaros les escuchaban con muecas de desprecio. No pudiendo contenerse más, empezaron á coger guijarros, y todos los mercenarios pasados á las filas de Hamilcar, huyeron. Entonces, un dolor más profundo que la humillación de la derrota, aplanó á los bárbaros.

Pensaban en la inanidad de su valor. Permanecían con la mirada fija rechinando los dientes.

Se les ocurrió una idea: se precipitaron en tumulto sobre los prisioneros cartagineses. Los soldados del sufeta no se habían acordado de ellos, y permanecían aún en el foso profundo.

Se les alineó tendidos en el suelo. Varios centinelas formaron un círculo alrededor de ellos y se dejó entrar gru-

pos de treinta ó cuarenta mujeres. Queriendo aprovechar el poco tiempo que se les daba corrían de uno á otro inciertas, palpitantes; luego, inclinándose sobre aquellos pobres cuerpos, los golpeaban como las lavanderas golpean la ropa. Vociferando el nombre de sus esposos les desgarraban sus uñas y les reventaban los ojos con las agujas que llevaban en la cabellera. Los hombres entraron después, y les atormentaban cortándoles los pies por los tobillos y arrancando la piel de su frente y su cabeza que se ponían sobre la suya. Los comedores de cosas inmundas inventaron atrocidades. Envenenaban las heridas, vertiendo en ellas polvo, vinagre y trozos de vidrio; otros esperaban detrás de ellos; corría la sangre y todos se regocijaban como los vendimiadores alrededor de las cubas humeantes.

Entre tanto, Matho estaba sentado en el suelo en el mismo sitio en que estaba cuando la batalla terminó. Con los codos sobre las rodillas y las sienes en las manos, no oía, no veía ni pensaba.

Al oír los alaridos de la multitud levantó la cabeza. Ante él había un trozo de tela enganchado á un mástil y que arrastrando hasta el suelo, cubría confusamente cestas, alfombras, una piel de león. Reconoció su tienda, y sus ojos se fijaron en el suelo, como si la hija de Hamilcar al desaparecer hubiese sido tragada por la tierra. La tela desgarrada, agitábase á impulsos del viento; algunas veces, pasaba cerca de su rostro y vió en ella una mancha roja semejante á la huella de una mano. Era la de Narr'Havas, la señal de su alianza. Tomó un tizón que aún ardía y lo echó desdeñosamente entre los restos de su tienda; luego con la punta de su coturno empujaba hacia las llamas todo lo que escapaba á su acción á fin de que todo se consumiese.

De repente, sin que se pudiera adivinar de donde surgía, apareció Spendio.

El antiguo esclavo se había atado al muslo dos astillas

de lanza; cojeaba con aspecto lastimoso exhalando gemidos.

—¡Quitate eso!—le dijo Matho;—¡ya sé que eres un valiente!

Estaba tan abrumado por la injusticia de los Dioses, que no tenía fuerzas para indignarse con los hombres.

Spendio le hizo una señal y le llevó hacia el hueco de una roca en que Zarxas y Autharito estaban ocultos.

Habían huido como el esclavo, aún cuando uno fuera muy cruel y otro muy valiente. Dijeron que era imposible explicarse lo que había ocurrido, la traición de Narr' Havas, el incendio del campamento, la pérdida del zaimph y el ataque impensado de Hamilcar.

Spendio no quería confesar su miedo y persistía en afirmar que tenía rota la pierna.

Los tres jefes y el schalischim preguntáronse lo que convenía hacer.

Hamilcar les cerraba el camino de Cartago; estaban como prisioneros entre sus soldados, y las provincias de Narr'Havas; las ciudades tirias se unirían á los vencedores; se les acorralaría hacia el mar, y allí se acabaría con ellos. No había medio de evitar la guerra, pues de lo contrario, estaban perdidos, pero cómo hacer comprender la necesidad de una interminable batalla á todos aquellos hombres descorazonados y que aún sangraban por las heridas?

—Yo me encargo de ello,—dijo Spendio.

Dos horas después, un hombre que llegaba del lado de Hippozaryta subió corriendo la montaña.

Agitaba unas tablillas en la mano, y como gritaba muy fuerte, los bárbaros le rodearon.

Aquellas tablillas estaban escritas por los soldados griegos de Cerdeña; recomendaban á sus compañeros de Africa que vigilaran á Giscon y á los demás cautivos. Según decían se organizaba un complot para hacerlos evadir.

Aquella estratagema de Spendio no produjo el resultado apetecido. En vez de animar de un nuevo furor á los bárbaros, les hizo temer más tremendos desastres. Algunos, los más pusilánimes, se despojaron de sus corazas y arrinconaron las armas para enternecer al sufeta si se presentaba.

Al día siguiente, apareció un nuevo correo, cansado y cubierto de polvo. El griego le arrancó de las manos un rollo de papiro lleno de caracteres fenicios. Se suplicaba á los Mercenarios que no desmayaran porque los valientes tunecinos llegarían con grandes refuerzos.

Spendio leyó la carta tres veces, una tras otra, y haciéndose sostener por dos capadocios, iba de uno á otro extremo del campamento, y la volvía á leer.

Durante siete horas habló sin descanso. Recordaba á los mercenarios las promesas de Gran Consejo; á los africanos las crueldades de los intendentes, á los bárbaros en general, la injusticia de Cartago. La bondad del sufeta en una estratagema para dividirles. Los que se entregarían serían vendidos como esclavos; los vencidos morirían en la cruz. Enseñando el papiro desplegado:

—¡Mirad! ¡leed! ¡Ved aquí sus promesas! ¡No soy yo quien las hace!

Matho le observaba. Y á fin de disimular la cobardía del griego, hacía gala de una cólera que poco á poco le invadía de veras. Lanzó terribles maldiciones sobre los cartagineses. El suplicio de los cautivos era una crueldad inútil. ¿Por qué no matarlos y acabar de una vez?

Entonces, volvieron hacia los prisioneros. Algunos aun vivían; se les mató hundiéndoles el talón en la boca, ó bien traspasándoles con una jabalina.

Pensaron en Gicon. No se le veía por ninguna parte; una gran inquietud se apoderó de ellos. Querían á un tiempo convencerse de su muerte y ser autores de ella. Por fin tres pastores samnitas le descubrieron á quince pasos del sitio en que estuvo la tienda de Matho. Le reco-

nocieron por su larga barba, y llamaron á los demás. Tendido de espaldas, con los brazos pegados al cuerpo y las piernas juntas, parecía un muerto preparado para recibir sepultura. Sin embargo, su tórax se alzaba y deprimía por el movimiento respiratorio, y sus ojos abiertos miraban de una manera fija é intolerable.

Los bárbaros le miraron con asombro. Desde que vivía en el foso le habían casi olvidado. Pero dominados por antiguos recuerdos, se mantenían alejados y no se atrevían á levantar la mano contra él.

Los que estaban detrás murmuraban y empujaban, y de pronto un garamanto atravesó la multitud blandiendo una hoz. Todos comprendieron su idea, enrojeciéronse sus rostros, y gritaron:

— ¡Sí, sí!

El hombre de la hoz se acercó á Giscon; le cogió la cabeza, y apoyándola en su rodilla la aserraba con rápido movimiento; cayó; dos chorros de sangre hicieron un agujero en el polvo. Zarchas llegó junto al cadáver y más ligero que un leopardo corrió hacia los cartagineses.

Luego, cuando estuvo en mitad de la colina, sacó de su pecho la cabeza de Giscon, y cogiéndola por la barba, volteó rápidamente su brazo; la masa por fin lanzada, describió una larga parábola y deaapareció detrás de la trinchera púnica.

Entonces cuatro heraldos, escogidos por la anchura de su pecho, provistos de grandes clarines y hablando por medio de bocinas de cobre, declararon que desde entonces, entre los cartagineses y los bárbaros, no habría ya ni fe ni piedad, ni Dioses, que rehusarian toda tentativa de parlamento, y que á los parlamentarios se les cortaría las manos.

Inmediatamente después Spendio, marchó á Hippozaryta á recoger víveres. La ciudad tiria se los envió aquella misma noche. Comieron ávidamente. Luego, cuando se hubieron recontado, recogieron el resto de sus bagajes y

sus armas rotas, las mujeres se apiñaron en el centro de la columna, y sin cuidarse de los heridos que llevaban al verse abandonados, con paso rápido anduvieron por la orilla, como una manada de lobos que se aleja.

Marchaban contra Hippozaryta decididos á tomarla, pues necesitaban apoyarse en una ciudad.

Hamilcar, al verlos á lo lejos, se desesperó á pesar del orgullo que se sentía al verlos huir. Comprendía que se les debía atacar en seguida con tropas de refresco. Con una nueva derrota se podía acabar con ellos; y en cambio, si la guerra continuaba volverían más fuertes; las ciudades tirias se unirían á ellos; su elocuencia por los vencidos no había servido para nada. Tomó la resolución de ser implacable.

La noche misma envió al Gran Consejo un dromedario cargado con los brazaletes recogidos en el campo de batalla, con la pena de grandes castigos, ordenaba que se le enviase otro ejército.

Los cartagineses le creían perdido hacia mucho tiempo, así es que al tener noticia de su victoria experimentaron un asombro que tocaba en los límites del terror. La vuelta del zaimph que anunciaba vagamente, acababa de sorprenderlos. No había duda, los Dioses y la fuerza de Cartago parecían pertenecerle.

Ninguno de sus enemigos se atrevió á quejarse ó á reprimir. Por el entusiasmo de unos, y por la pusilanimidad de los otros, antes del término prescrito, salió de Cartago un ejército de cinco mil hombres.

Se dirigió hacia Utica para apoyar al sufeta por retaguardia, mientras tres mil soldados de los mejores que quedaban se embarcaron en buques que debían llevarles á Hippozaryta á fin de rechazar á los bárbaros.

Hannon, había aceptado el mando, pero cedióle á su

Salammbo

teniente Magdassar á fin de dirigir personalmente las tropas de desembarco, pues no podía sufrir los vaivenes de la litera. Su enfermedad royéndole los labios y las narices, había abierto un ancho agujero en su rostro, de tal modo, que á diez pasos de distancia se veía el fondo de su garganta. Sabía que era tan asqueroso, que se tenía que tapar el rostro con un velo como una mujer.

Hippozyta, no escuchó sus mandatos ni los de los bárbaros, pero cada mañana los vecinos les bajaban víveres dentro de las cestas, y en voz alta desde las murallas se excusaban con el miedo que sentían á la República y les conjuraban á alejarse. Dirigían por signos las mismas protestas á los cartagineses que permanecían en el mar.

Hannon contentóse con bloquear el puerto, sin arriesgarse á un ataque. Sin embargo, persuadió á los jueces de la ciudad á que recibieran dentro de ella trescientos soldados. Luego se fué hacia el cabo de las Uvass, y dió un largo rodeo para envolver á los bárbaros, operación importuna y hasta peligrosa. Los celos le impedían socorrer al sufeta; detenía sus espías, malograba sus planes, comprometía la empresa. Hamilcar escribió al Gran Consejo que le depusiera; y Hannon volvió á Cartago furioso contra la locura de los Antiguos y la cobardía de su colega. Así, después de tantas esperanzas, la situación era cada vez más deplorable; pero todos procuraban no pensar en ella, ni hablar siquiera como si de aquel modo alejaran el peligro.

Como si todo se conjurara de una vez contra Cartago se supo que los mercenarios de Cerdeña habían crucificado á su general, apoderándose de las plazas fuertes, y degollado á todos los cananeos. El pueblo romano amenszó á la República con hostilidades inmediatas, y aceptó la alianza de los bárbaros, enviándoles buques cargados de harina y carne seca. Los cartagineses los persiguieron, y capturaron quinientos hombres, pero tres días después, una flota que traía víveres á Cartago naufragó á consecuen-

cia de una tempestad. Los Dioses evidentemente se declaraban contra ella. Entonces los ciudadanos de Hippozyta pretestando una alarma, hicieron subir á los trescientos hombres de Hannon á las murallas.

Y por sorpresa y cogiéndoles por los pies, les echaron al foso. Algunos que no murieron fueron perseguidos y se ahogaron en el mar. Utica tampoco quería dejar paso franco á los cartagineses, en cambio, se les envió vino con polvos de mandrágora y les degollaron durmiendo. Magdassar huyó al ver que los bárbaros se aproximaban; la ciudad habríales sus puertas, y desde entonces, sus dos nuevas aliadas les auxiliaron con toda eficacia.

Aquel abandono de la causa púnica era un consejo y un ejemplo. Las esperanzas de la libertad se reanimaron. Algunas tribus aún vacilantes se decidieron. Todo se conmovió. El sufeta lo supo y comprendió que estaba irrevocablemente perdido.

Despidió á Narr' Havas para que guardase los límites de su reino; en cuanto á él resolvió volver á Cartago para alistar nuevos soldados y emprender otra vez la guerra.

Los bárbaros establecidos en Hipposaryta vieron que su ejército bajaba la montaña.

¿Dónde iban los cartagineses? El hambre, sin duda, les empujaba, y querían librar una nueva batalla. No era eso; volvieron á la derecha; huían. Se les podía alcanzar y aplastarles. Los bárbaros se lanzaron en su persecución.

Los cartagineses se vieron detenidos por el río. Aquella vez ancho, y el viento del oeste no había soplado. Unos pasaron á nado, otros sobre sus escudos. Se pusieron de nuevo en marcha. Cerró la noche. Desaparecieron.

Los bárbaros no se detuvieron; atravesaron el río también. Acudieron los tunecinos y los de Utica. A cada paso aumentaba su número. Los cartagineses aplicando el oído al suelo, oían el ruido de sus pasos en las tinieblas. De cuando en cuando, para detenerlos, Barca hacía lanzar

una nube de flechas. Cuando amaneció ambos ejércitos estaban en las montañas de Ariana.

Entonces Matho, que marchaba á la cabeza, creyó distinguir en el horizonte algo verde en la cima de una eminencia. ¡Luego, el terreno se deprimió y aparecieron obeliscos, cúpulas y casas! Era Cartago. Se apoyó contra un árbol para no caer, pues su corazón latía con violencia.

Pensaba todo cuanto había ocurrido desde que por última vez pasó por allí. Luego, sintió alegría al pensar que volvería á ver á Salammbó. Todas las razones que tenía para execrarla acudieron á su memoria; pero las rechazó; tembloroso y con las pupilas dilatadas, miraba, más allá de Eschmun, la alta terraza de un palacio; una sonrisa de éxtasis iluminaba su rostro como si llegara hasta él alguna claridad excelsa; abría los brazos, enviaba besos á la brisa y murmuraba:

— ¡Ven! ¡ven!

Un suspiro dilató su pecho y dos gruesas lágrimas como perlas, cayeron de sus ojos.

— ¿Qué te detiene? — exclamó Spendio. — ¡Aprisa! ¡En marcha! El suffeta se nos escapará. Sus rodillas tiemblan y me miras como un hombre embriagado.

Pateaba de impaciencia; daba prisa á Matho y entornando los ojos, como al acercarse á una meta deseada:

— ¡Ah! ¡ya hemos llegado! ¡Hénos aquí! ¡Ya son míos!

Tenía el aspecto tan convencido y triunfante, que Matho sacudiendo su sopor, se sintió arrastrado. Saltó sobre uno de los camellos, le arrancó el ramal, y con la larga cuerda golpeaba á los rezagados; corría á derecha é izquierda á retaguardia del ejército, como un perro que hostiga á un rebaño. A su voz tonante las líneas se estrecharon, los despeados precipitaron el paso; al llegar al centro del istmo, la distancia disminuyó. Los primeros bárbaros, marchaban entre la polvareda levantada por los cartagineses. Los dos ejércitos se acercaban; iban á chocar.

Pero las puertas de Malqua y de Tevsste y la gran puer-

ta de Khamon abrieron sus hojas. El cuadro púnico se dividió; tres columnas se hundieron dentro de la ciudad, arremolinándose dajo las arcadas. La masa demasiado apretada no avanzaba, las lanzas se entrechocaban en el aire, y las flechas de los bárbaros se rompían contra las murallas.

En el umbral de Kahamon se vió á Hamílcar, volvióse y gritó á sus hombres que se apartaran. Bajó del caballo; y pinchándole con la espada le lanzó contra los bárbaros.

Era un caballo oringio que se alimentaba con bolitas de harina y que doblaba las rodillas para dejar subir á su dueño. ¿Por qué lo rechazaba? ¿Era un sacrificio?

El gran caballo galopaba entre las lanzas derribando los hombres y tropezando sus cascos con las entrañas, caía y luego, se levantaba dando saltos furiosos. Mientras se apartaban y trataban de detenerle ó le miraban sorprendidos, los cartagineses entraban en la ciudad; la enorme puerta se cerró detrás de ellos ruidosamente.

No cedió. Los bárbaros se estrellaron contra ella, los cartagineses, que tenían soldados en el acueducto, empezaron á tirar piedras balas, y vigas. Spendio aconsejó que no se obstinaran. Se alejaron algo, resueltos á sitiar á Cartago.

Entre tanto, el rumor de la guerra había salvado los confines del imperio púnico; y desde las columnas de Hércules hasta más allá de Cyrene, los pastores pensaban en ella guardando sus rebaños, y las caravanas hablaban de ella á la luz de las estrellas. ¡Aquella gran Cartago, dominadora de los mares, espléndida como un sol y espantosa como un dios, hallaba hombres que se atrevían á atacarla! Muchas veces se había dicho que estaba vencida y todos lo creyeron porque lo deseaban; pero aquella vez su pérdida parecía segura. Las poblaciones sometidas, las aldeas tributarias, las provincias aliadas, las hordas inde-

pendientes, todos los que la execraban por su tiranía ó envidiaban sus riquezas, ansiaban tomar parte en la guerra. Los más valientes se habían unido á los mercenarios. La derrota del Macar detuvo á los otros, pero ahora avanzaban decididos por las dunas de Clipea y en cuanto vieron á los bárbaros se dirigieron hacia ellos.

No eran sólo los libios de los alrededores de Cartago, sino los nómadas de la meseta de Barca, los bandidos del cabo Phisco, y del promontorio de Derné, los de Fazzana y de la Marmárica. Habían atravesado el desierto, bebiendo en los pozos salobres de paredes hechas con huesos de camello; los zuaeces, cubiertos de plumas de avestruz que llegaban en cuadrigas; los garamantos tapados con un velo negro, y sentados á mujeriegas sobre sus yeguas pintadas; otros, en burros, en onagros, en zebras, en búfalos; algunos arrastrando con sus familias y sus ídolos, el techo de sus cabañas en forma de chalupa. Había amonianos con los miembros arrugados por el agua de las fuentes termales; atarantos que maldicen el sol; trogloditas que entierran riendo sus muertos bajo el ramaje; los asquerosos auseanos que comen langostas; las akirmakidas que comen piojos, y los gysantes, embadurnados de bermellón que comen monos. Todos estaban alineados á la orilla del mar en línea recta. Se adelantaron luego como torbellinos de arena que levanta el viento. En mitad del istmo la multitud se detuvo, porque los mercenarios situados delante de ellos, cerca de las murallas, no querían moverse.

Luego, por el lado de la Ariana, aparecieron los hombres de occidente y el pueblo de los nómidas. Desentendiéndose de Narr' Havas que sólo gobernaba los masilianos, acudieron todos los cazadores del Malethut-Baal y del Garafos, tapados con pieles de león, y que guiaban con el asta de sus lanzas unos caballitos flacos de largas crines; luego venían los gétulos con corazas de piel de serpiente; después, los farusianos que llevaban altas coronas

formadas de cera y resina; los caunos, los macaros, los ti-labaros, que llevaban dos jabalinas y un escudo de cuero de hipopótamo. Se detuvieron cerca de las catacumbas, junto á las primeras charcas de la laguna.

Cuando los libios se movieron, se vió como una nube oscura rasara el suelo una muchedumbre incontable de negros. Los había del Harusch-blanco, del Harusch negro, del desierto de Angilos y hasta de la gran comarca de Agacymba, que está á cuatro meses al sur de los garamantos, y más allá todavía. A pesar de sus joyas de madera roja, la grasa de su piel negra les hacía parecer á moras caídas entre el polvo. Llevaban taparrabos de fibras de corteza de árboles, túnicas de yervas secas y pieles en la cabeza. A guisa de estandartes en el extremo de un palo blandían colas de vaca.

Después detrás de los nómidas los marusianos y los gétulos, se amontonaban los hombres amarillentos que viven más allá de Taggir en los bosques de cedros. Llevaban á la espalda carcajes de piel de gato y sujetaban perros enormes, tan altos como pollinos, que no ladraban.

La confusión de armas no era menor que la de los trajes y la de los pueblos.

Un movimiento continuo agitaba aquella multitud. Dromedarios alquitranados como navíos, derribaban á las mujeres que llevaban á sus hijos sobre las caderas. Se derramaban las provisiones de las banastas. Al caminar se eplastaban trozos de sal, paquetes de goma, dátiles podridos, nueces de gurú; y á veces se veía sobre pechos cubiertos de pobredumbre, colgado de algún delgado cordón algún diamante que habían buscado los sátrapas, una piedra casi fabulosa que bastaba para comprar un imperio.

La mayoría de ellos no sabía siquiera lo que deseaba. Una fascinación, una curiosidad invencible les aguijoneaban; los nómadas que no habían visto ninguna ciudad se asustaban al contemplar la sombra de sus murallas.

El istmo desaparecía bajo aquella muchedumbre in-

mensa, y aquella larga superficie en que las tiendas sobresalían como de entre las aguas de una inundación, llegaba hasta las primeras líneas de los otros bárbaros, cubiertos de hierro y situados simétricamente á los dos lados del acueducto.

Los cartagineses, aún asustados por la aparición de todas aquellas tribus bárbaras, vieron llegar hacia ellos una especie de monstruos con sus mástiles, sus brazos, sus articulaciones, sus capiteles y sus conchas; eran las máquinas de sitio que enviaban las ciudades tirias: sesenta balistas, ochenta onagros, treinta escorpiones, cincuenta tolenones, doce arietes y tres gigantescas catapultas que lanzaban peñascos enormes.

Pero faltaban muchos días aún para terminar los preparativos del sitio. Los mercenarios, aleccionados por sus derrotas, no querían reñir combates inútiles y por otra parte no tenían prisa alguna, sabiendo que la lucha sería terrible y que acabaría con una victoria ó con exterminio completo.

Cartago podía resistir largo tiempo. Sus anchas murallas ofrecían una serie de ángulos entrantes y salientes propios para rechazar con éxito los asaltos.

Spendio tenía un proyecto y se decidió á realizarlo.

La guerra le había impedido cumplirlo; y desde que había vuelto junto á Cartago, parecíale que los habitantes sospechaban su empresa. Pero bien pronto disminuyeron los centinelas del acueducto; era preciso mucha gente para la defensa del recinto.

Durante muchos días el esclavo se adiestró en el tiro del arco. Una noche en que la luna brillaba, rogó á Matho que á media noche encendiese una hoguera de paja y al mismo tiempo todos los hombres lanzaran grandes clamores; tomando por compañero á Zarxas, fué por la orilla del golfo en dirección á Túnez.

Al llegar cerca de las últimas arcadas, se acercaron al acueducto; y adelantaron arrastrándose hasta la base de

los pilares. Los centinelas de la plataforma se paseaban tranquilamente.

Brillaron altas llamas; resonaron los clarines, y los soldados que estaban de centinela, pensando que se daba un asalto, se precipitaron hacia Cartago.

Sólo un hombre permaneció en su puesto, se destacaba sobre el fondo del cielo. La luna le iluminaba por la espalda, y su sombra desmesurada parecía en la llanura un obelisco en marcha.

Esperaron que estuviese en frente de ellos. Zarxas cogió su honda, pero bien por prudencia ó por ferocidad, Spendio le detuvo.

—No, el silbido de la bala haría ruido. ¡A mí!

Entonces tendió su arco con todas sus fuerzas, apuntó y partió la flecha.

El hombre no cayó; desapareció.

—Si estuviese herido, le oiríamos,—dijo Spendio; y sobrevió vivamente de piso en piso como había hecho la primera vez, con auxilio de una cuerda y de un arpón.

Cuando estuvo en lo alto cerca del cadáver, soltó un extremo de la cuerda. El balear ató á ella un pico y una barra de hierro y se volvió.

Las trompetas no resonaban ya. Todo estaba tranquilo. Spendio había levantado una de las losas, entró en el agua y cerró la abertura.

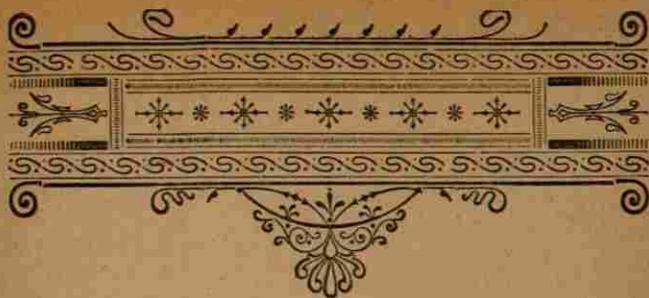
Calculando la distancia por el número de sus pasos, llegó hasta el sitio en que había visto una hendidura oblicua; y durante tres horas, hasta la madrugada, trabajó de una manera continua, furiosa, respirando apenas por los intersticios de las losas superiores, asaltado por tremendas angustias, y creyendo morir á cada instante; por fin se oyó un crujido; una piedra enorme, rebotando por los arcos inferiores llegó hasta el suelo, y de repente, una catarata, un río cayó desde el cielo á la llanura. El acueducto, cortado por el centro, se derramaba. Era la muerte para Cartago y la victoria para los bárbaros.

En un instante los cartagineses, despertando, aparecieron sobre las murallas, sobre las casas, sobre los templos. Los bárbaros se empujaban, gritaban, bailaban delirantes alrededor de la gran caída de agua, y locos de contento, mojaban la cabeza en el chorro.

Se vió en lo alto del acueducto un hombre con una túnica oscura desgarrada; permanecía inclinado en el borde con las manos en las caderas y miraba hacia abajo como admirado de su obra.

Luego se irguió. Recorrió el horizonte con mirada dominadora que parecía decir: «¡Ahora todo esto es mío!»

Estallaron grandes aplausos entre los bárbaros. Los cartagineses, comprendiendo por fin su desastre, lanzaban alaridos desesperados. Entonces se puso á correr por la plataforma de un extremo á otro, y como un conductor de carro triunfante en los juegos olímpicos, Spendio, embriagado de orgullo, levantaba los brazos.



XIII

Moloch



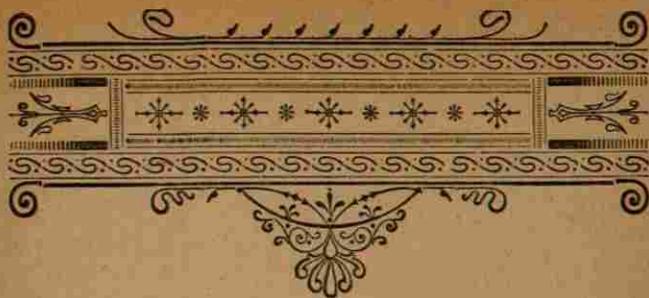
Los bárbaros no tenían necesidad de circunvalar Cartago por el lado de Africa, pues ésta les pertenecía. Pero para hacer más fácil el aproche de las murallas, se derribó una trinchera que había junto al foso. Después, Matho dividió su ejército en grandes semicírculos para envolver mejor á Cartago. Los hoplitas de los Mercenarios se colocaron en primera línea, detrás de ellos, honderos y jinetes; á retaguardia los bagajes, carros y caballos, y delante de toda esta muchedumbre, á trescientos pasos de las torres se levantaban las máquinas de guerra.

En un instante los cartagineses, despertando, aparecieron sobre las murallas, sobre las casas, sobre los templos. Los bárbaros se empujaban, gritaban, bailaban delirantes alrededor de la gran caída de agua, y locos de contento, mojaban la cabeza en el chorro.

Se vió en lo alto del acueducto un hombre con una túnica oscura desgarrada; permanecía inclinado en el borde con las manos en las caderas y miraba hacia abajo como admirado de su obra.

Luego se irguió. Recorrió el horizonte con mirada dominadora que parecía decir: «¡Ahora todo esto es mío!»

Estallaron grandes aplausos entre los bárbaros. Los cartagineses, comprendiendo por fin su desastre, lanzaban alaridos desesperados. Entonces se puso á correr por la plataforma de un extremo á otro, y como un conductor de carro triunfante en los juegos olímpicos, Spendio, embriagado de orgullo, levantaba los brazos.



XIII

Moloch



Los bárbaros no tenían necesidad de circunvalar Cartago por el lado de Africa, pues ésta les pertenecía. Pero para hacer más fácil el aproche de las murallas, se derribó una trinchera que había junto al foso. Después, Matho dividió su ejército en grandes semicírculos para envolver mejor á Cartago. Los hoplitas de los Mercenarios se colocaron en primera línea, detrás de ellos, honderos y jinetes; á retaguardia los bagajes, carros y caballos, y delante de toda esta muchedumbre, á trescientos pasos de las torres se levantaban las máquinas de guerra.

Bajo la variedad infinita de sus apelaciones, podían reducirse á dos sistemas; unas obraban como hondas y otras como arcos.

Los primeros, los catapultas se llamaban también onagros como los asnos salvajes que lanzan guijarros con sus patas. La construcción de las balistas ó escorpiones exigían para su construcción mucho cálculo, pues su madera debía escogerse entre las más duras y todas las articulaciones eran de cobre.

Spendio puso las tres grandes catapultas en los ángulos principales, delante de cada puerta colocó un ariete, y delante de cada torre una balista. Pero era preciso proteger esas máquinas contra los tiros de los sitiados, y rellenar el foso que los separaba de las murallas. Catapultas y balistas quedaron defendidas por redes de gruesas cuerdas embebidas de vinagre para hacerlas incombustibles.

Los cartagineses se preparaban también. Hamilcar les había tranquilizado declarando que quedaba agua en las cisternas para ciento veintitrés días. Se armó á los esclavos. Se vaciaron los arsenales. Cada ciudadano tuvo su sitio y su empleo determinado. Se repasaron á toda prisa las máquinas de guerra.

Por el lado del norte y de oriente, la ciudad, defendida por el mar y el golfo, era inaccesible. En la muralla que daba frente al istmo, que es por donde atacaban los bárbaros, se acumularon ramas de árbol, muelas de molino, grandes recipientes de azufre, cubas llenas de aceite, y se construyeron muchos hornos. Se amontonaron grandes rimeros de piedra en la plataforma de las torres, y las casas se llenaron de arena para aumentar su resistencia.

Al ver aquellas disposiciones, los bárbaros se irritaron. Quisieron pelear en seguida. El peso que pusieron en las catapultas era tan enorme, que las lanzas se rompieron; el ataque se retardó.

Por fin el día trece del mes de Schabar, al apuntar el sol, resonó un gran golpe contra la puerta de Khamon. Se-

tenta y cinco soldados tiraban cuerdas que partían de la base de una viga gigantesca, terminada por una cabeza de carnero de cobre. La habían envuelto en pieles de buey; argollas de hierro la ceñían de trecho en trecho. Era tres veces más gruesa que el tronco de un hombre y de ciento veinte codos de larga, y al empuje de los brazos desnudos que la empujaban y la atraían, avanzaba y retrocedía con oscilación regular.

Los otros asictes colocados ante las demás puertas, empezaron á moverse también. Las poleas y los capiteles chirriaron, las redes de cuerdas cayeron y una nube de piedras y de flechas atravesaron el aire y dieron contra los defensores de la muralla.

Algunos se acercaban al muro ocultando bajo sus escudos tarros de resina, y luego los lanzaban violentamente. Toda aquella lluvia de balas de dardos y de fuegos, pasaba por encima de las primeras filas atravesando una curva, que terminaba detrás de las murallas. Pero en lo alto de ellas, largas gruas se levantaron y bajaron enormes pinzas que terminaban en dos semicírculos dentados en la parte interior. Mordieron los arietes. Los soldados, colgándose de la viga, tiraban hacia atrás. Los cartagineses procuraban hacerla subir, y la porfía duró hasta la noche.

Cuando los mercenarios al día siguiente emprendieron de nuevo su tarea, todo el adarve de la muralla estaba tapizado de balas de algodón, de cogines; las almenas tapadas con hojarasca y en el parapeto, entre las gruas, se distinguía gran número de horcas y de guadañas. En seguida se entabló una resistencia furiosa.

Troncos de árboles sostenidos por cables caían y subían alternativamente golpeando los arietes; grandes garfios lanzados por las balistas, arrancaban el techo de las cubas; y de la plataforma de las torres vertíanse torrentes de sílice y guijarro.

Por fin los arietes rompieron la puerta de Khamon y de Tagaste.

Pero los cartagineses habían amontonado detrás tal abundancia de materiales, que las hojas no se abrieron. Permanecieron de pie. Entonces se empujó contra la muralla otras máquinas que aplicándose a las juntas de los bloques, debían hacerlos ceder. Las máquinas fueron mejor dirigidas. Los sirvientes repartidos por secciones; desde la mañana a la noche funcionaron sin interrupción con la monotonía de un telar.

Spendio no se cansaba de dirigir. Por sí mismo hacía funcionar algunas de las más difíciles, y los soldados, admirando su destreza, ejecutaban sus órdenes.

Las máquinas, sin embargo, no demolían la muralla; derribaban únicamente la parte superior, pero los sitiados, reparaban por la noche los desperfectos. Se echó al foso césped, estacas, guijarros y hasta carros con sus ruedas para llenarlo más aprisa; y antes que estuviese lleno, la inmensa muchedumbre de los bárbaros onduló en la llanura con movimiento irresistible y fué á estrellarse contra la base de las murallas como un mar desbordado.

Entonces se adelantaron las escaleras de cuerda y las de madera. Por ellas los mercenarios, puestos en fila, subían llevando las armas en la mano. Ni un cartaginés se veía á pesar de que casi tocaban los bárbaros el parapeto. De repente las almenas se abrieron vomitando como gargantas de dragón fuego y humo; la arena candente se esparcía entrando por las juntas de las corazas; el petróleo se pegaba á los vestidos; el plomo líquido resbalaba sobre los cascos y agujereaba las carnes. Una lluvia de chispas chamuscaba los rostros, y órbitas sin ojos parecían llorar lágrimas grandes como almendras. Hombres cubiertos de aceite ardían por los cabellos. Corrían entre los otros y les inflamaban á su vez. Se les ahogaba, echándoles desde lejos sobre el rostro mantos embebidos de sangre. Algunos que no tenían heridas aparentes, permanecían inmóviles,

tiosos como estacas, con los brazos separados del cuerpo y la boca abierta. El asalto duró muchos días, pues los mercenarios esperaban triunfar por un exceso de fuerza y de audacia.

Algunas veces, un hombre subido sobre las espaldas de otro hundía un vástago entre las piedras y luego se servía de él como un escalón para subir más arriba, y luego clavaba otro y otro; y protegidos por el borde de las almenas que sobresalían de las murallas, se elevaban poco á poco; pero siempre al llegar á cierta altura, caían.

El gran foso, demasiado lleno, se desbordaba; bajo el paso de los vivos, los heridos formaban una sola masa con los cadáveres y los moribundos. Entre las entrañas abiertas, los sesos esparcidos, y los charcos de sangre, los troncos calcinados parecían manchas negras, y brazos y piernas, saliendo de un montón, permanecían derechos como gruesas cepas en una viña incendiada.

Las escaleras eran insuficientes y se empleó los tolenones, instrumentos compuestos de una larga viga transversal á otra y que llevaba en el extremo una plataforma cuadrangular con barandillas en que habían treinta infantes con sus armas.

Matho quiso subir en la primera que se dispuso. Spendio le detuvo.

Unos hombres se encorvaron sobre un cabrestante; la gran viga se levantó hasta ponerse casi vertical, y harto cargada por el extremo se doblaba como una caña desmesurada. Los soldados, ocultos hasta la barba, se encogían; no se veía sino las plumas de los cascos. Por fin cuando estuvo á cincuenta codos en el aire osciló á derecha é izquierda varias veces y después bajó. Como un bravo gigante que tuviera en la mano una cohorte de pigmeos, dejó al borde de la muralla la plataforma llena de hombres. Saltaron entre la multitud y nunca más se vieron.

Los otros tolenones pronto estuvieron listos. Pero se hu-

bieran necesitado cien veces más para tomar la ciudad. Se les utilizó de otra manera: arqueros etíopes se colocaban en las plataformas, y cuando estaban en el aire sujetábanse los cables, y así permanecían suspendidos lanzando flechas envenenadas. Los cincuenta tolenones dominando las almenas, dominaban así á Cartago como monstruosos buitres, y los negros refan al ver como los soldados de las murallas morían entre convulsiones atroces.

Hamílcar envió hoplitas, á los que hacía beber cada mañana el jugo de ciertas hierbas por protegerles contra los venenos.

Una noche oscura embarcó sus mejores soldados en gabarras y les hizo tomar tierra en la Tænia. Adelantáronse hasta las primeras líneas de los bárbaros, y cogiéndoles de sorpresa, hicieronles gran mortandad. Hombres suspendidos de cuerdas, bajaban por la noche de lo alto de las murallas con antorchas en la mano, quemaban las obras de los Mercenarios y volvían á subir.

Matho se mostraba encarnizado, cada obstáculo aumentaba su cólera, é ideaba cosas terribles y extravagantes. Un día convocó mentalmente á Salammbo á una cita: después esperó. No vino, y aquello le pareció una nueva traición, y desde entonces la execró. Aumentó las avanzadas, plantó horcas bajo las murallas, disimuló trampas en el suelo, y mandó á los libios que le trajeran una selva entera para incendiar Cartago como una madriguera de zorras. Spendio se obstinaba también. Trataba de inventar máquinas espantosas como jamás se habían construido. Ninguna de las tentativas daba buen resultado, porque los sitiados se resistían no esperando misericordia. A cada nueva invención contestaba Hamílcar con una estrategia nueva. Por fin comprendieron todos, que la ciudad era inespugnable, mientras no se hubiese levantado hasta la altura de las murallas una larga terraza que permitiera pelear sobre un mismo nivel; se empedraría la cima para

hacer rolar por ella las máquinas. Entonces Cartago no podría resistir.

Empezaba á dejarse sentir la sed. El agua que valía al comenzar el sitio dos kesitah por carga, se vendía ahora á un shekel de plata; las provisiones de carne y trigo se acababan también. Aparecía el fantasma del hambre. Algunos hablaban de las bocas inútiles, lo cual asustaba á todos.

Desde la plaza de Khamon hasta el templo de Melkart había cadáveres en las calles, y como aún duraba el verano, grandes mossas negras hostigaban á los combatientes. Los ancianos transportaban á los heridos, y las gentes devotas celebraban funerales por los muertos en el sitio y en campaña. Estatuas de cera con cabellos y vestidos estaban tendidas á través de las puertas. Se fundían al calor de los cirios que ardían cerca de ellas; la pintura se escurría por sus hombros y el llanto corría sobre el rostro de los vivientes, que salmodiaban canciones lúgubres.

La temperatura era tan sofocante, que los cuerpos, hinchándose no podían colocarse en los féstros. Se les quemaba en el centro de los patios, pero las hogueras incendiaban á veces las paredes vecinas y largas llamas surgían de repente de las casas como sangre que salta de una arteria. Moloch poseía por entero á Cartago; estrechaba las murallas, se revolcaba en las calles y devoraba los cadáveres.

A fin de retener en la ciudad el genio de los dioses, se había cubierto de cadenas á sus simulacros. Se puso velos negros á los pataicos y cilicios alrededor de los altares. Se procuraba excitar el orgullo y los celos de los Baals, diciendo: «¡Te vas á dejar vencer! ¡Los otros son más fuertes que tú quizás! Preséntate, auxilianos, á fin de que los pueblos no digan: ¿Dónde están sus dioses?»

Salammbo

Una ansiedad perenne sgitaba los colegios de los pontífices.

Los de la Rabetna sobre todo tenían miedo, porque el zaimph no produjo ningún efecto. Se mantenían encerrados en el tercer recinto inespugnable como una fortaleza. Solo uno de ellos se atrevía á salir, el gran sacerdote Schahabarim.

Iba á ver á Salammbó, pero permanecía silencioso contemplándole con las pupilas fijas, ó bien se desataba en palabras y los reproches que le dirigía eran más duros cada vez.

Por una contradicción inconcebible no perdonaba á la joven el haber seguido sus órdenes;—Schahabarim lo había adivinado todo,—y la obsesión de esta idea aviva los celos de su impotencia. La acusaba de ser la causa de la guerra. A juicio suyo, Matho sitiaba á Cartago para apoderarse del zaimph otra vez; y profería imprecaciones y sarcasmos contra aquel bárbaro que pretendía poseer cosas santas. Sin embargo, el sacerdote se refería á algo que no nombraba.

No inspiraba á Salammbó temor alguno; la ansiedad de que antes estaba poseída se había disipado. Una calma singular llenaba su espíritu. Su mirada, menos vaga, brillaba con claro fulgor.

Entretanto el python había enfermado de nuevo, y como á pesar de ello Salammbó pareciese curar, la vieja Tauach se regocijó en extremo, convencida de que aquella dolencia del reptil evitaba la languidez de su ama.

Una mañana le halló detrás del lecho de cuero enroscado sobre sí mismo y con la cabeza oculta bajo un monton de gusanos. A sus gritos acudió la hija de Hamilcar. Le removió con la punta de su sandalia, y á la esclava la sorprendió su insensibilidad.

Salammbó ya no practicaba sus ayunos con igual fervor. Pasaba el día en lo alto de su terraza, con los codos apoyados en la balaustrada y miraba á su alrededor. La cima

de las murallas en el extremo de la ciudad trazaba en el cielo zig zags desiguales, y las lanzas de los centinelas formaban en toda su extensión como una orla de espigas. Percibía á lo lejos, entre las torres, las maniobras de los bárbaros, cuando cesaban las diarias peleas, podía ver sus ocupaciones. Componían sus armas, se engrasaban la cabelleira ó bañaban en el mar sus brazos ensangrentados; las tiendas estaban cerradas, las acémilas comían, y en lontananza las hoces de los carros, colocados en semicírculo, parecían una cimitarra de plata tendida al pie de las colinas.

Volvieron á su memoria las palabras de Schahabarim. Esperaba á su desposado Narr'Havas. No obstante su odio hubiese querido ver de nuevo á Matho. De todos los cartagineses, ella sola tal vez, le hubiera hablado sin temor.

A menudo su padre entraba en su habitación. Se sentaba fatigado sobre los cojines y la contemplaba casi enternecido como si su vista le distrajera de sus trabajos incesantes. A veces la interrogaba acerca de su estancia en el campamento de los mercenarios. Le preguntaba si alguien le había aconsejado la empresa. Moviendo la cabeza le contestaba que no, pues estaba orgullosa de haber salvado el zaimph.

El Suffeta procuraba enterarse de todo lo referente á Matho, pretextando que le convenía para sus planes militares saber qué clase de hombre era. No comprendía porque había pasado tantas horas en el campamento. En efecto, Salammbó no le hablaba de Giscon, y si callaba su deseo de asesinar á Matho era porque temía que le reprocharan no haber cedido á tal deseo. Salammbó no contaba más, por vergüenza quizá, ó por que un exceso de candor hacía que no diera gran importancia á los besos y abrazos del soldado. Decía únicamente, que cuando le pidió el zaimph el Schalischim parecía furioso, que gritó mucho y que después se había dormido.

Una noche en que estaban así uno enfrente del otro, apareció Taanach asustada. Un viejo con un niño estaban en los patios y querían ver al Suffeta.

Hamilcar palideció y luego dijo:

—¡Que suba!

Iddibal entró sin prosternarse. Llebaba de la mano un niño cubierto con un manto de piel de cabrón. Levantándole el capullo que ocultaba su rostro:

—¡Héle aquí, tomadlo!

El Suffeta y el esclavo se retiraron a un ángulo de la sala.

El niño permaneció de pie en el centro, y con mirada más escudriñadora que asombrada, examinaba el lecho, las paredes, el suelo, los collares de perlas tirados sobre vestidos y manto de púrpura, y aquella majestuosa mujer joven que se inclinaba hacia él.

Quizá tenía diez años y no era más alto que una espada romana. Tenía el pelo rizado y la frente prominente. Hubiérase dicho que sus pupilas buscaban espacio. Las alas de su nariz delicada palpitaban; en todo su cuerpo se advertía aquel indefinible esplendor de los que están destinados á altas empresas. Cuando se hubo quitado su manto hartamente pesado, quedó vestido con una piel de lince ceñida á su cintura y apoyaba con firmeza sobre el pavimento sus pies blancos de polvo. Adivinó sin duda que se trataba de cosas importantes, porque permanecía inmóvil, con una mano en la espalda, la cabeza inclinada y un dedo junto á la boca.

Por fin Hamilcar con un ademán llamó á Salammbó junto á sí y le dijo:

—¡Le guardarás en tu cuarto, oyes! ¡Es preciso que nadie, ni aun los de la casa, sepan que existe!

Luego, detrás de la puerta preguntó de nuevo á Iddibal si estaba seguro de que nadie les había visto.

—Nadie, dijo el esclavo; las calles estaban desiertas.

La guerra azotaba todas las provincias y había temido por el hijo de su amo.

Entonces, no sabiendo donde ocultarle, se embarcó en una chalupa, y costeando, llegó al golfo. Allí estaba desde hacía tres días observando las murallas. Como le pareció que aquella noche los alrededores de Khamon estaban desiertos, desembarcó cerca del arsenal.

Los bárbaros establecieron frente del puerto mismo una inmensa línea de maderos para impedir la salida á los cartagineses. Por la parte de tierra, cada día aumentaba la altura de la terraza.

Estando interceptadas las comunicaciones con el exterior, un hambre intolerable se dejó sentir. Matáronse todos los perros, mulos y asnos, y después los quince elefantes que el Suffeta había salvado. Los leones del templo de Moloch estaban furiosos, y sus guardianes no se atrevían á acercarse á ellos. Primero se les mantuvo con los heridos de los bárbaros; después se les echó cadáveres aún cañientes. No quisieron comerlos y murieron todos. A la hora del crepúsculo, se veía á mucha gente que cogían entre las piedras de los antiguos recintos, hierbas y flores, que cocían en vino; pues el vino costaba menos caro que el agua. Otros, se deslizaban hasta las avanzadas del enemigo y se metían en las tiendas para robar alimentos. Los bárbaros, llenos de asombro, dejaban algunas veces que se volvieran en paz. Llegó por fin un día en que los antiguos resolvieron degollar para ellos los caballos de Echmun. Aun que eran animales sagrados no escaparon al hierro, y sus carnes cortadas en trozos iguales, se escondieron detrás del altar. Todas las noches, alegando cualquier devoción iban al templo y comían á escondidas; bajo su túnica llevábanse un trozo para los hijos.

Las piedras de las catapultas y las demoliciones para atender á la defensa, habían acumulado grandes monto-

nes de escombros en las calles. Las tres grandes catapultas no paraban, sus estragos eran extraordinarios, hasta el punto de que la cabeza de un hombre fué á chocar contra el frontón de los syesitas; en la calle de Kinisdo, una parturienta fué aplastada por un bloque de mármol y su hijo, con la cama, lanzado hasta la encrucijada de Cinsasyr, donde en encontró la colcha.

Lo más irritante eran las balas de los honderos, caían sobre los techos, en los jardines y en los patios, mientras se comía las pocas piltrafas que quedaban. Aquellos atroces proyectiles llevaban grabados leyendas que se imprimían en las carnes, y sobre los cadáveres se leían injurias como *gorrino, chacal, gusano*, y á veces sarcasmos: *ahí va eso ó, bien merecido me lo tengo*.

El hambre crecía de modo tal, que Hamílcar ordenó abrir los silos que guardaban trigo; sus intendentes lo repartieron al pueblo. Durante tres días todos se hartaron; pero entonces la sed se hizo intolerable. Y para que fuera más triste la situación, los sedientos veían ante ellos la cascada de agua clarísima que caía del acueducto.

Hamílcar no se amilanaba. Contaba con un acontecimiento extraordinario. Con algo decisivo.

Los propios esclavos arrancaron las planchas de plata del templo de Melkarth, y cuatro grandes buques partieron para las Galias á fin de comprar mercenarios á cualquier precio. Entre tanto diríase que el furor más grande animaba á los bárbaros. Se les veía á lo lejos tomar la grasa de los muertos para tener bien untadas sus máquinas. Otros arrancaban las uñas de los cadáveres que cosían por los bordes para hacerse corazas. En las catapultas pusieron grandes jarras llenas de serpientes cogidas por los negros; rompíanse los cacharros de arcilla, y las serpientes corrían, pululaban; luego los bárbaros, no contentos con su invención, la perfeccionaron; lanzaban toda especie de inmundicias, excrementos humanos, trozos de animales muertos y de cadáveres. La peste apareció. Los

dientes de los cartagineses les caían y tenían las encías descoloridas como las de los camellos después de un viaje demasiado largo.

Las máquinas se pusieron sobre la terraza aún cuando no alcanzara por todas partes la altura de las murallas. Frente á las veintitrés torres de las fortificaciones se levantaban otras tantas torres de madera. Todos los tolenones funcionaban, y en el centro aparecía la formidable máquina de Demetrio Poliorceta que Spendio había reconstruido por fin. Piramidal como el faro de Alejandría era alta de ciento veinte codos, y ancha de veintitrés, con nueve pisos que iban en disminución hacia la cima, y que estaban protegidos por gruesas planchas de cobre. Había en cada uno de aquellos pisos llenos de soldados, numerosas puertas. En lo alto de la plataforma superior había una catapulta y dos balistas.

Entonces Hamílcar hizo levantar cruces para los que hablaban de rendirse; hasta las mujeres fueron alistadas.

Una mañana, poco después de amanecer, oyeron un gran clamor lanzado por todos los bárbaros á la vez. Las trompetas tocaban, y los grandes cuernos mugían como toros. Todos se levantaron y fueron hacia las murallas.

Una selva de lanzas, de picas y de espadas se erizaba en su base. Se lanzó contra las murallas, las escalase engancharon en ellas, y por los espacios abiertos de las almenas, aparecieron las cabezas de los bárbaros.

Grandes vigas sostenidas por largas filas de hombres batían las puertas.

Los cartagineses lanzaban contra los asaltantes muelas de molino, toneles, camas, lozas, cubos, todo lo que pesaba y podía matar. Algunos acechaban teniendo en la mano una red de pescar y cuando llegaba un bárbaro, le aprisionaban entre las mallas. Ellos mismos derribaban sus almenas, grandes trozos de muro se derrumbaban levantando inmensa polvoreda y las catapultas de la terraza, tirando unas contra otras hacían chocar á lo mejor sus

piedras que se rompían en mil pedazos cayendo como lluvia de sílice sobre los combatientes.

Las flechas se disparaban por millares desde lo alto de las torres de madera y de las torres de piedra. Los tolenones movían rápidamente sus largas antenas y como los bárbaros habían saqueado bajo las catacumbas el viejo cementerio de los autóctonos, lanzaban sobre los cartagineses las losas de las tumbas. Bajo el peso de las plataformas harto pesadas, algunas veces se rompían los cables y masas de hombres dando alaridos, caían desde lo alto.

Hasta medio día los veteranos de los hoplitas atacaron furiosamente la taenia para penetrar en el puerto y destruir la flota. Hamilear hizo encender sobre el techo de Khamon una hoguera de paja húmeda y como el humo les cegaba, fueron hacia la izquierda y aumentaron la horrible muchedumbre que se empujaba hacia Malqua. Sintagmas compuestas de hombres robustos habían hundido tres puertas. Altas barreras formadas de planchas claveteadas les detuvieron. Otra puerta cedió fácilmente; se lanzaron por encima de ella corriendo y cayeron en un foso lleno de cepos. En el ángulo sudeste Autharito y sus hombres, derribaron la muralla por una amplia grieta tapada con ladrillos. El terreno se elevaba detrás de la muralla; subieron aprisa pero se encontraron ante una segunda muralla compuesta de piedras y largas vigas.

Atacaron y fueron rechazados.

Desde la calle de Khamon, hasta el Mercado de hierbas todo el trayecto de ronda estaba en poder de los bárbaros, y los samnitas remataban á los moribundos. Los honderos situados á retaguardia, tiraban sin descanso, pero á fuerza de haber servido, el resorte de las hondas acarnanianas se había roto, y muchos, como los pastores, lanzaban guijarros con la mano, otros, tiraban bolas de plomo con el mango de un látigo. Zarxas, con los hombros cubiertos por sus largos cabellos negros, acudía á todas partes y arrastraba á los baleares. Dos cestas estaban suspen-

pendidas á su cintura; de continuo hundía la mano izquierda en ellas y su brazo derecho volteaba como la rueda de un carro.

Matho, al principio, se abstuvo de pelear para poder mandar mejor, se le vió á lo largo del golfo con los mercenarios, á orillas del lago con los negros, y desde el fondo de la llanura empujaba continuamente masas de soldados que se estrellaban contra la línea de las fortificaciones.

Poco á poco se fué acercando; el olor de la sangre, el espectáculo de aquella carnicería y el estrépito de los clarines, acabaron por embriagarle en furor bélico. Entonces entró en su tienda y quitándose la coraza se puso su piel de león más cómoda para la batalla. Las fauces se adaptaban sobre su cabeza, rodeando el rostro de un círculo de dientes; las dos patas anteriores se cruzaban sobre el pecho, y las posteriores adelantaban sus uñas más abajo de las rodillas. Llevaba su fuerte cinturón del que pendía un hacha reluciente de doble filo, y con su gran espada que empuñaba con ambas manos, se precipitó por la brecha impetuosamente. Como un podador que corta las ramas y trata de derribar el mayor número posible para ganar más, así adelantaba segando cartagineses á su alrededor. A los que trataban de cogerle de lado, les derribaba con el puño, cuando le atacaban de frente les atravesaba; si huían les hendía. Dos hombres á la vez saltaron sobre su espalda; retrocedió de un salto contra una puerta y les aplastó. Su espada centelleaba bajándose y levantándose. Se rompió contra el ángulo de una pared. Entonces tomó su pesada hacha, y por delante y por detrás mataba cartagineses como ovejas. Todos se apartaban de aquel hombre que sembraba la muerte, y así llegó sólo hasta el segundo recinto, al pie de la Acrópolis. Los proyectiles lanzados desde la cima, obstruían las gradas. Matho, rodeado de ruinas, se volvió para llamar á sus compañeros.

Vió sus penachos diseminados entre la multitud, se

hundían, iban á perecer; se lanzó hacia ellos; entonces, el gran círculo de plumas rojas se estrechó y bien pronto le alcanzaron y le rodearon.

Como atacasen de nuevo los púnicos sus compañeros retrocedieron rodeándole, y así, casi en volandas, fué arrastrado fuera de las murallas, hasta un sitio donde la terraza era alta.

Matho dió una orden é instantáneamente todos los escudos se colocaron sobre los cascos; saltó encima para agarrarse á las asperezas del muro y volver á entrar en Cartago, y blandiendo su hacha corria sobre los escudos, semejantes á olas de bronce como un dios marino sobre las olas sacudiendo su tridente.

Un hombre con túnica blanca se paseaba junto al borde de la muralla, impassible ante la muerte que le rodeaba.

A veces ponía la mano derecha sobre los ojos para descubrir á alguien, Matho pasó por debajo de él. De repente sus pupilas llamearon, su rostro lívido se crispó, y levantando sus brazos débiles, le injuriaba gritando.

Matho no le oía; pero sintió penetrar en su corazón una mirada tan cruel y tan furiosa que lanzó un rugido. Despidió con fuerza hacia él su larga hacha. Algunos cartagineses se lanzaron sobre Schahabarim, y Matho, no viéndole ya, cayó rendido por los esfuerzos hechos.

Al terminar la pelea, y á consecuencia de haberse hundido en una mina abierta espresamente por orden de Hamílcar, la máquina ideada por Spendio, los cartagineses bajaron de las murallas y atacaron á los bárbaros de los que hicieron gran carnicería. Pero entonces acudieron los carros galos de hoces, y galopando contra los cartagineses les obligaron á retirarse. Cerró la noche; y poco á poco los bárbaros se retiraron.

No se veía en la llanura sino una especie de hormigueo obscuro desde el golfo azulado hasta la laguna blanquecina; y el lago junto al cual tanta sangre se había derrama-

do, se extendía más lejos como una gran charca de púrpura.

La terraza estaba tan cargada de cadáveres que se la creyera construída con cuerpos humanos.

Sobre las murallas se veían anchos surcos abiertos por el plomo derretido. Una torre de madera ardía; las casas aparecían vagamente como las gradas de un anfiteatro arruinado. Densas humaredas subían arrastrando chiepas que se perdían en las negruras del cielo.

Los cartagineses á quienes la sed devoraba se habían lanzado hacia las cisternas. Rompieron las puertas. Únicamente barro líquido había en su fondo.

¿Qué hacer? Los bárbaros eran innumerables, y una vez descansados volverían al asalto.

Durante toda la noche el pueblo deliberó en las encrucijadas. Unos decían que era preciso arrojar de la ciudad á las mujeres, enfermos y viejos; otros, proponían abandonar Cartago y establecerse lejos en una colonia.

Pero no había buques y salió el sol sin que se hubiese acordado nada.

Durante aquel día no se peleó; todos estaban rendidos; los soldados que dormían parecían cadáveres; entonces los cartagineses reflexionando acerca de la causa de sus desastres, se acordaron que no habían enviado á Fenicia la ofrenda anual para Melkarth Tirio y un inmenso terror se apoderó de ellos; los dioses indignados con la república persistirían sin duda en su venganza.

Se les consideraba como amos crueles á quienes se apaciguaba con súplicas, y á los que corrompía á fuerza de presentes. Todos eran débiles comparados con Moloch-devorador. La existencia, la misma carne de los hombres le pertenecía, así es que para salvarla, los cartagineses tenían costumbre de ofrecerle una porción de ella que calmaba su furor.

Se quemaba á los niños en la frente ó en la nuca con mechas de lana, y como aquel medio de satisfacer al Baal rendía mucho dinero á los sacerdotes, lo recomiendan como más fácil y suave.

Pero aquella vez se trataba de la República misma. Todo provecho debe ser comprado por determinada pérdida pues toda transacción se conviene según las necesidades del más débil y las exigencias del más fuerte. No había dolor harto terrible para el Dios, pues se deleitaba al infligir las más horribles, y ahora todos estaban á su discreción. Era preciso satisfacerle por completo. Los ejemplares probaban que por aquel medio desaparecían los azotes. Por otra parte creían que una inmolación por el fuego purificaría á Cartago. La ferocidad del pueblo gozaba en ello. Además, la elección debía hacerse exclusivamente entre los hijos de las grandes familias.

Los antiguos se reunieron. La sesión fué larga. Hannon asistió á ella. Como ya no podía sentarse permaneció tendido cerca de la puerta, medio oculto entre las franjas de la tapicería; y cuando el pontífice de Moloch les preguntó si consentirían en entregar á sus hijos, su voz resonó de repente en la sombra como el rugido de un genio en el fondo de una caverna. Sentía, á lo que dijo, no poder dar de su propia sangre; y contemplaba á Hamílcar que estaba frente á él en el otro extremo de la sala. Al Suffeta le turbó tanto aquella mirada que quedó aterrado. Todos aprobaron afirmando con la cabeza sucesivamente; y según los ritos, tuvo que contestar el gran sacerdote: «Si, cúmplase ésto.» Entonces, los antiguos, decretaron el sacrificio por medio de una perifrasis profesional, pues hay cosas que cuestan más decir que ejecutar.

Casi inmediatamente se supo en todo Cartago la decisión.

Resonaron grandes lamentos. Por todas partes se oía gritar á las mujeres; sus esposos las aconsejaban ó apostrofaban haciéndolas reflexiones.

Tres horas después circuló una noticia extraordinaria. El Suffeta había hallado manantiales al pie del acantilado.

Fueron hacia allí. Unos agujeros abiertos en la arena, se llenaban de agua; algunos echados de bruces bebían ya en ellos.

Hamílcar no sabía si era debido aquel descubrimiento á un consejo de los dioses ó al vago recuerdo de una revelación hecha por su padre; pero al salir del consejo de los antiguos había bajado á la plaza, y hécho quitar por los esclavos los guijarros que cubrían la arena.

Dió vestidos, calzado y vino. Repartió lo que quedaba de trigo en su casa. Hizo entrar á la multitud en su palacio y abrió las cocinas como los almacenes, y todas las habitaciones, exceptuando la de Salammbó. Anunció que seis mil Mercenarios galos iban á llegar, y que el rey de Macedonia enviaba soldados.

Pero desde el segundo día disminuyeron los manantiales su caudal de agua, y al tercer día se habían agotado. Entonces, el decreto de los Antiguos circuló de nuevo, y los sacerdotes de Moloch empezaron su cometido.

Hombres vestidos de negro, se presentaban en las casas. Muchos los abandonaban bajo pretexto de un negocio cualquiera; los servidores de Moloch, llegaban y se apoderaban de los niños. Otros los entregaban estupidamente. Luego los llevaban al templo de Tanit, donde las sacerdotizas estaban encargadas de distraerles y alimentarles hasta llegar el día solemne.

Llegaron á casa de Hamílcar de repente y le hallaron en el jardín:

— ¡Barca! Venimos por lo que sabes... ¡Tu hijo!

Añadieron que varios ciudadanos le habían visto en los Mappales acompañado por un viejo.

De momento, quedó como sofocado, pero comprendiendo que toda negativa sería en vano, Hamílcar se inclinó;

les introdujo en la casa de comercio. Sus esclavos vigilaban los alrededores.

Entró en la habitación de Salammbó trastornado. Cogió por una mano á Hannibal, y con la otra, arrancó el cordón de un vestido; ató sus pies, sus manos, pasó el extremo por la boca, para hacerle una mordaza y le ocultó bajo la cama de cuero, dejando caer hasta el suelo una gran colcha.

Después se paseó á derecha é izquierda; levantaba los brazos, daba vueltas sobre sí mismo, se mordía los labios, permaneció algunos minutos con la mirada fija, y el pecho anhelante como si fuera á morir.

Llamó por tres veces con las manos. Giddenem apareció:

—Escucha,—le dijo,—buscas entre los esclavos un niño de ocho á nueve años con los cabellos negros y rizados y la frente abultada. ¡Tráelo! ¡Aprisa!

Giddenem volvió al cabo de poco, trayendo al niño.

Era un pobre muchacho, á la vez demacrado é hinchado; su piel estaba amarillenta como el infecto harapo que llevaba en la cintura. Bajaba la cabeza y con el dorso de la mano se frotaba los ojos, llenos de moscas.

¿Habría quién le confundiera con Hannibal? ¡Y no había tiempo para buscar otro! Hamilcar miraba á Giddenem; sentía ganas de estrangularlo.

—¡Vete!—gritó; el gobernador de los esclavos huyó.

De pronto Abdonim habló detrás de la puerta. Pedían por el Suffeta. Los servidores de Moloch se impacientaban.

Hamilcar, contuvo un grito como si sintiera la mordedura de un hierro candente; y de nuevo paseó por la estancia como un insensato.

La gran taza de mármol, contenía aún un poco de agua clara para las abluciones de Salammbó. A pesar de toda su repugnancia y de su orgullo el Suffeta bañó al niño, y como un mercader de esclavos se puso á lavarlo y á fro-

tarlo con tierra roja. Tomó después dos trozos de púrpura; le puso uno en el pecho y otro en la espalda, y los juntó con dos broches de diamantes.

Vertió perfumes sobre su cabeza; púsole un collar de electro, y le calzó sandalias con talones de perlas, las sandalias de su hija! pero pateaba de vergüenza y de irritación; Salammbó que le ayudaba estaba tan pálida como él. El niño sonreía, deslumbrado por aquellos esplendores, perdía su timidez, y empezaba á pulmotear cuando Hamilcar le arrastró.

Le sujetaba por el brazo con fuerza, como si tuviera miedo de perderle, y el niño lloriqueaba corriendo junto á él.

Al llegar cerca del ergástulo, bajo una palmera, resonó una voz suplicante y dolorida.

Hamilcar se volvió y vió á su lado á un hombre de alfecta apariencia, á uno de aquellos miserables que vivían en la casa.

—¿Qué quieres?—le dijo el Suffeta.

El esclavo que temblaba de un modo horrible balbuceó:

—¡Soy su padre!

Hamilcar, continuaba caminando; el miserable le seguía con las piernas dobladas y el cuello estirado. Su rostro estaba convulso por una angustia indecible y los sollozos que contenía le ahogaban.

Por fin se atrevió á tocarle ligeramente con un dedo, en el codo.

—¿Acaso vas á?...

No tuvo fuerza para acabar y Hamilcar se detuvo pasmado ante aquel dolor.

Jamás había pensado que pudiera haber entre ellos nada común. Aquello le pareció una especie de ultraje y como un ataque á sus privilegios. Contestó con una mirada más fría y pesada que el hacha de un verdugo; el es-

clavo cayó desmayado en el polvo á sus pies. Hamilcar pasó por encima.

Los tres hombres vestidos de negro, le esperaban en la sala, de pie, junto al disco de piedra. Desgarró sus vestidos, y se revolcaba sobre las losas gritando:

—¡Ah! ¡pobre Hannibal! ¡Oh! ¡hijo mío! ¡Mi esperanza! ¡Mi vida! ¡Mi consuelo! ¡Matadme á mi también! ¡Llevadme! ¡Desdicha! ¡desdicha!

Se arañaba el rostro, se mesaba los cabellos, y lanzaba alaridos como las plañideras de los funerales.

—¡Lleváoslo! ¡padezco demasiado! ¡Idos! ¡Matadme como á él!

Los servidores de Moloch se admiraban de que Hamilcar tuviera tan poco corazón. Estaban casi enternecidos.

Se oyó un ruido de pies desnudos y un estertor comprimido, semejante á la respiración de una bestia feroz que se acerca; y en el umbral de la tercera galería, entre los montantes de marfil, apareció un hombre lívido, terrible, con los brazos estendidos; gritó:

—¡Mi hijo!

Hamilcar de un salto, se lanzó sobre el esclavo. Cubrióle la boca con la mano y gritó:

—¡Es el anciano que le ha educado! ¡Le llama su hijo! ¡Se volverá loco! ¡Basta! ¡basta!

Y empujando por los hombros á los tres sacerdotes y á su víctima salió con ellos, y de un puntapié cerró la puerta detrás de él.

Hamilcar, volviendo al cuarto de Salammbó desató á Hannibal. El niño, exasperado, le mordió en la mano haciéndole sangre. Para hacerle estar quieto, Salammbó quiso asustarle con Lamia, una hada maléfica de Cyrene.

—¿Dónde está? —preguntó.

Le dijeron que unos bandoleros vendrían para meterle en la cárcel. Contestó:

—¡Que vengan, les mataré!

Hamilcar le dijo entonces la espantosa verdad, pero se enfureció contra su padre diciendo que podía aplastar al pueblo entero, ya que era el amo de Cartago.

Por fin, extenuado por los esfuerzos de su cólera se durmió con sueño intranquilo. Hablaba soñando, tendido sobre un cojín de escarlata; su cabeza estaba echada hacia atrás, y su brazito, apartado del cuerpo, permanecía rígido en una actitud imperativa.

Cuando hubo cerrado la noche, Hamilcar lo cogió suavemente, y bajó á obscuras la escalinata de las galerías. Pasando por la casa de comercio tomó una cajita de pasas y una calabaza de agua pura; el niño se despertó ante la estatua de Aletes, en el subterráneo de las pedrerías; y sonreía en brazos de su padre á la luz de las claridades que le rodeaban.

Hamilcar estaba seguro que ya no podrían quitarle su hijo. Entonces como no tenía que disimular, pues nadie le veía, dió rienda suelta á su cariño. Como una madre que encuentra á su primogénito despues de perderle, se lanzó sobre su hijo; le estrechaba contra su pecho, reía y lloraba á un tiempo, le llamaba con los nombres más cariñosos, le cubría de besos; Hannibal, asustado por aquella ternura, callaba.

Hamilcar volvió á paso de lobo, palpando las paredes; llegó á la gran sala donde entraba la luz de la luna por una de las aberturas de la cúpula; en el centro, el esclavo ahído, dormía tendido sobre el pavimento de mármol. Le miró y sintió piedad. Con la punta de su coturno, le puso una alfombra bajo la cabeza. Luego levantó los ojos y miró á Tanit, cuyo cuarto creciente brillaba en el cielo, y se sintió más fuerte que los Baals, y lleno de desprecio por ellos.

Los preparativos del sacrificio se estaban ultimando.

Se derribó un gran trozo de pared del templo de Moloch para sacar al Dios de cobre sin tocar las cenizas del altar. Después, apenas apuntó el sol, los hieródulos le empujaron hacia la plaza de Khamon.

Iba hacia atrás deslizándose sobre cilindros; sus hombros eran más altos que las murallas; todos los cartagine-ses que le veían aunque fuere de lejos, huían asustados porque no podía contemplarse impunemente al Baal, sino en el ejercicio de su cólera.

Fuerte olor de aromas se esparció por las calles. Todos los templos se abrieron á la vez; salieron los tabernáculos sobre carromatos ó en literas que los pontífices llevaban. Grandes penachos de plumas ondeaban en sus ángulos y vivos rayos escapábanse de sus agudos copetes, terminados en bolas de cristal, de oro, de plata ó de cobre.

Eran los Baalim Cananeos, derivados del Baal supremo que volvían hacia su principio para humillarse ante su fuerza y anegarse en su esplendor.

El pabellón de Melkhart de fina púrpura, protegía una llama de petróleo; en el de Khamon, de color de jacinto, se levantaba un falo de marfil rodeado de un círculo de pedrería; entre las cortinas de Echsmun, azules como el éter, un phyton dormido, formaba un círculo con la cola; y los dioses Pataicos, sostenidos por los sacerdotes, parecían niños grandes envueltos en pañales cuyos talones rozaban el suelo.

Después, venían todas las formas inferiores de la divinidad. Baal-Samin, dios de los espacios celestes; Baal Peor dios de los montes sagrados; Baal Zebup, dios de la corrupción, y los de los países vecinos y los de las razas cananeas: el Harbal de la Libia, el Adrammelech de Caldea, el Kijun de los sirios; Derceto, con cara de virgen, se arrastraba sobre sus aletas y el cadáver de Tammuz iba

arrastrado en el centro de un catafalco, entre antorchas y cabelleras. Para supeditar los reyes del firmamento al Sol, é impedir que su influencia particulares contrarrestare la suya se blandía al extremo de largas perchas estrellas de metal multiculares. Los Abadirs, piedras caídas de la luna giraban dentro de hondas de hilo de plata; panecillos que reproducían el sexo de una mujer se amontonaban en las cestas que llevaban los sacerdotes de Ceres; otros llevaban sus amuletos; los ídolos olvidados reaparecieron: hasta se tomó de los buques sus símbolos místicos, como si Cartago hubiese querido recogerse por entero en un pensamiento de muerte y desolación.

Ante cada uno de los tabernáculos, un hombre mantenía en equilibrio sobre su cabeza un ancho pebetero donde humeaba el incienso.

La estatua de cobre continuaba avanzando hacia la plaza de Khamón. Los Ricos, llevando cetros con puño de esmeralda acudieron desde el fondo de Megara. Los Antiguos ceñiendo sus diademas se reunieron en Kinisdo y los gobernadores de provincia, los mercaderes, los soldados, los marineros y la horda numerosa de empleados de los funerales, todos, con las insignias de su magistratura, ó los instrumentos de su oficio se dirigían hacia los tabernáculos que bajaban del Acrópolis, entre los colegios de sacerdotes.

Por deferencia hacia Moloch, habían revestido sus trajes más espléndidos y ostentaban sus mejores joyas. Centelleaban los diamantes sobre los mantos y las túnicas negras; pero los anillos demasiado anchos, caían de los dedos adelgazados y nada tan lúgubre como aquella multitud silenciosa, cuyos aretes golpeaban contra rostros pálidos y en que las áureas tiaras ceñían frentes crispadas por una desesperación atroz.

Por fin llegó el Baal al centro de la plaza. Sus pontífices con verjas, dispusieron un recinto para apartar á la multitud y permanecieron á sus pies alrededor de él.

Los sacerdotes de Khamón, con túnicas de lana oscura se alinearon bajo las columnas del pórtico; los de Schmun con mantos de lino y tiaras puptiagudas colocáronse en las gradas del Acrópolis; los sacerdotes de Melkar, pusiéronse del lado de Occidente; los de los Abadirs, apretados los cuerpos en anchas cintas de telas frigias, quedaron hacia Oriente; y en el Sur, con los magos de la muerte, cubiertos de tatuajes quedaron los plañideros con sus mantos remendados, los servidores de los Batosques y los Isidonion que, para conocer el porvenir se ponían en la boca un hueso de muerto.

De cuando en cuando llegaban filas de hombres desnudos por completo con los brazos tendidos hacia delante, cogidos por los hombros unos á otros. Arrancaban de las profundidades de su pecho una voz cavernosa. Los ojos que miraban al coloso, brillaban entre la polvareda, y á intervalos iguales, todos á una como sacudidos por un solo movimiento, balanceaban sus cuerpos. Estaban tan furiosos, que para restablecer el orden, los hieródulos á palos, les hicieron echar de bruces, con el rostro tocando las verjas de cobre.

Entonces fué, cuando del fondo de la plaza avanzó un hombre vestido de blanco. Atravesó lentamente la multitud y se reconoció en él un sacerdote de Tanit, al gran sacerdote Schahabarim. Una rechifla general le acogió, pues la tiranía del principio viril, prevalecía aquel día en todas las conciencias, y la diosa estaba de tal modo olvidada, que no se había notado siquiera la ausencia de sus pontífices. El pasmo creció de punto, cuando se le vió que abría una de las puertas destinadas á los que habían de entrar para ofrecer víctimas. Los sacerdotes de Molech creyeron que aquel era un ultraje para su dios; con violentos ademanes trataban de rechazarle. Alimentados con las carnes de los holocaustos, vestidos de púrpura como reyes, y ciñendo triples coronas, mofábanse de aquel pálido eunuco extenuado por maceraciones, y carcajadas de

cólera, sacudían sobre su pecho su barba negra en forma de abanico.

Schahabarim sin contestar continuaba andando; y después de atravesar todo el recinto, llegó entre las piernas del coloso, y luego, le tocó en ambos lados de ellas extendiendo los brazos, lo cual era una fórmula solemne de adoración. Hacía demasiado tiempo que la Rabbet le torturaba, y por desesperación, ó quizá á falta de un dios que le satisficiera por completo su pensamiento, se decidía al cabo por aquel.

La multitud, asustada por aquella apostasía, lanzó un prolongado murmullo. Sentíase que se rompía el último lazo que unía las almas á una divinidad clemente.

Pero Schahabarim, á causa de su mutilación no podía participar del culto al Baal. Los sacerdotes de rojo manto le excluyeron del recinto; luego, cuando estuvo fuera, dió la vuelta alrededor de todos los colegios y después, el sacerdote sin dios desapareció entre la multitud. Esta se apartaba á su paso.

Entretanto, una hoguera de álces, cedro y laurel, ardía entre las piernas del coloso. Sus largas alas hundían sus puntas en la llama; los unguentos con que se le había frotado, corrían como sudor sobre sus miembros de cobre. Alrededor de la piedra redonda en que apoyaba los pies, los niños envueltos en velos negros formaban un círculo inmóvil; y sus brazos desmesuradamente largos, bajábanse hasta ellos como para apoderarse de aquella corona y llevarla al cielo.

Los Ricos, los Antiguos, las mujeres, toda la muchedumbre se apiñaba detrás de los sacerdotes y en las terrazas de las casas. Las grandes estrellas pintadas no se movían ya, los tabernáculos estaban en el suelo; y las humaredas de los incensarios subían perpendicularmente semejantes á árboles gigantes, desplegando en pleno azul sus ramajes azulados.

Muchos se desmayaron, otros permanecían inertes y pe-

trificados en éxtasis. Una angustia infinita aplastaba los pechos. Los últimos clamores se extinguieron uno á uno y el pueblo de Cartago anhelaba, absorbido por el deseo de su terror.

Por fin, el gran sacerdote de Moloch pasó la mano izquierda bajo los velos de los niños, y les arrancó de la frente un mechón de cabellos que arrojó á las llamas. Entonces, los hombres de rojos mantos entonaron el himno sagrado:

— «Gloria á tí, Soll Rey de las dos zonas, creador que se engendró, Padre y Madre, Padre é Hijo, Dios y Diosa, Diosa y Dios!»

Su voz se perdió entre el estruendo de los instrumentos que resonaban á la vez para ahogar los gritos de las víctimas.

Los hierodulos con un largo gancho abrieron los siete compartimentos del cuerpo del Baal. En el más alto se introdujo harina; en el segundo, dos tórtolas; en el tercero, un mono; en el cuarto, un carnero; en el quinto una oveja; y como no había buey para poner en el sexto, se echó una piel curtida que se tomó del santuario. El séptimo agujero permaneció vacío.

Antes del gran sacrificio era conveniente ensayar los brazos del Dios. Unas cadenas que arrancaban de sus dedos, llegaban hasta las espaldas y volvían á bajar por detrás, donde algunos hombres, tirando con fuerza, hacían subir hasta la altura de los codos las manos abiertas, las cuales, acercándose una á otra llegaban hasta su vientre; moviéronse muchas veces seguidas, y después los instrumentos callaron. Crepitan las llamas.

Los pontífices de Moloch se paseaban por la gran losa, examinando lo muchedumbre.

Era preciso un sacrificio individual, una oblación voluntaria que se consideraba como la iniciadora de las otras. Pero nadie se presentaba, y las siete avenidas que conducían desde las barreras al coloso, estaban vacías. En-

tonces, para animar al pueblo, los sacerdotes sacaron de su cintura unos punzones con que se arañaban el rostro. Se hizo entrar en el recinto á los fieles, que estaban tendidos de bruces en el exterior. Se les echó un paquete de horribles instrumentos y cada cual escogió su tortura. Se traspasaban el pecho; se hendían las mejillas; pusiéronse coronas de espinas en la cabeza; luego, enlazando sus brazos y rodeando á los niños, formaban otro gran círculo que se contraía y se ensanchaba. Llegaban hasta la balastrada, se retiraban y volvían á empezar llamando hacia ellos á la multitud por el vértigo de aquel movimiento de sangre y de gritos.

Poco á poco, gran gentío entró hasta el final de las avenidas; lanzaban al fuego perlas, diamantes ricos, vasos de oro y de plata. Copas, antorchas, todas sus riquezas; las ofrendas se sucedían unas á otras y eran cada vez más espléndidas y múltiples. Por fin, un hombre que se tambaleaba empujó á un niño, después se vió entre las manos del coloso una pequeña masa negra; se hundió en la abertura tenebrosa. Los sacerdotes se inclinaron en la gran losa y un nuevo canto estalló, celebrando las alegrías de la muerte y los renacimientos de la eternidad.

Subían lentamente las víctimas, y como la humareda al volar formaba altos torbellinos, parecían desaparecer también dentro de una nube. Ninguno se movía, estaban atados por las muñecas y los jarretes, y los oscuros velos, tupidos y recios, les impedían ver y ser reconocidos.

Hamilcar, con un manto rojo como los sacerdotes de Moloch, estaba cerca del Baal; erguido ante el dedo gordo de su pie derecho.

Cuando subió el décimo cuarto niño, todos pudieron advertir que se estremeció é hizo un gesto de horror. Pero bien pronto recobró su actitud, cruzándose de brazos y mirando al suelo. Al otro lado de la estatua, el gran pontífice permanecía inmóvil como él. Inclinando su cabeza que ostentaba una mitra asiria, observaba sobre su pecho

la placa de oro cubierta de piedras fatídicas, en que las llamas reflejándose, producían claridades irisadas. Palidecía, desesperado. Hamilcar inclinaba la frente; y estaban ambos tan cerca de la pira que la orla de su manto levantándose, los rozaba.

Los brazos de cobre movíanse con mayor velocidad. No se detenían un instante. Cada vez que se ponía entre ellos á un niño, los sacerdotes de Moloch extendían la mano hacia él, para cargarle con todos los crímenes de pueblo, vociferando:

— «¡No son hombres, sino bueyes!»

Y la multitud repetía:

— «¡Bueyes! ¡bueyes!»

Los devotos gritaban:

— «¡Señor! ¡come!»

Y los sacerdotes de Proserpina conformándose por el terror; á las necesidades de Cartago murmuraban la fórmula elusiaca:

— «¡Vierte la lluvia! ¡Engendra!»

Las víctimas apenas llegaban al borde de la abertura, desaparecían como una gota de agua sobre una placa enrojecida; y una humareda blanca ascendía entre los tonos de escarlata de la estatua.

Sin embargo, el apetito del dios no se calmaba, quería más víctimas. Para darle más se apiló una porción entre sus manos con una gruesa cadena que las sostenía. Los devotos al principio habían querido contarlas para saber si su número correspondía al de los días del año solar; pero como se echaban tantas, una tras otra, era imposible contarlas entre aquel movimiento vertiginoso de los brazos. Aquello duró mucho rato, hasta la noche. Luego, las planchas interiores adquirieron un brillo más sombrío. Entonces se vieron carnes que ardían. Algunos creyeron reconocer cabellos, miembros, cuerpos enteros.

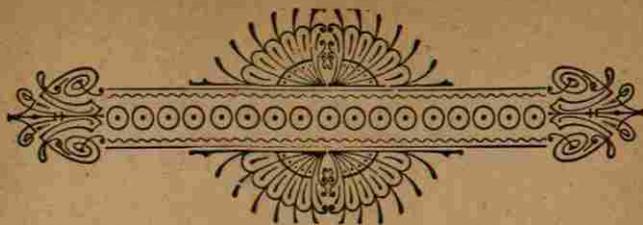
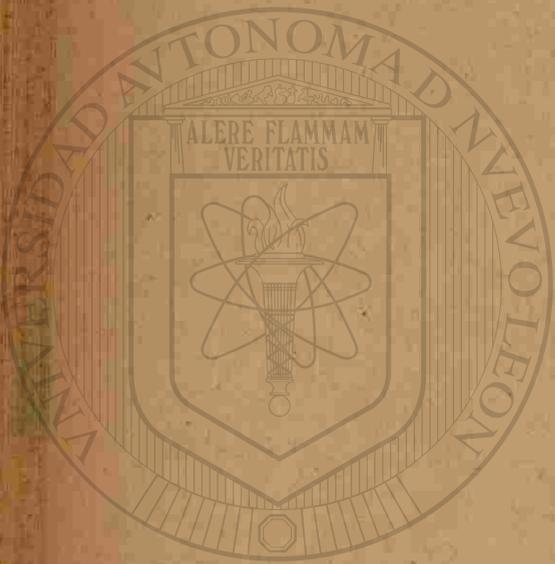
Acabó el día; gruesas nubes se amontonaron sobre el Baal, la pira ya sin llamas, formaba una pirámide de car-

bones hasta sus rodillas; completamente rojo, como un gigante cubierto de sangre, parecía con su cabeza echada hacia atrás vacilar bajo el peso de su embriaguez.

A medida que los sacerdotes se apresuraban, el frenesí del pueblo aumentaba. Disminuía el número de las víctimas, y unos gritaban perdón y otros que se necesitaban más. Hubieran dicho que las terrazas llenas de gente se hundían bajo los alaridos de espanto y de voluptuosidad mística. Luego los fieles llegaron arrastrando á sus hijos que se agarraban á ellos; les pegaban para hacerse soltar y les entregaban á los hombres rojos. Los músicos se detenían cansados entonces, se oían los sollozos de las madres y el chirrido de la grasa que caía sobre los carbones ardientes. Unos borrachos iban á cuatro patas, daban vueltas alrededor del coloso y rugían como tigres; los Isidonim auguraban, los fieles, cantaban con sus labios hendidos; se habían derribado las verjas; todos querían su parte en el sacrificio; y los padres, cuyos hijos murieron en otro tiempo, echaban al fuego sus efigies, sus juguetes, sus esqueletos. Algunos que llevaban cuchillos se arrojaron sobre los otros. Estalló una gran matanza. Los hieródulos cogieron las cenizas de la gran losa y las lanzaron al aire, á fin de que el gran sacrificio se esparciera por la ciudad hasta la región de las estrellas.

Aquel ruido y aquella claridad deslumbrante, había atraído á los bárbaros al pie de las murallas, y mirando desde lo alto de sus máquinas de guerra, contemplaban el espectáculo mudo de horror.





XIV

El desfiladero del Hacha



Los cartagineses apenas habían vuelto á sus casas cuando las nubes se espesaron; los que levantaban la cabeza hacia el coloso, sintieron gruesas gotas; empezaba la lluvia.

Llovió toda noche á torrentes; retumbaba el trueno; era la voz de Moloch; había vencido á Tanit y ahora, fecundada, abría en lo alto del cielo su vasto seno. A veces se la veía tendida sobre cogines de nubes, luego las tinieblas la envolvían de nuevo, como si harto cansada aún, quisiera dormir de nuevo.

Los cartagineses, que creen que el agua es hija de la luna, gritaban para facilitar su trabajo.

La lluvia azotaba las terrazas y formaba lagos en los patios, cascadas en la escalera, torbellinos en las encrucijadas; corría en pesadas masas tibia; de los ángulos de todos los edificios, saltaban chorros espumosos, y los techos de los templos, lavados, brillaban á la luz de los relámpagos. Por mil caminos distintos verdaderos torrentes bajaban del Acrópolis; las casas se derrumbaban de improviso; y muebles, cascote y astillas pasaban arrastrados por los arroyos que corrían impetuosamente sobre las losas.

Se habían puesto al aire libre ánforas, calabazas, telas, pero las antorchas se apagaban; y los cartagineses, permanecían para beber con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Otros junto á las eharcas fangosas se tendían en el suelo, hundían en el agua los brazos y bebían tanto, que arrojaban luego como los búfalos. La atmósfera refrescó, y una esperanza inmensa llenó todos los corazones. Olvidóse lo jurado. La patria renacía una vez más.

Los bárbaros habían soportado la tempestad en sus tiendas mal cerradas, y al día siguiente, transidos de frío, chapuzaban entre el barro, buscando sus armas estropeadas ó perdidas.

Hamilcar por su propia cuenta fué á ver á Hannon y en virtud de los plenos poderes que tenía le confió el mando. El viejo suffeta, vaciló entre su rencor y su sed de poder. Aceptó.

Sin perder momento, Hamilcar hizo salir una galera con dos catapultas, una á proa y otra á popa. La puso en el golfo delante de la barrera establecida por los bárbaros, después, embarcó en sus buques disponibles las tropas más robustas. Parecía huir; y poniendo proa al norte, desapareció entre la bruma.

Pero tres días después (en el punto en que iba á reanudarse el ataque) llegaron en tumulto gentes de la costa líbica. Barca había penetrado en el país.

En todas partes se había racionado y se extendía por la comarca.

Entonces los bárbaros se indignaron como si les hubiese traicionado. Los que más aburridos estaban del sitio, en especial los galos, no vacilaron en separarse de los menos para dirigirse á su encuentro. Spendio quería reconstruir la helepolis; Matho se había trazado una línea ideal desde su tienda hasta Megara, se había jurado seguirla, y ninguno de sus hombres se movió. Los demás al mando de Otharita, se marcharon, abandonando la parte occidental de las fortificaciones. La incuria de los sitiadores era tal, que no se pensó en substituirle.

Narr'Havas les espiaba de lejos, desde las montañas. Por la noche hizo avanzar á los suyos por el lado exterior de la Laguna, á orillas del mar, y entró en Cartago.

Presentóse como un libertador, con seis mil hombres que llevaban harina bajo sus mantos, y con cuarenta elefantes cargados de forrages y de carne seca. Se les rodeó solícitamente, y se les dió nombres. La llegada de semejante refuerzo regocijó á los cartagineses menos que la contemplación de estos fuertes animales consagrados al Baal; constituían una prenda de su ternura y probaban que al fin había resuelto para defenderles intervenir en la guerra.

Narr'Havas recibió el homenaje de los Ancianos. En seguida dirigióse al palacio de Salammbó.

No la había visto desde el día en que dentro de la tienda de Hamilcar entre los cinco ejércitos, había sentido su manecita fría y suave posarse entre las suyas; después de los esponsales la joven había regresado á Cartago. Su amor dominado por otras ambiciones aparecía de nuevo, y ahora esperaba gozar de sus derechos, casarse, hacerla suya.

Salammbó no comprendía de qué manera aquel joven podía convertirse en su dueño. Por más que diariamente pedía á Tanit la muerte de Matho, su horror por el libio disminuía. Sentía confusamente que el odio con que él la

había perseguido era casi religioso —y habría querido ver en Narr'Havas como un reflejo de la violencia que aún la deslumbraba.

Deseaba conocerle mejor, y sin embargo su presencia la habría turbado. Le hizo saber que no debía recibirle.

Por otra parte, Hamilcar había prohibido á sus sirvientes que abrieran las puertas de su casa al rey de los númidas; difiriendo hasta el término de la guerra la recompensa; esperaba conservar su adhesión.

En cambio se mostró altivo con los ciento. Les hizo variar sus disposiciones. Exigió prerrogativas para sus soldados y les colocó en puestos importantes; así los bárbaros abrieron los ojos desmesuradamente al ver á los númidas en las torres.

Mayor fué la sorpresa de los cartagineses al ver llegar en viejo trirreme púnico á cuatrocientos de los suyos, hechos prisioneros durante la guerra de Sicilia. En efecto, Hamilcar había devuelto secretamente á los Quiriles las tripulaciones de los bajeles latinos capturados antes de la defección de las ciudades tirias, y Roma, por deferencia, le enviaba ahora sus cautivos. También los romanos habían rechazado las proposiciones de los mercenarios en Cerdeña, y ni aún habían querido reconocer como súbditos á los habitantes de Utica.

Hieron, que gobernaba en Siracusa, imitó el ejemplo. Para conservar sus Estados necesitaba el equilibrio entre los dos pueblos; interesábale pues la suerte de los cananeos y se declaró su amigo enviándoles mil doscientos buques con cincuenta y tres mil rebel de trigo puro.

Una razón de más peso les obligaba á socorrer á Cartago, conocían que en el caso de triunfar los mercenarios, desde el soldado hasta el galopin de cocina, todos se sublevarían y que ningún gobierno, ninguna casa podría resistirles.

Entre tanto Hamilcar batía la campiña oriental. Recha-

zó á los galos y todos los bárbaros se hallaron sitiados á su vez.

Empezó entonces á hostigarles. Se acercaba á ellos, huía y repitiendo continuamente esta maniobra poco á poco les hizo salir de sus campamentos.

Spendio se vió obligado á seguirles, y por último Matho cedió á su vez.

No pasó de Túnez. Se encerró en sus muros. Esta obstinación revelaba gran prudencia, porque luego se vió que Narr'Havas salía por la puerta de Khamon con sus elefantes y sus soldados; Hamilcar le había llamado. Pero los demás bárbaros vagaban por las provincias persiguiendo al suffeta.

Este contaba con tres mil galos procedentes de Elypea. Recibió además caballos de la Cirenaica, armaduras del Brucio, y reanudó los combates.

Jamás se había mostrado tan impetuoso ni más fértil en recursos, durante cinco lunas les arrastró en pos de sí. Tenía su plan y quería conducirles á un sitio determinado.

Ante todo los bárbaros formando pequeños destacamentos habían tratado de envolverle; siempre conseguía escapar. Su ejército constaba de unos cuarenta mil hombres y muchas veces se alegraron al ver retirarse á los cartagineses.

Les molestaban infinito los ginetes de Narr'Havas. A menudo en las horas de mayor fatiga cuando avanzaban

por la planicie dormitando bajo el peso de sus armas, espesa nube de polvo elevábase en el horizonte; oíase el galopar de los corceles y de semejante torbellino, y de la luz de las pupilas encendidas brotaba una lluvia de dardos. Los nómadas, cubiertos de blancos ropajes, lanzaban temerosos gritos, levantaban sus brazos apretando entre sus rodillas á sus caballos encabritados, volvían bruscamente grupas y desaparecían con rapidez. Siempre tenían á corta distancia sobre sus dromedarios, acopio de javalinas, y volvían más enfurecidos, aullaban como lobos, huían como buitres. Los bárbaros colocados en las filas extremas caían uno á uno, y así continuaba la escaramuza hasta la noche, en que trataba de ganar las montañas.

Por más que estas ofrecían peligro para los elefantes, Hamílcar siguió avanzando. Siguió la larga cordillera que se extiende desde el promontorio Hermes hasta la cumbre de Zaguan. Los bárbaros creyeron que por este medio les ocultaba la insuficiencia de su hueste. Pero la incertidumbre continua en que les mantenía les exasperó más que una derrota. Sin descorazonarse marcharon tras él.

Por último una tarde entre la montaña de Plata y la montaña de Plomo en medio de enormes rocas á la entrada de un desfiladero, sorprendieron á un cuerpo de velites; ciertamente el ejército entero estaba delante, porque oyeron un ruido de pasos y de clarines, al punto los cartagineses huyeron por la cañada. Esta conducía á una llanura que tenía la forma del hierro de un hacha y estaba rodeada de altas rocas. Para dar alcance á los velites, los bárbaros avanzaron allá en el fondo, entre los bueyes que galopaban; otros cartagineses corrían en tumulto. Se vió á un hombre cubierto por rojo manto, era el suffeta; unos á otros se lo dijeron, y redobló su gozo y su furia. Muchos por pereza ó prudencia, habíanse quedado en la entrada del desfiladero. Pero la caballería, que saliera de un bosque, á lanzadas y sablazos les empujó al sitio donde los

otros estaban y bien pronto los bárbaros todos se hallaron en las hondonadas, en llano.

Después la enorme hueste que se había agitado un punto, detúvose; no descubrieron salida alguna. Se llamó á los de las vanguardias excitándoles á que siguieran adelante; se estrujaban contra las montañas y de lejos apostrofaron á sus compañeros que no sabían dar con el camino.

Y apenas habían bajado los bárbaros, sus adversarios ocultos por las rocas, sirviéndose de vigas las habían levantado, y como la pendiente era rápida, aquellos bloques rodando confundidos habían cerrado por completo el estrecho orificio.

En el otro extremo de la llanura aparecía un largo corredor, agrietado, y que conducía á una quebrada por la que se subía á la meseta superior donde estaba el ejército púnico. En dicho paso se habían colocado de antemano escalas, y protegidos por las sinuosidades de las resquebrajaduras los velites antes de ser alcanzados pudieron cogerlas y volver á subir. Muchos de ellos se hundieron en la quebrada y fué necesario tenderles cables porque el terreno en tal sitio era de arena movediza y tan inclinado, que ni aún de rodillas era posible subir. En el mismo instante llegaron los bárbaros. Pero un rastrillo de cincuenta codos de alto y construido á la exacta medida del intervalo se hundió de súbito ante ellos, como un baluarte que hubiese caído del cielo.

Por consiguiente habían prosperado los planes del suffeta. Ninguno de los mercenarios conocía la montaña y marchando á la cabeza de las columnas los unos habían arrastrado á los otros. Las rocas, un poco estrechas en su base, se habían desmoronado fácilmente, y en tanto que todos corrían, su ejército á corta distancia había prorrumpido en gritos de desesperación. Cierto que Hamílcar po-

día perder sus velites, la mitad de ellos pereció tan sólo. El hubiera sacrificado un número veinte veces mayor para el éxito de tal empresa.

Hasta la mañana siguiente los bárbaros estrecharon sus filas de un extremo á otro del desfiladero. Tentaban con sus manos la montaña tratando de descubrir una salida.

Al fin amaneció y por todas partes vieron á su alrededor una altísima muralla blanca, cortada á pico. ¡Y ni un solo medio de salvación! Las dos salidas naturales de aquel callejón cerrado estaban obstruidas, la una por el rastrillo y la otra por el montón de rocas.

Entonces todos se miraron sin hablar. Y todos sintieron un frío glacial en los riñones, y un grave peso en los párpados.

Se dirigieron resueltamente contra las rocas. Pero las mas bajas, oprimidas por el peso de las demás, permanecieron inmóviles. Trataron de encaramarse para llegar á la cima; la forma redonda de los pesados cuerpos hacia imposible la empresa. Quisieron hender el terreno por los dos extremos de la cañada; sus instrumentos se rompieron. Con los mástiles de sus tiendas encendieron una hoguera; el fuego no podía quemar la montaña.

Volvieron al rastrillo; estaba guarnecido de largos clavos, gruesos como estacas, agudos como las puas de un puercó espin. Sin embargo, su furor era tal que se precipitaron contra el obstáculo. Los primeros penetraron en él hasta la cintura, los demás saltaron por cima de sus camaradas, y todos cayeron dejando en aquellas horribles ramas girones humanos y cabelleras ensangrentadas.

Cuando se hubo disipado su abatimiento examinaron los pocos víveres que les quedaban. Los mercenarios que habían perdido sus bagajes, tenían raciones para dos días, y los demás se encontraban apurados porque esperaban un convoy prometido por los pueblos del sur.

No obstante, vagaban por allí toros, aquellos que los

cartagineses habían abandonado en el desfiladero á fin de atraer á los bárbaros. Los mataron á lanzadas, los comieron, y así que los estómagos estuvieron repletos, los pensamientos fueron menos lúgubres.

Al día siguiente degollaron á todos sus mulos, próximamente unos cuarenta, y luego rayeron las pieles, cocieron las entrañas y no desesperaron todavía, porque el ejército de Túnez, avisado sin duda, iba á llegar.

Pero á la noche del quinto día, aumentó el hambre, mascaron los tahalíes de sus espadas y las esponjillas ocultas en el fondo de sus cascos.

Cuarenta mil hombres estaban amontonados en una especie de hipódromo que formaba alrededor de ellos la montaña. Algunos permanecían ante el rastrillo ó al pie de las rocas; los demás confusamente se agrupaban en la llanura. Los más fuertes evitaban hablarse y los tímidos buscaban á los valientes, que sin embargo no podían salvarles.

Por vía de precaución se habían enterrado precipitadamente los cadáveres de los vélites; ya no se distinguía el sitio de las huesas.

Todos los bárbaros languidecían postrados en tierra. Entre sus filas pasaba un veterano, y ellos prorrumpían en maldiciones contra los cartagineses, contra Hamilcar y contra Matho, si bien resultaba inocente del desastre; pero les parecía que sus dolores hubieran sido más tolerables si él los hubiese compartido. Y luego empezaban á gemir; algunos lloraban por lo bajo, como niños.

Se acercaban á los capitanes y les pedían algo que mitigase sus padecimientos. Los interpelados no respondían, ó bien, arrebatados de furor, cogían una piedra y se la echaban al rostro.

Muchos guardaban cuidadosamente, en un agujero del suelo, parte de su alimento, un puñado de dátiles, un poco de harina; y lo comían durante la noche, ocultando la cabeza bajo su manto. Los que tenían espadas las mostra-

ban desnudas en su mano, los más desconfiados se mantenían en pie, apoyados en la montaña.

Acusaban á sus jefes y les amenazaban. Anthasito mostraba miedo. Con esa obstinación del bárbaro al que nada amedrenta, veinte veces al día avanzaba hasta el fondo, hacia las rocas, esperando hallarlas separadas, y con sus hombros formidables cubiertos de pieles recordaba á sus compañeros un oso que, á la primavera sale de su caverna, para ver si se ha fundido la nieve.

Spendio, rodeado de griegos, se escondía en una de las grietas; como sentía terror, hizo circular el rumor de su muerte.

Habían enflaquecido de un modo espantoso; su piel estaba jaspeada de azul. En la noche del noveno día tres iberos murieron.

Asustados los demás, huyeron de aquel sitio. Se les desnudó y sus blancos cuerpos permanecieron expuestos al sol, en la arena.

Entonces, algunos garamantos empezaron á rondar en torno de los cadáveres. Eran hombres acostumbrados á la soledad y que no respetaban á dios alguno. Al fin el más viejo hizo una seña é inclinándose sobre los cadáveres cortaron trozos con sus cuchillos, y luego, puestos en cuclillas, comieron. Los demás les miraban de lejos; se oyeron gritos de horror; con todo, muchos, en el fondo de su corazón, envidiaban aquel valor.

A media noche, algunos de los bárbaros se acercaron al grupo y disimulando su deseo, pedían un bocadito, para probarlo nada más. Otros más atrevidos vinieron, su número aumentó; pronto formaron enjambre. Pero casi todos al sentir en sus labios el contacto de la carne fría dejáronla caer de su mano; otros, por el contrario, la devoraban con avidez.

Con objeto de cobrar ánimo, se excitaban mutuamente. Algunos que habían hecho ascos al banquete de los garamantos, no acertaban á separarse de éstos. Cocían los tro-

zos de carne al fuego, llevándolos en la punta de sus espadas, los salaban con polvo y se disputaban los mejores. Cuando no quedó nada de los tres cadáveres, los ojos vagaron por la llanura en busca de nuevo alimento.

Pero, ¿no quedaban los cartagineses, veinte cautivos del último combate, y en los que nadie hasta entonces había pensado? Pronto desaparecieron, una venganza lógica, después de todo. Y luego como era preciso vivir y como ya se había desarrollado el gusto de este alimento, como se morían de hambre, se degolló á todos los aguadores, los palafreneros, los criados. Diariamente se mataba. Algunos comían mucho, recobraban sus fuerzas y ya no aparecían tristes.

A no tardar faltó este recurso. Entonces el deseo les hizo fijarse en los heridos y los enfermos. Ya que no podían curarse, más valía ahorrarles sufrimientos; y tan pronto como un soldado vacilaba todos gritaban que estaba herido y que debía servir á los demás de alimento. Para acelerar su muerte empleaban astucias, se les robaba el último resto de su inmunda ración; con afectado descuido se les pisoteaba; los moribundos para que se les creyera vigorosos, probaban á levantar los brazos á erguirse y á reír. Hombres desvanecidos se despertaban al contacto de una hoja mellada que les aserraba un miembro; y mataban también impelidos por el furor, sin necesidad, con el fin de satisfacer sus instintos.

Una niebla densa y tibia, envolvió al ejército el décimo cuarto día. Este cambio de temperatura produjo numerosas muertes, y la corrupción se desarrollaba sensiblemente. La escarcha que caía sobre los cadáveres los ablandó y pronto convirtióse la llanura en vasto pudridero. Vapores blanquecinos flotaban sobre ella; escocían en las narices; penetraban la piel, turbaban la vista y los bárbaros creían entrever en los hálitos exhalados, las almas de sus compañeros. Ya no se resignaban con su suerte: preferían morir.

Dos días después, el tiempo mejoró y el hambre moles-

tó de nuevo. Les parecía á veces que les arrancaban el estómago con tenazas. Entonces se revolcaban acometidos por convulsiones, comían tierra á puñados, se mordían los brazos y prorrumpan en risas frenéticas.

La sed les atormentaba aun más, porque no tenían ni una gota de agua en los odres, completamente agotados desde el noveno día. Para engañarse, se aplicaban á la lengua las escamas metálicas de los cinturones, los pomos de marfil, las hojas de las espadas. Otros chupaban un guijarro. Bebían orines enfriados en los cascos de bronce.

¡Y todavía aguardaban el ejército de Túnez! Lo mucho que tardaba era indicio de su llegada próxima. Por otra parte, Matho, el valiente de los valientes, no podía abandonarles. «¡Será mañana!» se decían, y ese mañana, nunca llegaba.

Al principio habían rezado, hicieron votos, practicaron toda clase de encantos. Y ahora no sentían por sus deidades más que odio, y deseando vengarse trataban de no creer en ellas.

Los hombres de carácter violento perecieron los primeros; los africanos resistieron mejor que los galos. Zarxas, en medio de los baleares, permanecía tendido en el suelo, esparcidos los cabellos, por cima de los brazos inertes. Spendio encontró una planta de anchas hojas llenas de jugo, y habiéndola declarado venenosa á fin de apartar á sus camaradas, apagaba su sed con ella.

Estaban demasiado débiles para derribar de una pedrada á los cuervos que pasaban. Alguna vez, cuando un gífacto, posado en un cadáver, le sajava desde hacía algún tiempo, un hombre que traía entre los dientes una javalina se arrastraba hacia él apoyándose en una mano, y después de apuntar bien lanzaba su arma. La bestia de blanco plumaje, turbada por el ruido, se interrumpía, mirando á su alrededor tranquilamente, como un cuervo marino en un escollo, y luego volvía á hundir en la carne su

feo pico amarillo; y el hombre desesperado caía de bruces en el polvo.

Algunos alcanzaban á descubrir camaleones, serpientes. Pero lo que les hacía vivir era su amor á la vida. Se fijaban en esta idea exclusivamente, y se aferraban á la existencia con un esfuerzo que la prolongaba.

Los más estoicos y fríos permanecían juntos, sentados en corro, en medio de la llanura, aquí y allá, entre los muertos; y envueltos en sus mantos, se abandonaban silenciosamente á su tristeza.

Aquellos que habían nacido en las ciudades se acordaban de las calles resonantes, de las tabernas, de los teatros, de los baños, y las barberías donde se cuentan historias. Otros volvían á ver campiñas al declinar la tarde, cuando los trigos amarillos ondulan y los grandes bueyes suben las colinas con la reja del arado al cuello. Los viajeros soñaban con cisternas, los cazadores con sus bosques, los veteranos con batallas, y en la modorra que les dominaba, sus pensamientos fulguraban con la viveza y la claridad de un ensueño. Se alucinaban súbitamente; buscaban en la montaña una puerta para huir. Otros creyendo navegar con una tempestad, mandaban la maniobra de un navío, ó bien retrocedían asustados, al percibir batallones púnicos. Los había que se figuraban asistir á un festín, y cantaban.

Muchos de ellos, por una extraña manía, repetían la misma palabra ó hacían continuamente el mismo ademán. Y luego cuando levantaban la cabeza y se miraban unos á otros ahogábanles sus sollozos al ver los horribles semblantes marchitos. Algunos ya no padecían y para matar el tiempo contaban los peligros á que habían escapado.

Su muerte era ciertísima, inminente. En cuanto á pedir misericordia al vencedor, ¿cómo hacerlo? Ni aun sabían donde estaba Hamilcar.

El viento soplabá del lado de la quebrada. Hacía volar

la arena por cima del rastrillo en cascadas, perpetuamente; y los mantos y las cabelleras de los bárbaros se cubrían de polvo como si la tierra alzándose hasta ellos quisiera sepultarles.

Nada se movía; la eterna montaña á cada instante les parecía más inaccesible.

Algunas veces bandadas de aves cruzaban con las alas tendidas el espacio azul, en la libertad del aire. Los bárbaros cerraban los ojos para no verlas.

Se notaba de pronto como un zumbido en las orejas, se ennegrecían las uñas, enfriábase el pecho; se tendían de lado y se extinguían sin un suspiro.

El día décimonono habían perecido dos mil asiáticos, quinientos del archipiélago, ocho mil libios, los mercenarios más jóvenes y tribus completas, en junto veinte mil soldados, la mitad del ejército.

Antharito, á quien no quedaban más que cincuenta gallos, iba á matarse para acabar de una vez, cuando creyó ver frente á él en la cumbre de la montaña, una forma humana.

Esta parecía, á causa de la elevación, un enano. No obstante, Antharito reconoció en su brazo izquierdo un escudo en figura de trébol. Gritó: «¡Un cartaginés!» Y en la llanura, ante el rastrillo y bajo las rocas, inmediatamente se levantaron todos. El soldado se hallaba al borde del precipicio; desde abajo mirábanle los bárbaros.

Spendio recogió una cabeza de buey; luego con dos cinturones formó una diadema, y la puso en los cuernos al extremo de una vara, en demostración de sus intenciones pacíficas. El cartaginés desapareció. Ellos esperaron.

En fin, por la tarde, como una piedra que se desprende de la montaña, cayó de lo alto un tahalí. Era de cuero rojo y estaba cubierto de bordados con tres estrellas de diamantes, llevaba impreso en el centro el sello del Gran Consejo: un caballo, bajo una palmera. Era la contestación de Hamilcar, el salvoconducto enviado por el suffeta.

No tenían nada que temer; cualquier cambio de fortuna les permitiría ver el término de sus males. Un gozo desmedido les agitó, abrazábanse, lloraban. Spendio, Antharito y Zaxas, cuatro italvitas, un negro y dos espartanos se ofrecieron como parlamentarios. Se les admitió su ofrecimiento. Sin embargo, no sabían como partir.

Pero resonó un crujido en dirección de las rocas, y la más alta oscilando sobre su base, saltó hasta la llanura. Si por el lado de los bárbaros las rocas no podían moverse, porque era preciso subir un plano oblicuo, y, además estaban amontonadas en el paso más estrecho, bastaba en cambio empujarlas por el otro lado para hacer que se desplomasen. Los cartagineses las movieron y á la alborada avanzaban por la llanura como por las gradas de una inmensa escalera derruida.

Los bárbaros no podían aún trepar por ellas. Se les tendió escalas; todos se lanzaron al asalto. La escala de una catapulta les rechazó; sólo los Diez subieron.

Andaban entre los clinabares, y para sostenerse apoyaban su mano en la grupa de los caballos.

Ahora que su primera alegría se había disipado, empezaban á mostrarse inquietos. Las exigencias de Hamilcar resultarían crueles. Pero Spendio les tranquilizaba.

—«¡Yo hablaré!»—Y se jactaba de conocer las cosas buenas para la salvación del ejército.

Detrás de todos los matorrales hallaban centinelas que se prosternaron ante el tahalí que Spendio se había ceñido.

Al llegar al campamento púnico, la multitud se agrupó á su alrededor y oyeron como un murmullo y risas. Abrióse la puerta de una tienda.

Hamilcar estaba dentro, sentado en un escabel, junto á una mesa baja, en la que brillaba una espada desnuda. Los capitanes de pie, le rodeaban.

Al distinguir á los enviados levantó la cabeza y luego la adelantó para examinarles bien.

Mostraban las pupilas extraordinarias dilatadas y oje-

ras negras que se prolongaban hasta las orejas, sus narices azuladas se destacaban sobre las hundidas mejillas, surcadas por arrugas profundas; la piel de su cuerpo, demasiao ancha para sus músculos, desaparecía bajo un polvo de color plumizo; sus labios se pegaban á sus dientes amarillos; exhalaban un olor nauseabundo; se les podía tomar por tumbas entreabiertas, por sepulcros vivientes.

En medio de la tienda y en la estera donde los capitanes iban á sentarse veíase un plato de calabazas humeantes. Los bárbaros clavaban en él sus ojos y temblaban de pies á cabeza, á la vez que vertían lágrimas. No obstante, se contuvieron.

Hamilcar se volvió para comunicar una orden. Entonces se echaron sobre el plato, de bruces. Sus rostros se empapaban en la grasa y el ruido de su deglución se mezclaba con los sollozos de alegría mal contenidos. Mas por sorpresa que por lástima se les dejó limpiar la gamella. Y luego, cuando todos se hubieron levantado, Hamilcar con una seña ordenó al que llevaba el tahalí que hablase. Spendio tenía miedo; balbuceaba.

Hamilcar hacía girar en su dedo un grueso anillo de oro mientras escuchaba al griego. Lo dejó caer al suelo; Spendio lo recogió en seguida; ante su amo volvía á ser un esclavo humilde. Los demás se estremecieron, indignados de semejante bajeza.

Pero el griego levantó la voz, y relatando los crímenes de Hannon, enemigo de Barca, tratando de conmover á éste con la narración de su infortunio, habló largo rato de un modo rápido, insidioso y aún violento.

El sufeta replicó que aceptaba sus razones. Por lo mismo llegarían á la paz, y ahora ésta sería definitiva... pero exigió que le entregase diez mercenarios por él escogidos sin armas y sin ropajes.

No esperaban tal muestra de clemencia; Spendio contestó:

—¡Oh! ¡Diez, veinte, si los quieres, señor!

—¡No! me basta con diez,—respondió Hamilcar.

Se les dejó salir de la tienda á fin de que deliberasen. Cuando estuvieron solos, el galo protestó en nombre de los compañeros sacrificados, y Zaxas dijo á Spendio:

—¿Por qué no le has matado? ¡su espada estaba allí, á su lado!

—¿A él?—prorrumpió Spendio, como asombrado de que creyeran sus compañeros que Hamilcar no era inmortal.

Estaban tan abatidos que durante largo rato tendidos de espaldas en el suelo, permanecieron inmóviles sin saber qué partido tomar.

El griego les inducía á que cedieran; después de larga deliberación, consintieron y entraron de nuevo en la tienda.

Hamilcar puso su mano en la de los diez bárbaros sucesivamente, apretándoles el pulgar; y luego, la frotó en su vestido porque aquella piel viscosa producía al tacto una impresión ruda y blanda, un hormigueo grasiento que horripilaba. Luego les dijo:

—¿Sois jefes de los bárbaros y habéis jurado por ellos?

—¡Sí!

—¿Sin doblez, y con el propósito de cumplir vuestra promesa?

Se afirmaron que volvían á su campo para ejecutarlo:

—Pues bien,—repuso el sufeta:—con arreglo al pacto establecido entre yo, Barca, y los embajadores de los mercenarios, os elijo á vosotros y os quedaréis aquí.

Spendio cayó desmayado. Los bárbaros, como si le abandonaran, se estrecharon unos contra otros y no pronunciaron una sola palabra ni exhalaron una sola queja.

Los que les aguardaban, al ver que no volvían, se juzgaron vendidos. Inmaginaron que los parlamentarios se habían entregado al sufeta.

Esperaron dos días más, y en la mañana del tercero resolvieron marcharse.

Con auxilio de cuerdas, picas y flechas lograron escalar las rocas y dejando tras sí á los más débiles, emprendieron el camino de Túnez para reunirse con el ejército.

En lo alto del desfiladero, se extendía un prado con algunos arbustos; los bárbaros devoraron las yemas. Inmediatamente encontraron un habar y todo desapareció como si una nube de langosta hubiese pasado por allí.

Entre las ondulaciones de aquellos montículos brillaban haces de color de plata; los bárbaros, deslumbrados por el sol, percibían más abajo grandes moles negras que los soportaban. Se levantaron como si de pronto se animasen. Eran lanzas que brillaban sobre las torres que sustentaban en sus lomos unos elefantes terriblemente armados.

Además del venablo de su pretal, las puntas de sus colmillos, las láminas de bronce que cubrían sus costados y los puñales de sus rodilleras, tenían en el extremo de sus trompas un brazalete de cuero por el que pasaba el mango de un largo cuchillo. Habían salido á una vez todos de los extremos de la planicie y avanzaban por todos lados.

Indecible terror oprimió á los bárbaros, que ni siquiera trataron de salvarse por la fuga.

Los elefantes atravesaron aquella masa de hombres y los espolones de su pretal la dividían, los puñales de sus colmillos la removían como rejas de arado; cortaban, rajaban, partían con las hoces de sus trompas; las torres, llenas de faláricas, semejaban volcanes móviles. Los terribles animales al cruzar el llano, trazaban nuevos surcos.

El más furioso lo conducía un numido coronado por una diadema de plumas. Lanzaba jabalinas con asombrosa rapidez, lanzando á intervalos un largo silbido agudo; las enormes bestias dóciles como perros, persistiendo en la matanza, volvían sus ojos hacia él.

Después de cumplir la matanza de un modo metódico y tremendo Narr'Havas calmó á los elefantes y les hizo retroceder.

La llanura recobró su inmovilidad. Anochecía. Hamilcar se deleitó ante el espectáculo de su venganza; pero de pronto se estremeció.

Veía, y todos vieron, á seiscientos pasos de allí á la izquierda, en la cima de un otero, más bárbaros... En efecto, cuatrocientos de los más vigorosos, mercenarios etruscos, libios y espartanos, desde el principio, habían subido á un montículo y en aquel lugar se habían mantenido indecisos. Después de la matanza de sus compañeros, resolvieron atravesar el campamento cartaginés, y bajaban ya en destacamentos apretados, de un modo maravilloso y formidable.

Inmediatamente se les envió un heraldo. El sufeta necesitaba soldados, y admirado de su bravura, les recibía sin condiciones. Y el emisario de Cartago añadió que podían acercarse á un sitio donde encontrarían víveres.

Los bárbaros acudieron allí y pasaron la noche comiendo. Entonces los cartagineses empezaron á murmurar de la parcialidad del sufeta para los mercenarios.

¿Cedía á los impulsos de un odio insaciable, ó bien era aquel un refinamiento de perfidia? Al día siguiente vino él mismo sin espada y con la cabeza descubierta, acompañado de algunos clinabaras y les declaró que, como tenía que alimentar á mucha gente, no podía tomarles á su servicio. No obstante faltábanle hombres, y no sabía por qué medio escojer á los buenos, y así disponía que combatisen entre sí, quedando admitidos los vencedores en su guardia particular. Era un género de muerte como cual-

quier otro; y haciendo que se apartasen sus soldados, mostróle ciento noventa elefantes de Narr'Havas formados en línea de batalla y cuyas trompas blandían gruesos venablos, parecidos á brazos gigantes que hubiesen manejado hachas.

Los bárbaros se miraron en silencio. A todos les unía una amistad profunda. Para la mayoría de ellos, el campamento reemplazaba la patria; vivían sin familia y consagraban todo su afecto á un compañero y dormían uno al lado de otro, bajo el mismo manto, á la luz de las estrellas. Y luego en la perpétua peregrinación por todos los países, en medio de batallas y aventuras, habían nacido extraños amores, uniones extrañas tan formales como casamientos, y por las que el más fuerte defendía á su joven camarada en los combates, le ayudaba á salvar los precipicios, enjugaba en su frente el sudor de las fiebres, robaba para él víveres, y el otro, niño recogido en la carretera y convertido después en mercenario, pagaba esa abnegación con mil ternezas y con complacencias de esposa.

Cambiaron sus collares y sus pendientes de metal, regalos que antes se hicieron mutuamente, tras un grave peligro, en horas de embriaguez. Todos querían morir y ninguno valerse de su espada. Se veía aquí y allá á un joven que decía á otro cuya barba empezaba á encanecer: «¡No, tú eres el más ribusto! ¡Tú nos vengarás, mátame!» y el interpelado respondía: «Me quedan menos años de vida. ¡Hiere en el corazón y no te acuerdes de ello más!» Los hermanos se contemplaban con las manos enlazadas, y el amante decía á su amado un eterno adiós, abrazado á él y llorando amargamente.

Se quitaron sus corazas á fin de que la punta de las espadas se hundiese más aprisa. Entonces aparecieron las cicatrices de las grandes heridas que habían recibido por Cartago: hubiérase creído que eran inscripciones en columnas.

Colocáronse en cuatro filas iguales, al modo de los gladiadores, y empezaron por tímidos encuentros. Algunos se habían vendado los ojos y sus espadas oscilaban en el aire suavemente, como báculos de ciego. Los cartagineses prorrumpieron en injurias, calificándoles de cobardes. Los bárbaros cobraron ánimo, y pronto el combate fué general, violento, terrible.

A veces dos hombres se detenían ensangrentados y caían uno en brazos de otro y espiraban dándose el último beso. Ninguno retrocedía. Se arrojaban sobre las hojas tendidas. Su delirio era tan furioso, que á lo lejos los cartagineses temblaban de miedo.

Por último se detuvieron. Sus pechos producían un gran ruido sordo, y se percibían sus pupilas entre su larga cabellera que pendía como si saliesen de un paño de púrpura. Muchos giraban sobre sus talones rápidamente, al igual que panteras heridas en la cabeza. Otros permanecían inmóviles mirando un cadáver tendido á sus pies; y de pronto se arañaban el rostro y tomando con ambas manos la espada la hundían en su vientre.

Quedaban todavía sesenta. Pidieron de beber. Se les ordenó que arrojasen sus espadas, y cuando lo hubieron realizado se les llevó agua.

En tanto que bebían con la cara hundida en los vasos, sesenta cartagineses lanzándose contra ellos, les mataron á puñaladas por la espalda.

Hamilcar lo había dispuesto así para satisfacer los instintos de su ejército y atraérselo por estos medios.

La guerra había terminado; al menos todos se lo creían; Matho no debía resistirse; en su impaciencia, el Suffeta dió inmediatamente la orden de partida.

Los batidores le dijeron que habían visto un convoy que se dirigía á la Montaña de Plomo. Hamilcar no les hizo caso. Una vez destruidos los mercenarios, no le molestarian los nómadas. Lo más importante era apoderarse de Túnez. Se encaminó hacia ella á marchas forzadas.

Confió á Narr' Havas el encargo de llevar á Cartago la noticia de la vectoria; y el rey de los númidas, orgulloso de sus triunfos, se presentó á Salammó.

Esta le recibió en los jardines bajo un gran sicomoro, entre almohadas de cuero amarillo al lado de Taanach. Su semblante estaba cubierto por faja blanca que, pasándole por la boca y la frente, no dejaba ver más que los ojos; los labios brillaban al través del tejido transparente como las piedras preciosas de sus dedos, porque Salammó tenía cubiertas las manos y durante la conversación no las movió siquiera.

Narr' Havas le anunció la derrota de los bárbaros. La hija de Hamílcar le bendijo por los servicios que había prestado á su padre. Entonces el númida empezó el relato de la campaña.

Narr' Havas calló y Salammó, sin contestarle le miraba. Iba vestido de lino y su túnica con franja de oro estaba sembrada de flores; dos flechas de plata fijaban en el borde de sus orejas sus trenzados cabellos; apoyábase en el asta de una pica adornada de aros de ámbar y mechones de pelo.

Al mirarle, vagos pensamientos asaltaron su imaginación. Aquel joven de voz melodiosa, de porte femenil la cautivó por la gracia de su persona y parecióle una hermana mayor que los Baales le enviaban para protegerla. El recuerdo de Matho la turbó y no resistió al deseo de averiguar qué era de él.

Narr' Havas respondió que los cartagineses se dirigían hacia Túnez á fin de tomarla. A la vez que le exponía sus probabilidades de éxito y la debilidad de Matho, la joven parecía deleitarse en una prodigiosa esperanza. Temblaban sus labios, pappitaba su pecho. Cuando él prometió matarle con sus propias manos, la hija de Hamílcar exclamó:

—Si, mátales; es preciso.

El númida replicó que deseaba ardientemente aquella muerte, porque una vez terminada la guerra sería su esposo.

Estremeciósese Salammó y bajó la cabeza.

Continuando su discurso Narr' Havas comparó sus deseos con flores que languidecen tras la lluvia, con viajeros extraviados que esperan el nuevo día. También le declaró que era más bella que la luna, más grata que el viento de la mañana y el rostro del huésped. Haría que trajesen para ella del país de los negros cosas nunca vistas en Cartago y esparcía polvo de oro en los aposentos de su casa. Declinaba la tarde y llenaban el aire balsámicos olores. Durante largo tiempo se contemplaron en silencio y los ojos de Salammó semejaban dos estrellas rodeadas por los celajes de una nube. Antes de ponerse el sol, el númida se retiró.

Los Antiguos se sintieron aliviados de una gran inquietud tan pronto como él salió de Cartago. El pueblo le había aclamado con entusiasmo. Si Hamílcar y el rey de los númidas triunfaban por sí solos de los mercenarios, sería imposible resistirles. Por lo tanto se decidió, á fin de debilitar á Barca, hacer que participase en la liberación de la República aquel á quien amaban, el viejo Hannon.

Este partió sin dilación para las provincias occidentales para vengar en el teatro mismo de su oprobio. Pero los habitantes y los bárbaros habían muerto ó andaban ocul-

tos ó fugitivos. Entonces descargó su cólera en la campiña. Quemó las ruinas de las ruinas y no dejó un sólo árbol en pie ni perdonó una sola hierba; á los niños y enfermos mandó matarles; por su orden los soldados violaban á las mujeres antes de acuchillarlas; las más bellas le visitaban en su litera, porque su horrible dolencia le abrasaba en deseos impetuosos y los satisfacía con todo el furor de un hombre desesperado y loco.

A menudo de las cumbres de las colinas negras tiendas se desprendían como derribadas por el viento y anchos discos de brillante borde que formaban las ruedas de un carro giraban con ruido quejumbroso y lentamente se hundían en los valles. Las tribus que habían abandonado el sitio de Cartago erraban de este modo por las provincias en espera de una ocasión, de una victoria de los mercenarios que les permitiese volver á las andadas. Mas, impelidas por el terror ó el hambre, todas emprendían el camino de sus comarcas y desaparecieron.

Hamilcar no se mostró celoso de los éxitos de Hannon. Deseoso de acabar cuanto antes, le ordenó cayese sobre Túnez, y Hannon que amaba á su patria, el día señalado hallóse al pie de los muros de la ciudad.

Esta, para defenderse, contaba con su población autóctona, con doce mil mercenarios y luego con los comedores de cosas inmundas que, al igual que Matho, temían y deseaban á Cartago. Y la plebe y el Schalischim contemplaban de lejos sus altas murallas tras las que se escondían placeres inefables. En este concierto de odios, la resistencia se organizó rápidamente. Se buscaron odres para hacer cascos, se cortaron todas las palmeras de los jardines para fabricar lanzas, se construyeron cisternas y en cuanto á los viveres, se pescaron desde las márgenes del lago gruesos peces blancos, alimentados con cadáveres é inmundicias. Sus muros, que la envidia de Cartago había reducido á ruinas, eran tan débiles, que se podía derribarlos de una manotada. Matho tapó los agujeros con pie-

dras de las casas. Se acercaba el último combate; él nada esperaba y, sin embargo, no dejó de considerar cuán mutable es la fortuna.

Al acercarse á la muralla, vieron los cartagineses en el adarve á un hombre que sobresalía de cintura arriba de las almenas, las flechas que en torno suyo volaban parecían inquietarle menos que si fueran un vuelo de golondrinas. Por caso extraordinario ninguna le alcanzó.

Hamilcar estableció su campamento en el lado meridional; á su derecha Narr' Havas ocupaba el llano de Rhadés y Hannon la margen del lago; los tres [generales debían conservar su respectiva posición para lanzarse juntos al ataque.

Sin perder un momento Hamilcar quiso mostrar á los mercenarios que les castigaría como á esclavos. Mandó crucificar á los diez embajadores, unos al lado de otros en un cerro fronterizo á la ciudad.

A este espectáculo los sitiados abandonaron el muro.

Matho se había dicho que á poder pasar entre las murallas y las tiendas de Narr' Havas con bastante rapidez para que los húmedas no tuviesen tiempo de salir, caería sobre la retaguardia de la infantería cartaginesa, que de este modo quedaría cogida entre su división y los del interior. Se lanzó fuera de la plaza con sus veteranos.

Vióle Narr' Havas y franqueando la playa del Lago, voló al encuentro de Hannon para decirle que enviase soldados en auxilio de Hamilcar. ¿Creía á Barca demasiado débil para oponerse á los Mercenarios? ¿Era traición ó necedad? Nadie pudo averiguarlo.

Deseoso Hannon de humillar á su émulo no dudó un solo instante. Mandó tocar sus trompetas y su ejército entero se precipitó contra los bárbaros. Estos se volvieron y corrieron en derechura al campamento enemigo; derribaban á los soldados, les aplastaban bajo sus pies, y rechazándoles impetuosamente, llegaron hasta la tienda de

Hannon que se hallaba rodeada de treinta cartagineses, los más ilustres de los Antiguos.

Pareció asombrado de tal audacia; llamó á sus capitanes. Todos se dirigieron airados contra él, vomitando imprecaciones. Se estrujaban unas contra otros, y los que le tenían sujeto, le impedían la fuga. Entre tanto, él les decía al oído: «¡Te daré todo lo que quieras! ¡Soy rico! ¡Sálvame!»

Le arrastraban, y si bien pesaba mucho, sus pies no tocaban al suelo. Redobló su terror: «¡Me habéis vencido! ¡soy vuestro cautivo! ¡pagaré mi rescate! ¡Oídme, amigos míos! ¿qué queréis? ¡Siempre he sido bueno! ¡Ya veis que no me resisto!»

Una cruz gigantesca se levantaba ante la tienda. Los bárbaros aullaron: «¡Aquí! ¡aquí!» Pero él gritó más fuerte, y en nombre de sus dioses les conjuró á que le llevaran á donde estaba el Schalischim, á quien tenía que confiar un secreto del que dependía la salvación de todos. Detuviéronse al oír aquello, y algunos creyeron que debía consultarse á Matho. Se fué á buscarle.

Hannon se desplomó en la hierba; y en torno suyo veía otras cruces, como si el suplicio á que se le había condenado se hubiese multiplicado de antemano; hacía esfuerzos para convencerse de que su vista le engañaba, de que no había más que una cruz, ó mejor ninguna. Por último le levantaron.

— Habla, — le dijo Matho.

El se ofreció á entregarle á Hamilcar, y luego los dos entrarían en Cartago y serían reyes.

Matho se alejó haciendo una señal á los suyos para que terminasen pronto. Creía que se trataba de un ardid para ganar tiempo.

El bárbaro se engañaba; Hannon se hallaba en una de esas situaciones en que no se considera nada, y por otra parte odiaba de tal modo á Hamilcar, que mediante una

incierto esperanza de salvación le hubiera sacrificado con todos sus soldados.

Al pie de las treinta cruces, tendidos en el suelo y con cuerdas atadas á los sobacos, yacían los treinta cartagineses. Entonces el viejo caudillo, comprendiendo que iba á morir, lloró.

Le quitaron lo que quedaba de sus vestiduras y apareció el horror de su cuerpo. Estaba cubierto de úlceras; la grasa de sus piernas le cubría las uñas de los pies; de sus dedos pendían como girones verdosos y las lágrimas que se deslizaban entre los tubérculos de sus mejillas, comunicaban á su semblante una expresión de espantosa tristeza, porque parecían ocupar mas espacio que en otro semblante humano. Su diadema real, medio desceñida, se arrastraba con sus blancos cabellos por el polvo.

Creyeron no disponer de cuerdas bastante fuertes para izarle á lo alto de la cruz y le clavaron encima, antes de levantarla, á la usanza púnica. Pero su orgullo se despertó con el dolor. Les llenó de injurias. Echaba espumarajos y se retorció como un monstruo marino al que se degüella en la playa, y les predecía que todos perecerían aun más horriblemente y que sería vengado.

Ya lo estaba. Al otro lado de la ciudad, de la que al presente escapaban haces de llamas y columnas de humo, agonizaban los embajadores de los mercenarios.

Algunos, que primeramente se habían desvanecido acababan de despejarse bajo la frescura del viento, pero permanecían con la cabeza doblada sobre el pecho y su cuerpo descendía un poco, á pesar de los clavos de sus brazos asegurados á mayor altura que la cabeza, de sus talones y de sus manos; la sangre caía en gruesas gotas, lentamente, como de las ramas de un árbol caen los frutos maduros, y Cartago, el golfo, las montañas y la llanura, todo les parecía girar á su alrededor, al igual de una inmensa rueda; á veces una nube de polvo que se levantaba del suelo les envolvía en su torbellino; una sed horrible les devoraba,

su lengua se pegaba al paladar, y sentían deslizarse por sus miembros un sudor glacial, á la vez que su alma les abandonaba.

Mientras, columbraban á una profundidad infinita calles, soldados en marcha, centelleos de espadas; y el tumulto de la pelea llegaba á sus oídos vagamente, como el ruido del mar á náufragos que mueren abrazados á la arboladura de un navío. Zarxas, antes tan vigoroso, colgaba como una caña rota; á su lado el etiope tenía la cabeza doblada hacia atrás y apoyada en un brazo de la cruz; Antharito, inmóvil, abría mucho los ojos; su larga cabellera, cogida en una hendidura de la madera, erizábase en su frente, y su estertor parecía un rugido de cólera. En cuanto á Spendio, extraño valor le animaba, ahora despreciaba la vida por la certidumbre que tenía de una pronta liberación eterna, é impasible aguardaba la muerte.

En medio de su desfallecimiento, alguna vez se estremecían con un roce de plumas que tocaban á su boca, grandes alas proyectaban sombras en torno de ellos, graznidos breves resonaban en el aire, y como la cruz de Spendio era la más alta, en ésta se posó el primer buitre. Entonces el esclavo volvió el rostro hacia Antharito y le dijo lentamente, con una sonrisa indefinible:

— ¿Te acuerdas de los leones en el camino de Sicca?

— «¡Eran nuestros hermanos!» — respondió el galo. Y espiró.

El Suffeta, mientras tanto, había agujereado el recinto llegando á la ciudadela. A impulso de una ráfaga de viento el humo de pronto se desvaneció y descubrió el horizonte hasta las murallas de Cartago, y aun creyó distinguir peasonas que miraban desde la galería de Eschmun; luego volvió los ojos y distinguió á la izquierda, en la margen del Lago, treinta cruces desmesuradas.

Con objeto de hacerlas más pavorosas, las habían construído con los mástiles de sus tiendas unidos por los estremos; y los treinta cadáveres de los Ancianos aparecían

en lo alto, en el cielo. Sobre sus pechos se destacaban como blancas mariposas las barbas de las flechas que desde abajo les habían tirado.

En la cima de la más alta brillaba una ancha cinta de oro; pendía sobre el hombro, y faltaba en aquel lado el brazo, por lo que Hamilcar reconoció difícilmente á Hannon. Como sus huesos esponjosos cedían bajo los taladros de hierro, porciones de los miembros se habían desprendido, y no quedaban en la cruz más que restos informes, parecidos á esos fragmentos de animales que cuelgan de la puerta de los cazadores.

El Suffeta no lo había advertido. delante de él la ciudad ocultaba todo lo que estaba al otro lado, más lejos; y los capitanes enviados sucesivamente á los dos generales no habían reaparecido. Entonces llegaron algunos fugitivos, que relataron la derrota y el ejército púnico se detuvo. Aquella catástrofe que se producía en medio de su victoria les pasmaba. No se daban ya cuenta de las órdenes. Aprovechóse Matho de esta suspensión para continuar sus estragos entre los númeridas.

Se había dirigido contra ellos después de destruir el campamento de Hannon. Los elefantes salieron. Pero los mercenarios, provistos de teas tomadas en los muros, avanzaban por la llanura rodeados de llamas y las enormes bestias asustadas corrían á precipitarse al golfo, donde se malaban unas á otras pugnando por huir y se ahogaban bajo el peso de sus corazas. Narr' Havas había lanzado contra ellos su caballería, todos se echaron de bruces, y luego, cuando los caballos estuvieron á tres pasos de distancia, se lanzaron sobre su vientre y lo abrieron á puñaladas; de modo que al llegar Barca había sucumbido la mitad de los númeridas.

Cansados y rendidos los mercenarios, no podían sostenerse contra sus tropas. Retrocedieron en buen orden hasta la montaña de las Aguas Calientes. El Suffeta no se atrevió á perseguirles y dirigióse hacia el paso del Macar.

La ciudad de Túnez le pertenecía, pero se hallaba reducida á un montón de escombros humeantes. Las ruinas se desplomaban por las brechas de las murallas hasta el centro de la llanura, en el fondo, entre las márgenes del golfo, los cadáveres de los elefantes, empujados por la brisa, chocaban entre sí, como un archipiélago de negras rocas que flotase en el agua.

Para el sostenimiento de la guerra, Narr'Havas había talado los bosques, levado á jóvenes y viejos, machos y hembras, y de este modo agotó la fuerza militar de su reino. El pueblo que de lejos les había visto perecer, se desconsoló; los hombres se lamentaban en las calles y les llamaban por sus nombres como á difuntos amigos. El primer día solo se habló de los ciudadanos muertos. Pero al siguiente percibieron las tiendas de los Mercenarios en la montaña de las Aguas Calientes. Entonces la desesperación fué tan profunda, que muchas personas, especialmente las mujeres, se arrojaron de cabeza desde lo alto de la Acrópolis.

Nadie conocía los proyectos de Hamilcar. Vivía solo en su tienda, no teniendo á su lado mas que á un muchacho. Comían solos. Ni aun Narr'Havas le acompañaba. Le tributaba extraordinarios obsequios desde la derrota de Hannon; pero el rey de los númidas tenía sobrado interés en ser su hijo para desconfiar de tales atenciones.

Tal inercia ocultaba hábiles gestiones. Por medio de variados artificios Hamilcar sedujo á los jefes de las aldeas

y los Mercenarios fueron perseguidos, rechazados, hostigados como bestias feroces. Desde que entraban en el bosque, los árboles se incendiaban en torno de ellos; cuando bebían en una fuente, estaba envenenada, se tapiaban las cavernas en que se les encontraba dormidos. Las poblaciones que hasta hacía poco les habían defendido, sus antiguos cómplices, los hostigaban ahora, y reconocían siempre en esas cuadrillas armaduras cartaginesas.

Llevaban muchos el rostro desfigurado por rojas pústulas que creían contagio de Hannon. Imaginaban otros que procedían de haber comido los peces de Salammbó, y lejos de arrepentirse, soñaban con otros sacrilegios á fin de que aumentara el oprobio de los dioses púnicos, á los cuales hubieran querido esterminar.

Arrastráronse de este modo tres meses por la costa oriental, y despues por la montaña de Selium y la entrada del desierto. Iban en busca de un refugio cualquiera. Sólo les eran fieles Utica é Hippo Zayta sitiadas á la sazón por Hamilcar. Corriéronse despues al norte, iban al azar sin conocer el terreno. Tal cúmulo de desgracias les había hecho perder el juicio.

Su exasperación crecía y un día se hallaron en las gargantas del Cabo frente á Cartago otra vez!

Multiplicáronse entonces los combates. La fortuna por ambas partes era igual, pero unos y otros hallábanse tan irritados, que en vez de escaramuzas sin objeto anhelaban una batalla decisiva.

Esta proposición anhelaba presentarla Matho al Suffeta. Uno de los libios ofrecióse á desempeñar la comisión. Creyeron que no volvería, mas regresó por la noche.

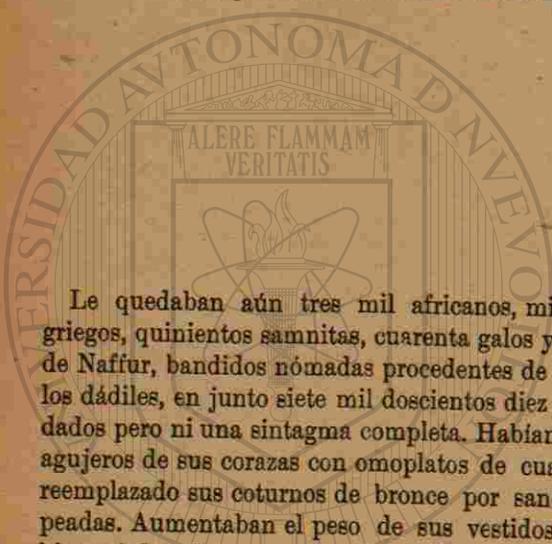
El reto estaba aceptado. Encontrarían á Hamilcar al día siguiente al amanecer en la planicie de Rhadés.

Quisieron saber los Mercenarios si había dicho algo más y el libio exclamó:

—«Viéndome frente á él, me ha preguntado qué esperaba, le he respondido: «¡La muerte!» Entonces me ha con-

testado «¡No! ¡vetel! ¡mañana la encontrarás con todos tus compañeros!»

Los bárbaros se sorprendieron ante tal generosidad y Matho lamentó que no hubieran matado al mensajero.



Le quedaban aún tres mil africanos, mil doscientos griegos, quinientos samnitas, cuarenta galos y una partida de Naffur, bandidos nómadas procedentes de la región de los dáldiles, en junto siete mil doscientos diez y nueve soldados pero ni una sintagma completa. Habían tapado los agujeros de sus corazas con omoplatos de cuadrúpedos y reemplazado sus coturnos de bronce por sandalias estropeadas. Aumentaban el peso de sus vestidos láminas de hierro ó de cobre; sus cotas de malla estaban hechas pedazos.

La cólera de sus compañeros muertos hervía en sus pechos y multiplicaba su vigor. Y luego, el dolor de una injusticia enorme les agujaba, especialmente cuando veían en el horizonte á Cartago. Juraron combatir unidos hasta la muerte.

Sacrificaron sus acémilas y comieron en abundancia para recuperar las fuerzas; en seguida durmieron. Algunos rezaron, vuelto el rostro á constelaciones diferentes.

Llegaron los cartagineses á la llanura los primeros. Frotaron con aceite el borde de sus escudos para [que las flechas resbalaran fácilmente; los infantes que llevaban largos cabellos se los cortaron en la frente, por precaución, y Hamilcar desde la quinta hora, mandó vaciar todas las

gamellas, sabedor de que no debe combatirse al enemigo con el estómago demasiado lleno. Constaba su ejército de catorce mil hombres, el doble del enemigo. A pesar de esto, nunca había mostrado mayor inquietud; si sucumbía arrastraría en su caída á Cartago, y perecería en la cruz; si triunfaba llegaría á Italia donde podría fundar el imperio de los Barca.

Por la noche se levantó veinte veces para inspeccionarlo todo personalmente. En cuanto á los cartagineses estaban exasperados por su prolongado terror.

Narr'Havas dudaba de la fidelidad de los númidas. Por otra parte los bárbaros podían vencerles. Una estraña debilidad le había postrado; á cada instante bebía grandes copas de agua.

De repente un hombre á quien él no conocía abrió su herida y dejó en el suelo una corona de sal gema adornada con dibujos hieráticos trazados por medio de azufre y rombos de nácar; alguna vez se enviaba al desposado su corona de matrimonio; era una prueba de amor, una especie de invitación.

A pesar de todo, la hija de Hamilcar no amaba al rey de los númidas.

Molestábala de un modo intolerable el recuerdo de Matho, pareciéndola que la muerte de aquel hombre libertaría su pensamiento. El rey de los númidas dependía de ella, esperaba impaciente los esponsales y como estos debían seguir á la victoria, Salammbó le enviaba aquel presente á fin de excitar su valor.

Así desapareció su ansiedad y no pensó mas que en la felicidad de poseer á mujer tan bella.

Igual visión había asaltado á Matho; mas éste la rechazó en seguida, y su amor se estendió en sus compañeros de armas. Acariciábales como si formaran [parte de él, de su odio y se sentía más animoso. Si á veces exhalaba un suspiro, es que pensaba en Spendio.

Dispuso á sus soldados en seis filas iguales. En el centro

colocó á los etruscos unidos por una cadena de bronce; los arqueros permanecían detrás, y en las dos alas se situaron los naffur, montados en camellos de pelaje corto cubiertos de plumas de avestruz.

Dispuso el Suffeta á los cartagineses en un orden análogo. Distanciados de la infantería, al lado de los vélites aparecían los clinabares más allá los númidas; y al rayar el día hallábanse así alineados unos en frente de otros. Hubo un momento de vacilación. Por fin se movieron los dos ejércitos.

Avanzaban lentamente los bárbaros, para no fatigarse; el centro del ejército púnico formaba una curva convexa, y luego se produjo un choque terrible parecido al crujir de dos flotas que se juntan. Habiéndose entreabierto la primera fila de los bárbaros, los arqueros ocultos tras sus camaradas, lanzaban sus balas, sus flechas, sus jabalinas. En tanto la curva de los cartagineses se enderezó poco, se hizo recta y luego se plegó; entonces las dos secciones de los vélites se aproximaron paralelamente, como las ramas de un compás que se cierra.

Los bárbaros obstinados contra la falange penetraban en la hendidura; se perdían.

Detúvose Matho y en tanto que las alas cartaginesas continuaban avanzando, hizo desfilar hacia fuera las tres filas interiores de su línea; pronto salieron de sus flancos, y su ejército apareció en una triple longitud.

Los bárbaros colocados en los extremos eran los más débiles, especialmente los de la izquierda que habían vaciado su carcaj, y el destacamento de los vélites, que al fin caía sobre ellos les desbarató fácilmente.

Matho les ordenó retroceder. Lanzó su derecha compuesta de compañías armadas de hachas contra la izquierda cartaginesa; el centro atacaba al enemigo y los del otro extremo, fuera de peligro, tenían en jaque á los vélites.

Hamilcar entonces dividió á sus jinetes por escuadro-

nes, colocó entre ellos hoplitas, y les lanzó contra los Mercenarios.

Los bárbaros no podían resistirse; únicamente los infantes griegos tenían armaduras de bronce; los demás, cuchillos en el extremo de una vara, hoces tomadas en las alquerías, espadas fabricadas con la llanta de una rueda; las hojas demasiado blandas se torcían con los golpes y en tanto que ellos las enderezaban en sus rodillas los cartagineses, á derecha é izquierda, les acuchillaban fácilmente.

Mas los etruscos adheridos á su cadena no se movían; los que habían muerto no pudiendo caer formaban con sus cuerpos una valla, y la gruesa línea de bronce se separaba y se estrechaba alternativamente, flexible como una serpiente, inquebrantable como una muralla. Los bárbaros tras ella tomaban aliento y despues volvían ordenados á la pelea con los pedazos de su arma en la mano.

Muchos aparecían inermes y se lanzaban sobre los cartagineses á los que mordían en la cara, como perros. Los galos, por orgullo, se despojaron de sus sayos, mostraban desde lejos sus grandes cuerpos enteramente blancos, y para atemorizar al adversario, ensanchaban sus heridas. En medio de los sintagmas púnicos ya no se oía la voz del pregonero anunciando las órdenes, los estandartes por cima del polvo repetían sus señales y los soldados se movían con el vaivén de la enorme mole que les rodeaba.

Los númidas avanzaron por orden de Hamilcar y al punto se lanzaron á su encuentro los naffur.

Vestían amplias túnicas negras, blandiendo un hierro sin mango atado á una cuerda y exhalaban roncos y prolongados gritos. Sus armas caían en sitio adecuado y volvían á subir con un seco chasquido arrastrando tras sí un miembro.

La infantería púnica se arrojó contra los bárbaros logrando romper sus filas. Los manipulos giraban separados

unos de otros. Filas enteras de clinabares aparecían de rribadas; los Mercenarios les quitaban sus armaduras, se las ponían y volaban al combate. Los cartagineses engañados luchaban muchas veces entre sí. Hamilcar se desesperaba; ¡todo iba á perecer bajo el genio de Matho, y el invencible esfuerzo de los Mercenarios!

Pero un prolongado redoblar de tambores resonó en el aire. Una multitud compuesta de viejos, de enfermos, de muchachos y aun de mujeres había salido de Cartago, y atormentados por la ansiedad para ponerse bajo la protección de algo formidable se habían apoderado en casa de Hamilcar, del único elefante que posela á la sazón la República, aquel cuya trompa estaba cortada.

Entonces pareció á los cartagineses que la Patria, abandonando sus murallas, les ordenaba morir por ella. Redoblado furor les animó, y los nómidas arrastraron á los demás.

Habíanse replegado los bárbaros al centro de la planicie y se apoyaban en la base de un otero. No conservaban esperanza alguna de vencer, ni aun de sobrevivir, pero eran los mejores, los más intrépidos, los más fuertes.

Los de Cartago comenzaron á lanzarles por cima de los nómidas asadores, escarpías, martillos; aquellos que habían infundido miedo á los cónsules perecían bajo los paños arrojados por mujeres; el populacho púnico exterminaba á los Mercenarios.

Habíanse refugiado en la cumbre de una colina. El círculo se estrechaba; dos veces descendió y una convulsión le rechazaba al punto, y los cartagineses en el desorden de la pelea estendían los brazos, pasaban las picas entre las piernas de sus compañeros y herían á ciegas. Resbalaban en la sangre; la pendiente del terreno hacía rodar los cadáveres al llano. El elefante que trataba de subir la cuesta pisoteaba los cuerpos.

Luego se detuvieron todos. Los cartagineses rechinaron

los dientes y contemplaron la cumbre de la colina, donde los bárbaros estaban en pie.

Acometieron nuevamente y se reanudó el combate. Los Mercenarios les atraían diciéndoles que se iban á rendir, y de pronto con espantosa carcajada se mataban y á medida que caían los muertos, los demás para defenderse se encaramaban mas arriba. Era como una pirámide que crecía lentamente.

Pronto quedaron cincuenta, y luego veinte, tres, dos tan solo, un samnita armado de una segur y Matho que aun blandía su espada.

El samnita, con las rodillas en tierra, hacía voltear su hacha y prevenía á Matho de los golpes que le asestaban: «¡Áquíl ¡por el otro lado! ¡bájate!»

Matho había perdido sus hombreras, su casco, su coraza, estaba completamente desnudo, lívido, con los cabellos erizados y la boca cubierta de espuma, y su espada giraba tan rápidamente, que formaba á su alrededor una aureola. Una piedra la rompió por la empuñadura; el samnita había muerto y la muchedumbre cartaginesa se estrechaba, le tocaba casi. Entonces levantó al cielo sus manos inermes, y cerró los ojos; abriendo los brazos como el hombre que desde un promontorio se arroja al mar, lanzóse en medio de las picas.

Separáronse estas ante el bárbaro. Corrió nuevamente hacia los cartagineses, pero las armas retrocedían siempre, huyendo de él.

Su pié tropezó en una espada. Matho quiso cogerla. Se sintió atado de pies y manos y cayó.

Marr'Havas que le seguía aprovechándose del instante en que se bajaba le había envuelto en una de esas fuertes redes que se emplean para coger á las fieras.

Luego le ataron á la grupa de un elefante con los cuatro miembros en cruz y todos los que no estaban heridos le acompañaron en un tumulto indecible hasta Cartago.

La nueva de la victoria había llegado allí antes de la

tercera hora de la noche; la clepsidra de Khamon señalaba la hora quinta en el punto que llegaban á Malqua; entonces Matho abrió los ojos. Las casas parecían arder á causa de las infinitas luces que brillaban en la ciudad.

Un inmenso clamoreo llegaba á sus oídos, y tendido de espaldas miraba á las estrellas. Después una puerta se cerró trás él y las tinieblas le envolvieron.

El siguiente día á la misma hora espiraba en el desfiladero del Hacha el último de los Mercenarios.

Los bárbaros aguardaban á Matho y fuera descorazonamiento, languidez ú obstinación de enfermo no habían querido salir de la montaña, por último se agotaron las provisiones y los zuaces partieron.

Sabiase que no pasaban de mil trescientos y para acabar con ellos no hubo necesidad de emplear soldados.

Las fieras, en especial los leones, desde que había empezado la guerra, hacía tres años, se habían multiplicado. Narr'Havas había dado una batida y luego embistiendo contra ellos por medio de cabras atadas de trecho en trecho, les había empujado hasta el desfiladero, y todos vivían allí cuando llegó el emisario de los Ancianos para saber cuantos bárbaros quedaban con vida.

En toda la estensión de la llanura hallábanse tumbados leones y cadáveres, y los muertos se confundían con las armaduras y los vestidos. A casi todos les faltaba el semblante ó un brazo; algunos parecían aún intactos; otros se habían secado por completo y cráneos polvorientos llevaban los cascos; piés descarnados salían de la cnémides; los esqueletos conservaban sus mantos; huesos mandados por el sol formaban manchas blancas en la arena.

Los leones descansaban con el pecho apoyado en tierra y las dos patas estiradas, parpadeaban bajo la luz, aumentada por la reverberación de las rocas blancas. Otros, sentados sobre sus patas traseras, miraban con fijeza al horizonte, ó bien, la cabeza oculta bajo sus enormes metenas dormían haciéndose un ovillo, y todos parecían satisfe-

chos fastidiados, llenos de fatiga. Estaban inmóviles como la montaña y como los muertos. Caía la tarde; anchas fajas rojizas cubrían el cielo al occidente.

De uno de los montones esparcidos en el llano, se levantó una figura más vaga que un espectro. Entonces uno de los leones se incorporó y echó á andar, y su forma monstruosa se destacó como una sombra negra en el fondo del cielo purpúreo; cuando estuvo al lado del hombre, le derribó de un zarpaso.

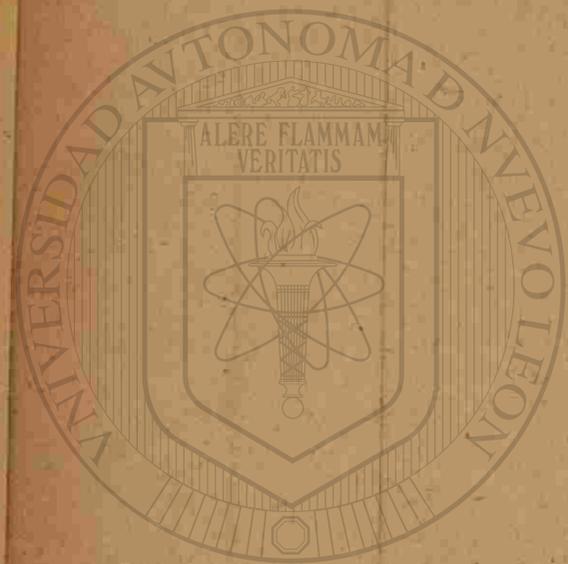
En seguida, echado sobre él, con el extremo de sus colmillos, lentamente, le sacaba las entrañas.

Por último abrió la boca cuanto pudo, y durante algunos minutos, lanzó un resonante rugido que los ecos del monte repitieron y que se perdió en el general silencio.

De improviso fragmentos de rocas se desprendieron de lo alto, se oyó el roce de pasos rápidos, y por el lado del rastrillo y por la cañada, aparecieron ocicos puntiagudos y orejas enhiestas; brillaron en la semi oscuridad pupilas leonadas. Eran los chacaes que acudían para devorar los restos.

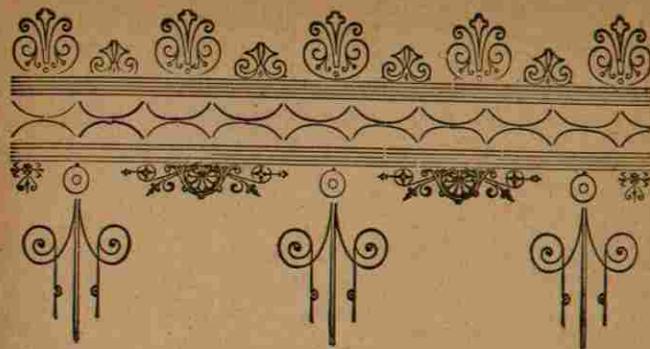
El cartaginés, que miraba inclinado al borde del precipicio, se volvió á la ciudad.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XV

Matho



CARTAGO rebosaba regocijo, regocijo grande, desmedido, frenético, habianse compuesto los boquetes de la ruina, envuelto á pintar las estátuas de los dioses, el mirto alfombraba las calles, el incienso ardía en las encrucijadas y la multitud en las galeras formaba con sus trajes abigarrados como cestas de flores que se expandían al aire libre.

Oyóse entonces un clamor inmenso, los címbalos y crótalos sonaron más fuerte, los tambores atronaron, y el gran palio de púrpura se hundió entre dos pilones.

En el primer piso reapareció. Salammbó andaba debajo, lentamente, y luego atravesó la galería. Sentóse en una especie de trono esculpido en un carapacho de tortuga. Se colocó bajo sus pies un escabel de marfil de tres gradas, en el borde de la primera se arrodillaban dos niños negros, allí de vez en cuando apoyaba en su cabeza los brazos cargados de anillos.

De los pies á las caderas hallábase envuelta de una red de mallas que imitaban las escamas de un pez y que brillaban como nácar; un cinto azul oprimía su talle dejando ver su seno por dos escotes en figura de media luna; arrequives de carbunclos ocultaban los pezones.

Llevaba á la cabeza una toca de plumas de pavo cuajadas de pedrería; un amplio manto, como la nieve flotaba tras ella, y pegados los codos al cuerpo, apretadas las rodillas, con aros de diamantes en los antebrazos, permanecía erguido, en actitud hierática.

Su padre y su esposo hallábanse en dos asientos más bajos. Narr'Havas vestido con cimarra llevaba su corona de sal gema de la que salían dos trenzas de cabellos torcidas como cuernos de Hannon; y Hamilcar cubierto con una túnica violeta sembrada de pámpanos de oro, ceñía aún su espada de combate.

El pilón del templo de Hannon en el espacio encuadrado por las mesas, se mordía la cola describiendo un gran círculo negro en cuyo centro una columna de cobre sostenía un huevo de cristal; y como el sol daba allí, sus rayos se dispersaban por todas partes, detrás de Salammbó escalonábanse los sacerdotes de Tanit, á su derecha los Ancianos y al otro lado los Ricos.

En el fondo los sacerdotes de Moloch. Los demás colegios ocupaban las galerías inferiores. La multitud llenaba las calles. Se remontaba por las casas y largas filas llegaban á la cúspide de la Acrópolis. Teniendo á sus pies el pueblo, sobre su cabeza el firmamento, y en torno suyo la

inmensidad del mar, el golfo, las montañas y la perspectiva de las provincias, Salammbó resplandeciente se confundía con Tanit y parecía el genio mismo de Cartago, su alma corpórea.

El festín debía durar toda la noche. Grandes jarros de ámbar, ánforas de vidrio azul se mezclaban en la doble fila de platos; racimos de uvas con sus hojas estaban enroscados como tirso á cepas de marfil, témpanos de nieve se derretían en bandejas de ébano.

Entre tanto los esclavos, con la túnica arremangada corrían de puntillas, de vez en cuando las liras tocaban un himno, ó bien se elevaba un coro de voces. El rumor del pueblo continuo como el ruido del mar, flotaba vagamente en torno del festín y parecía arrullarlo con una armonía más prolongada; algunos se acordaban del festín de los Mercenarios, se concebían ensueños de felicidad; el sol se encaminaba á su ocaso, y el cuarto creciente de la luna se mostraba ya en el otro extremo del horizonte.

Salammbó como si alguien hubiese pronunciado su nombre, volvió la cabeza; el pueblo que la contemplaba siguió la dirección de sus ojos.

En la cima de la Acrópolis la puerta del calabozo, tallada en la roca al pié del templo acababa de abrirse y en el umbral un hombre estaba de pié.

Salió encorvado y azorado como una bestia indómita á la que se devuelve su libertad.

La claridad le deslumbraba; permaneció un rato inmóvil, todos le habían reconocido y contuvieron el aliento.

Aquella víctima representaba para ellos una cosa singular y revestida de un esplendor casi religioso. Se inclinaban para verle, en especial las mujeres. Estas anhelaban conocer al que había hecho morir á sus hijos y sus esposos, y del fondo de su alma brotaba, á pesar suyo, una curiosidad infame, el deseo de conocerle completamente, deseo mezclado con remordimientos y que se convertía en un colmo de execración.

Avanzó al cabo; entonces se desvaneció el aturdimiento de la sorpresa. Muchos brazos se levantaron, y ya no se le vió.

El rumor de las voces se confundía con el grito de los aguadores que regaban las losas; esclavos de Hamílcar ofrecían en nombre de su amo cebada perlada y pedazos de carne cruda; se preguntaban mutuamente; se abrazaban llorando; las ciudades tirias les habían abierto sus puertas, y los nómadas andaban dispersos, los bárbaros quedaban aniquilados. La Acrópolis desaparecía bajo velarios de colores; los espolones de las trirremes alineados más allá del muelle resplandecían como diamantes; por todas partes aparecía el orden restablecido y empezaba una nueva vida; una felicidad sin límites les embargaba: era el día del casamiento de Salammbó con el rey de los nómadas.

En la azotea del templo de Khamon, joyas admirables llenaban tres mesas á las que debían sentarse los sacerdotes, los Ancianos y los Ricos; había otra más alta para Hamílcar, para Narr'Havas y para ella; porque Salammbó al restituir el velo había salvado á la Patria, y el pueblo celebraba sus bodas como una fiesta nacional, y abajo, en la playa, esperaba su aparición.

Pero otro deseo más acre irritaba su impaciencia; le habían prometido para la ceremonia la muerte de Matho.

Se pensó primero en desollarle vivo, echarle plomo derretido en las entrañas, hacerle morir de hambre; se le ataría á un árbol y un mono le aplastaría la cabeza con una piedra; había ofendido á Tanit. Otros opinaban que se le debía pasear sobre un dromedario, después de haberle clavado en diferentes partes del cuerpo mechas de lino empapadas en aceite; y se regocijaban con la idea del enorme animal errante por las calles de la ciudad como un candelabro agitado por el viento.

Pero ¿á qué ciudadanos se encargaría este servicio y como desairar á los demás? Buscábase un género de

muerte del que participara la ciudad entera, y que todas las manos, todas las armas, todas las cosas y aún todas las piedras de las calles, y las olas del golfo pudiesen desgarrarle, aplastarle, aniquilarle. Por eso los Ancianos decidieron que iría de la cárcel á la plaza de Khamon, sin escolta, con los brazos atados á la espalda; y quedaba prohibido herirle en el corazón para matarle al punto, tocar á sus ojos impidiéndole ver el fin de su tortura, lanzar contra él cosa alguna ó golpearle con más de tres dedos á la vez.

Aunque no saldría hasta anochecido, alguna vez creían verle, y la multitud se precipitaba hacia la Acrópolis, las calles quedaban desiertas, y luego volvían á llenarse con un rumor prolongado. Desde la víspera, innumerables curiosos permanecían de pie en el mismo sitio, y de lejos le mostraban las uñas increpándole. Otros paseaban agitados; algunos estaban pálidos como si se tratase de su propia ejecución.

De pronto, en los Mappales, altos abanicos de plumas se levantaron. Era Salammbó que salía de su palacio, todos desahogaron su pecho suspirando. Tardó en llegar el cortejo que caminaba despacio.

Iban primero los sacerdotes de los Pataicos, y luego los de Eschmun, los de Melkarth y los colegios restantes con las insignias y el orden de un sacrificio. Los pontífices de Moloch pasaron con la cabeza baja, y la multitud poseída de cierto remordimiento apartaba de ellos la vista.

Aquel día el elemento femenino lo dominaba todo y todo lo confundía; una lascivia mística alentaba en el aire cargado de perfumes; ardían ya las antorchas en el fondo de los bosques sagrados; durante la noche debía imperar la prostitución ritual; tres buques habían traído de Sicilia cortesanas y otras habían llegado del desierto.

A medida que iban llegando los colegios alineábanse en los patios del templo, en las galerías exteriores y á lo

largo de las escaleras. Hileras de túnicas blancas aparecían entre las columnatas.

Pronto acudieron los inspectores de las rentas, los gobernadores de las provincias y todos los Ricos. Afluyó la muchedumbre que fué rechazada á estacazo limpio por los hieródulos; y en medio de los Ancianos, con sus tiaras de oro, en una litera cubierta con dosel de púrpura, apareció Salammbó.

La escalera de la Acrópolis se componía de sesenta peldaños. Los bajó como si rodase por el cauce de un torrente de lo alto de una montaña; tres veces se le vió rebotar y luego, al pié de la escalera, cayó de rodillas.

De sus espaldas brotaba sangre, su pecho se agitaba convulsivamente, y para romper sus ligaduras hizo tan sobrehumano esfuerzo, que sus brazos cruzados sobre su desnuda espalda, se hincharon como anillos de serpiente. Del sitio en que se hallaba partían muchas calles. En cada una de estas, triple hilera de cadenas de bronce, sujetas al ombligo de los dioses, se extendía de una á otra pared paralelamente: la multitud estaba agrupada junto á las casas, y en el centro los servidores de los Antiguos, paseaban blandiendo sus látigos.

Uno de ellos le empujó dándole un palo. Matho echó á andar.

La gente tendía sus brazos por encima de las cadenas gritando que se le había concedido un paso muy ancho; y él andaba pellizcado, punzado, desgarrado por todos aquellos dedos. Cuando llegaba al extremo de una calle, otra calle aparecía ante él; muchas veces se echó á un lado para morder á sus verdugos, y todos se separaban, las cadenas le retenían y la multitud prorrumpía en una carcajada.

Un niño le desgarró la oreja; una joven que ocultaba en su manga la punta de un huro le atravesó la mejilla; le arrancaban puñados de cabellos, jirones de carne, otros

con palos en cuya punta habían clavado esponjas empapadas en inmundicias le restregaban el rostro con ellas.

Del lado derecho del cuello brotó un chorro de sangre; entonces fué un verdadero delirio. Aquel último bárbaro representaba para ellos á todos los bárbaros, á todo el ejército; se vengaban en él de sus desastres, de sus derrotas, de sus oprobios. La rabia del pueblo crecía al satisfacerse; las cadenas demasiado tendidas se arqueaban, iban á romperse; ni siquiera sentían los golpes de los esclavos que les azotaban para rechazarles; otros estaban subidos á todas las salientes de las paredes; todas las aberturas de las casas estaban tapadas con cabezas que se movían frenéticas; y el mal que no podían hacer lo vociferaban.

Eran injurias atroces, inmundas, imprecaciones, y como no les bastaba su dolor presente, le anunciaban otros más terribles para la eternidad.

Aquel tremendo clamor llenaba á Cartago con una continuidad estúpida. A menudo, una sola sílaba, una entonación ronca, profunda, frenética, era repetida durante unos minutos por el pueblo entero.

Desde su base hasta su cima, vibraban las paredes y á Matho le parecía que las fachadas le acometían y se levantaban del suelo como dos brazos inmensos que le ahogasen en el aire.

Se acordaba de que otra vez había experimentado algo parecido. Era la misma multitud en las terrazas, iguales miradas, igual cólera; pero entonces caminaba libre, todos se apartaban, un dios le protegía, y aquel recuerdo precisándose poco á poco le infundía una tristeza abrumadora. Nublábanse sus ojos; la ciudad le parecía como agitada por un torbellino, la sangre se escapaba por una herida de la cadera, sentíase morir, dobláronse sus jarretes y cayó sobre las losas.

Alguien cogió en el persistilo del templo de Melkarth la barra de un trípode enrojecida al fuego, y deslizándola

bajo la primera cadena, la apoyó en su llaga. Humeó la carne; la rechifa del pueblo ahogó su voz; estaba en pie,

Seis pasos más lejos cayó de nuevo, y volvió á caer después; siempre le levantaba un nuevo suplicio. Por medio de tubos le lanzaban gotitas de aceite hirviendo; echaron en el camino que debía recorrer trozos de vidrio; caminaba sin descanso. En la esquina de la calle de Satheb, se apoyó de espaldas contra una pared y se detuvo.

Los esclavos del Consejo le golpearon con sus látigos de cuero de hipopótamo tan furiosamente y durante tanto tiempo, que las franjas de su túnica estaban embebidas de sudor. Matho parecía insensible; de pronto tomó impulso y se puso á correr á la ventura castañateando los dientes como si tuviera un frío intenso. Enfiló la calle de Budés y la de Soepo, atravesó el mercado de las yerbas y llegó á la plaza de Khamon.

Desde aquel instante pertenecía á los sacerdotes. Los esclavos apartaban á la muchedumbre. Había más espacio. Matho miró á su alrededor y sus ojos encontraron á Salammbó.

Desde el primer paso que había dado, levantóse aquella; luego, involuntariamente, á medida que se aproximaba, se adelantó poco á poco hasta el borde de la terraza, y bien pronto borrándose cuando la rodeaba, sólo vió á Matho. Como un inmenso silencio llenaba su alma, uno de esos abismos en que el mundo entero desaparece bajo la presión de un pensamiento único, de un recuerdo, de una mirada. Aquel hombre que caminaba hacia ella la atría.

No tenía ya, salvo los ojos, apariencia humana; era una larga forma completamente roja; sus cuerdas, rotas, pendían á lo largo de sus muslos, pero se las distinguía de los tendones de sus muñecas despellejadas. Tenía la boca abierta; de sus órbitas salían dos llamas que parecían subir hasta sus cabellos;—y el miserable caminaba sin canso!

Llegó hasta el pie de la terraza. Salammbó se inclinaba sobre la balaustrada; aquellas espantosas pupilas la contemplaban y tuvo conciencia de todo lo que había sufrido por ella. Aun cuando agonizaba, le veía en su tienda de rodillas, rodeándole el talle con sus brazos, balbuceando palabras cariñosas; tenía sed de oirlas aún, de sentir las; ¡no quería que muriera! En aquel instante Matho tuvo un gran estremecimiento; Salammbó iba á gritar. Cayó hacia atrás, y no se movió ya.

Salammbó, casi desvanecida, fué llevada á su trono por los sacerdotes que la rodeaban. La felicitaban; era su obra, todos palmoteaban y vociferaban su nombre.

Un hombre se lanzó sobre el cadáver. Aun cuando no llevaba barba, le cubría el manto de los sacerdotes de Moloch, y pendía de su cinturón una especie de cuchillo que les servía para partir las carnes sagradas y que terminaba en el extremo del mango en una espátula de oro.

De un solo golpe hendió el pecho de Matho, luego le arrancó el corazón, lo puso sobre la cuchara; y Schahabarrim, levantando el brazo, lo ofreció al sol. Hundíase detrás de las olas, sus rayos llegaban como largas flechas hasta el corazón enrojecido. El astro se hundía en el mar á medida que las palpitations disminuían; al último latido desapareció.

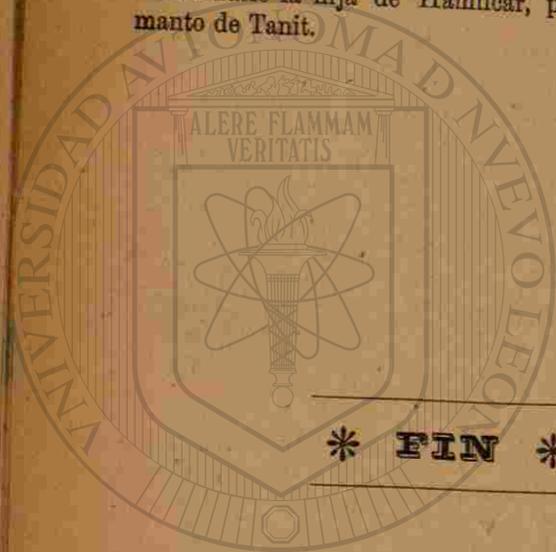
Entonces, desde el golfo hasta la laguna y del istmo al faro, en todas las calles, sobre todas las casas y los templos resonó un clamor inmenso; á veces se detenía, después continuaba; á su choque temblaban los edificios; Cartago parecía convulsa en el espasmo de una alegría titánica y de una esperanza sin límites.

Narr'Havas, embriagado de orgullo, ciñó con su brazo izquierdo el talle de Salammbó en señal de posesión, y con la derecha, tomando una patera de oro, bebió por el genio de Cartago.

Salammbó levantóse como su esposo con una copa en

la mano, para beber también. Cayó con la cabeza hacia atrás sobre el respaldo de su trono, pálida y con los labios entreabiertos,—y sus cabellos desatados llegaban hasta el suelo.

Así murió la hija de Hamilcar, por haber tocado el manto de Tanit.

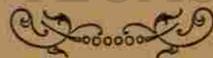


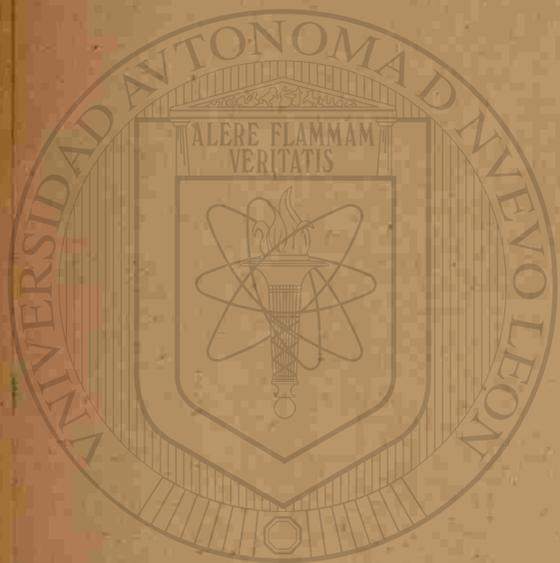
* **FIN** *

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
El festín	5
En Sicca	25
Salammbó	49
Bajo las murallas de Cartago	59
Tanit	79
Hannon	95
Hamilcar Barca	117
La batalla del Macar	155
En campaña	173
La serpiente	185
En la tienda	197
El acueducto	217
Moloch	235
El desfiladero del Hacha	267
Matho	307

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CASA EDITORIAL MAUCCI

Mallorca, 226 y 228.—Apartado de Correos, 189

BARCELONA

ULTIMAS PUBLICACIONES

ENRIQUE SIENKIEWICZ

<i>Quo vadis?</i> (60 millar)	2 tomos
<i>Más allá del misterio.</i>	1 >
<i>Luchar en vano.</i>	1 >
<i>A Sangre y Fuego.</i>	2 >
<i>Sigámosle.</i>	1 >

CONDE LEÓN TOLSTOY

<i>Imitaciones.—Los Cosacos.</i>	1 >
<i>La Esclavitud Moderna.</i>	1 >

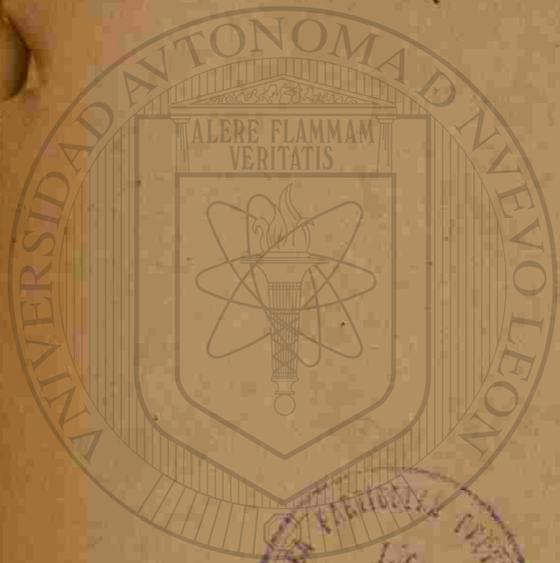
GUSTAVO FLAUBERT

<i>La Señora de Bovary.</i>	2 >
---------------------------------------	-----

JOSÉ NOGALES Y NOGALES

<i>Mariquita León</i> (ilustrada).	1 >
<i>El Ultimo Patriota</i> (en prensa).	1 >





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD NACIONAL DE TUCUMÁN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TUCUMÁN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA